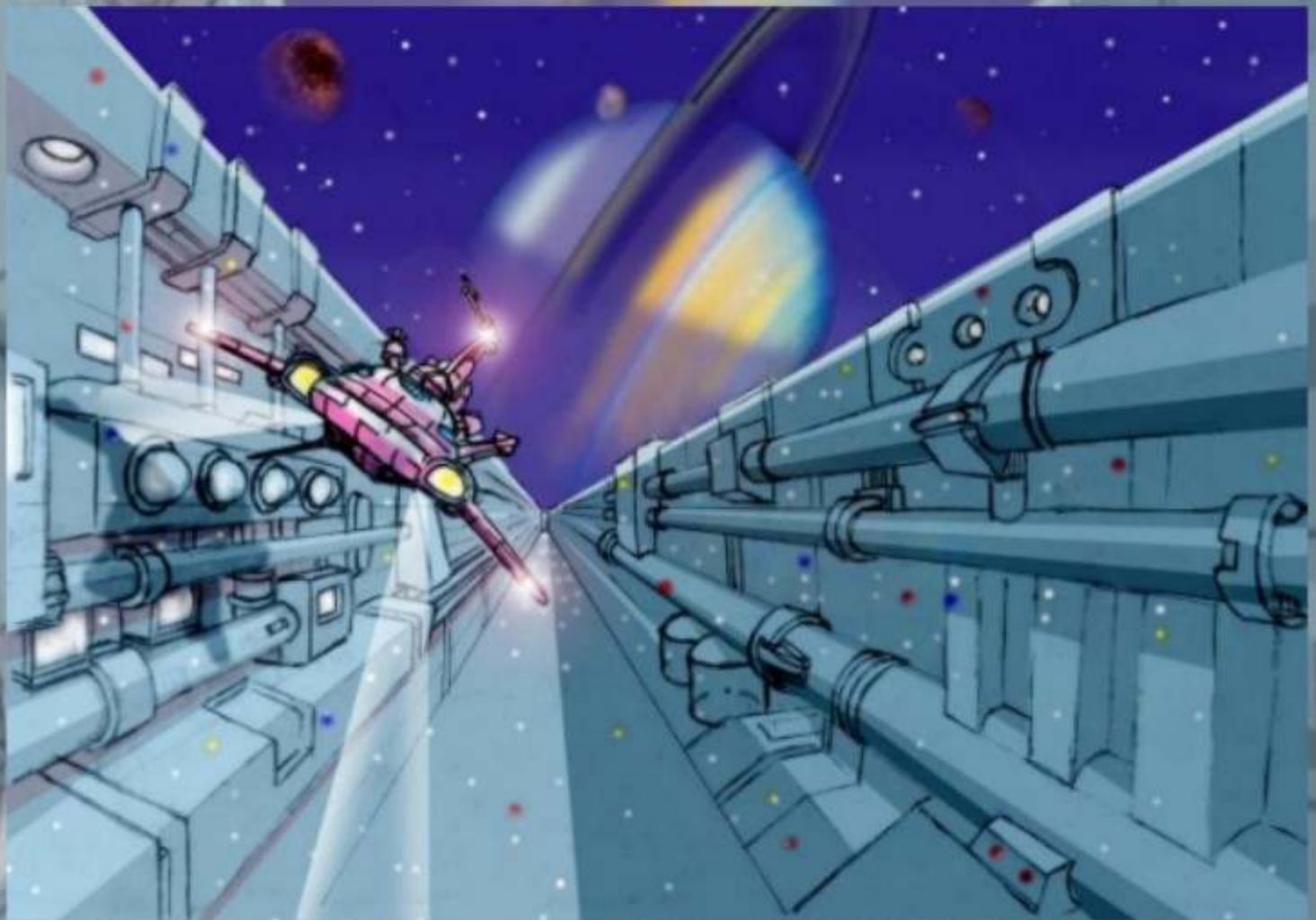


Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



Año III - Nº 6, segunda época - Enero/Febrero 2007

ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Albino Hernández Pentón.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Asesora literaria: Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Mario C. Carper.

Resto ilustraciones: Pat Mac Dougall, Mario C. Carper, Jorge Vilá, Pedro Belushi y Scripto.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial

Cuentos:

TRIBULACIONES DEL CADETE UZ-PIX	
por M. C. Carper	3
A CIEN MIL AÑOS LUZ DE DISTANCIA	
por Marcos Molero	9
ESPERA	
por Pat Mac Dougall	21
EL DRAGÓN DE EPSILON ERIDANI	
por Omar E. Vega	23
PETICIÓN DEL TANATOPRÁCTICO	
por Orlando Mejía Rivera	29
¡CLANG, CLANG!	
por Luis Barrera Bermejo	32
RESISTENCIA	
por Susana Sussmann	42
EPIFANÍAS DE UNA HIPERNOVA	
por Héctor Horacio Otero González	46
TÚ ERES ALIEN	
por Luke Jackson	51
EL CRUCE	
por Ermanno Fiorucci	60
ETICO	
por Albino Hernández Pentón	69
KUARI	
por Eduardo M. Laens Aguiar	76
ANABEL Y LOS VISIONAUTAS	
por Víctor Conde	85

Novelas:

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS	
por Omar E. Vega	108

Poesía:

POEMAS ANTRÓPICOS	
por Antonio Mora Vélez	139
EL TREN DE LA MEMORIA Y ESPACIO	
por J. Javier Arnau	143
SÉ QUE PUEDES OÍRME	
Por Thomas D. Reynolds	146

Artículos:

PANORAMA DE LA CIENCIA FICCIÓN EN EL PERÚ	
por Daniel Salvo	148
EL PRÍNCIPE DE LOS BOTÁNICOS	
por Antonio Mora Vélez	157
TWIN PEAKS: ¿QUIÉN MATÓ A LAURA PALMER?	
por Miguel Ángel López Muñoz	159
BIOTECNOLOGÍA, CIENCIA Y FICCIÓN DEL PRESENTE Y FUTURO.	
Dixon Moya	165
ENTREVISTA A BEN BOVA	
por Omar Vega	168
EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN DE DAVID BRIN	
por Don Webb	
Traducción Graciela I. Lorenzo Tillard	174

Portofolio:

PEDRO BELUSHI	176
---------------------	-----

Noticias:

RESULTADOS DEL II CONCURSO DE RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN - COYLLUR	180
VISIONES 2006	181
PROMETEO 3000 DE PEPA MAYO ..	182
CONVOCATORIA VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA: SONRISAS Y ASTEROIDES	183
II EDICIÓN DEL PREMIO XATAFI-CYDERDARK	184
PREMIO UPC DE CIENCIA FICCIÓN 2007	185
XVI PREMIO DOMINGO SANTOS 2007	186
CONVOCATORIA PARA EL V CONCURSO DE MINICUENTO FANTÁSTICO «MINATURA 2007» ..	187

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimado lector
Con más retraso del habitual, pero no con menor ilusión, llega a tus manos un nuevo ejemplar de Alfa Eridiani. En él encontrarás trece cuentos, la habitual novela seriada, tres conjuntos de poesías, seis artículos, un portafolio y ocho noticias.

Entre los cuentos tenemos las *TRIBULACIONES DEL CADETE UZPIX* de **M. C. Carper**, una divertida historia sobre un alienígena en nuestro planeta. A *CIEN MIL AÑOS LUZ DE DISTANCIA* de **Marcos Molero** nos plantea el tema del contacto entre culturas separadas por cientos de años luz mediante un método poco convencional. En *ESPERA*, de **Pat Mac Dougall**, la autora analiza la soledad del que espera. En *EL DRAGÓN DE EPSILON ERIDANI* de **Omar E. Vega** asistimos a una aventura espacial en la que las míticas criaturas no pueden ser sacrificadas. *PETICIÓN DEL TANATOPRÁCTICO* de **Orlando Mejía Rivera** es una profunda reflexión sobre la eutanasia y la soledad. ¡*CLANG, CLANG!* de **Luis Barrera Bermejo** narra la enigmática historia de una pirámide de madera que cuida de un humano. *RESISTENCIA*, de **Susana Sussmann**, nos describe una sociedad donde el sexo es visto desde una perspectiva *EPIFANÍAS DE UNA HIPERNOVA* de **Héctor Horacio Otero González** tiene como protagonista a Fernando Basoa, personaje un tanto genitálico que viaja a las cercanías de un sol a punto de convertirse en supernova. *TÚ ERES ALIEN* de **Luke Jackson** cuenta la historia de una adopción un tanto peculiar, mientras que en *EL CRUCE*, de **Ermanno Fiorucci**, un anciano desafía el modo de vida de la sociedad en que vive. *ETICO*, de **Albino Hernández Pentón**, narra las peripecias de un extraterrestre en clave de humor y *KUARI* de **Eduardo M. Laens Aguiar** nos habla de la lucha por la supervivencia en un extraño planeta desértico. Por último, En *ANABEL Y LOS VISIONAUTAS* de **Víctor Conde** asistimos a la búsqueda surrealista de unas alas perdidas.

Nuestra novela seriada, *EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS* de **Omar E. Vega**, continúa con su sexto capítulo. En él veremos como es el gravitoriun, o zona lúdica de Rings, y las incubadoras, o zona de procreación.

En poesía tenemos los *POEMAS ANTRÓPICOS* de **Antonio Mora Vélez** plenos de bellas metáforas y nostálgicos viajes por el cosmos. En *EL TREN DE LA MEMORIA Y ESPACIO*, de **J. Javier Arnau**, el autor realiza un viaje a la memoria a través del espacio tiempo y de los sentimientos que posee un robot de pruebas. En *SÉ QUE PUEDES OÍRME*, de **Thomas D. Reynolds**, la traición, el rencor y los sentimientos de inferioridad saldrán a flote.

La sección de artículos la componen: *PANORAMA DE LA CIENCIA FICCIÓN EN EL PERÚ* de **Daniel Salvo** quién analiza la evolución de la ciencia ficción



peruana; *EL PRÍNCIPE DE LOS BOTÁNICOS* de **Antonio Mora Vélez**, un homenaje a Carls Linneo y *TWIN PEAKS: ¿QUIÉN MATÓ A LAURA PALMER?* de **Miguel Ángel López Muñoz** una glosa de esta memorable serie. *BIOTECNOLOGÍA, CIENCIA Y FICCIÓN DEL PRESENTE Y FUTURO* de **Dixon Moya** aboga por que los países en vías de desarrollo no legislen en contra de la tecnología punta arguyendo que ellos no pueden darse ese lujo. La *ENTREVISTA A BEN BOVA*, realizada por **Omar Vega**, es una interesante inmersión en el pensamiento del autor. **Don Webb**, En *EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN DE DAVID BRIN*, realiza la exégesis de esta secuela basada en la obra del buen doctor.

El portafolio de este número está dedicado a **Pedro Belushi**.

Por último mencionar la imperdible sección de noticias al final de este zine.



Cuentos

TRIBULACIONES DEL CADETE UZPIX

por M. C. Carper

¿Cómo será el primer contacto con un extraterrestre? Ese es un aspecto que han abordado muchas obras y relatos de ciencia-ficción, este incluido. No obstante todas nuestras previsiones, seguro que acabaremos sorprendidos cuando se dé tal circunstancia.

La bocina del ómnibus atronó en sus delicados oídos. Aunque ocurría a intervalos predecibles, no conseguía acostumbrarse. Recordó su entrenamiento y lo inútil de todo lo aprendido. Ninguno de sus instructores había previsto que existiera un lugar tan caótico. El ómnibus pasó transmitiendo una horrenda vibración que sacudió su cuerpo.

Si bien había elegido disminuir los signos vitales para evitar alterarse, se resistía a quedar a merced de tantos bárbaros. Era preferible aturdirse con el estruendo de sus voces y vehículos que perder el sentido de la realidad.

Todo por culpa de la entropía.

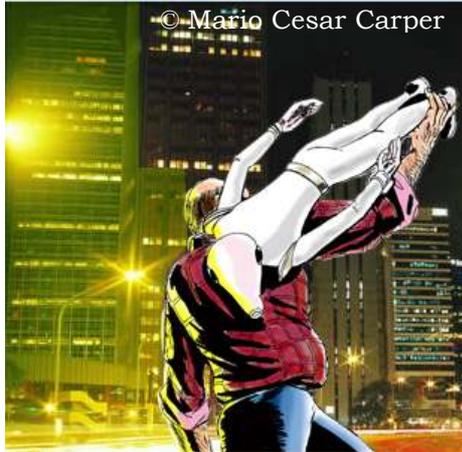
Había transcurrido demasiado tiempo desde la desgracia. En el momento menos esperado, el camuflaje de rata vibratoria había fallado. Ya no era un grupo anónimo de átomos o un aburrido neutrino. Ocupaba un espacio fácil de percibir por los habitantes locales.

Sus compañeros no pudieron asistirlo. Se había aventurado en una calle atestada de humanos. Por fortuna, los nativos, no se sorprendieron de hallarlo en medio de la peatonal. Algo había aprendido sobre los terrestres. Eran demasiado ciegos para ver lo obvio. Mientras no se moviera, lo tomarían por un objeto inanimado. A pesar de su aspecto ligeramente antropomorfo. Ningún humano jamás lo confundiría con un pariente lejano pero, al menos, podría resultarles simpático. Se contaban historias horribles en los corredores de su nave sobre espacionautas atrapados por salvajes.





Estar inmóvil no era una de sus virtudes. Uzpix era un Cadete Clase Uno. Con semejante nivel de instrucción, encontró pronto una solución para ese quietismo. Poseía la facultad de aletargarse a voluntad. Un acto comúnmente llamado petrificarse.



Pasaron los días y comenzó a llover. La presencia de un humano rondándolo lo intranquilizó. Aquel nativo lo escudriñaba con atención. Al mismo tiempo, miraba con disimulo a sus congéneres. Esperó cerca de Uzpix la caída del sol. El desdichado Cadete no imaginaba cuales eran sus intenciones. Manos encallecidas lo izaron hasta un transporte impulsado por un primitivo motor a combustión. El viaje duró una hora. Apenas se detuvieron, fue cargado sobre hombros anónimos para ser encerrado en un sitio umbrío. La pulsera de sensores le indicó el tiempo transcurrido. Se animó a explorar el lugar. Estaba atestado de objetos. No había otro ser vivo ahí. Sólo montones de cosas en desuso. Un sentimiento de alerta le sobrevino al comprender que se hallaba en un contenedor de desperdicios.

—No —recapacité—. *Este sitio es demasiado higiénico.*

Además había una mesa con un par de máquinas. Aquello era un taller. Intentó ponerse en contacto con los suyos. Descubrió con pesar que el comunicador no había captado ningún mensaje. Sabía que los sensores enviarían su nueva ubicación a la astronave. Pero conocía el reglamento de los exploradores al pie de la letra. No aprobarían un rescate mientras existiese riesgo de contacto con los locales.

¡Maldito, Creador! Podrías haber estropeado mi camuflaje antes o después de atravesar esa calle atestada de terrestres.

No tardó en comprender que tendría que aguardar. Sin embargo la paciencia era una disciplina poco característica en Uzpix. Dio un bufido frustrado antes de entregarse al sueño del letargo.

Cuando recuperó la conciencia estaba nuevamente sobre los grotescos hombros de un humano.

Lo depositaron entre varios objetos. Mesas, armarios y toda clase de muebles. En todos había símbolos garabateados a mano. Algunos exhibían carteles con la misma clase de escritura. Descubrió que se trataba de números en un sistema decimal. Entender su finalidad le demandó bastante. En su mundo no existía nada parecido a los productores, los consumidores o el mercado. Los Milenarios, los sabios de su especie, habían diseñado máquinas para proveerle



de todas sus necesidades, sin pedirle nada a cambio. Anonadado comprendió que se trataba de precios.

¡Estoy en venta!

Compararse con otros objetos no le alentó demasiado. Muchos precios tenían más números que él. Era considerado una especie de adorno o muñeco. Quizá una escultura. Para ser una obra de arte no le pareció el sitio adecuado donde estar exhibido. El lugar era oscuro y viejo. En ocasiones lo cambiaban de sitio. Fue así que descubrió una gran abertura. Podía contemplar el paso de los rayos solares día tras día. Distinguía desde ahí, una vereda y una calle. El paso de humanos. A veces lo alcanzaba la vibración de los toscos vehículos pasando.

Los días se sucedieron y su precio comenzó a bajar. Continuaron cambiándolo de lugar pero pocos se demoraban en contemplarlo. Un macabro día lo sacaron del cálido interior para exhibirlo en la vereda, a merced de las inclemencias del tiempo.

¡Creador perverso! ¿Hay un poco de consideración para un leal Cadete Espacial en tu plan?

Uzpix se sentía totalmente desdichado. Haber aprendido el idioma tortuoso de los humanos no fue un consuelo. Un par de ancianas que circulaban diariamente en la vereda no escatimaban verbosidad para criticar su aspecto. Aportándole el conocimiento de nuevos epítetos.

—¡Es horrendo! —decían.

—¡Qué espanto! Seguro es producto de una mente enferma —comentaban al unísono.

En el planeta hogar, los ancianos Milenarios eran portadores de sabiduría. No captaba el significado en la actitud de las ancianas pero lo respetaba. Estaba tan preocupado por el futuro que no lograba concentrarse en aprender. Desde luego, el planeta Tierra quedaba descartado para cualquier clase de explotación. Había consumido toda la información de la biblioteca de la nave acerca de la Tierra y las costumbres de los habitantes. A su juicio, los terrestres podían ser muy hábiles e ingeniosos con la ciencia pero nunca la aplicaban en el bienestar común si no exclusivamente en el enriquecimiento personal. La única forma de enriquecerse que entendían era el poder. Tener poder sobre las cosas o el entorno. Y preferentemente sobre otros. Al poseer dos sexos intelectuales diferentes para procrearse, cayeron en la solución fácil de transportar esas diferencias a sus deidades, sus negocios y sus metas personales. Los principios masculinos y femeninos prevalecían en casi todos sus conceptos.



Tu, Creador mío, no eres ni padre ni madre. ¡Eres un Cretino egoísta! Si realmente juegas a los dados, estás haciendo trampa.

La peor humillación sufrida fue obra de los niños. Uzpix era un juguete tentador para matar el tiempo. Pellizcos y trompadas nunca escaseaban. Algunos osados intentaron quitarle el paquete de sensores. Era más fácil arrancarle el brazo. En esas oportunidades, uno de los dueños de la tienda los amonestaba. Una vez, los niños llegaron equipados.

Valiéndose de un gran marcador pintaron su boca a modo de labios de caricatura. Su inmovilidad le impedía deshacerse de la molesta pintura. Luchó para no ser dominado por la ira. Después de todo, lo consideraban un objeto sin vida. Aunque, pensándolo mejor, si eso hacían con un muñeco que no harían si supieran que podía sentir y reaccionar ante todas esas humillaciones. Los había observado destruyendo un hormiguero. O cortando por deporte las ramas de un árbol cercano.

No. Mejor continuó petrificado.

Agradeció en silencio a los ingenieros que diseñaron su traje de sustento vital. El mismo le proveía alimento durante el letargo. Transformaba en energía la luz solar. Era seguro que enviarían un grupo de rescate pero podía tardar años. Su especie era demasiado cauta en esos asuntos. Si los nativos del planeta no fueran humanos se arriesgaría a dormir. Dejar pasar el tiempo hasta ser hallado. Era una opción imposible de asumir después de todo lo que había experimentado con los terrestres.

El invierno dejó paso a la primavera y luego al verano. El calor agradaba a Uzpix pero no la luz. En su planeta, el astro rey brillaba pálido en el firmamento. Pero, bajo las bóvedas de las ciudades todos gozaban de un clima adecuado para no necesitar ropa.

La cantidad de humanos se había duplicado. Igual que las ventas de la tienda.

Le sorprendió que quitaran el cartel que exhibía su precio de oferta. Muchos temores cobraron forma en su mente. Había ocurrido con muebles y adornos. Primero les retiraban las etiquetas y después desaparecían o eran abandonados en la esquina de la calle. Algunos humanos harapientos se reunían ahí por la noche. Hacían fuego con cartones para formarse alrededor estirando sus palmas y frotándose las manos en alguna clase de rito primitivo.

Nada bueno podía devenir de aquello.

Esa noche, dos hombres, los dueños del negocio se acercaron a observarlo después de cerrar el local.



—Esta cosa lleva mucho tiempo aquí —comenzó uno.

—Así es —dijo el otro—. Se ha transformado en el símbolo de la tienda. Todo el mundo lo relaciona con nosotros ¿Estás seguro de que es buena idea tirarlo?

Uzpix se desesperó. En silencio, por supuesto.

—Debemos renovarnos —continuó el primero—. Ahora que estamos progresando, con mayor razón. Podemos contratar a alguien para que nos haga un muñeco mejor. Con más vida, quiero decir. Míralo, es un mamarracho de primer grado.

—*Si mis genes no estuvieran condicionados contra la violencia conocerías mi lado salvaje* —gruñó mentalmente el Cadete Espacial.

—Siempre creí que era nuestro amuleto de buena suerte —comentó el segundo con una sonrisa—. Recuerda que con él inauguramos esta tienda.

—Sí. Y nadie nunca dejó una moneda por él. Llévalo hasta el volquete de la esquina.

—Es una lástima.

El hombre obedeció. Al cargarlo en sus hombros, Uzpix lo reconoció. Era el mismo que lo había levantado bajo la lluvia una eternidad atrás. Vio con pavor el contenedor de basura. Cayó sobre un colchón de hojas y cartones. La oscuridad se abatió en poco tiempo. Los humanos harapientos tampoco tardaron. Al verlo, rieron con voces rasposas. De un momento a otro iniciarían el rito del fuego. Uno muy grueso, con varias capas de ropa, mostró un pequeño encendedor a los otros. Dedos torpes, envueltos en guantes de lana rotos, se esforzaron para crear una llama. Varios papeles se encendieron.



No tenía ninguna chance ante el fuego. Su traje resistiría bastante pues era ignífugo pero su rostro, pies y manos estaban expuestos. La simple caricia de las llamas lo dañaría hiriéndolo hasta la muerte. El siniestro hombre acomodaba los cartones para alimentar mejor al fuego. Los otros extendieron sus palmas en adoración tribal.



Era el fin. Uzpix no sintió deseos de revelarse. Toda su educación hacia hincapié en su lealtad al reglamento. Cuando el fuego prendió en el fondo del volquete, el humano se apartó para contemplar junto a su clan como era inmolado un disciplinado explorador espacial.

Como los seres primitivos que tanto criticaba, pensó en su creador. No con protestas, si no con afecto y esperanza. En ese momento percibió un destello en su comunicador. Al oír una voz conocida hablándole en su idioma no pudo darle crédito.

—Cadete Clase Uno Uzpix, ¿Me oye?

—Con claridad, Capitán.

—Estamos estableciendo las coordenadas para el rayo de transporte.

—Mi condición es crítica, Capitán. Estoy a punto de morir quemado.

—Serán sólo unos segundos, Cadete. ¿Fue dura la estadía con los terrestres?

—Digamos que cuando yo sea uno de los Milenarios, podamos decirnos: Hola.

© M.C. Carper

M. C. CARPER nació en Buenos Aires. Su admiración por la Historieta y la Ciencia Ficción lo impulsó a realizar sus propios intentos. Este cuento es el resultado de un ejercicio del Taller 7. Desea expresar su agradecimiento a todos los compañeros talleristas: Albino, María del Pilar Jorge, José Tamparillas, Hector Lorenzo, Leonardo Montero Flores, Té Verde, Txerra, Laura Ponce, Felix Amador, Martín Cagliani y muchos otros que el espacio impide mencionar.



A CIEN MIL AÑOS LUZ DE DISTANCIA

por Marcos Molero

Existen diversos problemas relacionados con el viaje en el espacio, el hombre cada día avanza un poco más en las soluciones a dichos problemas, pero quizás algunos sean insalvables sino se cambia el enfoque mental de los científicos de la época. La historia explica las posibles soluciones que pudiesen haber conseguido civilizaciones que desean contactarnos en lugares muy remotos del espacio. Pero, ¿que pasaría si nosotros fuimos los que realizamos estos contactos hace miles de años?

I

Hagamos cuentas. La estrella más cercana de nuestro sistema solar, Alfa Centauro, está a cuatro años luz de distancia. Suponiendo que una nave se desplace a la mitad de la velocidad de la luz, es decir, a la velocidad por lo demás fantástica de ciento cincuenta mil km/s, tendríamos que un viaje desde esa estrella a nuestro planeta tardaría dieciséis años de ida y vuelta. Parece razonable... Si una civilización extraterrestre muy avanzada decide hacer el viaje sus tripulantes regresarían como mínimo dieciséis años después. Eso me parece lógico, nosotros aquí en la Tierra también lo haríamos sin duda alguna cuando logremos hacer que nuestras naves alcancen velocidades que hasta ahora parecen inconcebibles. Pero... ¿qué sucede con las estrellas que están a cien mil años luz de distancia, en el centro de nuestra galaxia? ¿Es que acaso es concebible un viaje desde esas zonas de nuestra propia Galaxia hacia nuestro diminuto y aislado sistema solar por el simple hecho de explorar? Desde luego que no, si asumimos que la velocidad máxima es la velocidad de la luz, la cual es de trescientos mil km/s, por si no lo he dicho ya. Y no caigamos en la tentación de que se puede superar esa velocidad. La física, gracias al genio de Einstein, ya dejó bien sentado que cualquier objeto que alcance dicha velocidad se convertiría en pura energía. Y eso no es pura teoría, ya está comprobado... Así pues, sólo nuestros «vecinos» más cercanos son los que nos pueden visitar. Los objetos voladores no identificados que tanto se han visto y verificado que existen deben provenir sin duda alguna de las estrellas más cercanas, separadas no más de cincuenta años luz. Esto, por si el más alocado escritor de ciencia ficción no lo haya notado, reduce mucho las probabilidades de que civilizaciones extraterrestres visiten nuestro planeta, porque los primeros cálculos se hacían con todas las estrellas de la galaxia. Ahora, estamos obligados a encerrarnos en unas pocas estrellas, no más de cien, las que pueden albergar no sólo vida, sino vida inteligente; y no sólo vida inteligente, sino vida inteligente más avanzada que nosotros para explicar el fenómeno ovni.



Viéndolo así, desde esa perspectiva, cualquiera alzaría las banderas del escepticismo. ¡Es imposible! Tal cantidad y variedad de ovnis en el pasado y presente no pueden ser explicadas con tan pocas posibilidades de civilizaciones extraterrestres. Es cierto. Pero, ¿Y entonces qué sucede con los ovnis? ¿Son pura fantasía? ¿Es un fenómeno psicológico humano que todavía no ha sido explicado? No. Algo me decía que eso no podía ser de esa forma. Algo faltaba en este inmenso rompecabezas de los fenómenos ufológicos que no habíamos comprendido. Sí. Y sólo la ciencia, las religiones y nuestro propio sentido común podrían darnos las repuestas.

Me encontraba en esa encrucijada mental cuando decidí orientar mis investigaciones hacia otras áreas no menos misteriosas: la parasicología. Poltergeist, levitaciones, ectoplasma, transfiguraciones, fantasmas, desdoblamientos, telekinesis y muchos otros fenómenos por el estilo me llamaban poderosamente la atención desde mucho tiempo atrás. El conflicto que tenía en mi cabeza acerca de los ovnis me obligó a buscar otras líneas de investigación que fueran un poco más «fáciles». En esa época tuve también la suerte (?) de conocer a uno de los médium más famosos: Galislao Batista, nacido en Brasil en 1933, quién había demostrado desde niño grandes poderes mentales más que comprobados y reconocido incluso por muchos científicos que habían realizado innumerables experimentos con él. Galislao aseguraba haber contactado con seres extraterrestres telepáticamente y que según él provenían de una galaxia muy lejana. Esto me interesó muchísimo y decidí hacer una serie de experimentos con él para conocer más acerca de estos supuestos seres. Recuerdo la primera entrevista grabada que tuve con él. Hablamos acerca de estos seres y sus propósitos.

—Dime Galislao, ¿por qué ellos han decidido contactarte?

—Eso no lo sé —dijo en voz baja, pausadamente—. Puede que haya sido al contrario.

—Explica eso.

—Me refiero a que puedo haber sido yo el que los haya contactado a ellos...

—Ya veo... ¿Y cómo lograste eso? ¿Deseabas hablar con seres extraterrestres?

—Sí, lo deseaba —explicó mientras me miraba, pensando que me iba a burlar de él—. Pero no es lo que usted piensa. ¡Créame! He hablado con ellos... Me quieren explicar muchas cosas pero yo no las entiendo.

Sin duda, este hombre era un gran médium. Pero sus contactos telepáticos con seres extraterrestres eran más que dudosos.

—¿Como qué cosas?



—Hablan de que los ovnis que vemos no son ellos mismos, son reales, pero no son ellos. No son seres avanzados sino más bien primitivos y poco inteligentes.

Sonreí. Este hombre o estaba muy loco o sabía inventar cosas muy extrañas. Su rostro serio y con resentimiento hacia mí porque me estaba burlando de él me hizo pensar que lo más probable era la primera opción.

—Pero eso no puede ser... —dije después de ponerme serio, me intrigaba mucho su temperamento—. ¿Cómo hicieron los viajes si no son desarrollados?

—Supuestamente —contestó apresuradamente, como sabiendo que iba a replicarle— ellos no viajan, al menos no como nosotros lo concebimos...

Eso me dejó más extrañado. Eso era nuevo para mí. Decidí culminar la entrevista para analizar lo que tenía y pensar en la credibilidad que tenía que darle a esta persona. Me emocioné por unos instantes. Si lo que él decía era cierto entonces eran posibles contactos con seres muy lejanos. Pero las leyes físicas y las contradicciones que él mismo decía acerca de la poca inteligencia de esos seres contuvo mi inicial emoción. Tenía que investigar más acerca de este hombre y sus supuestos contactos. Pero tenía miedo de descubrir que todo era mentira y que mis dudas acerca de los ovnis se inclinaban hacia el escepticismo. Sea como fuere, tenía que apegarme a los hechos y esta última posibilidad era en estos momentos la más probable.

Al otro día decidí no preguntarle más acerca de los supuestos seres extraterrestres, preferí experimentar con sus habilidades paranormales, las cuales podían ser el camino para explicar sus extrañas palabras en la entrevista del día anterior. En un cuarto pequeño y vacío a excepción de una mesa redonda y grande dispuesta en el centro, me propuse realizar un experimento. En la mesa coloqué una caja fuerte que había hecho traer específicamente para lo que me proponía realizar y cuya combinación para abrirla sólo la conocía yo. Dentro de la caja deposité un bolígrafo al que se le puede cambiar el tintero, anoté el serial y el papel lo guardé en el bolsillo de mi pantalón. Cerré la caja fuerte y le dije a Galislao que se concentrara en el bolígrafo. Después de unos minutos me dijo que abriera la caja fuerte, que algo había ocurrido con el bolígrafo. Al abrirla me sorprendí por el hecho de que el bolígrafo seguía allí, tal cual como yo lo había dejado, pero después de examinarlo en detalle me di cuenta que el tintero había desaparecido. Interrogué a Galislao pero ni él mismo comprendía por qué el tintero había desaparecido ni mucho menos sabía su ubicación.

Tiempo después, cuando había dejado la casa del médium para solucionar otros asuntos, sucedió algo realmente increíble. Eran exactamente las seis y trece minutos de la tarde, lo recuerdo con exactitud porque esperaba que fueran las seis y media para asistir a un compromiso, me encontraba en la sala principal de mi casa, viendo un programa de televisión cuando de pronto escuché un estruendo en la cocina. Me dirijo hasta allá y veo a Galislao Batista ti-



rado en el piso cerca de una ventana, en estado inconsciente y con algunas contusiones. Cuando logré reanimarlo mi sorpresa llegó al límite cuando me dijo que se encontraba en una calle cerca de su casa, a las seis de la tarde, caminando tranquilamente para encontrarse con unos amigos que lo esperaban en su propia casa. En ese momento no le creí, pero al escuchar el relato de sus amigos que lo esperaban en la casa a las seis y de personas que efectivamente lo habían visto a esa hora caminar por las calles, no pude más que aceptar los hechos, por muy fantástico que parezcan. Este hombre había «viajado» trescientos cincuenta km (en línea recta) desde su ciudad a la mía en unos pocos minutos para estrellarse en una ventana de mi casa. No pude dejar de pensar sobre este hecho y me preguntaba, si este hombre realmente tenía la habilidad de «teletransportarse» de la forma en que lo había hecho, ¿por qué «entrar» por la ventana de mi cocina y no «aparecer» dentro de ésta? Por otro lado, ¿con qué motivos Galislao quería ir precisamente a mi casa de esa forma? Le interrogué sobre ello y su respuesta le puso más misterio a todo esto:

—No lo sé, yo no quería hacer eso, no entiendo por qué me pasó.

Si no había sido él quien había hecho esto, ¿entonces quién? El incidente me motivó a continuar con las investigaciones de este extraño personaje, cuyos fenómenos paranormales ocurrían constantemente y que incluso llegué a acostumbrarme a tales hechos. En otra ocasión lo vi flotar hasta el techo de la casa, moverse por toda ella para después salir al patio y subir aún más hasta casi perderlo de vista. De pronto comenzó a caer violentamente y por unos segundos pensé que la caída iba a ser muy fuerte, pero no le sucedió nada, porque cuando le faltaba pocos metros para destrozarse los huesos su suave cama apareció para amortiguarle la caída. Aún así, se fracturó una pierna y la cama quedó destruida, pero indudablemente sin ella hubiera quedado gravemente herido. Después de cada suceso le preguntaba por qué había hecho eso y él siempre me contestaba que él no quería hacerlo. Eso me intrigaba sobremanera, empezaba a intuir que el misterio no estaba en él precisamente sino que «algo» o más bien «alguien» lo «utilizaba» para algo. Otra posibilidad era una posible enfermedad mental que desatara las indudables y perfectamente comprobadas habilidades parasicológicas de Galislao hasta el punto de poner en peligro su propia vida y que él mismo no encontrara la explicación de tales sucesos.

Asumiendo que el hombre se encontraba en sus completas facultades mentales (al menos así parecía cuando no ocurría nada extraño), decidí profundizar en los supuestos contactos extraterrestres que él aseguraba tener, para tratar de aclarar de alguna forma los sucesos que, como ya he dicho, empezaba a acostumbrarme a ellos.

Después de un período de máxima concentración que se extendió por más de dos horas, Galislao entró en trance y comenzó a hablar de una forma extraña:



—Los seres de este planeta algún día tendrán la capacidad de transmitir pensamiento y manipular la materia y la energía a su antojo, es parte del proceso de evolución que nosotros ahora dejemos este mensaje, para que las nuevas generaciones estén preparadas ante grandes acontecimientos que están por venir.

—¿Quién eres? —dije intrigado ante las palabras que oía.

—Quién soy no es necesario ni importante, sólo basta decir que tanto tú como esta persona por medio de la cual me represento deben aclarar este mensaje y divulgarlo para toda la humanidad, la cual en un futuro no ya tan lejano dejará de existir de la forma en la que actualmente existe, pero todo ocurrirá de la forma más natural, nosotros no intervendremos en ello.

¿Qué estaba pasando con este hombre? ¿De verdad estaba hablando con algún ser de otro planeta? Mis pensamientos en esos momentos solo apuntaban en generar la mayor cantidad de datos que me permitieran comprobar aquel fenómeno, ya que, obviamente ni yo mismo creería algo como esto a los pocos días, ni siquiera con las grabaciones...

—¿Cuál es ese mensaje? —decidí interrogarle, dispuesto a profundizar en temas poco conocidos por Galislao.

—Eso lo comprenderás no porque yo lo explique, sino a su debido momento, en el transcurso de tu vida, por lo pronto, decirte que sí, es así como lo piensas pero no lo quieres creer, yo vengo desde muy lejos, más lejos de lo que tu mente y tus científicos pueden imaginar y creer como posible. Todo ha sido finamente planificado para que llegara este día, en el que pudiéramos hablar y entendieras el significado de tus investigaciones y solucionarás tus conflictos internos.

Estaba asombrado. No eran sólo las palabras, había algo en aquella voz, totalmente diferente a la del médium, que me daba paz, que me confortaba, que me hacía creer infinitamente en todo lo que decía y que no buscara las comprobaciones científicas, necesarias para mi reducido intelecto.

—Entonces, —murmuré, ordenando mis ideas mientras hablaba— los ovnis, ¿también pueden venir de lugares remotos? Pero y la velocidad de la luz...

—La física de ustedes es tan cierta como la física de todo el Universo, aunque aún les falta mucho, sus teorías se acercan muy bien a la realidad física, pero existen muchas realidades, realidades que ustedes también conocen pero se empeñan en encasillarlas como físicas. El límite de la velocidad de la luz se aplica a lo físico, pero el Universo es más que físico, es mucho más. El Universo es tan vasto y profundo que ni siquiera nuestra raza lo ha comprendido todo, porque nuestra evolución también está planificada, sólo que estamos un



poco más arriba de donde se encuentran ustedes, si lo comprendes de esa forma.

Me quedé un momento en silencio, tratando de asimilar aquellas palabras. Observé a mi interlocutor. Estaba sudando, su respiración era agitada, pero su voz era serena y sobretodo de un tono diferente al normal.

—¿Cómo está él? ¿No le estás haciendo daño? —de pronto pensé en todos los fenómenos paranormales que habían atentando contra su propia vida— ¿Tú has causado que él mismo se haga daño?

—Él está bien —dijo con una sonrisa que me pareció maliciosa—, además, él fue quien decidió contactarnos, nosotros no lo podemos hacer solos, debe existir alguien que abra su inconsciente y nos permita establecer el camino de comunicación. Lo que ha sucedido es que nuestro poder se refleja en él de una manera más fuerte de lo que esperábamos, nosotros también tenemos nuestras limitaciones y hay cosas que a veces se nos salen de control.

—¿Como los ovnis? ¿Por qué Galislao dice que sus tripulantes son de poca inteligencia?

—No todos, son de esa forma, pero gran parte, efectivamente, son de poca inteligencia de una realidad especial, y a veces realizan actos que no están bajo nuestro control, pero hemos comprendido que eso también es parte de nuestro proceso evolutivo, y el de ustedes también, todo esta finamente planificado...

—¿Planificado por quién o por qué?

—Para que tú lo entiendas tendré que utilizar la palabra Dios, aunque la definición que tienes sobre él no es la adecuada. Ni siquiera mi raza conoce bien quién o qué puede planificar todo lo que ocurre, así que no esperes comprenderlo tú.

Estaba claro, no preguntaba más sobre eso, pero aún no entendía bien lo que me decía a cerca de los ovnis.

—Esos ovnis, como ustedes les llaman, en su mayoría son de una realidad especial, esto quiere decir que los pueden ver, sentir, inclusive tocar, pero no son como tú o como yo, algunos en mi raza se oponen a ellos, argumentando que estas creaciones van en contra de la evolución natural pero ¿quién puede asegurar que eso es verdad o lo contrario? Lo cierto es que los tripulantes de los ovnis nunca se les darán a conocer abiertamente, porque tienen miedo de que los destruyan, pero seguirán apareciendo, mientras nosotros lo consideremos pertinente.



Lancé entonces la pregunta fundamental, la que me motivaba y hacía que continuara con mi vida dedicada a la investigación misteriosa, a todo aquello que tenga una posible explicación diferente a la terrestre.

—¿Por qué razón «crean» los ovnis entonces?

—Esa respuesta la conocen muy bien ustedes los humanos curiosos por excelencia, ¿acaso si tuvieran el poder y conocimiento no harían lo mismo? Todo, créeme, TODO es absolutamente parte del proceso de evolución por el que todos debemos pasar, y déjame decirte que mientras más se adelante en este proceso más se darán cuenta de lo largo que es el camino.

En ese momento Galislao comenzó a convulsionar fuertemente. Una gruesa espuma blanca empezó a brotar de su boca y rodó por la silla hasta caer al suelo totalmente desmayado. Tomé su pulso. Era el doble del normal. A la media hora despertó, me preguntó qué había sucedido y pidió comer y beber agua. Antes de salir de la habitación, como siempre lo hacía antes y después de cada experimento, lo pesé y me sorprendí al notar que había perdido 15 Kilogramos con respecto al peso que le había tomado tres horas antes, al inicio de la sesión. Indudablemente el médium había «consumido» parte de su cuerpo para transformarlo en la energía necesaria para el suceso o fenómeno. Al menos eso era lo que se pensaba en el campo de la parasicología.

En los siguientes días extrañamente (!) no ocurrió ningún suceso de los que normalmente ocurrían casi a diario. Realicé nuevas sesiones para establecer el supuesto contacto con la inteligencia extraterrestre pero todos mis esfuerzos y los de Galislao fueron infructuosos. Aproveché el tiempo ordenando los escritos y escuchando todas las grabaciones para tratar de sacar algo nuevo entre todo el misterio, mientras Galislao, aunque deseaba continuar con los experimentos, sentía miedo por lo que podía ocurrirle ya que según él me decía, en los trances perdía el control de sí mismo y sentía que esto último se acentuaba cada vez más. Decidí no presionarlo y dejé que el tiempo pasara, esperando que algún otro suceso pudiera darme una pista nueva que hiciera la luz en aquella oscuridad en la que se encerraban los fenómenos paranormales.

Sucedió entonces que después de tres meses y once días de la entrevista con el supuesto extraterrestre, a la una treinta de la madrugada, Galislao me despierta y me dice que debe ir a cierto lugar no muy lejos de la casa. Le pregunto con toda naturalidad por qué debe hacer eso y me contesta casi con desesperación que no lo sabía. Entendí entonces que estaba por ocurrir algún fenómeno.

Me cambié rápidamente y fuimos en mi auto al lugar que me indicaba Galislao. Era un terreno desolado en las afueras de la ciudad, muy cerca de la carretera nacional. Nos bajamos y traté de ubicarme en medio de la oscuridad. Debido a la hora no pasaba ningún automóvil por la carretera, el silencio dominaba todo aquel lugar, interrumpido por la suave brisa que hacía crujir las



ramas de los árboles de una forma constante y metódica como si de una de una orquesta mal afinada se tratara. Observé a Galislao, mudo e inerte al lado del carro, como si fuera otro árbol en aquel campo, con los ojos cerrados y sudando copiosamente. Había entrado en trance.

De improviso, hacia el lado contrario de la carretera, una extraña luz comenzó a observarse por encima de la arboleda. Intrigado, me encaminé hacia el lugar, lentamente, tratando de analizar cada segundo qué podía ser lo que veía. Poco a poco, a medida que me acercaba más y mi vista se acostumbraba a la penumbra, pude distinguir una forma en medio de la luz. Era un objeto de forma alargada, chato en la parte superior y con una protuberancia en la inferior. Tengo que decirlo. Era el propio «platillo» puesto al revés del que tanto se habla entre la comunidad ufológica. No podía creerlo. Ciertamente había escuchado cientos de casos de boca de los propios testigos que describían su forma como un «plato pero al revés» y en mi mente no alcanzaba a creer que realmente vería algún día algo tan exacto a lo que las personas describían. Mi resistencia a aquella descripción ya idealizada se debía principalmente a la gran cantidad de películas fantásticas que habían adoptado aquella forma como «símbolo» de los extraterrestres. Aunque creía en los casos, muy en mi interior pensaba que si yo algún día decía que veía una forma como aquella y lo interpretaba como un ovni me iban a decir que estaba loco y que estaba influenciado por mis investigaciones y, al igual que muchas personas, me había creado ese concepto mental gracias a la ayuda de Hollywood. Pero no es así. Esa forma realmente existe, era sin duda alguna un ovni, un objeto volador no identificado, allí estaba la comprobación que tanto necesitaba. Por lo menos para mí ya no hacía falta más nada.

Recuerdo que lo que más me sorprendió de aquel objeto era la luz resplandeciente que era lo primero que había avistado. Aquella luz cambiada de color a cada momento, variando de rojo a amarillo, verde y luego rojo nuevamente. El objeto se mantenía a unos cinco o seis metros sobre terreno, tomando como referencia los árboles, que no debían pasar de los tres metros de altura. No lo pensé más, tomé la cámara que colgaba de mi cuello y comencé a lanzar fotografías una tras otra. Cada vez que presionaba el botón de captura pensaba que el objeto se había ido y no había logrado fotografiarlo, pero allí permanecía, inmóvil ante mí, como posando para mi cámara. Cuando acabé el rollo volví a dejar la cámara a la altura de mi abdomen, y cuando me proponía arriesgarme a acercarme más al objeto mi compañero pasó por mi lado como un relámpago en dirección al ovni, que seguía en la misma posición por un espacio de quince minutos, aproximadamente.

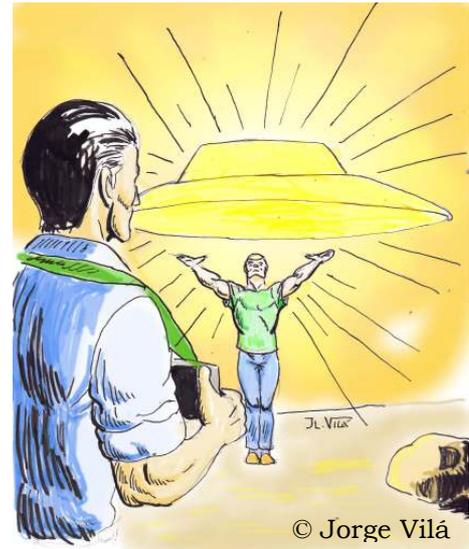
Al verlo, me mantuve unos segundos paralizado, pensando en qué le pasaba al médium. Decidí entonces seguirlo, para ver qué se proponía a hacer. En parte, me sentía responsable por lo que le pudiera pasar, ya que yo había propiciado muchos sucesos buscando pruebas y comprobaciones de algo que en



varias ocasiones había puesto en peligro la vida de aquel hombre. Estaba decidido a ayudarlo en caso de que le pudiera ocurrir algo.

Apenas pude seguirlo, corría muy rápido y la oscuridad me limitaba el alcance de mi visión. Pero no tuve problema, con seguridad se dirigía hacia el ovni...

Al poco tiempo lo vi exactamente por debajo del objeto lumínico. Estaba con las manos extendidas hacia arriba y la cabeza levantada, mirando la parte baja del objeto. Mantuve la distancia, la imagen que tenía ante mis ojos me perturbaba profundamente, nunca creí ver jamás lo que exactamente veía. Por unos minutos todo permaneció igual. Galislao, completamente paralizado, por debajo de aquel objeto, cubierto por aquella luz. De pronto desapareció. Y repito, fue exactamente como lo escribo: desapareció. No se elevó por las alturas hasta llegar al objeto ni nada por estilo, lo repito nuevamente, desapareció de mi vista. ¡Diablos! ¡Por qué no tenía otro rollo de fotografía! Pero la desaparición no duró mucho tiempo, a los pocos segundos reapareció en el mismo lugar pero tendido en el suelo, boca abajo y sin ningún movimiento. A pesar de la posible grave situación en la que se encontraba Galislao, he de admitir que no me atreví a acercarme más al objeto. Estaba completamente paralizado, es algo que sólo puede ser entendido completamente cuando sucede; es una sensación de querer hacer algo pero no poder hacer nada. Ahora lo pienso y me aborrezco a mi mismo por mi cobardía.



El objeto lentamente comenzó a moverse y Galislao seguía sin dar señales de vida. Cuando estuvo a unos cien metros de altura y por encima de la arboleda más al sur, desapareció sin dejar rastro. Al momento se apoderaron de la noche sus verdaderos dueños: las luciérnagas comenzaron su letanía, el viento se volvió más violento y hasta un automóvil logré escuchar a lo lejos, en la dirección de la carretera. Me acerqué al decaído médium. Afortunadamente no estaba muerto, porque al acercarme su cuerpo se movió lentamente y se puso boca arriba. Me miró profundamente, sentí una gran desesperación en su voz, como si su más profundo deseo fuera decir aquellas palabras:

—Debes divulgar todo lo que ha sucedido —dijo como casi un murmullo, apenas le entendía mientras me arrodillaba cerca de él—. Ellos desean que esta humanidad haga algo distinto, que no caigamos en sus errores...

Tosió secamente. No pudo concluir. A los pocos segundos no tenía ningún signo vital. Aquel sorprendente hombre no pudo morir de otra manera: de una



forma asombrosa y misteriosa. Tomé su mano derecha para tratar de despedirme de alguna manera de él. No pude dejar de sorprenderme al descubrir en la palma de su mano el tintero que había desaparecido en uno de nuestros primeros experimentos.

II

—Vaya, vaya señor Huk, su teoría parece bastante interesante —dijo el maestro Grace, máxima autoridad de la Universidad Yalenting—, sin embargo, ¿existe alguna forma en la que pueda comprobarnos que este escrito que nos muestra hoy sea realmente de hace cien mil años?



La sala, llena de maestros eruditos y difíciles de cambiar de esquema mental, se quedó completamente en silencio, esperando alguna respuesta de Tobías Huk, experto en historia antigua, un poco excéntrico en sus ideas. Este no contestó inmediatamente. Tenía todo calculado, hasta el suspenso que le gustaba generar ante la pregunta que todos los presentes querían formular para rechazar cualquier respuesta, por muy lógica que fuera. Pero Huk estaba preparado, no era la primera vez que se enfrentaba a estas situaciones. Estaba seguro que su respuesta dejaría frío a más de la mitad de los participantes de la conferencia. Con un pequeño pañuelo que sacó del bolsillo de su pantalón, secó el sudor de su frente, se relajó y al fin, cuando todos pensaban que ya no iba a responder nada, dijo:

—Primeramente, es obvio que demostrar tal longevidad en los restos que he hallado es muy complicado. Pero creo que han comprendido mal un punto muy importante de toda mi charla, mis estimados colegas. Es cierto, he dicho que el escrito es de hace por lo menos cien mil años, pero el material sobre el que se imprimieron estas palabras, vale decir de una aleación metálica no conocida en este planeta, esta en muy buen estado y no debe tener más de dos mil años aquí en este planeta.

—Primeramente, es obvio que demostrar tal longevidad en los restos que he hallado es muy complicado. Pero creo que han comprendido mal un punto muy importante de toda mi charla, mis estimados colegas. Es cierto, he dicho que el escrito es de hace por lo menos cien mil años, pero el material sobre el que se imprimieron estas palabras, vale decir de una aleación metálica no conocida en este planeta, esta en muy buen estado y no debe tener más de dos mil años aquí en este planeta.

No había terminado de decir esas últimas palabras cuando la sala se llenó de murmullos. Huk dejó que se interrogaran entre ellos. Cuando empezó a escuchar cosas como «está loco» y «no hay ningún fundamento científico en lo que dice» decidió continuar y dejar los tapujos de una vez por todas. Era hora de expresar sus ideas.



—Señores, calma por favor —empezó a decir mientras levantaba las manos pidiendo silencio. Cuando hubo dejado de escuchar alguna voz, continuó—. Les expondré mi punto de vista de la siguiente forma, aunque, por supuesto, mucho de lo que diré a continuación son sólo teorías. Este mensaje fue realizado por un ser de un planeta muy lejano, que quería expresar todo lo que había sucedido con lo que él llama médium, es decir, persona capaz de contactar seres diferentes a los físicos, pueden ser muertos o seres de otros planetas con los que se comunica a través de la telepatía. Este médium contactó con un hombre de nuestro planeta de hace aproximadamente veinte mil años atrás y he de aclarar que calculé cien mil años al tiempo transcurrido para aquel planeta al día de hoy. Hace dos mil años nuestros, seres muy superiores de aquel planeta, y deben serlo puesto que han transcurrido cien mil años desde que sucedió este relato, transmitieron el mensaje a una población nuestra que aún conservaba los viejos mecanismos de comunicación capaces de contactar seres de planetas muy lejanos, con el fin de que nuestra civilización no olvidara que hace muchos años atrás teníamos grandes capacidades mentales que nos permitían realizar muchos fenómenos que actualmente son considerados fantasía. Incluso éramos superiores a nuestros pares de aquel lejano planeta, quiénes no comprendían adecuadamente el mensaje, el cual tampoco comprendemos nosotros actualmente al haber involucionado por alguna razón desconocida.

La pausa sólo arrojó silencio y miradas asesinas de los espectadores hacia Huk. Romper con todos los esquemas históricos de esta civilización no era fácil, pensó él. Pero no importaba, él creía en esto y tenía que mantenerlo, aunque a veces deseaba no ser tan impulsivo y no explicar todas sus teorías con poca o ninguna base científica.

—Mi querido colega —habló por fin Grace. Todos esperaban su opinión a cerca de aquello antes de opinar ellos mismos. Esto le indignó a Huk, parecían no tener la inteligencia de la que tanto alardeaban—. Es obvio que usted podrá llegar a ser algún día un excelente escritor de ciencia ficción, sí, sin duda alguna —las risas se propagaron, esperó a que cesaran para continuar—. Su imaginación es muy, muy buena, señor Huk, pero he comprobado que esa imaginación no le permite tomar una actitud hacia este asunto que nos concierne a todos, sí, no le deja pensar por ejemplo que en ninguna parte queda asentado, primero, la existencia de una civilización tan avanzada hace veinte mil años, y segundo, coloca fechas de otros planetas que desconocemos completamente. Si usted llegara a comprobar algo por estilo, sí, por supuesto que sí, tal vez consideraríamos sus teorías, pero...

—Oh, mis estimados colegas, profesor Grace, os ruego disculpen mi torpeza —comenzó a decir Huk como un verdadero payaso, sonriendo y levantando las manos, todos sabían que se estaba burlando de ellos—, he olvidado mencionar un detalle muy importante. Hace catorce años se descubrió un planeta en la estrella Garintas 38, que se encuentra en proceso de muerte, probablemente termine siendo una estrella enana. Todos sabemos que la estrella Garintas 38



se encuentra a veinte mil años luz de distancia y los más prestigiosos astrónomos calcularon que un espectador en ese planeta calcularía la distancia de nuestro sistema solar con aquel en... vaya, cien mil años luz, todos sabemos que eso depende de la distancia al sol... Pero lo más importante de todo esto es que este planeta que fue bautizado como... —Huk desordenó despreocupadamente los papeles que tenía en el estrado— AKG 38, si ese es el nombre, este planeta explotó o desapareció hace once años, tres años después de su descubrimiento. Ahora bien, conociendo la teoría de relativismo temporal, podemos afirmar que este planeta explotó hace veinte mil años, debido a que su última onda lumínica reflejada en su superficie viajó hace veinte mil años. Por otro lado, nuestros antiguos de hace a penas dos mil años no sólo conocían el planeta, su sistema solar y sus mediciones tal como lo hemos hecho nosotros, sino que dejaron muy bien explicado que ese planeta había explotado hace 18 mil años, y que sus habitantes habían emigrado a otro, cuyos sobrevivientes eran con quienes sostenían contacto.

»De esta forma compañeros, si nadie tiene alguna otra teoría que satisfaga el por qué nuestros antepasados sabían que este planeta había explotado antes de que lo viéramos con nuestros propios ojos, creo que he concluido mi exposición.

Tobías Huk recogió sus papeles, los introdujo desordenadamente en su maletín y se retiró de aquella sala en la que sólo se escuchaba una cosa: el pacífico, relajante y duro silencio.

© Marcos Molero

MARCOS MOLERO, Valencia, Venezuela, 23 años, Ingeniero en Computación, trabaja en una empresa de consumo masivo, su principal afición es la lectura y la escritura. Aunque lee cualquier género, le gusta escribir ciencia-ficción, una ciencia-ficción diferente que le gusta llamar «nueva ciencia-ficción» en donde trata de imaginar el mundo futuro u otros mundos de una manera racional enmarcada en las leyes físicas actuales, pero introduciendo fenómenos no comprobados actualmente. Estos son los primeros relatos que escribe en forma más ordenada y seria. Ha publicado en portales dedicados a relatos como www.el-recreo.com en donde tiene *SIN EXPLICACIÓN* y *LA GENTE PEQUEÑA*. Y en www.yoescribo.com en donde tiene *HARRIET*.

ESPERA

por Pat Mac Dougall

La soledad, ya sea impuesta, ya sea aceptada unilateralmente, levanta un muro que se interpone entre nosotros y la sociedad. Nuestro espacio vital se llena de telarañas, la desordenada y tupida maleza del cuento. Evitar situaciones de este estilo queda en nuestra mano.

Una poderosa sensación de vejez, de desgaste, de paso de los siglos emanaba del muro cubierto de verdín.

Los árboles viejos, algunos caídos, muchos podridos ya y una desordenada maleza tupida y seca trascurrían su silenciosa existencia presos, tras el muro.

En medio de ese oscuro bosque estaba la casa.

Ningún sendero conducía a ella.

Una maraña de ramas y arbustos no permitía la entrada a nadie.

Y ya hacía mucho que nadie intentaba salir.

El muro de piedras lisas no tenía comienzo ni fin, ni abertura alguna, salvo al cielo, como una serpiente comiendo su cola.

Un halo incorpóreo de vejez y soledad lo envolvía como la bruma.

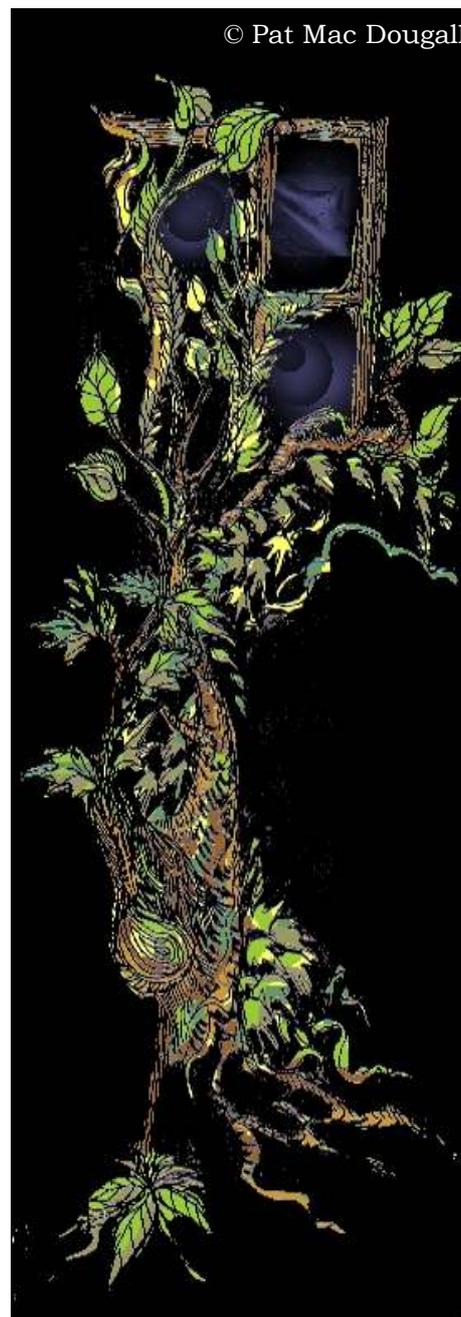
La casa también era verde, casi toda. Cubierta de verdín y madreselva, de enredadera, hojas y ramas.

Tan oculta por el follaje que apenas se distinguían las ventanas.

Un arbusto había crecido delante de la puerta principal, escondiéndola.

El abandono era completo.

Esa tarde, la chimenea mas alta, por tantos





años rajada y enclenque, se había derrumbado al fin ayudada por el viento, llenando el aire de un polvillo amargo, de cal y cemento mohosos, en un estruendo sin ecos.

Y ya entrada la noche de Luna Nueva, el bosque parecía tragarse a la casa en renovado esfuerzo por hacerla desaparecer.

Era la última casa.

Paisaje oscuro sobre la negra noche.

Y solo el breve resplandor azulado del horizonte para alumbrarla, sombras cancerígenas de la negrura, aullido del viento en las ramas.

...eso era todo, una serpiente de muro verde, una maraña de arbustos y ningún sendero que lleve a la casa...

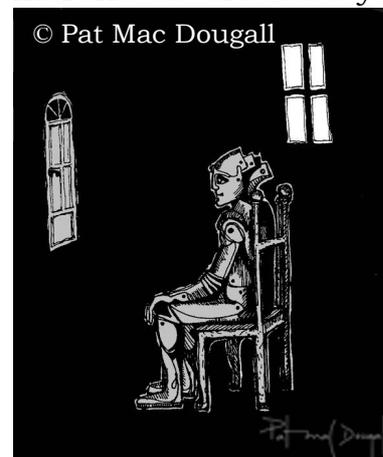
Soledad con soledad...en medio de la sala principal, vetusta y ajada, el último robot espera.

Espera paciente y confiado el regreso del Hombre.

Mirando fijamente hacia la entrada...hacia la puerta tapiada de musgo, verdín, enredaderas y ramas.

Con la casa lista.

Y los párpados llenos de polvo.



© Pat Mac Dougall

PAT MAC DOUGALL, reside en Capilla del Monte, provincia de Córdoba, República Argentina. Desde ese pequeño rincón de las sierras centrales argentinas, nos inunda con creatividad y oficio, obligándonos a reflexionar... a mirar nuestros orígenes para proyectarlos con fidelidad hacia el futuro.



EL DRAGÓN DE EPSILON ERIDANI

por Omar E. Vega

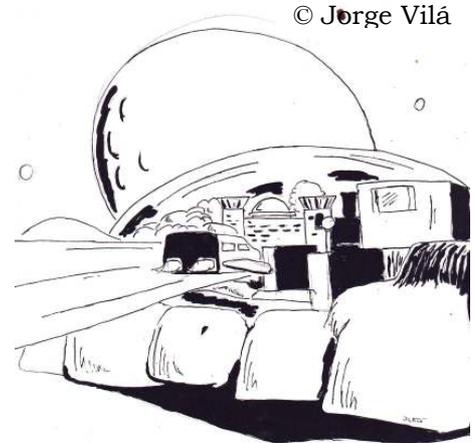
Los dragones forman parte de nuestra mitología y es raro que se vean inmersos en un relato de ciencia-ficción. Sin embargo, Omar ha aceptado el reto y nos escribe una dragonada de ciencia-ficción.

Ancudiendo al llamado de Carlos XI, rey de las regiones espaciales de la estrella Epsilon Eridani, me dirigí a la azulada ciudad orbital de Camelot, la que flotaba en el espacio vacío. Era una maraña tridimensional de cilindros presurizados unidos por frágiles estructuras que orbitaban en torno al violáceo Minos, planeta gigante y gaseoso. Mi nave «El Centauro» era un pequeño carguero, destartalado de tanto transportar baratijas entre las estrellas y estropeado por el trato indigno que sufría en manos de una tripulación ignorante y hambrienta. El barco atracó en un sucio malecón de tercera, manchado de aceites y mugre, ubicado en las afueras de la ciudad, usado por contrabandistas y quienes no podían pagar los impuestos de internación. La nave flotaba a la deriva a punto de ser arrastrada por el viento solar, sujetada al puerto por unos precarios cables raídos y mal mantenidos. Me apresté a salir, vestido de caballero, por supuesto, pues incluso con medios modestos un noble jamás debe perder la dignidad de su rango.

Cruce el tubo transparente y levadizo que flotaba ingravido en el vacío, y que enlazaba la nave con las puertas de la ciudad. En la entrada hacía guardia un soldado en armadura completa, decorada con los signos heráldicos de la familia real. Al acercarme, me conminó a responder con el consabido: «Quién sois y donde vais, forastero». Hablaba en *Terrestre*, aquel lenguaje de la antigüedad clásica del cúmulo estelar, y que hoy era la lengua franca. Le explique que venía de la Republica de Olimpia, ubicada en los vacíos de la estrella Groombridge 1618, y que había sido invitado por el rey Carlos a la cacería anual del dragón. Al oír mi explicación, la actitud del guardia cambió de inmediato y me comenzó a tratar de Señor, pero aún así me exigió que le mostrara la invitación. Conminé a mi paje electrónico a exhibirla y éste abrió el sobre con la invitación ante los ojos del guardia extrayendo aquel hermoso pergamino, escrito en la más bella de las caligrafías oficiales y decorado con los sellos lacados del rey. Al ver esto, el guardia me dio la bienvenida y me abrió el portón hidráulico, indicándome la ubicación del castillo y explicándome que éste año la cacería sería especialmente dura, pues decenas de caballeros de todo el cúmulo estelar se habían presentado para reclamar el premio. Es más, ya se hablaba de la presencia en Camelot de los más famosos paladines venidos de las estrellas cercanas, incluyendo al Caballero Rojo de Ross 14, al Barón del Árbol Sagrado de Van Maneen, y a Marcos, un conocido miembro de la Orden del Templo de Kruger 60 A.



Cruzadas las puertas de Camelot nos internamos por los estrechos callejones ingravidos de la ciudad espacial. Por estar extendidos en tres dimensiones, recorrer esos intrincados pasajes requería de una especial capacidad para no perderse, pero gracias a mi paje electrónico el viaje terminó sin novedad. Avanzamos hacia el oeste tres cuadras, luego diez hacia el norte y cuatro más hacia arriba antes de llegar a las puertas del majestuoso palacio del rey Carlos. En el trayecto fuimos acechados por comerciantes que querían vendernos cuanta mercadería producen las republicas estelares de 100 años luz a la redonda: piel curtida de ovejas naturales, de aquellas criadas en la ciudad espacial de Mandrágora, fruta natural de Rodas, hamburguesas de bacteria rosada, reproducciones de antiguos manuscritos terrestres, ropas sintéticas, antiquísimos libros de ciberpunk, armaduras espaciales, herramientas computarizadas, prótesis electrónicas, armas láser, jarrones de diamante sintético, capas de invisibilidad, música antigua, hologramas hechos a mano, y todo lo que pudiera imaginarse y que no detallo por falta de espacio. Mas para ilustrar la variedad, sólo diré que un viejo anticuario de raza nómada, vestido de holgados ropajes, vendía un anticuado detector de dragones, dotado de una obsoleta pantalla holográfica y rudimentarios controles mentales, por el miserable precio de 20 dracmas. Por un momento me arrepentí de haber comprado el mió en Groombridge por el que había pagado en monedas de oro doscientas veces tal valor, dejándome aún más sumido en la ruina.



Mi paje y yo entramos al salón del reino, justo a tiempo para la ceremonia de inicio de la cacería del dragón. Los guardias nos dejaron entrar tras verificar que tanto mi DNA como la clave electrónica de mi paje estaban registrados en la lista de invitados. Entramos de manera solemne mas apurando el paso, pues ya las trompetas anunciaban el inicio del discurso del rey. La sala era fastuosa como de cuento, enorme y adornada con primorosos vitrales que traslucían tanto la luz espacial como la silueta del majestuoso planeta Minos. El rey era un hombre joven, alto y enérgico, de gran atractivo tanto para las numerosas damas de la corte como para las incontables plebeyas del reino, todas las cuales le tenían presente en sus sueños eróticos.

Su discurso fue breve pero exquisitamente elaborado en estilo Terrestre clásico. El rey explicó que este año, de modo excepcional, la caza del dragón del planeta negro de Hades no culminaría con la muerte de la bestia, pues durante los últimos años se había cazado tantos que la especie estaba por extinguirse. Lo que el rey quería que se hiciese este año era atrapar al dragón, extraerle algo de savia verde y devolverlo libre a su territorio espacial. Con la savia los genetistas podrían clonarlo y el futuro de la especie quedaría asegurado. Quien consiguiera sacarle algo de su valiosa savia sería recompensado con veinte to-



neladas de platino 196 y el material genético de la planta de ambrosia, lo cual le convertiría en un hombre inmensamente rico, aparte de adquirir fama al ser reconocido como un caballero de inigualable valor. Mas el rey amenazó que aquel que fallara en la su hazaña, e hiriera de muerte a la bestia, sería condenado a perder la vida de la manera más ignominiosa: con su cabeza cercenada en la anticuada guillotina mecánica de las mazmorras de palacio, castigo reservado sólo a los más perversos criminales del reino.

No había duda de que la tarea sería dura. Al enterarse del cambio de reglas muchos caballeros se convencieron que la tarea les superaba y dejaron Camelot discretamente, huyendo en sus veloces barcos privados hacia sus lejanas estrellas de origen. Sólo diez caballeros aceptaron el desafío, aparte de mi mismo. A pesar de mi arrogancia natural, no era competencia seria para los héroes que admiraba, cuyas hazañas cantaban los juglares de remotos soles y que ahora eran mis rivales. Mas la diosa Fortuna se apiadó de mí y dejó que fuese yo el afortunado quien sacó la bola negra del saco de suertes, ganando el primer turno para enfrentar a la bestia. Mis rivales, en tanto, se apiadaron de mí y me dieron fuerzas para seguir adelante, más discretamente prepararon los rituales de mi funeral.

No es fácil enfrentarse a un dragón, si lo sabré yo. Estas bestias de 5 kilómetros de largo serpentean a gran velocidad, lanzando sus chorros de plasma a cientos de kilómetros de distancia con una potencia capaz de vaporizar un navío de guerra. Hay que ser bravo para matar un dragón, pues siquiera acercarse a bestia tan escurridiza y artera requiere un valor a toda prueba. Por supuesto que un a dragón se le puede aniquilar con solo una descarga de bomba de rayos-x, pero eso sería hacer trampa, siendo una cobardía que merece la decapitación. ¿Quién aclamaría el valor de quien mate un dragón usando para ello un arma computarizada que es capaz de hacer un hoyo de un metro de diámetro en un planeta, atravesándolo de lado a lado? ¡No señor!, el deporte exige la valentía de enfrentar la serpiente montado en una corcel cibernético, sólo protegido por una armadura de fibra de carbono, empuñando el escudo deflector de impulsos en la zurda y blandiendo con la derecha la espada flamígera de plasma.

Por supuesto que los ancestros lo hicieron antes. Los libros de la antigüedad cuentan que en el planeta madre, llamado la Tierra, caballeros como nosotros, quienes en vez de robots montaban humildes animales, enfrentaban las bestias con sólo su valor y miserables espadas de hierro. Pareciera sorprendente que pudieran hacerlo, pues todos saben que los dragones vuelan por el cosmos y los hombres de esas eras permanecían aferrados a las superficies e los planetas, sin siquiera poder volar. Pero no debemos olvidar que los famosos caballeros de la era mítica, como San Jorge, solo enfrentaban larvas de dragones, pequeñas criaturas en estado larval que reptaban por la superficie de la Tierra como repugnantes gusanos.



Ya que el dragón necesita para crecer de un planeta sólido, las madres viajan a sus superficies para depositar los huevos, abandonándolos a su suerte y retornando prestas a los fríos del vacío. Las crías crecen en las entrañas de los mundos, esperando mil años para cambiar de piel y lanzarse hacia el infinito. A veces una larva salía al exterior y se encontraba con un valiente caballero andante que le daba muerte. Fue tanta la matanza que la raza de dragones terrestres se extinguió y se llegó a pensar que se trataba sólo de un animal mítico. Mas aquí, en Epsilon Eridani, el noble caballero Edgard Maple encontró las larvas de una especie que se creía extinta. Desde entonces se les cazó por deporte, al punto que la especie estaba por desaparecer. Mas llegué yo.

Mi cabalgadura era un robot espacial de gran sofisticación, capaz de leer mis ondas cerebrales con precisión, siguiendo mis instrucciones con inusitada rapidez. Mi corcel era un excelente robot, tan inteligente que cualquiera hubiese creído que se trataba de un ser vivo: ilusión de quienes no comprenden que las máquinas nunca tendrán alma. El noble Caballero Rojo, deportivamente me facilitó una lanza de plasma que hacía juego con mi espada Leonora. Me vestí con la blanca armadura de fibra de carbono que perteneciera a mi padre, y la adorné con las insignias de mi casa. Entonces tome las armas y las velé por una noche entera a la luz de los cirios en la catedral, pidiéndole al Creador del Universo que me ayudara en mi hazaña, y que permitiera vencer en mi desafío contra aquella serpiente parida por los demonios en el alba de la creación.

Mas allá de sobrevivir el reto, necesitaba ganar el desafío por sobre todas las cosas del mundo. Quería ganar ese dinero pues con él podría comprar la reconstrucción genética que podría salvar la vida de mi amada Leonor. Y si fallaba en mi intento prefería la muerte antes que volver a la Republica de Olimpia a la cremación de mi amada, muerta por culpa de mi fracaso. Su perfumado pañuelo rosado permanecía en el bolsillo de mi camisa, como recuerdo de ella y del destino que me esperaba.

Llegó el momento de enfrentar al monstruo. Miles de personas me saludaban desde los ventanales de sus cilindros presurizados mientras cabalgaba al encuentro de la serpiente maligna. Incluso me pareció ver a la familia real en pleno batiendo pañuelos para decirme adiós, deseándome buena fortuna. Entonces, apretando las espuelas contra el vientre de mi cabalgadura, partí al planeta negro de Hades para retar al dragón.

No tuve que esperar mucho, pues a 10 millones de kilómetros del planeta mi detector de dragones me avisó de la presencia de una bestia. Era la criatura más repulsiva, y bella a la vez, que jamás soñé: una larga culebra entre verde y sonrosada cubierta de escamas tornasoladas y coronada de puntas cartilaginosas, con una cabeza espeluznante y cuatro grandes ojos rojos que colgaban de sus tentáculos flexibles. El dragón es una criatura horrorosa que puede vivir libre en los vacíos del espacio, navegando gracias a los impulsos de sus sifones de plasma y alimentándose de las atmósferas bioquímicas de los planetas gi-



gantes. Es una criatura siniestra, sin dudas; una forma de vida única que jamás tuvo parentesco alguno con la vida en la Tierra y dirigida por principios biológicos completamente extraños al resto de las criaturas de Dios. Fue creada por los demonios en el repugnante planeta Hades antes de que la explosión de la central de energía calcinara el planeta e hirviera vivos a esas criaturas del azufre.

El reptil se acercó a mí con gran sigilo, pero percibí su actividad con mis detectores de campo, por lo cual pude esquivar el gran chorro de candente plasma que me lanzó y que chamuscó superficialmente mi armadura, quemando las plumas de mi casco. No perdí tiempo y forzando el motor de antimateria de mi caballo le ataque con mi espada. Me acerque rápido y la bestia no me detectó hasta que fue tarde para ella. De un solo sablazo corté uno de esos cuatro tentáculos que sostenían sus ojos rojos. La savia se esparció por el espacio y la bestia, enloquecida de dolor, lanzó un pulso electromagnético tan fuerte que afectó los parlantes de mi radio. En instantes huyó en dirección a Hades, donde se escondió reptando en el suelo ceniciento del planeta maldito. Con los prismáticos electrónicos pude ver su cola desaparecer dentro de un volcán apagado, uno de los miles que existen en el estéril planeta radioactivo.



© Jorge Vilá

Corrí a coger el ojo, el cual todavía latía de vida lanzando gotas de savia por sus arterias cercenadas y se retorció como una serpiente enfurecida. Nunca lamenté arrancarle un ojo pues, después de todo, le crecería otro nuevo en menos de un mes, y para mí aquel repugnante apéndice valía más que el oro. Con él Camelot pudo montar su laboratorio de clonación de dragones y las cacerías se convirtieron en el atractivo turístico más importante del reino. Bravos caballeros de todo el cúmulo estelar venían a desafiar a las bestias y, aún cuando muchos volvían en ataúdes de plástico, el deporte no decayó aumentando en popularidad cada año. Por mi parte mi mayor recompensa fue salvar a Leonor de las garras de la muerte, verla recuperarse y finalmente formar una familia con ella.

Ya han pasado doscientos años de mi hazaña y muchos no la conocen y algunos ni siquiera creen en ella. Piensan que estoy loco, me consideran senil, o peor aún, que soy un viejo mentiroso que inventa cuentos y ni siquiera Leonor, que en paz descansa, puede ya defenderme. Eso hiere mi dignidad como hombre que realizó una hazaña difícilmente igualada por otros nobles de ésta colonia. Más los entiendo. Por supuesto que no me creen pues en Nueva Persépolis estamos a mil años luz de Camelot y ya ha pasado muchos años para que al-



guien recuerde, y estamos muy lejos en tiempo y espacio para que la gente crea en dragones. Pero sí tengo pruebas, aún cuando nadie las verá hasta que yo muera. Es la herencia que dejaré a mis tataranietos: una vieja espada de plasma, mi escudo y armadura, el pañuelo de Leonora y éste diario. ¡Ah!, se me olvidaba lo más valioso: el ojo de dragón que guardo en un frasco de alcohol en el fondo de mi bodega de vinos.

© *Omar E. Vega*

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



PETICIÓN DEL TANATOPRÁCTICO

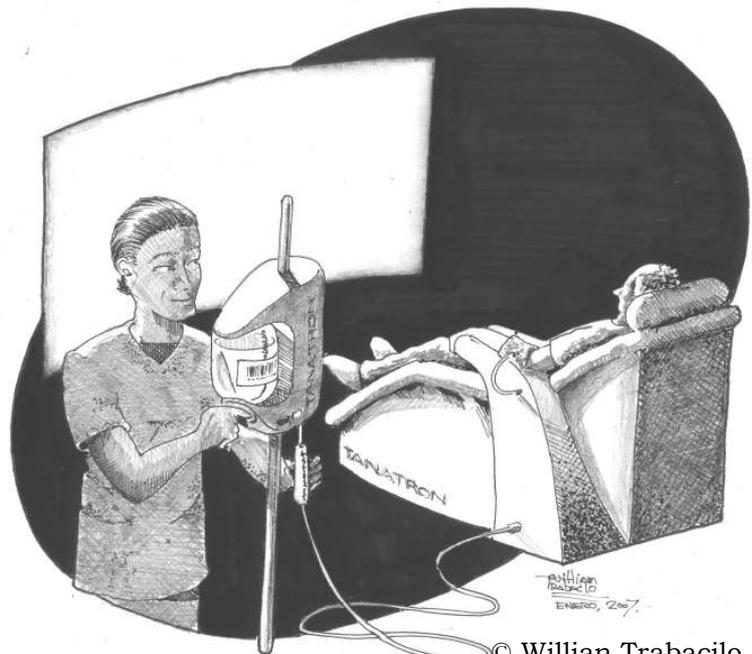
por Orlando Mejía Rivera.

La eutanasia es un tema que sacude recurrentemente a las sociedades más avanzadas tecnológicamente hablando. El género no podía menos que especular sobre ella y sus límites. Así tenemos *DESFILE DE CRETINOS* de Kornbluth y, como no, este cuento.

Vivir en tiempos tan de avanzada, como el que me tocó en suerte, siempre me ha generado un sentimiento de alegría y de agradecimiento. Por eso fui de los primeros en aceptar ser uno de los tanatoprácticos oficiales de la ciudad. Las ideas sobre la eutanasia y la dignidad humana me convencieron sin lugar a dudas. Cómo no iba a ser digno ayudarles a morir, por petición de ellos mismos, a los deprimidos, a los ancianos, a los enfermos incurables, a los parapléjicos, a los solitarios. Además, las técnicas son precisas, asépticas, indoloras. Hemos avanzado, el progreso de la civilización es indiscutible. Antes, nuestros antecesores en la profesión, los mal llamados verdugos, utilizaban técnicas crueles: la guillotina, el descuartizamiento, la hoguera, el fusilamiento, la silla eléctrica, el potro, la espada, el arsénico.

Nosotros, y disculpen la inmodestia, somos unos auténticos artistas. Manejamos a la perfección la combinación de las drogas y de las mezclas químicas. Los pacientes se acuestan en la sala. Tenemos una pantalla gigante de video-televisión. Ellos, como último deseo, solicitan su programa o película favorita. Luego les cogemos la vena y les vamos pasando gota a gota la mezcla. Sin dolor, sin angustia, sin llantos, ni gritos descontrolados. Algunos hemos logrado la cúspide del arte: el favorecido escoge en que momento de la película quiere morir. Es cuestión de gran sutileza, de calcular el goteo para que coincida con la última escena deseada.

De igual manera, me pareció una decisión justa y sabia cuando los líderes de la ciudad hicieron caer en cuenta a la población, luego de esa creativa campaña de publicidad por los setecientos canales estatales, que había que ayudar a algunos indecisos a tomar la decisión de la euta-





nasia. Pues su negación era sólo un problema de incomprensión con respecto a las ventajas de morir con dignidad y humanidad, y no seguir existiendo en condiciones tan infelices, limitadas e inciertas.

El doctor Mortis fue enfático en argumentar: «El grado de alta civilización que hemos alcanzado después de tantos esfuerzos de los que nos precedieron, nos obliga a brindarles la mejor alternativa a tantos desfavorecidos por el destino, que no merecen seguir sufriendo con una existencia infame».

Entonces, nuestro trabajo se amplió de manera significativa. Al principio no dábamos abasto con los favorecidos y la mayoría de ellos trataban de escapar. Sin embargo, la campaña fue un éxito. En pocos meses aplicamos el acto de misericordia a los retardados mentales, los desnutridos, los desempleados, los alcohólicos, los drogadictos, los delincuentes, los feos, los obesos, los dementes, los insomnes, los críticos, los rebeldes, los fumadores, los lectores, los incrédulos, los antigubernamentales, los bromistas, los vagabundos, los poetas, los halitosos, etcétera.

Sin embargo, debo reconocer que tuvimos que volver a utilizar, como en las bárbaras épocas del pasado, otros tipos de técnicas masivas: las cámaras de gas, las bacterias letales en la comida, los hornos crematorios, el NAPALM, el gas mostaza. Aunque, lo puedo afirmar y espero que mi palabra baste, al final los favorecidos se veían tranquilos, serenos, en paz. Lo cuál corrobora las bondadosas intenciones de los líderes.

Bueno... quizá me he explayado innecesariamente antes de mi petición. Pero creo que ustedes, gobernantes de nuestra ciudad, deben tener claro que yo siempre fui fiel a mi profesión porque compartía de corazón sus medidas sociales, que buscaban una mejor calidad de vida para el mundo. Es obvio, que la felicidad para la mayoría justifica el sacrificio de unos cuantos. Por eso, es que solicito la aceptación de mi renuncia. Claro está que yo comprendo la última indicación de eutanasia masiva que ustedes han decretado. El sofisticado aparataje estatal del tanatoaltruismo ha costado demasiado dinero y debe continuar funcionando.

Pero... aunque entiendo que ya casi no conseguimos favorecidos, con excepción de algunos desertores que son atrapados, digo... creo que yo no sería capaz de aplicar la muerte digna a los perros ni a los gatos. Ellos son tan inocentes, tan agradecidos. Mi único compañero en la vida ha sido mi perro Saúl. Desde niño lo tengo conmigo. Ahora está ciego, descaderado, la piel tiene lepra, pero a pesar de esto, desde su lecho me mueve la cola cada vez que llego del trabajo, y se deja alimentar de mí.



Gobernantes, más bien, se me ocurre, ¿Por qué no buscamos potenciales inadaptados en los jardines infantiles y les evitamos el sufrimiento de llegar a la adolescencia y que padezcan la angustia de esta incierta condición humana?

© Orlando Mejía Rivera

ORLANDO MEJÍA RIVERA. Escritor colombiano. Novelista, ensayista, cuentista. Premio Nacional de novela con *Pensamientos de Guerra* (Littera, Barcelona, 2003). Premio Nacional de Ensayo literario con *DE CLONES, CIBORGS Y SIRENAS*. Ha cultivado la literatura de Ciencia Ficción en los géneros del ensayo, la novela, el cuento y la poesía. Textos suyos han sido traducidos al francés, alemán, italiano y húngaro.

¡CLANG, CLANG!

por Luis Barrera Bermejo

Luis Barrera nos ofrece un cuento enigmático en el que poco sabemos del protagonista y sus antecedentes. Dolor, angustia...una persecución ¿absurda? sin fin aparente...Y un artefacto piramidal de origen e intencionalidades no menos enigmáticas...

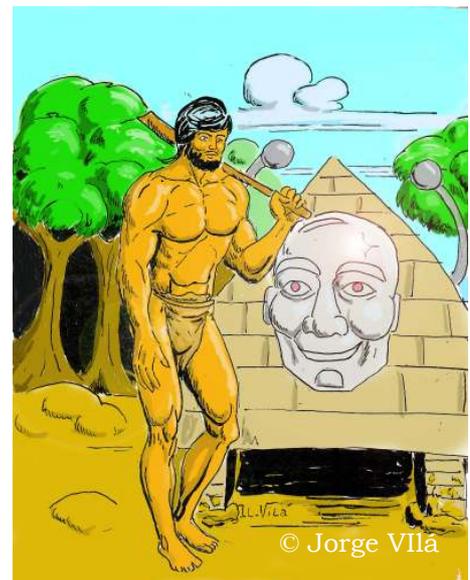
El artefacto fue construido en madera. Tenía forma piramidal, y tres ruedas macizas incrustadas en su base le conferían libertad de movimientos. Un esquemático rostro dibujado con líneas básicas decoraba una de sus caras. Actuaba como si realmente percibiese su entorno a través de los órganos estáticos de ese bosquejo, al igual que lo haría una persona.

De sus aristas laterales emergían, cuando así lo consideraba oportuno, dos largos apéndices multiarticulados que culminaban en sendas esferas metalizadas, con la aparente capacidad mágica de transmutación en toda suerte de objetos y herramientas. Se comportaba como si estuviese vivo, al modo de cualquiera de los animales orgánicos ligados a la rocosa realidad del mundo.

Entre otras muchas ocupaciones, el artefacto piramidal prestaba especial dedicación a dos, por su trascendental importancia. La primera de ellas consistía en mantener el perímetro del claro del bosque limpio y a salvo de alimañas y sus repentinos ataques en busca de comida. La segunda –algo más delicada en contraste– suponía acudir con celeridad al llanto impaciente que le reclamaba desde el lecho de hojas, donde el pequeño Aratic, indefenso, clamaba por su cuidado. El artefacto se acercaba entonces para tranquilizarlo con suaves caricias de templada mano recién modelada, mientras su otro apéndice, convertido en fina aguja de rayo lunar, inyectaba su alimento justo por debajo del grabado abdominal de su nombre en la piel. Tras esta operación, Aratic tornaba a caer en sueño profundo, ignorante de la presencia de su protector y la infinitud de peligros asomados al borde de su tierna rutina inocente.

Así transcurrieron los días y los soles, las noches sin estrellas y el frío aullando por entre las copas de los árboles, altos y oscuros, amenazantes...

Pero ni todas las acechanzas consiguieron evitar que Aratic aventurase sus primeros torpes pasos por el claro, previamente desbrozado por el artefacto al





que debía su vida. Tropezó docenas de veces, lloró sin consuelo otras tantas, ante la apartada presencia de la pirámide inmóvil. Aprendió a caminar con el cuerpo cubierto de rasguños, heridas y magulladuras. Las lágrimas dejaron de bañar a diario sus mejillas. Así sus ojos pudieron observar mejor la ingente cantidad de cosas desconocidas que le rodeaban. Descubrió con sus propias manos el interior de esas escurridizas figuras que intentaban escapar siempre de él, y que ya no volvían a moverse una vez abiertas, aunque las cerrase con delicadeza. Aprendió a discriminar entre aquello que, arrancado a la tierra, podía ser engullido sin dolor y lo que no. Estaba creciendo.

Pronto Aratic corría con soltura por todo el claro, manipulando lo que encontraba, saltando y brincando alegre, radiante de energía vital. Entre sus juegos favoritos destacaba, sobre cualquier otro, el único que era compartido. Le encantaba correr detrás del artefacto con ruedas y su incesante ¡clang-clang! de engranajes viejos, que imitaba con estentórea fruición y deleite, para intentar superarlo en la carrera y observar, frente a frente, sus paternas rasgos inamovibles de pintura reseca.

—¡Clang-clang-clang-clang-clang! —gritaba con innecesario estruendo.

Y el artefacto, así bautizado por la criatura a su cargo, se dejaba perseguir, pero nunca alcanzar. Durante horas interminables.

Pero la sobreprotectora rutina en la que Aratic vivía desde el principio de sus días estaba entonces a punto de terminar para siempre. No tardó en ser consciente de que algo había cambiado, de que no todo era –ni volvería– a ser igual. La primera evidencia del nuevo orden llegó en cuanto concluyeron las persecuciones y juegos de aquella tarde. Normalmente, Aratic se dejaba caer, aún jadeante, sobre su lecho de hojas, esperando que el corazón dejase de golpear el pecho por dentro; al poco, el murmullo mecánico de la sombra piramidal se aproximaba, dulce y leve, con la aguja que le repondría sus fuerzas y un pasaje hacia las nubes del sueño. Su corazón alcanzó el reposo, pero su mente se precipitó por el abismo de la zozobra, pues Clang-clang, ese extraño ser-cosa que velaba por su vida, permanecía en la distancia, estático e indiferente; como si, de repente, por insospechados motivos, hubiera dejado de quererlo.

—Clang-clang —llamó en tono suplicante.

Quietud por toda respuesta.

—Clang-clang —intentó de nuevo, las lágrimas asomando en el borde de su comprensión.

Sintió una honda tristeza, postrado en su lecho de desesperación. ¿Por qué este súbito abandono? Se hubiese preguntado si en su mente existiesen palabras con las que definir y expresar los sentimientos puros que le embargaban. Y a la tristeza se sumó una desagradable sensación desconocida: parecía como



si una invisible aguja, gemela de aquella que le alimentaba, se hundiese en su estómago para vaciarlo por completo. Era el hambre. Una cruel necesidad por encima de su voluntad. Debía saciarla, y se sorprendió de saber cómo, pues jamás recibió ejemplo o explicación alguna. Se llevó lo que encontraba a la boca, intentando tragarlo con avidez; llenar el hueco aullante y creciente que se abría en su abdomen, bajo su nombre tatuado. Pero el hambre no cesó, mas al contrario, aliada con la debilidad y el dolor, consiguió minar la resistencia de Aratic hasta el punto de hacerle perder la consciencia.

Y sólo entonces, cuando el pequeño se estremecía entre temblores, víctima de la fiebre, fue cuando Clang-clang se acercó de nuevo, para inyectar un espeso brebaje, cuya composición se perdería junto al resto de su vasto conocimiento.

Al despertar, Aratic sintió su cuerpo fortalecido, provisto de un renovado vigor. Y antes de que en él se desvaneciese el recuerdo de la angustia padecida, Clang-clang mostró con el ejemplo cómo había de darse caza a las huidizas criaturas del entorno. Ensartada en uno de sus agudizados apéndices, la desafortunada pieza fue preparada sobre el fuego, previamente dispuesto por el eficiente Clang-clang, ante los asombrados ojos de Aratic. El aroma de la carne asada atrajo sin remisión al hambriento muchacho; pero antes de que sus manos se posasen sobre el delicioso premio, Clang-clang lo arrojó con increíble fuerza tras de sí, fundiéndolo con la espesura del bosque. Y aunque Aratic, guiado por su olfato, lo buscó y rebuscó con denuedo, al final hubo de volver con brazos y estómago vacíos, amén de una abrasadora mirada que intentó proyectar sobre las planas facciones inexpresivas de su salvador, que seguían idénticas al primer día. Clang-clang dio así por concluida su primera, última lección.

Aratic demostró sobrada capacidad de aprendizaje imitando, con lanza improvisada, a su maestro en las artes de la caza y la supervivencia, e incluso buscando el refinamiento y la perfección de sus tácticas. No tardó mucho en olvidar que, en los ya lejanos días de total indefensión, su evolución, nutrición y salvaguarda dependían de ese extraño objeto de madera, semioculto ahora entre arbustos y malas hierbas, que ocasionalmente utilizaba como blanco de sus diversiones y ejercicios de puntería. A veces se proponía acertar en medio de los descascarillados ojos, o justo en el mismo centro, donde iría la nariz, y no paraba hasta conseguirlo. Así gastaba su tiempo, feliz, sin reparar en nada más.

Durante años.

Hasta que llegó el día.

El día que el pasado eligió para regresar.



El barbudo Aratic se encontraba reforzando, con gruesas ramas y hojas gigantes de plantas sin nombre, la techumbre de su refugio –inminente llegada de la época de lluvias–, cuando escuchó el resonante crujido que sobrecogió su respiración en los pulmones. El bosque entero parecía haberse quebrado bajo el hachazo de un gigante; nunca, ni siquiera cuando el poder del rayo doblegaba la majestad de árboles centenarios, sus oídos oyeron fragor semejante. Con suma precaución, Aratic aventuró la vista al exterior del refugio. Sus ojos le devolvieron una brumosa visión, arrebatada al tiempo: un artefacto piramidal, sostenido sobre ruedas, esperaba frente a un muro vegetal reventado. Una línea invisible les unió instantáneamente.

—¿Clang-clang? —dibujó la interrogación de su voz.

La pirámide no se movió, salvo para desplegar sus apéndices. Aratic comprendió que se habían desvanecido demasiados días desde la última vez que buscó establecer esta línea vinculante. Y sintió algo extraño y novedoso por ello, algo etéreo pero pesado como roca inamovible. Culpabilidad, si los sentimientos fueran meras palabras. Algo parecido a una rama de espino en el interior de la cabeza. Un dolor en ninguna parte del cuerpo.

El artefacto se puso en marcha, acercándose. Clang-clang-clang...Aratic tembló de miedo. Comprendió que había hecho –o dejado de hacer– algo trascendente y fundamental. ¿Qué podría ser eso, fuera de su conocimiento y su breve imaginación? El peso de la roca se incrementó en varias toneladas. Y a su pesar echó a correr, tomando el sendero que se internaba, serpenteando como un reptil más por las entrañas desconocidas del bosque cerrado.

Corrió y corrió, siguió corriendo, y en pocos minutos se alejó del claro tanto como nunca antes soñó siquiera que pudiera intentarse. ¡Clang-clang-clang...escuchaba, más grave y lejano que sus recuerdos, tras de sí. Y al mirar por encima del hombro, descubría una pirámide diminuta, que exhibía dos líneas de agujas a la altura de su falsa boca de madera. Sus piernas ardían bajo el desacostumbrado castigo. Pero aquel sonido, no obstante, seguía incrementando su volumen, su proximidad. Las rodillas estallaban, con esa luz rápida e hiriente que precede a la tormenta. Y ese ¡Clang-clang! de pesadilla, próximo e iracundo, amenazaba ya con dar alcance a su agotada sombra. La negra fortuna quiso disponer de afilado guijarro en su camino; y Aratic pisó el desgarrador sordo de su pie, y cayó de frente, vencido y resollante. La idea de muerte surgió, como liberación. El fin de todo era ahora una realidad tangible, materializada en agujas que se detuvieron a escasos palmos de su cara. Como antaño, el dolor y la fatiga serían eliminados mediante una larga aguja...

La espera –párpados apretados– del fin se prolongó. Su pecho dejó de agitarse y el latido de su pie perdió fuerza. Aratic aventuró su mirada a las alturas, al encuentro con su paciente verdugo. Las agujas no se habían movido. No atravesarían su carne condenada, después de todo. Entonces... ¿qué enigmáti-



cas intenciones se ocultaban tras la desportillada madera? ¿Cuál era el porqué de esta absurda persecución? Tales consideraciones no germinaban en la mente del joven, que sólo buscaba dejar atrás el acerado peligro de morir ensartado como una de sus presas. Milímetro a milímetro, Clang-clang reemprendió levemente su movimiento, como si de antemano hubiese previsto la duración de esta pausa. Aratic se incorporó, tan sorprendido como asustado, y volvió a correr por su vida. A cuatro metros de sus talones, las agujas.

Cayó el sol tras las montañas y el bosque se cubrió de negro. La carrera continuaba, al ritmo torturado del perseguido. Aratic probó a reducir, lenta y progresivamente –para que Clang-clang lo percibiese con suficiente antelación–, la longitud de sus desmayadas zancadas, y poder así recuperar parte del aliento perdido. Suponía que le sería concedida tan merecida gracia por sus esfuerzos; así que se detuvo, las manos sobre los doloridos muslos, y regaló a sus pulmones el aire de la quietud.

Treinta segundos más tarde sintió una abrasadora línea de pinchazos perforándole las pantorrillas. Con un grito de dolor saltó tambaleándose, aterrado por la posibilidad de caer ante semejante tormento insufrible. De algún modo, el artefacto conocía las fuerzas que quedaban en su cuerpo, por mínimas que fuesen, y exigía su agónico sacrificio. Diminutas lágrimas de sangre manaron libres del encierro de la carne. Y fluyeron, fluyeron...

Dos horas después Aratic se desplomó, ciego en mitad de las tinieblas; inconsciente, demolido, aparentemente muerto.

Lo primero que sintió al despertar fue una hilera de puntos que pugnaban por introducirse en su espalda, presionando la piel sin detenerse. Su cerebro reconoció al instante de qué se trataba, y con un impulso le hizo rodar sobre sí mismo. Llevaba decenas de metros recorridos cuando cobró plena consciencia de que volvía a estar corriendo, incluso antes del retorno completo a la vigilia; y aunque su cuerpo parecía haber descansado, con un martillo de frustración aplastó su ánimo hundido en infiernos de espirales sin luz ni esperanza. Un pelele, era un pelele anulado en su totalidad, dirigido sin remedio por capricho de voluntad inhumana. Deseó destrozar en astillas a Clang-clang. Deseó martarlo. Deseó morir, lloró autocompasión y rabia, lamentó no ser un árbol cualquiera de los que iba dejando atrás en sucesión infinita, desesperada.

No reparó en el irreductible artefacto cuando su cuerpo volvió a caer derrotado por agotamiento. Ni tan siquiera escuchaba ya los eslabones sónicos de su torturador, entrelazados con los pasos de su propia respiración angustiosa; necesitaba canalizar toda su energía y concentración en la difícil tarea de seguir vivo. Clang-clang respetó su descanso, silencioso, a holgada distancia de observación. Dejó que sus piernas se enfriasen, que hasta sus oídos llegara el canto de las aves, el murmullo del bosque, que su alma flotara en algo semejante a la relajación de los músculos llevados al límite de su resistencia. Hasta



que consideró que ya había sido suficiente e inició una vez más la marcha infernal con el diabólico aviso de un clang-clang-clang creciente y homicida.

Aratic deliraba, emitía gruñidos que conmoverían a las piedras. Su mente infantil comenzaba a quebrarse, incapaz de comprender el destino inmisericorde que le había tocado en desgracia. Con patético esfuerzo consiguió arrastrar los pies unos metros más, antes de zambullirse en la oscuridad de la inconsciencia.

Su reposo se vio acompañado de sueños fugaces que pincelaban un fresco de pesadilla en colores abstractos. Soñó que volvía a ser un niño, sin pelos cubriendo sus mejillas, libre, despreocupado, una sencilla criatura dotada de vida; Clang-clang era su amigo, su protector y sentía, como una cálida radiación, cuánto lo quería. Jugaban y él reía con inocente regocijo. En un momento la risa devino en llanto sin razón, lágrimas de resina brotaban por los simbólicos ojos de la pirámide cuando el niño tropezó, renovando sus gritos, y entonces fue empalado por cientos de agujas que transformaron incomprensiblemente los lloros en risas cándidas; y el artefacto elevó al niño feliz y sangrante para introducirlo en sus fauces de dientes humanos, y mientras lo masticaba entre gorgoritos y el sonido monótono de su mecanismo, sus ojos de arteificio fueron manantiales cuyo rumor no ahogó la alegría del devorado. Sus dulces carcajadas y sueño terminaron con un pastoso crujir de huesos.

La luz del alba abrió sus párpados. Confuso y desorientado, se incorporó despacio, intentando reconocer las diferentes partes de un cuerpo que era el suyo. Su mano derecha chocó por azar con una larga vara de madera rematada en punta que descansaba a su lado. Este tacto activó como un resorte automático el agujero quejumbroso de su estómago. No recordaba la última vez que se llevó algo a la boca. Los retazos de días anteriores volvieron súbitamente a su cabeza, despejando en un segundo las brumas de confusión, aferró la lanza por instinto y se giró, aún en cuclillas, buscando con la mirada la localización exacta de una forma piramidal. Junto al último recodo del camino la encontró observándolo. Uno de sus apéndices señalaba el corazón de la espesura tras las lindes. Aratic, encorvado y expectante a cualquier mínimo movimiento, se desplazó lentamente hasta el borde del camino, donde nacía la vegetación. Sentía que algo diferente a su tortura diaria estaba a punto de ocurrir. En su cabeza vio imágenes de sí mismo escapando en loca huida de su perseguidor por entre los apretados árboles del bosque infranqueables para ese objeto animado por oscura crueldad. No podía creer que a unos pasos, simples pasos, se hallase la ansiada liberación de su castigado cuerpo y maltrecha voluntad. Parecía demasiado fácil después de tantas dificultades; no obstante, su imaginación no acertaba a encontrar ningún obstáculo, ninguna trampa a su deseo. Respiró profundamente, dos, tres veces, sin dejar de apuntar su tosca lanza de madera hacia el lejano artefacto inmóvil. Sabía que, por mucho que acelerase en aquel momento, las agujas no llegarían hasta que él se hubiese sumergido ya en el laberinto verde. Al sol de esa idea, ríos de palpitante energía bramaron bajo



sus músculos en tensión y, con un grito salvaje –que activo de inmediato una reacción mecánica en el artefacto–, Aratic empezó a correr como jamás en su vida lo había hecho. El mundo se convirtió a su alrededor en un túnel vertiginoso de ramas, arbustos, hojas y árboles que parecían abalanzarse sobre él a toda velocidad, con la perversa motivación de frenar su carrera y entregarle, derrotado, al tormento de las agujas que, esta vez sí, no guardarían un ápice de piedad ante semejante acto de rebeldía. Despacio, entrarían en su carne como hilos de dolor, abyecto ceremonial de horror y agonía, ahogado en la fuente de su propia sangre. No...cualquier cosa antes que eso. Así que corrió y corrió y corrió, a pesar de sus pies inflamados, a pesar de sentir que los pulmones no tardarían en reventar por el esfuerzo, a pesar del latido del miedo golpeando el tambor de sus oídos, y a pesar del sempiterno clang-clang que venía de dentro y de fuera –¿era su corazón?, ¿era el terror que no cesaba en su persecución?–, sin distinción. Sólo la raíz que le hizo rodar detuvo su carrera infinita hacia el desfallecimiento, y entonces sus piernas laceradas se rindieron definitivamente. Tendido hacia un cielo de hojas que filtraba el sol, como una extensión de la tierra que aspirara y expirara un aliento de angustia y derrota, quedó con los palpitantes brazos en cruz. Se preparó a recibir el anuncio sonoro de la muerte que no tardaría en llegar. Había hecho cuanto había podido, forzando su cuerpo hasta sus límites infranqueables; pero al parecer ni siquiera eso era suficiente. Sonrió. Si este era su fin lo encontraría así. Nada quedaba ya por intentar.

Aratic escuchó el dulce canto de los pájaros que habitaban las alturas. Parecían conversar entre ellos, alegres, cosas importantes que él no podía entender. Hacia tanto que no reparaba en ellos...También captó el trote cauto de pequeños animales aventurándose fuera de sus madrigueras, ya fuera por el impulso del hambre o por simple curiosidad. Y la brisa que hacía balancear las cabezas arbóreas con un susurro agradecido y levantar la hojarasca de sus pies por siempre enterrados. Y se le antojó que todo aquello era perfecto a su alrededor. Porque no oía aquello que rompía la espléndida armonía de la naturaleza, ni veía la picuda forma de rasgos desgastados que un día amó, y su corazón ya no quería escapar del pecho...Entonces fue cuando una genuina carcajada de felicidad inmaculada escapó de su garganta, libre, extendiéndose en ecos por todo el bosque, que concluyó en un gemido de lágrimas, igualmente libres.

En los días siguientes, Aratic empezó a recuperar el dominio de su voluntad. Apenas recordaba la sensación de poder dirigir sus pasos allá donde quisiera, sin miedo a ser atravesado por agujas. Podía cazar con trampas simples como antaño, encaramarse hasta casi tocar las copas de los árboles y admirar la inmensa belleza del horizonte, tumbarse durante horas entre la hierba y contemplar las nubes perezosas surcar los cielos inalcanzables. Podía hacer cualquier cosa que se le ocurriese y, sin embargo, un simple ruido insospechado entre la maleza conseguía disparar todos los músculos de su cuerpo hacia una posición de alerta. Aún temía que aquella cosa apareciese de nuevo para



continuar torturándole. Podría ocurrir que jamás volviese a verlo en su vida, quedando reducido a recuerdo o...que saliese a su encuentro en los próximos minutos ¿Qué certeza tenía?

La mañana era soleada, casi calurosa, y una leve brisa traía consigo fragancias desde los bosques frondosos. Aratic ya había pescado tres enormes y plateados ejemplares antes del mediodía. Estaba sentado junto a la orilla del riachuelo con la mirada fija en el dócil curso del agua. Y ahora que su mente disfrutaba de la tranquilidad propia del transcurso lento de los días sin sobresaltos, preguntas insidiosas, recurrentes, crecían y se abrían paso a través de su cerebro: ¿Por qué había iniciado Clang-clang esa cruel persecución? ¿Qué ganaba con su dolor y sufrimiento? ¿Cómo podía tratarle así después de haberlo cuidado –¿querido? incluso– durante tanto tiempo en el que no era más que una criatura indefensa?

Y mientras rumiaba estas cuestiones sin hallar respuestas, dos líneas de finas agujas empezaron a emerger de las aguas. Aratic las miró intentando comprender como es posible soñar sin estar dormido y ver frente a uno cosas encerradas en la memoria. Sólo cuando el ronco ¡clang-clang! que precedía el movimiento de la pirámide de madera llegó hasta sus oídos su cuerpo reaccionó, y sus piernas intentaron alejarle de la pesadilla. Podía sentir la furia inhumana de aquel artefacto tras de sí mientras corría con todas sus fuerzas. El horrendo ¡clang-clang! crecía y crecía, como el rumor grave de una avalancha a sus espaldas y, entonces, dos líneas de hielo o fuego atravesaron limpiamente sus piernas de parte a parte y todo se convirtió en dolor. Un dolor indescribible y sin medida. El castigo había comenzado.

Con la mirada perdida y una sonrisa estúpida dibujada en su cara, Aratic caminaba por el camino de tierra al ritmo máximo que sus pies le permitían. Detrás de sus piernas cubiertas de cicatrices, el mecanismo que la pirámide albergaba en su interior emitía un ¡clang-clang! acompasado, que sólo se detenía por un tiempo imprescindible. Y la distancia que les separaba fue siempre la misma.

Los años pasaron; algunos rápidos, otros lentos. Aratic abandonaba únicamente el camino sin fin para conseguir alimento; después volvía a emprender la marcha. A veces era escarpado y pedregoso, otras sinuoso y oculto entre valles, en ocasiones atravesaba el corazón de una montaña envuelto en oscuridad. Nunca pisó dos veces el mismo lugar, nunca contempló dos paisajes idénticos, ni siquiera similares. La tierra, ahora era claro en su mente, se le antojaba una escena infinita, tan inabarcable como el cielo nocturno y sus estrellas.

Parajes helados, junglas asfixiantes, páramos barridos por el viento, desiertos abrasadores cruzados por este camino que no se desdibujaba. Aratic padeció las crueldades del frío y el calor extremos sin emitir una queja. En su marcha sorteó extraños huesos semienterrados, vio animales de apariencia fabulo-



sa, algunas aterradoras monstruosidades; pero jamás uno con sus brazos o sus piernas, alguien en quien verse reflejado como la imagen que devolvía un estanque.

Durante largos, largos años.

En ese tiempo hubo muchas ocasiones para escapar al acoso permanente de Clang-clang, que aprovechó a pesar de conocer las dolorosas consecuencias que, tarde o temprano, su carne acababa pagando como precio a su osadía. Terminó por comprender que aquellas oportunidades no eran descuidos del artefacto. En absoluto. Y en estos meses de aparente libertad donde no regía más determinación que la dictada por su voluntad, sin embargo, la presencia del artefacto piramidal era constante, durante el sueño y durante la vigilia, eliminando cualquier posibilidad de vivir tranquilo. Pues se había instalado en el interior de su cabeza.

El camino fue desde entonces su único destino. Corrió y corrió sin tregua, superando los límites de su imaginación respecto a sus propias fuerzas. Hasta que llegó un día del futuro lejano en el que Aratic, exhausto, se detuvo intentando llenar de aire sus pulmones. Sin conseguirlo. Se giró con agónica desesperación, boqueando como un pez fuera del agua, buscando ayuda en Clang-clang. Lo último que vio antes de caer sin vida al suelo fue que los rasgos pintados ya no se encontraban en la pirámide de madera desnuda. Su corazón había dejado de latir.

El artefacto pinchó suavemente con sus agujas las plantas del cuerpo inerte. Acto seguido, las refundió en cables de acero con los que aseguró las piernas de Aratic. Sus ojos muertos, pero aún abiertos, parecían contener un mundo; ya no pudieron observar cómo Clang-clang giraba sobre sus ruedas arrastrando su cuerpo tras de sí, para comenzar el largo viaje de regreso.

Mucho tiempo transcurrió entre la muerte de Aratic y el momento en el que el artefacto llegó hasta el claro del bosque del que una vez partieron, con lo que quedaba de sus restos irreconocibles arrastrados por los cables. La pirámide cruzó el claro, que apenas había cambiado en todo ese tiempo, y se internó entre la vegetación unos centenares de metros más allá de los espacios donde Aratic aprendió a cazar para sobrevivir. Atravesando unos enmarañados muros de zarzas que él no llegó a ver, la pirámide alcanzó una inconmensurable llanura en mitad del bosque. Y toda ella estaba cubierta por líneas irregulares de rudimentarias cruces de madera clavadas en el suelo, que se contaban por miles. El silencio era absoluto, en contraste con los sonidos inquietos que, como inequívocos signos de vida, recorrían el bosque a cada segundo. Solamente el sordo ¡clang-clang! del artefacto alteraba la quietud del lugar, mientras rodaba por entre las cruces sin rozar ninguna. Al fin se detuvo ante una cruz torcida, que encabezaba un hondo agujero cavado en la tierra. El artefacto piramidal que una vez fue bautizado como ¡Clang-clang! arrojó los despojos del hombre a



las profundidades del agujero. Después, los cables adoptaron una forma adecuada para remover el montículo de tierra que tenía a su lado, con el que cubrir aquella herida en el terreno.

Cuando terminó de allanar la tierra, el artefacto se dirigió hacia un charco de barro próximo. Hundió uno de sus apéndices y, con calculada lentitud, dibujó en su cara frontal unos burdos rasgos humanos. Después quedó completamente inmóvil.

Al cesar el sonido de sus mecanismos, un silencio completo cubrió de nuevo la llanura, como un inmenso manto invisible.

El sol recorrió la esfera del cielo en incontables ocasiones.

Nada ocurrió en la llanura durante todo ese tiempo.

Nada.

Justo al amanecer de un nuevo día, el artefacto piramidal comenzó a desplazarse sobre sus ruedas otra vez, acompañado de un monótono clang-clang constante.

Un llanto desconsolado llegaba desde el claro del bosque.

© Luis Barrera Bermejo

LUIS BARRERA BERMEJO, nacido en Zaragoza, 1977. Ha colaborado con diferentes revistas (Dreamers, Nitecuento, Nexus zine...) y sitios web (NGC 3660, Ociojuven...). Habitualmente, se enfunda su máscara sangrienta de *Luis Bermer* para perpetrar relatos de terror y otras aberraciones de literatura oscura. Acaba de estrenar su web oficial (www1.webng.com/luisbermer/). Rumores sin fundamento le localizan deambulando por las tierras altas de Extremadura.



RESISTENCIA

por Susana Sussmann

Encontrar una manera inteligente de tratar la problemática gay es un tanto difícil. Susana en su cuento la aborda de una forma diferente.

Para Calo

Hola. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien? Verás, me han pedido que te ponga en antecedentes acerca de nosotros y de lo que hacemos para que te des cuenta de la situación. Puedes estar tranquila, te aseguro que ahora te encuentras entre personas que te comprenden y que no te perseguirán por ser como eres. Aquí podrás dejar de esconder tus inclinaciones sexuales y ser tú misma. No te preocupes. Estás entre iguales. Sí, es bueno que sonrías. Relájate.

Tu nombre es Carla, ¿cierto? Mucho gusto, yo soy Álvaro. Sí, el mismo que armó aquel alboroto que distrajo lo suficiente a tus captores como para que los demás pudieran sacarte de allí. Ya era insostenible tanto disimular, ¿verdad? Y ahora que todos lo saben no podrás vivir entre ellos. Si no te atrapan los polis, te apedrearán los vecinos.

Supongo que debería comenzar con un resumen histórico de los acontecimientos, pero te voy a contar la forma en que realmente sucedieron las cosas y no la versión escolar, que ha sido manipulada por el gobierno. Cuando *ellos* llegaron, hará casi cincuenta años, yo ya era adulto. Es posible que ni siquiera tu madre hubiese nacido para entonces. ¿Tiene cincuenta y un años, dices? Sí, es lógico, sería una verdadera curiosidad que hubiese decidido ser madre desde joven. Ya entenderás por qué. De todas formas, ella no recordará nada de lo que voy a contarte. Algunas cosas te sorprenderán, pero confío en que me creas. Más tarde te mostraré pruebas de todo, si lo deseas.

¿Qué por qué eres anormal? ¡No eres anormal! Déjame que te cuente cómo era la vida antes de que *ellos* llegaran. Entonces, querida niña, aunque no lo creas, todo el mundo era como tú. Los hombres deseaban a las mujeres, las mujeres deseaban a los hombres, y se unían en parejas. No todos, claro. Así como hoy en día hay algunos heterosexuales, por entonces había homosexuales. No pongas esa cara de incredulidad, que lo que te estoy contando es muy serio. Sí, tiempo atrás los homosexuales eran perseguidos; no obstante, para cuando ocurrió el cambio, había ya bastante tolerancia, al menos en lo que a gusto sexual se refiere.

Pero entonces empezaron a proliferar las inclinaciones homo, incluso entre personas que habían sido hetero durante toda su vida. Al principio se creyó que era una especie de revolución cultural, y eso hubiera estado bien, pero pronto la cantidad de homos superó ampliamente a la de heteros. Y la natali-



dad cayó bruscamente, lo cual no fue tan malo, al principio. No, antes había demasiada gente en el mundo. Sin embargo, la rapidez con que sucedió esto no es natural, no, al menos, para mantener en pie la teoría del cambio meramente cultural.

Afortunadamente el instinto de supervivencia de la especie fue más fuerte que la indiferencia que se gestó entre hombres y mujeres, y así mejoraron mucho las técnicas de inseminación y fertilización artificiales. Las mujeres todavía querían ser madres, aunque no estuvieran dispuestas a tener sexo con un macho para ser fertilizadas. Y muchos hombres acudieron a los óvulos y vientres artificiales. En algunos países se formaron grupos femeninos que esclavizaban a los hombres para obtener de ellos el vital semen. Y en otros ocurrió justo lo contrario. Por esta situación hubo guerras. Y, poco a poco, la indiferencia fue convirtiéndose en rencor y odio por las humillaciones recibidas. En algún momento llegamos a una verdadera guerra de los sexos.

Fue entonces cuando llegaron *ellos*. Nos dijeron que, con su ayuda, los impulsos sexuales de la población se suavizarían y la guerra iría poco a poco desapareciendo. Aseguraron que podríamos evolucionar como especie y así tratarlos como iguales. Ofrecieron apoyo en el complejo proceso de cambio. Sobre todo mejoraron muchísimo las técnicas de reproducción artificial, bajando a la vez la tasa de mortalidad infantil. La humanidad le agradeció mucho a nuestros «amigos venidos de las estrellas», como le sucede al adolescente al cual su hermano mayor enseña lo que es un condón, o como la niña a la que su hermana enseña a colorear sus labios por primera vez. La gente les creyó; todavía les cree. Y mientras más generaciones pasen, más conformes estaremos de nuestra suerte, si es que sobrevivimos como especie.

No, no es alarmismo. Ya lo ves, los hombres son felices entre sí, y las mujeres lo son con sus iguales. Y vivimos en una sociedad mixta, juntos pero no revueltos. ¿Por qué crees que aconteció el cambio? En nuestras filas hay científicos que llevan años estudiando la situación, y han descubierto que lo que ha atacado a la humanidad es un virus. Sí, y hasta le han puesto nombre a la enfermedad. Se llama *Síndrome Gonadotransformante Viral Humano*. El virus permanece oculto en los órganos sexuales, a salvo de cualquier anticuerpo, y no tenemos todavía un medicamento que funcione. También lo tienes en ti, como lo tengo yo. Pero tú y yo y todos los que aquí vivimos somos inmunes. Algo en nuestro organismo aportará un día el conocimiento necesario para curar a los demás.

Tampoco es casualidad que nuestros hermanos aborrezcan a los que no comparten los síntomas de la enfermedad. Al principio fueron tolerantes, pero esa tolerancia desapareció cuando *ellos* llegaron. No puede ser coincidencia. Tienes razón, los visitantes abogan por la paz y la tolerancia, pero tanta bondad me ha parecido antinatural desde el principio. ¿No te parece? Tenemos razones para sospechar que ellos han influido de alguna manera en la conciencia

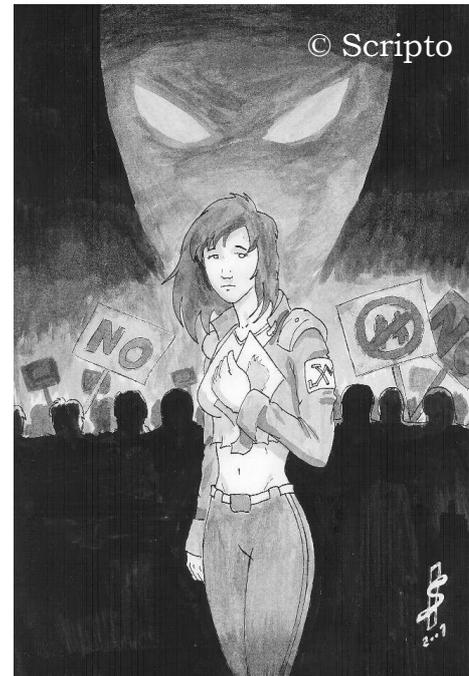


de la masa humana. Creemos que lo que buscan es que quienes somos inmunes al virus desaparezamos y por ello alientan disimuladamente a la sociedad para que nos odie y nos linchen antes de caer en manos de la justicia. Quieren que perdamos la vida antes de que podamos reproducirnos. ¿Que por qué harían esto? Pues, ¿no crees que el virus podría haber sido creado, incubado y sembrado en la Tierra por ellos? Entonces, una vez infectada la humanidad, les bastaría hacerse ver y ganarse nuestra confianza, para proceder a una limpieza más fina. Creemos que esperan a que la humanidad se extinga sola. Para quedarse con nuestro planeta.

Sí, tienes razón. He hablado mucho y tú no entiendes nada. ¿Dónde te perdiste? Ah, sí, en la parte del Síndrome. Verás, altera la producción de hormonas. Es por eso que tus caderas son amplias y tus senos asoman por tu blusa, y por la misma razón no tienes vello en la cara y tu voz es aguda. Como eres inmune, no te pareces al resto de las chicas de tu edad; sus organismos generan más hormonas masculinas y menos femeninas que el tuyo. Los hombres que verás aquí tienen torsos velludos, algunos, y espaldas más anchas, y voces más graves, y podrás conocer a algunos que hasta poseen abundantes barbas en sus rostros; no son como los que sueles encontrar en las calles de tu ciudad. Te darás cuenta enseguida, y es bueno que te hagas a la idea para que no te resulte tan extraña la visión, que los hombres y mujeres inmunes son físicamente muy diferentes entre sí, algo que no sucede entre los enfermos de afuera. Esto hace que los hagan «desaparecer» y por lo mismo nosotros también desaparecemos por voluntad propia.

¿Alguna otra pregunta? Sí, sí, tienes razón: mencioné extinción. Cuando ellos ayudaron a los hombres y mujeres a reproducirse de manera artificial, aumentó sensiblemente la natalidad, que había caído casi a cero. Pero hemos observado que el instinto reproductivo comienza a mermar de forma alarmante. Los nacimientos, aunque artificiales, son menos cada año. Aunque ya nadie necesita un encuentro íntimo para reproducirse, cada vez menos hombres y mujeres sienten el deseo de criar descendencia. Y eso tampoco es natural, Carla. De esto no tenemos prueba alguna todavía, pero muchos de nosotros empezamos a temer que ellos estén manipulando los deseos más íntimos y los instintos que aún quedan en los humanos. Por eso la gente como tú es tan valiosa.

Ven conmigo ahora, te presentaré a otros miembros de la Resistencia. Y verás con tus propios ojos nuestro plan de reconquista del planeta. Te enseñaré a los niños, hermosos bebés inmunes, perfectos, hechos a la manera tradicional,





nacidos de forma natural. Un día, espero, querrás tener los tuyos también. ¿Yo? No, ¿cómo se te ocurre? ¡Ja, ja, ja! Yo no pienso en tener hijos, niña; mi trabajo aquí es otro. Además, ya estoy viejo.

Volviendo al tema, tratamos de reproducirnos tanto como nuestros recursos nos lo permiten, para poder repoblar la Tierra en caso de ser necesario, si es que no logramos curar a nuestros hermanos. Y mientras tanto, planeamos una ofensiva militar contra los «amigos» de las estrellas. Yo no lo veré, Carla, ni creo que tú lo llegues a ver. Pero quizá nuestros nietos puedan volver a ser libres y expresarse sin miedo. Y quizás los humanos volvamos a ser los dueños del planeta.

¡Qué insistente eres! Está bien, te lo diré. Yo puedo manejarme bien en la sociedad enferma de afuera por una razón muy simple: soy homosexual. ¡No te asustes! No estoy enfermo como tu madre ni como los policías que te habían atrapado. Ya te dije que soy inmune al virus. Pero recuerda que antes hubo homosexuales por naturaleza. Yo soy uno de esos.

Cuando empezó el cambio, Carla, yo era un adolescente. No cambié. Yo llegué a sufrir el rechazo de algunos amigos a causa de mis inclinaciones sexuales. Y cuando empezó el cambio, los mismos amigos que antes me rechazaban, se volvieron hacia mí, me buscaron, dijeron que ahora me comprendían. Pero, ¿sabes?, no comprendieron nada, porque entonces empezaron a huir de las mujeres. Les hicieron a las chicas lo mismo que me habían hecho antes a mí. Fíjate bien, Carla, que no hablo de agresiones, ni siquiera de desprecio. Era algo más sutil. Era el evitar quedarse a solas con una chica, por temor a que la buscara de manera íntima. Evitar cualquier roce casual. No incluirte en sus planes de campamento. Y eso duele más, puedes creerme. Por todo lo que viví en mi juventud, ahora soy firme creyente de que el respeto por los demás es vital para la supervivencia de la raza.

Los que somos como yo podemos servir de enlace entre este mundo oculto y el de afuera, para rescatar a los jóvenes perseguidos como tú y fortalecer con sangre nueva a la Resistencia. Carla, te pido que hagas un esfuerzo por encontrar tu lugar aquí entre nosotros, porque te necesitamos. Puede sonarte trillado, pero eres parte del futuro de la humanidad.

© Susana Sussmann

Nacida en España en 1972, creció y se educó en Venezuela, donde reside actualmente. Estudió física en la universidad, especializándose en supercuerdas. Susana combina su formación científica con algunas aficiones artísticas como la escritura y el canto. Es editora de la revista electrónica *Crónicas de la Forja* (<http://www.forjadores.net>), coordina el taller literario virtual *Los Forjadores* y organiza las *Tertulias Caraqueñas de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror*. Además, ha sido publicada en algunas ocasiones.



EPIFANÍAS DE UNA HIPERNOVA

por Héctor Horacio Otero González

A pesar del racionalismo que todo científico debe tener, los hay que tienen manías muy raras. Éste en concreto es un tanto genitálico. No obstante, este cuento forma parte de una saga con un mismo personaje, del cual ya fue publicado otro relato en Alfa Eridiani Segunda Época n.º. 3, bajo el título de *FATA MORGANA*. En este caso se trata de una precuela en la cual se aclaran el origen de algunas problemáticas y características del protagonista, el capitán Basoa.

El mensaje en el foro de observación de supernovas en InterPlanet no dejaba lugar a dudas; puesto que se trataba de Enormis Gigantea, una estrella extraordinariamente grande, su fin sería memorable. Y su observación directa y cercana, una oportunidad irrepetible en términos de una vida humana. En particular para un fanático obsesivo como Fernando Basoa.

El sólo pensar en el futuro colapso directo de la estrella en un agujero negro lo excitaba. Cerró sus párpados, desnudo como estaba, sentado en su sillón favorito frente a la cascada de tipografía tridimensional Garamond, su favorita. Deslizó su mano izquierda hasta su bajo vientre y comenzó a estimularse, imaginando la emisión de dos chorros de plasma increíblemente energéticos desde los polos del feneciente astro, disparados casi a la velocidad de la luz. La paz que sucedió a las descargas, la real y las proyectadas, fue tan intensa que el capitán dudó por un momento no encontrarse bajo los efectos de un diluvio de verdaderos rayos gamma.

Sin retirar su mano de entre sus ingles, temeroso de ensuciar algo de su flamante nave –adecuadamente bautizada como Ermita II (siempre le habían gustado las sagas y preveía una también para ésto)–, se dirigió a la ducha. Una vez allí recomenzó el ritual cotidiano. Enjabonarse y enjuagarse en tres ocasiones, siempre comenzando en la cabeza para terminar en los dedos de los pies. No fuera caso que la supuesta mugre que se escurría volviera a ensuciar lo ya limpio. Aunque, a decir verdad, él nunca sintiera que estaba lo suficientemente limpio.

Mientras se lavaba, pensaba que el viaje a Gigantea sería provechoso en muchos sentidos. Evitaría permanecer en NeoBaires cuando cumpliera su trigésimo quinto cumpleaños (y sobre todo, se salvaría de la amenaza que sus amigos le hicieran un festejo sorpresa, con disfraces y *karaoke* incluidos –una verdadera pesadilla–. Daría un magnífico primer viaje a su nueva compañera intergaláctica (a la vez nave y hogar, puesto que su cubículo en la capital argentina sin duda no lo era). Además, luego de un año y medio de inactividad laboral (a partir del del incidente con la Ermita original en el sistema Numa



Pompilio, del cual prefería olvidarse), tal vez fuera un excelente broche de oro para las forzadas vacaciones.

Gestionar el préstamo para comprar el nuevo transporte le había llevado ese lapso; no es que siempre hubiera estado haciendo trámites, pero le gustaba tomarse sus tiempos para hacer las cosas y cualquier traba burocrática lo inmovilizaba para realizar otras actividades hasta habersela sacado de encima. Pronto iba a tener que comenzar a pagar la deuda, si es que no quería que la policía espacial recibiera una orden de captura. Además, debía empezar a juntar dinero para una futura clonación, en tanto no deseaba ser el último de su linaje. La enésima replicación era su reaseguro frente a la crisis de edad intermedia que comenzaba a insinuarse: la certeza de la muerte propia, la inevitabilidad de la declinación física, el frustrante contraste entre sus expectativas adolescentes y su solitaria realidad.

Fernando no usaba ningún mecanismo para secarse, solo toallas y paciencia, refregando hasta el último rincón, con la convicción íntima de que lo húmedo se pudre. Al finalizar, con un silbido, hizo que su nuevo ropero se abriera de par en par. Gracias a Dios había podido finalmente retirar los muchísimos objetos heredados de sus predecesores y los caprichos de su propio coleccionismo. Incluyendo su ropa. 10 pares de botas *Galaxy Rubber* marrones, 20 pantalones *Magno 505* negros, cuarenta camisas *Frenessí* leñadoras, cada una con idéntico diseño pero sutiles variaciones en sus tonos apagados. En cambio, las botas y los pantalones eran todos idénticos entre sí. Compraba la ropa una vez por año, siempre en el mismo asteroide, siempre a la misma vendedora, cuya aterciopelada voz lo cautivaba. Jamás se había atrevido a proponerle nada.

A la mañana siguiente, despertó y se dio cuenta que se encontraba entonces en un momento crucial. La elección de la navegadora para la nueva nave había sido una tarea extenuante, que demandó gran parte de su ocio. Catálogo tras catálogo iba desechando a las postulantes; aquéllas que en su vida física y en relación al escueto perfil detallado le parecían demasiado independientes y partidarias de tomar la iniciativa, excesivamente inteligentes o incluso algo vanguardistas. Finalmente encontró a quien lo satisfizo en primera instancia; una connacional de familia conservadora, machista, sumisa y atenta. Y sobria bebedora ocasional de buen vino, que más podía pedir.

La había programado como morocha, de tez trigueña, magra. Habituada a usar vestidos y tacos aguja, por más imprácticos que estos resultaran para caminar sobre el piso de titanio. Y por sobre todas las cosas, el detalle más importante a su juicio: la edad. Tan poca como para que disfrutarla constituyera estupro en gran parte de los planetas civilizados pero suficiente para que tuviera lo que toda mujer debe tener para ser tal. Presionó el botón y Azucena apareció. Se le acercó lentamente y sin decirle palabra comenzó a masajearlo. El Capitán Basoa sintió que sus dedos se le hundían en la carne como un cuchillo



al rojo vivo sobre mantequilla. En un susurro le suplicó, entregado, que pusieran curso hacia la agonizante gigante.

La Ermita original había sido una nave sólida y confiable y su belleza era casi inasible, un subconsciente objeto de deseo al estilo freudiano. A decir verdad, había sido diseñada de acuerdo a las proporciones de un antiquísimo orden de arquitectura terráqueo: el jónico. Aunque la pureza de sus líneas despojadas parecieran rústicas a la vista de muchos, su belleza no resultaba indiferente para los conocedores y justificaba su precio, notoriamente elevado para un transporte de esas características. Así era Fernando, lo mejor o nada. Para elegir la nueva nave había utilizado un criterio similar, aunque en este caso la misma estaba ornamentada con un barroquismo exquisito, cercano al *horror vacui*.

Una melodía emparentada con el rock sinfónico acompañó su desentumecimiento, aún dentro de la cámara de estásis, cuando la navegadora decidió que la nave se había acercado a Enormis Gigantea lo suficiente para disfrutar del espectáculo pero no tanto para que acarreará riesgos respecto al único tripulante humano.

Sin vacilar Fernando se conectó a InterPlanet, bajo su personalidad holográfica de «Andrés del Bosque», un fornido y viril guardaparques espacial destinado en Foresta VII, cerca de Alfa Eridiani. Su personaje estaba permanentemente necesitado de compañía y atención femenina; nadie podía creer que existiera en la realidad pero féminas de diversas especies se prestaban al juego. Porque si bien el Capitán Basoa prefería relacionarse con humanas o representaciones fehacientes de éstas, de tanto en tanto se permitía ciertos deslices cuando navegaba en la red.

Lo que quería en realidad, en esta ocasión, no era un encuentro romántico. Su idilio con *Susi* (así la había apodado), la navegadora, iba viento en popa, puesto que escoba nueva siempre barre bien. Lo que deseaba verdaderamente era reencontrarse con otros fanáticos de las supernovas que se hallaren en la zona, con los que en ocasiones anteriores había entrablado una relación que si bien no podía calificarse de amistad, sí podía decirse que constituía una especie de compañerismo fundado en este interés en común.

Lamentablemente, Fernando tuvo que desconectarse casi en el acto: quien se presentó fue Serapis, una antigua desconocida que lo perseguía. Desconocida porque no se había topado con ella en toda su vida, aunque ella se resistiera a creerle; antigua porque en realidad sí había tenido algún tipo de relación con un clon suyo precedente. ¿Cómo explicarle a un ser cuya longevidad se extiende al milenio que uno, que se ve igual a quien ella conoció, no es el mismo aunque así se vea y en cierto modo así lo sea?



Momentos así lo tentaban efímeramente a repudiar su sangre originaria, que en última instancia era la responsable de este continuado juego de espejos infinitos en el que se había transformado su repetida existencia; el descubrimiento de que los vascos descendían de un origen panespérmico —y por tanto extraterrestre— los había convertido, en virtud de características intrínsecas a su ADN que aseguraban su compatibilidad con otras especies ampliamente difundidas en el universo, en los colonizadores clonados preferidos.

Faltaba una hora para alcanzar el Límite de Chandrasekhar y que el espectáculo comenzara. Acomodó su nave en un punto exacto, que siempre usaba para estos casos. Fue entonces cuando comenzó a percibir un cambio en la luz que observaba. Se había transformado en la luz más bella que había visto en su vida. De repente, empezaron a aparecer decenas de espíritus puros, surgidos de este resplandor. Muchos *putti*, moviendo sus alitas como en un cuadro renacentista, cubrieron su campo visual.

El Capitán se enfureció; casi enloqueció, se podría decir. Habiendo creído que estos transdimensionales materializados eran sólo una leyenda, no estaba preparado para el inconveniente. En el pasado, en situaciones similares, había torpedeado con fotones a naves vecinas que no se terminaban de acomodar una vez iniciada la función. Pero esto de los espíritus alados lo desconcertaba.

No acostumbraba aceptar influencias de nadie; sin embargo, éste era un caso extremo. Recordó que Serapis era una especialista en Derecho Galáctico, tendría que poder aconsejarlo respecto a esto. Acto seguido, se conectó a Inter-Planet, nuevamente como el guardaparques cósmico.

—Hola hermosa —dijo hipócritamente.

Jorge Vilá



—Hola, fornido guardián de la foresta —replicó Serapis, algo sorprendida—. Te noto contrariado —agregó—. No te favorece ese peinado, es muy antiguo. Y tu ropa, siempre la misma.

—Querida, cómo quieres que me peine —dijo con pretendida dulzura y contenida ira, acariciándose con una mano el cabello que comenzaba a ralear. Esta ropa cuesta diez veces más que lo que estás acostumbrada a ver en los idiotas con los que te relacionas —suspiró luego de decir esto, sabiendo que iba por mal camino—. Ocurre, como verás que una multitud de *putti* nos va a aguar el show.

—Haz algo al respecto, cariño. La gente que molesta no te ha detenido en otras ocasiones.



—Pero estos no son seres comunes, no tienen naves. Si comienzo a torpedear, destruiré las de los demás observadores. Me perseguirían por el resto de mis días.

—¿Por qué no vas y acabas con ellos, grandotote? Pertenece a otra dimensión. Destruirlos no es un crimen punible en la nuestra...

Carte blanche. La desconexión fue instantánea. Se cambió y convocó luego a Susi, quien se sorprendió del extraño atuendo con el que la había vestido. Botas plateadas, un vestido con minifalda, el cabello batido, muchísimo maquillaje. Le dio un rifle de neutrones, reservándose para él una *bazooka* de anti-materia. El también estaba vestido de un modo extraño.

—Llámame *Duran Duran, Barbarella* —suplicó y ella comprendió inmediatamente que se trataba de un nuevo juego. Tragaron las pastillas de aire concentrado al unísono y se pusieron uno a otro los cinturones desplazadores.

Al salir de la nave empezaron a disparar a los círculos concéntricos de coros. La tercera jerarquía fue relativamente sencilla de eliminar; Angeles, Arcángeles y Principados no opusieron gran resistencia, si bien salpicaron sobremana de sangre a las naves, muchas de las cuales huyeron despavoridas.

Los integrantes del segundo orden, Potestades, Virtudes y Dominaciones, se mostraron algo escurridizos. Igual, fue una matanza sin precedentes. Los Tronos, Querubines y Serafines tomaron veinte minutos en ser aniquilados, pero la demora incrementó el placer de los ejecutores. Al volver a la Ermita II estaban exhaustos. Se sirvieron vino y delicados quesos.

La hipernova se manifestó bellísima, *cuasi-divina*; Fernando, enternecido y repleto de espiritualidad, reflexionó frente a tanta perfección que esto no podía ser una casualidad natural y que como había dicho un compatriota suyo mucho tiempo atrás, la existencia de Dios constituye cuanto menos un digno propósito.

© Héctor Horacio Otero González

HÉCTOR HORACIO OTERO GONZÁLEZ nació en Buenos Aires en 1966. Trabaja en una librería y que esta casado y con dos hijos pequeños. Reside en un suburbio de Buenos Aires llamado Villa Luzuriaga. *ENANOS PARADOS SOBRE LOS HOMBROS DE GIGANTES* fue publicado en el número 37, septiembre 2004, de la revista Cuasar. Su cuento *FELIDAE* ha sido traducido al francés en el Número 70 de la revista *Lunatique* (Febrero 2006), bajo el título de *LES FELINS*. En NGC 3660 le han publicado cuatro cuentos que se pueden leer en el link <http://www.ccapitalia.net/ngc/creativa/hectororacio/index.htm>



TÚ ERES ALIEN

por Luke Jackson

El aprendizaje de cualquier idioma conlleva un duro entrenamiento que se inicia en nuestra más tierna infancia. De dicho entrenamiento salimos victoriosos gracias al esfuerzo que ponen en el empeño nuestros progenitores. No obstante si poseemos una discapacidad el proceso se ve ralentizado. Luke va un paso más allá al plantearnos un discapacitado muy especial.

Tu primer recuerdo es iluminado por el resplandor blanco-lechoso de una luz difusa, nadando a través de mucosa y estrujado entre los húmedos cuerpos cilíndricos y los tranquilizadores cilios. Eras un niño que jugaba; los cilios sólo podían formar ideas sencillas, agradables, colgando en el esputo como promesas. Eso fue antes de tener auto-conciencia, de ser distinto de los otros.

Tu segundo recuerdo fue ser sacado de la masa que se retorció por un mayor. Sus cilios temblaron hacia atrás en obvia repulsión, y luego bailaron en claras señales que incluso tú podías distinguir: *prohibido*, *peligro*, *advertencia*. Tú seguías tratando de retroceder hacia los juegos proglotidianos, pero el mayor sujetó tu brazo larguirucho, y finalmente empezó a azotarte con hebras de cilios enrollados y a pincharte la carne de la espalda con sus mandíbulas redondas y segmentadas.

Fue entonces cuando te diste cuenta de que eras diferente.

Recuerdas cuando fuiste al zoológico.

Jervix te lo dijo temprano por la mañana. Hizo gestos con símbolos extraños, complejos, que no comprendiste todos, lo cual era habitual. Algo sobre la vida en otros mundos, otros planetas, cómo podíamos ver esas razas y criaturas extrañas y misteriosas. Sus cilios ondeaban frenéticamente, desesperadamente; para cuando te quedabas en un símbolo, él estaba siete u ocho movimientos más adelante.

—No sé si puedes ir, todavía —había gesticulado Jervix, envuelto en el suave capullo de terciopelo encima de tu cajón de arena.

Al final, te habían dejado ir. Todavía recuerdas la carrera, jadeando, a través de las cámaras de hormigón, mirando a través de los portales de exhibición hacia las selladas bóvedas que contenían a los visitantes conquistados: aladas



criaturas con enormes ojos y cabezas, saludándote débilmente con la mano; demonios con cuernos y colmillos, acurrucados unos sobre otros y alimentándose de cadáveres disecados con sus pezuñas, rascando contra el portal en fútil amenaza; incluso algunos que no podían ser visitantes, criaturas sin características identificables *per se*, formas oblongas mojadas e iluminadas que bailaban sobre surtidores gaseosos en la extraña atmósfera de su cámara. Te preguntas cómo llegaron aquí.

Lo que más recuerdas, sin embargo, eran los que se veían como tú. Eran diferentes en algunos aspectos: el pelo de sus cabezas tenía una forma prolija, estaban vestidos con uniformes grises, limpios y planchados, y tenían la expresión rolliza y rubicunda del bien alimentado. Pero algo estaba mal en sus ojos acosados. Podías asegurar que no eran felices.

Trataste en vano de leer los iluminados jeroglíficos, de varias líneas, junto al portal. La piel de la punta de tus dedos no era bastante delicada para procesar las intrincadas sutilezas del texto. Eras un niño débil e indefenso.

—Humanos —dijo Madre, haciendo un vago gesto hacia ti—. Solían estar en nuestro planeta. Por separado, tuvimos nuestra paz durante mucho, mucho tiempo. Pero los disturbios aumentaron, y su mundo-hogar quería que ellos regresaran. Finalmente tuvimos que devolverlos. Fue un tiempo de muchos conflictos. Parecían sorprendidos de que reclamáramos nuestro propio mundo —gesticuló Madre.

Deseabas tener cilios para hablar, pero no podías coordinar el pelo de tu cuerpo sin importar cuánto lo intentabas. Sólo podías usar tus diez dedos regordetes y carnosos, que carecían de cualquier agilidad y gracia, sólo podías hacer los símbolos más simples y rudimentarios. Trataste desesperadamente de expresar la tristeza de los humanos, su necesidad de ayuda.

—¿Necesitas excreción privada? —preguntó Madre. Siempre malinterpretaban tus palabras.

El hombre dentro de la bóveda extendió su gran mano contra el vidrio, vocalizando palabras que no pudiste comprender. Sus ojos, sin embargo, dijeron una desesperación silenciosa.

Pusiste la palma de tu pequeña mano contra el vidrio también, tratando de descifrar los vacíos de sus ojos negros.





—No toques —regañó Madre, quitando tu mano con sus filamentos.

Estabas en éxtasis cuando recibiste los implantes de cilios en tu decimotercero cumpleaños.

—Tengo que advertirle, nunca antes hemos proglotimorfizado a seres humanos —dijo el genetista a Madre, mientras estabas tendido allí, en las cambiantes fibras de tu nueva piel, saboreando el viento—. No es que sean *estúpidos*, per se, pero sus cerebros se desarrollaron de acuerdo con el limitado espectro sensorial asequible a ellos. Y usted sabe que han sido decretados sociológicamente inestables después de los hypsis.

—Lo sé, sé todo demasiado bien —agitó Madre en respuesta—, ¿pero no es precioso? —Frotó sus cilios contra los tuyos, provocando escalofríos de nuevo reconocimiento a lo largo de tus sinapsis.

—Está mucho más apuesto —dijo el genetista distraídamente.

Estabas ansioso de experimentar esto nuevo. Afuera, el mundo que había sido gris y estéril se volvió infinitamente variado, con vientos que llevaban señales intrigantes y texturas. Seguías estos vientos-olores para encontrar más proglotidianos, que se reunirían a tu alrededor, arrullándote con sus fibras. Pero cuando tratabas de acercarte, se retraían o te mordían con los dientes afilados de sus bocas con forma de O, agitando con sus cilios las señales familiares: *prohibido, peligro, advertencia*.

—Qué asco, está tratando de *interactuar* —se quejó una gran hembra en celo, cuyas rezumantes y fascinantes feromonas te habían convocado a través de las millas de grises tubos plásticos. Entonces sus pretendientes machos se retorcieron a tu alrededor, apareando tus miembros y flagelando tu carne, tratando de impresionar.

* * *

Por lo menos podías leer. Pasabas horas en Información, corriendo tus filamentos a través de los jeroglíficos ahora parcialmente comprensibles. Por supuesto, estabas desesperado por noticias sobre humanos. En *Historia de Nuestro Mundo-Hogar*, de Gjarnub, leíste:

»Los primates homínidos vinieron hace cientos de años, en naves que navegaron a través del espacio y el tiempo. No estábamos interesados. Empezaron a colonizar nuestro planeta, reunidos en comunas que ordeñaron los recursos de



nuestro mundo, cultivando flora y fauna extranjeras para su propio consumo. Se llamaron *Hypsis*. Todavía no estábamos interesados.

»Los hypsis se esparcieron sobre la corteza de nuestro globo como una infección, pero gran parte de nuestro mundo subterráneo quedó inmune. El Imperio agitó una reclamación, pero su poder era distante y fácilmente ignorado.

»Finalmente, el conflicto comenzó. Los hypsis empezaron a fragmentarse incluso entre ellos; muchos de los vástagos votaron a favor de un regreso al poder y al orden del Imperio después de alzarse en relativo caos. Otros vástagos se pusieron inquisitivos sobre nosotros, infiltrando y contaminando nuestra sociedad; aun otros se volvieron temerosos y pidieron nuestra destrucción, para hacer de nuestro amado mundo-hogar un planeta sólo-humano. Por supuesto, no podíamos tolerarlo.

»Se volvió claro que la humanidad era sociológicamente esquizofrénica, propensa a constantes rupturas y a reformas, una causa de mucha tensión y discordia para nuestra amada raza y nuestro planeta. En el Acuerdo Hypsi, aprobamos el regreso forzoso de todos hypsis al Imperio de modo que ellos pudieran arreglarse con estos defectos entre sus propias personas y planetas.

»Nos sorprendió que se sorprendieran, y opusieran una violenta resistencia.

Por lo menos, eso fue lo que comprendiste de los glifos. Los proglotidianos parecían ser indiferentes a los detalles humanos concretos como fechas y lugares, o simplemente podían ser capas de contexto que tu mente primate no podía absorber.

Debes haber leído millones de glifos durante las siguientes semanas, pero las referencias a la humanidad y tus predecesores eran siempre vagas y muy fugaces. Anhelabas saber dónde estaban, qué les había pasado, de dónde venías tú.

Estás tendido despierto en tu cajón de arena, mirando las vacías paredes grises, escuchando el correteo somnoliento de las mandíbulas segmentadas de Jervix. Sus cilios tiemblan ocasionalmente en incomprensibles símbolos de sueño. Tu cuerpo nunca se ha aclimatado perfectamente al ciclo de sueño de cuatro horas; generalmente te sientes demasiado intranquilo para dormir.

Te pones de pie, con tu largo pelo despeinado y la arena crujiendo contra tu nueva piel hirsuta, y comienzas a pasear a través de las habitaciones de tu familia. Al final, llegas a la de Madre, su portal siempre abierto.



—¿Madre? —preguntas, corriendo tus cilios contra los suyos porque es ciega cuando duerme.

—Mmmmff —responde, entonces sus cilios dicen—, duerme.

—Madre —dices, tus hebras se ponen más enérgicas en las tuyas—, despierta. —Sus filamentos se agitan en sueños; temes que te azote sin pensar. Al final se colocan en una pregunta abierta, y puedes distinguir que ahora está despierta.

—Madre —dices otra vez—. ¿Por qué soy diferente?

—Porque eres un humano, por supuesto —responde, todavía confusa con el sueño.

—¿Pero por qué estoy en esta familia? ¿De dónde vine?

—Oh —dice ella. Sus mandíbulas se cierran con un ruido seco y puedes ver que lucha por estar más alerta—. Te lo habría dicho antes, pero no podíamos saber que eras perspicaz. Todavía no puedes estar bajo el Acuerdo.

Sus signos-palabras son complicados, pero agitas que continúe.

—Los hypsis se habían quedado en sus propias colonias durante cientos de años. Estábamos felices de dejarlos con la corteza, un lugar inhospitalario lleno de otras formas de vida, con constantes cambios de temperatura y niveles de luz. Inicialmente, los hypsis eran pacíficos, y nos dejaron tranquilos.

»Pero entonces empezaron a desplazarse bajo tierra. Algunos dijeron que querían *estudiarnos*. Otros dijeron que necesitaban ayuda para evitar y resistir a su Imperio. Incluso otros estaban huyendo de las mismas colonias de hypsis, sin importar la razón. Tu madre, Tía Lucy, fue una de estos últimos.

»Era una adolescente hambrienta y desaliñada, encogida junto a nuestro portal de entrada, que nos gruñía con su idioma-garganta ininteligible. Yo la hubiera ignorado, pero Jervix era joven, e insistió en dejarla entrar. Seguimos sus deseos infantiles, le dimos comida y refugio. Ayudaba con el trabajo doméstico, cuidaba a los niños. Todos teníamos afectuosos sentimientos para Tía Lucy. —Hizo una pausa, parecía reunir sus pensamientos.

»Nunca pudimos hablar con ella. No podía comprender los cilios, no podíamos comprender sus palabras de garganta. Pero pudimos entender que era más lista que las otras criaturas en las cuevas.

»Cuando entramos en el Acuerdo Hypsi con el Imperio, todos nos dimos cuenta que la humanidad era sociológicamente esquizofrénica. En visión retrospectiva, Tía Lucy era representativa de estos problemas: odiaba y tenía



miedo al Imperio, y con todo también había huido de los hypsis. Su propia cultura nunca podía satisfacerla. Deberíamos haber estado más alertas.

»Bajo el Acuerdo, todos los hypsis fueron llevados a naves autómatas del Imperio. Lucy parecía aterrorizada; desapareció varios meses antes de la fecha final, pero fue forzada a irse, como todos los demás. Sólo después de que se fueron te encontramos, protegido en el almacenamiento, con los simples glifos de Lucy garabateados encima de la puerta de la cámara: «No permitiré que el Imperio tenga a mi niño». Fue entonces cuando supimos que podía escribir.

Madre frotó sus cilios a lo largo de tu torso.

—Te retuvimos por Lucy. Teníamos buenos sentimientos para ella, y para ti. Pero ella y su gente eran inestables, y tuvieron que partir.

Has regresado al zoológico y observas a las lánguidas personas detrás de la barrera de vidrio. Sabes que se vería sospechoso, un humano que se queda tanto tiempo aquí, de modo que has envuelto tus hebras bien tensas a tu alrededor para privacidad, y esperas que nadie pueda ver tus miembros humanos por debajo.

Durante la quinta hora un guardián se acerca a la jaula; hace con sus cilios un intrincado baile para abrir el portal y luego empuja dentro unas conchas llenas de papilla. El guardián se va, y los humanos se mueven para agarrar las conchas y lentamente meten la comida en sus bocas con los dedos.



Mientras el ciclo de sueño se profundiza y las cámaras se vacían, te aproximas al portal e imitas el intrincado baile del guardián. El portal se abre a un lado. Te libras de tus hebras y revelas tu cuerpo humano por debajo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta el hombre con su garganta, pero no puedes comprender sus palabras. Las mujeres y los tres niños sólo te miran calladamente.

No sabes por qué siguen allí, de pie, cuando les has asegurado el escape. Saludas con tus cilios, luego empiezas a gesticular con los brazos, tratando de hacer que ellos se vayan, que huyan. Al final, el hombre reúne su pequeña fa-



milia y se acerca al portal, indeciso.

Sales corriendo por los túneles de piedra gris, con la familia detrás de ti. No estás seguro de qué estás haciendo, pero sabes que está mal tenerlos aquí.

—¿Estás con el Imperio? —pregunta el hombre, pero otra vez no comprendes sus palabras.

Los trabajadores del ciclo nocturno se enderezan, con los cilios gomosos y rosados por los suaves intoxicantes. Sólo continúas corriendo, aunque empiezas a darte cuenta de que no puedes correr para siempre.

—Deténganse ahí mismo —gesticula un trabajador, abriéndose paso a través de su lento ensueño.

Luego te están rodeando, y más bajando por los salones. Brevemente, recuerdas ser un niño que se retuerce entre su húmeda carne rosa y blanca, pero ahora sus músculos bajo la piel se están flexionando y sus bocas están mordiendo. Forcejeas contra ellos, tus miembros débiles e inútiles contra su tamaño y cantidad. Sabes que nunca serás uno de ellos otra vez; nunca has sido uno de ellos.

Sientes tus miembros cubiertos con un alquitrán rosado y gomoso, y tus gestos se hacen más débiles, más limitados, y al final se detienen totalmente. Te sientes arrojado de ti mismo, que tu cuerpo se escurre mientras tu mente mira anonadadamente. No puedes ver qué le está sucediendo a la familia humana.

—Éste estaba separado de los otros —imaginas en los cilios retorcidas que rodean a tu pequeño cuerpo boca abajo—. Prueba que no sólo son sociológicamente inestables, sino que también individual e intrínsecamente.

Entonces hay negrura.

Más tarde, el mundo no bienvenido empieza a regresar, en breves rachas y parpadeos, iluminado por extraños nuevos colores —azules, rojos, naranjas, verdes, amarillos— colores que nunca conociste en el mundo proglotidiano de blanco, gris y rosado fugaz.

Lo que más recuerdas es el cielo. Miras hacia arriba en un inmenso espacio ilimitado, y piensas primero que ésta debe ser una vasta cámara subterránea. Pero envías tus cilios temblorosos a percibir las paredes de este espacio, y no encuentras nada; parece continuar para siempre. El espacio no está controlado, hay demasiado calor que cae de un abrumador fuego en el cielo; los vientos



aumentan y se calman al capricho de fuerzas innombrables, el viento trae una peste nauseabunda de olores innombrables.

Bajas la mirada y ves unos proglotidianos de negra armadura avanzando por debajo, con los cilios bien protegidos del cielo; eres sujetado encima de ellos, en una clara taza de plástico insustancial, expuesto a todo. Sobre la tierra distante ves extrañas estructuras que se balancean, puedes percibir que están vivas, llenas de criaturas que sólo conoces por sus conchas muertas, y ves ciudades quemadas de madera y hueso que puedes sentir que están muertas.

Las sensaciones son abrumadoras, provocando estremecimientos y escalofríos a través de todo tu torso; tu cabeza está en llamas y tus apéndices están entumecidos e hinchados. Éste debe ser el castigo por tu trasgresión: el cielo horrendo y su omnisciente ojo encendido.

—¿Estás bien, pequeño? —dice la voz de un hombre—. Esos condenados gusanos... No puedes darle tranquilizante de caballo a un hombre, sin embargo le dan tranquilizante de gusano a un niño. De modo que no verás el cielo. Demencia... demencia malvada. —Tú sólo escuchas secos gruñidos.

Un humano arrugado y diminuto se sienta cerca de ti. Detrás de él, se ven más estrellas y cielo a través de un portal; sientes el escalofrío de un terror inminente.

—Toma esto, chico —dice, empujando un tubo de respirar cerca de tu boca. Estás demasiado débil para quitarlo, e inhalas una peste química en tus pulmones. Te pones tenso, pensando que el extraño hedor es veneno. Te preocupas al sentir que te pones más cansado y letárgico, que tu cuerpo se muere, pero tu preocupación ha adquirido una cualidad distante.

—Éter —dice el hombre, quitando el tubo de tu boca y poniéndolo en la suya, luego aspirando profundamente—. La única cosa que me mantiene cuerdo en estos vuelos largos... Etéreo —dice por el tubo de plástico claro.

Anestesiado y a salvo, el hombre se vuelve a mirar el vacío.

—Temor al espacio, al vacío —dice vagamente—. Condenados gusanos.

A través de la vaguedad entumecida del éter y tus febriles sueños que se esfumaban, reconoces el esputo blanco de Madre complejamente entrelazado a través de tus cilios. Habitualmente tienes dificultad en descifrar estos mensa-



jes de forma y olor, pero éste se destaca claramente: «Hicimos lo mejor que pudimos».

El hombre resopla otra vez sobre el tubo de éter, mirando sin miedo en el espacio sin límites.

—Está mal, lo que los hypsis hicieron, alimentar sueños en las mentes de los jóvenes —finalmente el hombre continúa, frotándose los reumáticos ojos con sus manos callosas—. Como el Emperador dice, «Sin orden, el egoísmo se convierte en ley».

»Tenía razón en volar sus naves de regreso al cielo. El Emperador siempre tiene razón, alabado sea Su nombre.

No sabes cómo, pero comprendes. Durante el resto del vuelo, ajustas tus cílios a tu alrededor por una frágil sensación de seguridad, el esputo blanco de tu madre cerca de tu torso, temiendo a cada momento que tu viaje termine en metal ardiente y destrozado.

© 2006, Luke Jackson

Publicado originalmente en *Scifantastic* número 5

Al nacer, el cráneo macizo de Luke hizo crujir los huesos de su madre. Ella pudo volver a sentarse de nuevo, aunque Luke siguió siendo un dolor más que metafórico en la misma zona durante los años que siguieron. En cuanto a Luke, los críticos sugieren que pudo haber sufrido algún daño cerebral permanente y nunca tuvo oportunidad de ser "normal". (Los críticos son unos necios. En sus 30 años, Luke ha revelado un brillo y perspicacia que exceden largamente las capacidades de los homínidos normales). El trabajo diario de Luke Jackson tiene que ver con las leyes, por lo menos hasta que logre fama y riqueza como escritor de ciencia ficción. Para sostener ambas posiciones obtuvo un Doctorado en Jurisprudencia en la Escuela de Leyes de la UCLA y un Bachillerato en Literatura de la UC Santa Cruz. Actualmente vive con su esposa Padma y su hijo de dos años Dylan Siddhartha en Los Ángeles, California, USA.



EL CRUCE

por Ermanno Fiorucci

En nuestras sociedades, las personas ancianas suelen vivir más en soledad. Antiguamente estaban al cuidado de sus hijos. Hoy van a residencias. No obstante, ésta no parece la solución ideal. Lo ideal sería que viviesen sus últimos días en la casa que tanto les costó vivir y mantener en buenas condiciones. Me pregunto cual es el futuro que Ermanno les augura.

El pecho dolía mucho...vomitar... vomitar... Sombras moviéndose presurosas...Un reloj redondo, colgado a una pared blanca, avanzando muy lentamente... Frío y penumbra...respirar... ¡que difícil era respirar!

Luego de pronto, por la mañana, se oyó un ronroneo sofocado: Ramón se derrumbó, el mundo a su alrededor giró vertiginosamente, mientras en la colina, detrás de él, las siluetas inciertas de los médicos se esfumaban como en una neblina.

Ramón continuó moviéndose, no recordaba otra cosa que la oscuridad y la luz que se diluía y finalmente percibió el olor del mar y siguió adelante dirigiéndose hacia una playa desconocida.

Corrió a lo largo de la playa blanca de luna. Él sabía que la naturaleza es siempre la misma. En efecto nada había cambiado; en absoluto, pensaba él, mientras alcanzaba la línea en la que las espumosas olas del mar se rompían en la playa.

«¿Luisa?» esperó, afinó el oído, pero la voz de ella era cubierta por el ruido de las olas que rompían en la orilla.

Los Machado habían sido siempre una pareja muy unida y también ahora que vivían en el pueblo *El Reposo* estaban juntos y eran felices,

Ramón Machado dejaba sola a Luisa solamente durante la temprana tarde, cuando ella decidía dormir su acostumbrada siesta. Entonces Ramón bajaba al laboratorio y trabajaba con arcilla. Ya a estas alturas no podía dedicarse más a la talla de la madera; sus manos nudosas y algo deformadas por los años, eran fuertes todavía, pero las estadísticas decían que, no era recomendable poner un objeto cortante en manos de alguien que hubiese cumplido los setenta años. En consecuencia, al señor Machado no le estaba concedida la talla de la



madera. Y la verdad, murmuraba entre sí, le estaban concedidas muy pocas cosas.

Mientras tanto el tiempo había transcurrido rápidamente y él había olvidado totalmente que hora era. No quería que Luisa, al despertarse, se encontrara sola, por lo cual se dirigió de prisa hacia la salida del laboratorio.

Cuando llegó delante de la puerta del apartamento, Ramón se sintió de pronto desfallecer. Había ya visto muchas veces aquel cartel con la cruz roja colgado en la puerta de algún apartamento. En este podía leerse: *CRUCE DE EMERGENCIA. EXPEDIENTE 3582-W900. INFORMACIÓN TLF.2317464. DESINFECCIÓN EFECTUADA.*

Los helicópteros del servicio ambulatorio ni se veían, ni se oían llegar. Cada apartamento tenía su «helipuerto» en el cual aterrizaban, cuando venían a relevar a alguien de noche. Los médicos-controladores automáticos estaban distribuidos estratégicamente por todo el pueblo y registraban los síntomas de los habitantes, los elaboraban y, con la rapidez de un cerebro electrónico, emitían el diagnóstico. No dejaban ni la posibilidad de despedirse a quien se quedaba.

Ramón hizo un esfuerzo supremo para controlar todas sus emociones y marcó el número: 2317464.

—Aló... sí le habla Ramón Machado del pueblo El Reposo, quisiera que me informaran acerca de mi esposa Luisa que ha sido hace poc...

Una voz metálica le interrumpió:

—Por favor dígame el número del expediente

—Ah, un momento —revisó el cartel— 3582-W900

—Expediente 3582-W900 presunto cruce. Le agradecemos que no repita la llamada para así dejar libre la línea para eventuales emergencias. Las visitas no están permitidas para evitar peligros de infecciones. Expediente 3582-W900 presunto cruce. Le agradecemos que no...

Ramón miraba fijamente en la penumbra la blancura incierta de las sábanas de la cama. De pronto el apartamento le pareció terriblemente vacío. Rozó con mano ligera, la huella del cuerpo que Luisa había dejado en la cama y rompió a llorar, por que Luisa había sido llevada mientras estaba sola; nadie cerca para decirle adiós.





Ramón trató de seguir su vida de manera regular, la de cada día. Se esforzó por no demostrar síntomas sospechosos, ya que no deseaba en absoluto, que el helicóptero llegase para llevárselo.

Aquel día olvidó hasta comer. Ramón de vez en cuando perdía la noción del tiempo y de la lógica (¡y ese reloj redondo colgado en la pared blanca marcaba casi siempre la misma hora!). Sin embargo, a pesar de que no lograba ya recordar con claridad muchas cosas, recordaba con extrema lucidez los hermosos momentos vividos con Luisa. Y mientras más regresaba hacia atrás en el tiempo, más nítidos aparecían los recuerdos. Detestaba regresar al presente y a sus aburridas rutinas. Pero de pronto recordaba al helicóptero y se esforzaba por no mostrar el más mínimo síntoma sospechoso.

Luego, una noche, Ramón tuvo un sueño tan extraordinario, tan audaz que fue necesario volverlo a soñar la siguiente noche para poder creerlo. Volvió a oír también un ruido que hacia tiempo no había advertido. *Luisa pensó, ¿Los escuchas tú también? Son los patos salvajes que están regresando. Es el primero de abril cuando la laguna se vuelve más amistosa y acogedora. ¿Recuerdas?*

La cabaña a orilla de la laguna en la cual la flora acuática se agitaba y desaparecía en la profundidad de las aguas oscuras, se le apareció de pronto dejándole lleno de cansancio y de nostalgia. Él y Luisa habían pasado muchas vacaciones en la laguna, donde se habían encontrado por primera vez y habían hecho el amor en la playa. Ahora, probablemente la cabaña ya no existía, pero el sol, el agua y el cielo, sin duda, no habían cambiado desde entonces.

Ramón comenzó a apartar los dulces y los bizcochos correspondientes a su diaria ración de alimentos. Tres minutos después se levantó y vistió en la oscuridad, muy excitado.

Luisa regreso a nuestra casa. Si las fuerzas no me sostienen prefiero morir en el camino en vez de esperar aquí que vengan para llevarme. Quiero hacer el intento por los dos.

Si lo viesen salir, pensó, le regresarían de inmediato. Por su bien, naturalmente, como si fuese un niño o un perro extraviado. Por esa razón debería mantenerse alejado de las carreteras; debía impedir que le vieran.

Ramón recogió las pocas cosas que había logrado reunir, agregó al todo dos pares de pantalones, dos camisas y una chaqueta. Después de haber permanecido por tanto tiempo debajo de una virtual campana de cristal, no tenía idea si existía la posibilidad de sentir frío.

Se dirigió furtivo a la salida de seguridad. Sabía que, en el pasado, los hombres a medida que iban envejeciendo, continuaban conduciendo sus vidas de manera normal adaptándose gradualmente a los nuevos límites. Pero él



había sido condicionado, desde ya bastante tiempo y su cuerpo ya le era extraño. No sabía, a ciencia cierta hasta que punto podría llegar y que le podría pedir a sus fuerzas.

Al final decidió cruzar el Rubicón... abrió la reja y salió. No sonó alarma alguna. Entonces le invadió un sentimiento de angustia frente a lo que había hecho.

Reconoció la Estrella Polar y se encaminó en dirección sur-este a Potrero Grande. El pueblo El Reposo estaba situado al este de Caña Seca en la zona vieja de la ciudad Potrero Grande más o menos a veinticuatro kilómetros de Laguna Verde y a pocos kilómetros de Turpial. En total algo más de cincuenta kilómetros. ¿Cuánto camino podría recorrer en un día? ¡No lo sabía! De todas maneras lo lograría a cualquier costo. ¡Tenía que intentarlo!

Decidió caminar de noche para no correr el riesgo de ser descubierto. De día, en cambio, descansar si el calor se hacía insoportable. Ahora, sin embargo, lo urgente era alejarse de Caña Seca antes del alba.

Apenas tuvo la posibilidad, se adentró en la espesura. Trataba de no perder tiempo pero, debía cuidar sus fuerzas. Sin embargo, a pesar de que su cuerpo se rebelaba, él seguía su camino. Se adentró siempre más en los campos y bosques. Debajo de la luna el camino era blanco y luminoso y parecía envuelto en un velo de hielo. Él sabía que el alba estaba por llegar, cuando los pájaros iniciaban su algarabía en los árboles a lo largo de la orilla del río.

Se dejó caer, con un quejido, en un cobertizo abandonado, que un tiempo fue parte de un aserradero. El aserrín acumulado en el suelo ofrecía una perfecta y cómoda cama de emergencia. Se tendió y aguzó los oídos para recoger los sonidos que le despertaban tantos recuerdos: el lento murmullo del río y, de vez en cuando, el salto de un pez fuera del agua; los primeros cantos de los pájaros...

Ramón se durmió, soñando con la cabaña vacacional, que él y Luisa habían construido con la madera que el río transportaba, en el lugar en donde, cuando había luna nueva, el agua del mar llegaba hasta los manglares que limitaban los bancos del estuario.

La tarde era caliente. Ramón se despertó. Sentía los músculos entumecidos y las articulaciones adoloridas. Cuando con un enorme esfuerzo logró pararse, se sintió tan mal que se mareó. ¡Y sólo había recorrido unos pocos kilómetros!

Salió del galpón arrastrando los pies. Por un momento pensó en regresar al pueblo. Pero dio un paso adelante y luego otro. Desde el valle subía una brisa fresca. Un paso más. No se sentía mejor pero se impuso seguir. Poco a poco, bajo el cálido sol, su cuerpo iba recuperando fuerzas. Con el crepúsculo, Ra-



món encontró las fuerzas para cargar a sus espaldas la cobija enrollada y seguir su camino.

Caminó todo ese día y el siguiente. Con lluvia o sin ella, Ramón siempre se las arreglaba para encontrar donde dormir. Generalmente descansaba al aire libre, cuando el sol era amable. Sabía que siempre encontraría un cobertizo, o un galpón abandonado, o alguna formación natural en donde guarecerse.

Un par de días después, advirtió en el aire una vibración particular. Mientras él seguía caminando, la naturaleza rejuveneció. Las colinas y las llanuras cambiaron de pronto de aspecto y color. Ramón vio como se perfilaba contra el cielo la primera colina totalmente verde y una mañana descubrió que en las praderas y en los campos había descendido un manto multicolor que los recubría. Ramón siguió su camino, mientras veía las flores abrirse y del suelo brotar los retoños. Descansaba a lo largo de las cercas de cayena y a orilla de los pastizales.

La piel de Ramón, ahora, ya no era gris y floja, lucía tersa y estirada, bronceada por el sol y el aire. También sus ojos azules habían recuperado el brillo y reflejaban el azul del cielo. Las cejas, la escasa barba y los blanquísimos cabellos destacaban sobre la piel bronceada... Ramón seguía su camino.

La siguiente tarde, Ramón se dio cuenta que ya había recorrido mucho camino. En el cielo, al noreste se notaba una reverberación familiar. Ramón se paró cerca de una mancha de árboles en donde quería pasar la noche. El río



seguía su majestuoso camino en el fondo, a sus pies, guiado por orillas escarpadas, pobladas de árboles y arbustos, sobre las que subía la neblina. El sol ya se había escondido, pero sus rayos se reflejaban a lo largo del horizonte sobre el velo de la bruma y sobre las nubes, rompiéndose en mil colores. Había en aquella luz un reflejo particular que sólo el mar puede dar. Entonces Ramón oyó el ronco chillido familiar de las gaviotas, el ruido de la resaca y aspiró el olor del mar. Tiró las cobijas y quedó tendido observando los grandes vuelos de los pájaros en la vasta región. Uno o dos días más y habría llegado al mar.

Se despertó bruscamente, poseído por una extraña sensación de miedo. El sol lo encandiló mientras trataba de ver algo entre la tupida hojarasca. El ruido, mientras tanto, se hacía siempre más fuerte. Una sombra, parecida a la pata de una gallina, pasó sobre él. Luego, de repente, el zumbido cesó. Ramón comprendió: ¡era el helicóptero!



En definitiva ellos sabían que estaba allí. Ramón se encorvó en el intento de escapar, pero los médicos debían haber esparcido alguna sustancia particular en el aire, pues sus miembros se paralizaron atenazados por calambres. Trató de recuperarse pero advirtió el deslizarse de unos pasos sobre la hierba. Volteó. Estaban allí a pocos metros de él. Uno de ellos comenzó a abrir una camilla portátil, pero el primer médico le detuvo con un gesto. Estaba mirando a Ramón con expresión asombrada e incrédula.

—No creo que el señor Machado la necesite Carlos.

Ramón, receloso, salió de su escondite. Los médicos miraron asombrados las ropas desteñidas por el sol y la piel bronceada y tersa.

—Ahora debe regresar con nosotros —dijo el médico bondadosamente.

—No —respondió Ramón.

El médico desvió su mirada.

—Podríamos cuidarle adecuadamente, señor.

—¿Para que? Yo no molesto a nadie aquí. Déjenme tranquilo.

—No podemos señor Machado, y usted lo sabe muy bien.

—Hagan una excepción. Sólo por esta vez —dijo Ramón—. Déjenme tranquilo por un día... será suficiente.

El médico movió la cabeza lentamente dos veces.

—Así yo podría llegar a Turpial. Quiero ir allá y ya no está tan lejos. No me importa morir, ¿es que no lo entienden? Estoy listo para partir, pero antes quiero regresar a mi casa.

Los médicos no podían creerlo.

—No debe decir esas cosas ahora, no debe renunciar, exactamente en este instante, a toda esperanza. Donde hay vida, nuestros extraordinarios médicos harán florecer la esperanza y...

—He oído hablar de esas clínicas —murmuró Ramón—. No quiero que me almacenen en esos galpones con todos esos tubos pegados a mi cuerpo. Como a esos ratones y pollos, acerca de los que he leído, a los cuales han logrado mantener vivos por un centenar de años.

El otro médico avanzó y Ramón pudo ver el brillo peculiar de una jeringa. Dio un paso atrás. El corazón aceleró sus latidos locamente. *La muerte es su*



adversario, mi querido doctor, no el mío pensó. La victoria de la muerte representa una derrota personal para ustedes, para sus quirurgos, para sus pociones químicas y sus aparatos. Tienen tanto miedo a la muerte, que se sirven de nosotros como refugio. Ustedes alejan la muerte de nosotros y de ese modo se convencen a ustedes mismos que pueden vivir para siempre...

Los médicos le gritaron algo. Mientras él se lanzó en carrera pendiente abajo. Corrieron detrás de él, con la jeringa lista, y gritándole que parase.

Ramón seguía corriendo siempre más rápido. Los músculos acalambrados molestaban sus movimientos, pero, a medida que bajaba la colina a la carrera, adquiría más y más velocidad. La cara contraída traicionaba el miedo que sentía de ser alcanzado. En un último esfuerzo, en un extremo estertor convulsionado, llegó al largo corredor oscuro, que se insinuaba en medio de los árboles y al final del cual se distinguía el brillo del agua. Quizás lo lograría, si llegaba a quedarse al resguardo de los árboles, de manera que los del helicóptero no pudiesen verle.

Podría bajar por el río hasta la bahía y de allí llegar a Turpial. Alcanzó con un último esfuerzo el pasadizo, moviendo los brazos desesperadamente en busca de aire. Luego de repente, en la mañana, se oyó un ronroneo sofocado: Ramón se derrumbó, el mundo a su alrededor giró vertiginosamente, mientras en la colina, detrás de él, las siluetas inciertas de los médicos se esfumaban como en una neblina.

Ramón continuó moviéndose, no recordaba otra cosa que la oscuridad y la luz que se diluía y finalmente percibió el olor del mar y siguió adelante dirigiéndose hacia una playa desconocida.

Corrió a lo largo de la playa blanca de luna. Él sabía que la naturaleza es siempre la misma. En efecto nada había cambiado; en absoluto, pensaba él, mientras alcanzaba la línea en la que las espumosas olas del mar se rompían en la playa.

—¿Luisa? —esperó, afinó el oído, pero la voz de ella era cubierta por el ruido de las olas que rompían en la orilla.

Luego, ¡volvió a oír la voz!, se arrastró hasta el borde; y finalmente la vio; lo esperaba allá abajo, donde la luna se posaba sobre las aguas. Encontró los brazos



© Scripto



de ella entre las algas oscuras, en el lugar en que el agua no era profunda.

—La eutanasia es más un arte que una ciencia —seguía repitiendo el doctor Casal en las clases que impartía a los internos en el Centro de la Dulce Muerte, el doctor citaba con frecuencia, como ejemplo de muerte perfecta, el caso de Ramón Machado.

—Estamos, en estos momentos, cruzando más de 150.000 ancianos al mes —dijo—. Y cada caso requiere estudios y cuidados particulares. Si queremos que su partida sea un cruce realmente feliz. Un exacto suministro de psicotrópicos, acompañado de música, de sugerencias etc. está, naturalmente, en la base de todo tratamiento. Todo esto además debe ser coordinado con un análisis excepcionalmente cuidadoso de los sueños y deseos del sujeto en cuestión. Cuáles son sus esperanzas y sus sueños más verdaderos. Todo debe ser dosificado, equilibrado, armonizado, orquestado con extrema maestría y con refinada habilidad. No existen dos sujetos para los cuales un idéntico final sea también una Muerte Feliz, pues las variaciones personales de los deseos específicos son infinitas. Tienen, antes que nada, alcanzar un profundo conocimiento del individuo, si quieren asegurar al sujeto en cuestión un cruce sereno y agradable. Ramón Machado representa mi más brillante éxito. Cuando el corazón le falló, mientras trataba de substraerse a nuestro helicóptero, nosotros, por supuesto, lo mantuvimos vivo recurriendo al corazón artificial. El anciano quedó en coma hipnotérmico durante otro año, para permitirnos estudiarle minuciosamente. De vez en cuando se le reanimaba y le interrogábamos, mientras estaba bajo el efecto de las drogas.

»En suma, para poder estar absolutamente seguros de permitir a nuestro sujeto un cruce feliz, hemos revisado tres mil sueños. Irónicamente el cruce que nosotros escogimos coincidió con el final que Machado estaba a punto de hacer. Sin embargo cuando el paciente huía hacia Turpial, nosotros ignorábamos ese hecho. ¡Antes nosotros debíamos hacer todos los exámenes para tener la certeza absoluta! El único pecado imperdonable en él que pueda incurrir un eutanasista, es, de hecho, un cruce mal logrado. Permítanme entonces que les repita que la eutanasia es un arte, más que una ciencia. Y diré más: el especialista en eutanasia es uno de los artistas más grande, consciente y sensible del mundo contemporáneo.



»Una sinfonía o un aria siempre podrán repetirse. Mas, el último sueño de un hombre que muere, puede ser soñado solamente una vez.

© *Ermanno V. Fiorucci R.*

ERMANNNO V. FIORUCCI R. nació en Limosano (Italia) en 1938 y se radicó en Venezuela en 1955. Oficial de la Marina Mercante, alcanza el rango de inspector en la ya desaparecida Compañía Anónima Venezolana de Navegación (CAVN). Cofundador del Grupo Artístico Armando Reverón (La Guaira, 1978) con el cual interviene en numerosas exposiciones colectivas de pintura (primer premio Cámara de Comercio de La Guaira y 5 menciones en igual número de exposiciones) y 8 exitosas exposiciones individuales. Cofundador de la Asociación Cultural Catia La Mar (1980), de la cual fue presidente y trató de integrar en ella todas las manifestaciones artísticas y culturales, impulsando el Concurso Anual de Cuentos y Poesías y exposiciones anuales de cerámica y artesanía. Creó la primera Escuela de Danza y Ballet del Litoral y, con el fin de minimizar el alto costo, que la práctica de esta disciplina conlleva, creó una zapatilla de ballet totalmente venezolana (Fiorina), ampliamente conocida e imitada en Venezuela. Entre otros reconocimientos, ha recibido la Orden Francisco de Miranda, la Cinta de la Marina Mercante y los Cuatro Timones de la Excelencia de la Marina.



ETICO

por Albino Hernández Pentón

Los emigrantes tienen siempre un largo y arduo camino hacia la integración en sus respectivas sociedades de acogida. Albino trata este tema desde el punto de vista extraterrestre y, debo reconocer, que ha logrado darle unas estupendas pinceladas de humor.

Querida Ilumine:
Sé que nunca leerás esta carta y, si algún día lo haces, ya mi cuerpo se habrá fundido con el polvo de este miserable planeta donde he venido a caer. Con frecuencia recuerdo tus palabras de aliento cuando la depresión hacía presa en mí. Hay cosas peores, decías y yo no te creía, ahora veo que tienes razón.

¿Puedes visualizarme haciendo un nudo de mis genitales? Estoy seguro que no. Al principio yo tampoco, pero dada la necesidad tuve que hacerlo.

La idea se me ocurrió en una calle llamada Arequipa. Era mi tercer día en el planeta y me sentía desfallecer. Había intentado encontrar trabajo, pero a los lugares donde fui o me pedían un documento de identificación, o dinero, o me decían que necesitaban gente joven.

En fin, nada.

Imagínate ver comida de todo tipo y en abundancia, ver a la gente masticar, tragar, salivar y tú con la lengua pastosa y un sherdiak mordiéndote el vientre. Estuve a punto de cometer una locura, estuve a punto de violar los votos. Con un simple esfuerzo de mi mente podía doblar esas débiles conciencias y tomar lo que quisiera. Pero no lo hice, amor, no lo hice. Las enseñanzas del «Padre» evitaron que sucumbiera a las tentaciones.

Me eché en una acera y estiré el brazo derecho con la palma de la mano abierta, como hacía una señora ajada y sucia que estaba rodeada por tres pequeños andrajosos. No tuve éxito. Las pocas monedas que se dignaron a dejar caer los transeúntes fueron a sus manos. A mi me ignoraron. Uno incluso llegó a decir:

—Búscate un trabajo huevón.

No sabía lo que significaba esa palabra. Debía ser un insulto y feo, porque otras criaturas comenzaron a reírse de esa forma tan peculiar que tienen y te juro que me sentí como un pequeño kracon que se alimenta de las heces de los Mujafthi.



Así pasé la mayor parte del día, no sé si no me levanté del suelo por cansancio o porque simplemente había abandonado toda esperanza. Gente de un lado para otro, ruidos, cláxones, polvo, en una especie de locura monocromática, y yo en el centro contemplando el cielo gris acero de esta ciudad, mientras sentía el frío lamer mis huesos.

Cuando llegó la noche algo me llamó la atención. Comencé a ver personas vestidas de forma «colorida» que se recostaban en las paredes. A estas alturas ya era capaz de identificar los dos sexos imperantes en este planeta. Sin embargo, con estas personas en particular me pasaba algo extraño. ¡Parecían mujeres, pero olían a hombre!

Con disimulo me acerqué a dos de ellos y gracias a la fina sensibilidad de nuestro sentido auditivo pude oír lo que conversaban:

—...sexo oral y anal. Cincuenta soles por uno. Si quieres otro polvo son cincuenta soles más.

Ambos olían igual. Entonces, ¿porqué uno parecía una hembra? ¿Qué era sexo anal y oral? ¡Cincuenta soles por uno! Debía ser un negocio bien lucrativo, me dije, porque con un sol podías comer algo que ellos llaman ceviche que olía muy rico en los puestos ambulantes donde lo vendían.

Curioso, los seguí. Aproveché nuestra cualidad para confundirnos con el medio. Sé que no debí hacerlo ilumine, pero entiende, sentía hambre, intelectual y orgánica. Y es posible resistir una, pero las dos...De modo que avancé tras ellos hasta un edificio destartalado con cara de venirse abajo en cualquier momento. En un cartel lumínico medio apagado podía leerse:

HOSTAL ENSUEÑO

En la puerta un cartón sucio y veteado rezaba:

Habitación con baño – 15 soles

Habitación sin baño – 10 soles

Ascendimos por unas escaleras que crujían a nuestro paso, el lugar olía a humedad mezclada con amoníaco. La hembra-hombre tocó un timbre y una puerta de cristal se abrió con un chasquido. Estuve a punto de quedarme fuera, pero logré entrar.

Hubo un intercambio entre la hembra-hombre y su acompañante, dejaron unos billetes en una ventanilla, recogieron una llave y se adentraron por un pasillo en penumbras.

La anciana detrás de la ventanilla gritó:



—¿Les llevo algo de beber?

Ellos no respondieron, tenían las lenguas ocupadas.

Entraron en una habitación sucia y maloliente y comenzaron a restregar sus bocas en sus cuerpos, se tocaban y emitían unos ruiditos que me provocaron ganas de reír. La hembra-hombre se quitó la ropa. Tenía grandes ubres como nuestros ukros, y emitía sonidos como uno de esos animales en celo. Pude ver su entrepierna, sus genitales eran de tipo masculino, pero los tenía doblados hacia atrás de forma que simulaban una oquedad. El macho se colocó a su espalda y de repente comprendí.

¿Recuerdas aquel par de Mukrys jadeantes que vimos en la vía krafta cuando visitamos el Planeta Sor? El guía nos explicó que ésta era la forma en que se acoplaban las criaturas para procrear. Bueno, algo así sucede aquí, sólo que, como he podido averiguar, ellos lo hacen por placer. Se entiende.

Después de captar la mecánica del proceso me aburrí y salí del cuarto, debían estar tan concentrados en lo suyo que ni cuenta se dieron.

Fue entonces cuando hice el experimento. Tomé mi primer genital y lo anudé al segundo, los uní con los complementarios e hice una bola que introduje en la cavidad abdominal como hacen los luchadores Bafkri para evitar ser lesionados.

Me recosté a una pared y esperé quince minutos.

Esa noche comí hasta hartarme.

A la mañana siguiente casi no podía caminar. Las palabras del Padre resonaban en mis oídos: a un gran placer sigue un enorme dolor. Medité, acerca de mis próximos pasos. El negocio de hombre-hembra era lucrativo, pero dudaba que alguien pudiese mantener ese ritmo sin dañar su cloaca. Pagué la cuenta en el tugurio donde me había alojado y conté mis ahorros.

Aún me quedaban unos cien soles. Podía comer ceviche de a sol durante cien días y restringir al máximo mi metabolismo, o podía hacer algo más útil mientras esperaba la nave de rescate. Todavía en esa época tenía esperanza de que me localizaran.

Un hecho fortuito me salvó de repetir la experiencia del día anterior. Mis pasos me habían llevado al centro de la ciudad, allí había un enorme parque en el centro de dos grandes avenidas. Me senté en uno de los bancos a meditar y escuché la siguiente conversación.

—¿Por qué te preocupas tanto?



—Me han pedido un certificado de secundaria para poder trabajar.

—¿Y?

—Compadre, tú sabes que en mi casa somos un montón. He limpiado botas, he cantado en los ómnibus. He hecho de todo menos estudiar. ¿De donde mierda voy a sacar ese certificado?

—Fácil. La solución la tienes justo frente a tus narices.

La solución se llamaba Azángaro, una calle a pocos metros de distancia del Palacio de Justicia. Crucé la avenida a riesgo de ser atropellado varias veces. Los taxistas hacían sonar sus cláxones como en un concierto Vuckir y me gritaban no sé qué. Caminé unas cuadras y me detuve frente a uno de los innumerables establecimientos de la zona, que en poco se diferencian de nuestro Bazar de los ladrones.

Estudí la situación, en particular el tipo de transacciones, la puja y contra puja. Cualquiera de esos individuos en nuestro planeta sería un hombre poderoso. Eran artistas del engaño, eran sutiles y si hubieras visto como te embaucaban mientras sonreían estoy seguro que uno de tus sensibles corazones se habría detenido.

Al fin me decidí. El hombre, resuelto a engatusarme, utilizó todas sus artimañas, pero quien sabe interpretar el lenguaje de los gestos no puede ser engañado.

Media hora después tenía una tarjeta de plástico brillante con un nombre y un apellido que extraje de los pensamientos de la muchedumbre, un certificado de nacimiento y papeles que aseguraban que era profesor de secundaria. Claro que había otras profesiones: médico, abogado, pero el dinero no alcanzaba para tanto. Bien, pensé, para empezar no está mal.

Pobre de mí, no sabía nada. Fui un estúpido al creer que esa era la solución a mis problemas. No había trabajo para profesores, de hecho estaban en huelga desde hacía un mes, pidiendo mejores salarios. Imagina un circo, dos hombres se cortaron las venas y un tercero se convirtió en una antorcha viviente para que escucharan sus demandas. Una mujer se ató con cadenas a la puerta de un colegio y se negó a comer. Estuvo así durante cinco días hasta que los bomberos —unos tipos con trajes rojos encargados de apagar incendios, entre otras cosas— lograron romper las cadenas y se la llevaron, moribunda, a un hospital.

Mi situación empeoró, los cantos al Padre no me servían de mucho. Incluso probé con el signo que veía ejecutar a la gente a cada rato. Colocan un dedo sobre la frente, después el dedo recorre el pecho, los hombros hasta llegar nuevamente a la frente, algo así. Tampoco dio resultado. A juzgar por la forma en



que se matan, se hacen daño los unos a los otros, mienten y cometen todo tipo de barbaridades, parece que a ellos tampoco les funciona.

Claro que como yo había muchos. Después, leyendo sus periódicos, –algo parecido a nuestros MOBS, pero de papel y sin interconexión, me enteré que había gente que tenía peor suerte. En el tiempo que llevo aquí he visto lo inimaginable. Millones de niños mueren todos los años por diarreas y por inanición. La gente se congela en las calles sin que nadie los ayude. El asesinato, la violación son fenómenos comunes. Eso empeora mi tristeza y en más de una ocasión he tenido que buscar algún sitio apartado para vaciar mi vejiga emocional.

El dinero sobrante me alcanzó para dos días. Vagué por la ciudad y viví cosas que no te cuento porque no quiero hacerte sufrir más. En uno de esos recorridos encontré al hombre que me ayudó: Luis.

Luis tiene unos cincuenta años, pelo y barba gris. Es de complexión mediana, parece un luchador Bafkri de peso ligero, pero con abundante grasa en el vientre y en los flancos que ellos llaman salvavidas. No sé por qué, dado que esa grasa se acumula en las arterias del corazón y en las del cerebro y los mata o los deja tirados en una cama hablando tonterías y sin poder limpiarse ni el trasero. Luis tiene los ojos claros y desde que lo vi supe que era del tipo que puedes permitir que lleve tu primera cabeza al Refugio y la presente al Padre, sin temor ni miedo de que la venda a un comerciante de órganos o la subaste en el Bazar de los ladrones.

—Hace buen frío compadre ¿no?

Me extrañó que se dirigiese a mí, por lo general acá no son muy comunicativos. Las personas viven con mucho miedo de que les hagan daño. Cualquiera puede ser un violador, un ladrón potencial o algo peor en la mente de estos humanos. Al principio no lo entendía. Después de vivir ocho años entre ellos y ver las noticias que ponen en sus periódicos (MOBS) y en la televisión (VIUDS) y lo que sucede a diario es fácil entenderlos.

—Sí —respondí.

—No eres de por acá, ¿verdad?

—No. ¿Cómo lo sabe?

—Se nota. ¿De dónde eres?

—Soy de otro planeta —dije.



No sé por qué lo hice. Quizás, no tenía ganas de mentir. O quería ver la reacción del hombre. Como aprendí mucho después, cuando dices la verdad, nadie te cree.

Sonrió.

—Eso quisiéramos todos. Así uno cogía su navecita y se olvidaba de toda esta porquería.

—Mi planeta es Kupor, el cuarto de la Constelación Alfa Mule.

Luis movió la cabeza, parecía pensativo. Luego de unos segundos de reflexión volvió a sonreír con esa sonrisa contagiosa suya.

—Bueno, mi querido ET permíteme que te dé la bienvenida en nombre del Planeta Tierra, aunque si seguimos así pronto podremos llamarlo «Mierda».

Tuve que reírme.

—Te invito a un café —dijo.

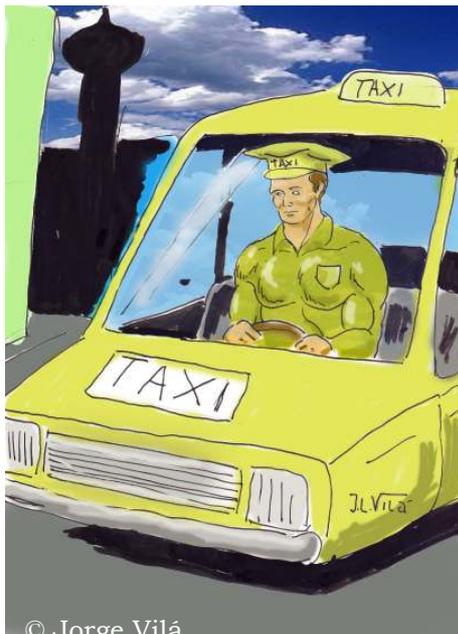
Acepté.

Como solía decir Luis, fanático de una película (Vitreob) llamada Casablanca, ese fue el comienzo de una bella amistad. Resultó ser que Luis era ecologista (protección del ambiente y cosas así) y un amante de la Ciencia Ficción que es como ellos llaman a todo lo relacionado con seres como tú y yo, y los adelantos científicos que esperan tener en el futuro (muchos de los que tenemos allá en casa). De modo que congeniamos. Le encantaba escucharme hablar sobre el Horizonte Cero, las características de nuestra fauna y flora, nuestras costumbres y siempre me decía:

—Oye compadre, ¿por qué no escribes un libro (Duok)? Con esa imaginación serías millonario.

Luis me consiguió un trabajo como taxista, o sea como...como un robot de transporte. Es una profesión muy de moda, detrás de un volante puedes encontrar médicos, ingenieros, exgerentes de bancos, políglotas. Eso sí, gente seria, casi todos mayores de cuarenta años.

El auto que conduzco, nada parecido a nuestros deslizadores inerciales, es pequeño y aquí le llaman Tico, le pregunté a Luis el porqué y no me supo explicar.



© Jorge Vilá



—Quizás porque son Chiquiticos —bromeó.

La primera vez que me senté en uno de ellos tuve la sensación de que iba a asfixiarme y me entraron ganas de salir corriendo, pero me controlé.

Ese día Luis me bautizó.

—Hola ETico.

Le pregunté que quería decir y me contestó:

—Un extraterrestre que conduce un Tico.

Podría contarte muchas otras anécdotas, pero el cansancio me vence. Mi reloj biológico está desfasado y envejezco como un humano. Eso es bueno. No creo que podría resistir vivir mil años en este lugar.

Mientras tanto, conduzco mi Tico por estas calles peligrosas y pienso en ti y en los pequeños que deben estar por su tercera cabeza, pero ya mi vejiga emocional se ha secado y sólo siento la opresión en mi segundo corazón que no encuentra alivio. También pienso en los millones de seres en este pequeño mundo que viven vidas miserables y los compadezco. Quizá algún día todo cambie. Es una esperanza, lejana sí, como la de que alguna vez una nave pase por este planeta y recoja la señal que muestra el lugar donde dejaré guardadas mis palabras, mis memorias.

Te amo, abraza a los pequeños por mí.

Kpi Thoh Tuk alias ETico.

PD: Adjunto el significado de las palabras que por ser de origen terrestre no entenderás.

© Albino Hernández Pentón

ALBINO HERNÁNDEZ PENTÓN nació en Cuba, reside en Perú e intenta escribir en sus ratos libres. Ha publicado este y otros cuentos en [Velero 25](#), con el pseudónimo de Kala Azar, y en [Axxon](#). Participó en la Antología Visiones 2006 con el cuento *TIEMPO*. Pertenece a Coyllur Asociación Peruana de CFTF y a los talleres CF7, Forjadores y Escritores CF. Aspira que la literatura de CF en lengua hispana alcance el lugar que se merece.



KUARI

por Eduardo M. Laens Aguiar

Un equipo de cinco exploradores desciende a un planeta arenoso, y calcinado por la luz de varios soles, en busca de otro grupo que ha dejado de dar señales de vida desde hace ciento cincuenta horas. Pronto descubrirán que hay algo más en el paisaje que simples dunas y montañas metálicas y el terror comenzará a tornarse palpable... Una historia con un final sorprendente que nos sumerge en una atmósfera demencial y alucinante de la que difícilmente podremos escapar.

Ed y su grupo de exploradores habían sido transportados desde la base de investigación en Onar, hacía más de doscientas horas, al aún inexplorado Kuari, y sólo habían mantenido contacto durante las primeras cincuenta.

Las imágenes de la sonda previa habían mostrado un paraje hostil. Las arenas que conforman la mayor parte de Kuari eran lacerantes. Un viento incansable, dotaba a las dunas de vida y al paisaje de una oscilante respiración. Es difícil discernir lo verdadero de lo imaginario, debido a la azarosa danza de soles que aportan a este extraño planeta una luminiscencia rojiza y el calor sofocante de un horno de fundición.

Ed había puesto el grito en el cielo cuando se enteró el destino de su misión de reconocimiento, aunque casi siempre lo hacía. Era un pesimista sistémico, pero divertido, y muy eficiente en cuanto a su desempeño como jefe de exploración.

Yo también me hubiera quejado en su lugar. Cambiar el paraíso de la base, instaurada en las mesetas de Onar, donde las aguas violáceas de los géiseres crean tibias piscinas, decoradas con flores multicolores, por el atroz Kuari, árido e infernal, no es ningún premio. Pero así tuvo que ser. Por más que Ed se quejaba nunca rechazaba una misión. Así fuimos formados y ese era nuestro trabajo.

El Magistral de la base me había hecho llamar y asistí en persona a su oficina, ya que de cualquier otro modo hubiera sido una falta de respeto.

—Forme un equipo de cinco personas. Irá a Kuari en busca del explorador E67. Quiero un informe detallado de lo ocurrido y, si fuera necesario, que se concluya con el objetivo de la misión original. —Siempre directo, escueto, sin florituras sociales o espacio a réplicas.

Asentí y me retiré. La diferencia de rango era demasiada como para aspirar a responder algo.



Solicité cuatro exploradores de confianza y pedí al centro de abastecimiento los dispositivos de exploración. Nos entregaron cinco equipos idénticos, acordes a la misión: un traje de tonalidades cobrizas, equipo de comunicaciones, víveres y, a diferencia del equipo que le dieron a Ed y su gente, rifles de xones.

La carátula de descripción del planeta ya no lo catalogaba como *inhabitado*, como cuando Ed partió, sino *desconocido* como un término más conservador. Diplomacia de protección, como suele decirse en los pasillos de la base.

Mientras esperamos dentro del transportador, repasé las últimas comunicaciones de Ed. Reproduce las grabaciones y el sonido de su voz me trajo su vívida imagen a la mente. Su cara ancha y franca, decorada por una desordenada cabellera negra entrecana; su andar desgarrado pero paciente.

«Agente E67 a coordinación base. Los soles k1 y k4, vistos desde el observatorio inicial de campaña, describen una elipse gordiana inversa.

Es lógico, pensé, como cualquier sol de esta galaxia.

«Mientras que los soles k2 y k3 surcan el cielo en líneas rectas desde el norte geodésico al sur y del este al oeste, respectivamente...

Eso es raro, ya que los cinco soles de la galaxia se comportan del mismo modo. Una jerarquía de estrellas que por masas describen elipses diversas, pero muy claras. Así se ve a simple vista desde cualquier nave de vigilancia orbital

«Pero sin duda el comportamiento visual de k5 es el más extraño. Por horas se mantiene estático en el cenit para, sin razón alguna, desplazarse unos grados hacia cualquier dirección, sin ningún orden aparente.

Debe ser una ilusión visual, imaginé, producto de las capas de gases que cubren la atmósfera. Es probable que las distintas densidades atmosféricas de Kuari se comporten como diversos lentes de aumento, distorsionando, difractando o reflejando las imágenes de los soles; haciéndolos aparecer donde en realidad no están.

«k1 cumple su ciclo en 7 horas, k4 en 9 horas; k2 y k3 tardan 10 horas cada uno. No encuentro patrón horario para k5.

Otro sin sentido que soporta la idea de la distorsión visual. La rotación de Kuari hace imposible esos tiempos. Menos aún un sol estático o errático.

«La observación celeste es imposible. La iluminación natural es un juego de luces y sombras que hace que los paisajes cambien minuto a minuto.



La cabina del transportador se iluminó, el controlador nos informa el traslado y el conteo se reduce a cero. Por instinto aprieto la mandíbula como si la experiencia fuera dolorosa. Un destello de luz y viaje terminado. Los cinco ya estamos en Kuari.

La impresión que genera el parador donde el grupo de Ed instauró la base de partida perturba. Nos rodea un valle arenoso bordeado por montañas de piedra y tierra, saturadas por algún elemento metalífero. Vetas puras de este material surgen de entre las rocas como huesos expuestos del esqueleto planetario.

A escasos metros está la carpa rígida que protege el centro de comunicaciones de campaña. Hacia allí me dirijo, mientras inicio el proceso de exploración según el manual.

—Explorador U90 en sitio. Comienzo reconocimiento —formalidades.

—Recibido —responde nuestro contacto de seguimiento en Onar.

Dentro del habitáculo de la base el orden es perfecto. Típico de Ed. Los instrumentos están ordenados de menor a mayor, una pulcritud absoluta. Sobre la pequeña mesa de trabajo descansa su log de registro. Esto es terriblemente inapropiado. Es una de la reglas del Decálogo del explorador: el log permanece en poder del agente todo el tiempo. Lo anexo a mi traje para una posterior revisión.

Continúo con el procedimiento. La revisión del equipo coincide con los informes elevados por Ed. Lo notifico a la base. Mi grupo no encuentra ningún indicio adicional de la presencia del explorador y su gente, ni dentro de la carpa ni en los alrededores; lo cual no debe ser alarmante ya que es nuestra obligación no intervenir con el entorno ni contaminarlo.

Para cumplir con la primera fase del proceso de despliegue, se toman las coordenadas y se completan los procesos de mantenimiento del equipo de comunicación de la base.

Al concluir con las tareas miro atento el paisaje, deduciendo el rumbo a tomar para la exploración. Me sorprende el hecho de que las montañas parecen estar más cerca y mostrar otra fisonomía, pero no puedo justificarlo. Se lo comento a los exploradores y proceden con una verificación de la posición de los soles. Todos han variado su ubicación respecto de cuando llegamos, por lo que concluimos que esa es la razón del aparente cambio en el paisaje.

Registro todos los eventos en mi propio log y confirmo con los demás los pasos del procedimiento previo al inicio de la exploración. Luego los notifico a la base en Onar.



—Punto de inicio restablecido. Objetivo Doble-A cumplido, sin eventos a informar.

—Recibido. Continúen con el objetivo siguiente.

Creo que el camino a seguir es evidente. Realizar el trabajo que le había sido encomendado a Ed debería ponerme en su pista. Le pido a mis exploradores que se tomen un descanso de treinta minutos y me aparto para estudiar el log encontrado.

Escucho atento el registro de impresiones iniciales de Kuari que Ed registró. Coinciden con las mías. En el aparato están documentados los análisis de carbono e hidrógeno de diferentes muestras, siendo todas las reacciones negativas. Conclusión primaria: la ausencia de los elementos presupone la ausencia de vida. Material de las montañas, desconocido, no orgánico.

A continuación hay tres entradas idénticas. Ed vuelve a la base luego de perder la orientación. Según él, los instrumentos fallan a menudo y entregan información incorrecta. Destaca que los retornos no fueron buscados adrede, sino coincidentales.

La última entrada notifica que sale a una breve recorrida. Deduzco que dejó el log porque pensaba volver pronto, no parece una incursión oficial.

Tomo nota de la dirección de la última salida en mi equipo e imparto órdenes claras a cada uno de los participantes de la misión. Definimos cinco destinos diferentes para cada uno y hacia allí partimos. Las políticas de comunicación son claras y estrictas, no queremos que nos pase lo mismo que al grupo anterior. Registro el evento en mi log como «Primera incursión Kuari-Agente U90». Realizamos el chequeo de instrumentos de navegación terrestre y de los rifles. Luego, sin formalismos, cada quién parte hacia su destino.

Transito durante tres horas el valle, paralelo al cordón montañoso. Por momentos el suelo pierde consistencia pasando de una firme superficie terrosa a blandas arenas. La cercanía de algunos de los soles con el horizonte amplifica los colores rojos del lugar, bañando todo con una luz carmesí.

Marco mi primer hito de recorrido. Declaro en mi registro: «Boya magnética configurada y enviando señal. Chequeo de instrumental, todo en orden.» Luego notifico de lo mismo a la Base de Onar.

—Primer hito, tercer hora de reconocimiento, todo bajo control.

—Recibido. ¿Avance de objetivo?

—Apreciaciones del informe de E67, corroboradas en su totalidad. Se presupone ausencia de vida.



Hago contacto con los demás exploradores. Todos están bien y nuestras tareas coordinadas en tiempo y forma.

Poco antes de alcanzar el lugar del próximo hito noto que la consistencia del suelo es cada vez más arenosa. Ya casi no hay tramos firmes. El juego de luces solares sigue su danza, pero el paisaje aún es identificable. Algunas ráfagas de viento son en extremo molestas, ya que levantan una fina capa de arena que golpea con fuerza y cuyo ruido contra el material del traje me resulta fastidioso.

Segundo hito, seis horas de recorrido. Chequeo la alineación con la base inicial y el primer hito: desvío de 0,87 grados. Perfecto, más que tolerable.

Notifico a la base y a los demás exploradores, sin eventos a remarcar. Registro en mi log el primer descanso. Armo la litera inflable y coloco la alarma en una hora. Busco alguna referencia visual y, con ella en mente, me duermo.

Al despertar tengo miedo de encontrarme perdido, pero todo esta igual; sólo las sombras variaron. Algunos picos metálicos parecen más altos, pero no me parece relevante. Chequeo los instrumentos, y me satisface ver que todos están en perfectas condiciones.

Decido continuar la incursión. Durante unas dos horas más camino sin tregua, pero avanzar es tortuoso. Las ráfagas de viento arrecian y hacen llover más arena, lo que dificulta la visión.

La voz del operador de Onar en mi intercomunicador me sobresalta.

—Agente U90. Repórtese

—Reportando, a una hora de próximo hito.

—Información inconsistente. Advertencia, Omisión 37 notificada en su registro.

¿Cómo? Es imposible, pienso. Ningún instrumento muestra que hayan pasado más de seis horas. No me salté ningún reporte.

—Incorrecto base. Todas las notificaciones se cumplieron acorde el procedimiento.

—Últimas dos no recibidas, repita.

¿Últimas dos? Fueron sólo dos. Mi mente trata de ordenarse y recordar lo ocurrido. Necesito un instante para pensar.

—En un momento Base, primero realizaré chequeo exhaustivo de instrumental.



—Recibido.

La medición temporal no muestra alarmas de error. El log no marca nada extraño. Confirmando el tiempo transcurrido y nada acusa fallas. Antes de pasar reporte chequeo la posición. La boyita magnética del hito dos no responde. El hito uno sin problema. Acciono el intercomunicador para notificarle a la base que voy a volver para reiniciar del segundo hito, pero de pronto me quedo sin habla.

¿Cómo puede ser? ¡Las montañas no estaban tan lejos! Estoy seguro. La diferencia es demasiada como para culpar la ilusión a un tema de percepción. Siento en mi ropa el aumento de la fuerza del viento. Remolinos de arena intentan captar mi atención pero logro concentrarme.

¿Qué debo hacer primero? Tranquilizarme. Reestablecer procedimiento. Pensar según el manual.

—Base, ¿Cuál es el estado del segundo hito?

—Negativo

—Está apagado. Reinícielo. —Les paso las coordenadas de donde lo había colocado.

Luego de unos segundos me informan:

—Reiniciado, actualice su medición.

Pido una nueva carga del plano de recorrido. Aparece el segundo hito, pero ¡Un momento! ¡Está corrido! Está a menos de la mitad de la distancia con el hito uno. Debe ser un error. Necesito pensar con claridad.

Puede ser una falla en el cálculo de triangulación, producto del rebote de la señal con la montaña. Decido volver y verificarlo. No es aconsejable continuar la incursión sin un correcto sistema de coordenadas. Decálogo del Explorador.

—Base, detecto error de ubicación en hito dos. Regreso a confirmar posición y funcionamiento.

—Recibido

Camino durante más de 4 horas sin novedades. El cordón montañoso muestra inmóvil sus dientes de metal. A esta altura los soles ya me molestan, erráticos, indecisos. Busco en el horizonte la titilante luz del hito, pero veo sólo desierto anaranjado.



Las dunas se suceden; inestables, monótonas. El viento amaina un poco, y el suelo vuelve a recuperar parte de su consistencia. Subo con algo de esfuerzo una nueva duna y aprovecho para otear el horizonte desde este punto elevado.

¡No puede ser! Parece la estructura de la carpa de comunicaciones. No puedo haberme pasado los dos hitos sin verlos. Chequeo información de instrumentos.

¡Es una locura! El mapa me muestra la base adelante y los hitos a continuación de la misma. Es como si me hubiera pasado de ese punto y ahora estuviera volviendo. O si hubiera dado la vuelta completa al planeta y estuviera llegando por detrás de la base, lo cual es una locura aun mayor. Mis instrumentos *tienen* que estar fallando.

—Base, Agente U90 pidiendo reinicio de instrumentos y carga remota de coordenadas de ubicación.



© William Trabacilo

Sin respuesta. Repito el pedido. Nada. Intento ubicar al resto de los exploradores, también si éxito. Estoy empezando a asustarme.

Llego a la base, aparentemente todo está igual a como lo dejé. Pero al salir de la carpa me doy cuenta de que no es así. Antes la puerta daba a la montaña, ahora mira hacia el valle. Otro sin sentido y ya no se que pensar. Vuelvo a intentar comunicarme

con la base de Onar. Imposible.

Trato de aclararme la mente. ¿Que hacer? Alzo la vista al cielo en busca de un poco de paz que me ayude a pensar. Los idiotas soles me miran en su mezcla desordenada. Tengo insumos para veinte horas más. No debo preocuparme todavía. Decido volver a empezar. Es lo más seguro. En un paraje sin referencias creíbles sólo puedo perseguir mis hitos antes marcados, aunque no coincidan con mis percepciones.

Camino por más de cinco horas sin llegar al primero, el instrumental sigue mostrándolo delante de mí.

Tengo que descansar. Me duermo una hora, inquieto, asustado y al despertarme todo parece igual. O distinto. Ya no lo sé. Reinicio los instrumentos... ¡Por Dios! El hito uno esta perpendicular a la montaña. La base y el hito dos no aparecen en pantalla.

—Base, emergencia. Solicito rescate urgente.



Silencio. Tengo miedo, la situación me supera. Intento comunicarme durante una hora, sin éxito.

Voy a buscar el único hito que aún funciona. Es lo único que me queda y me abrazo a esa idea. Estar quieto no me va a ayudar.

Camino cuatro horas. Por lo menos eso dicen mis instrumentos, aunque no puedo creerles. Ya no veo las montañas. Sólo dunas de arena roja. Estoy desesperado, la montaña intimidaba pero era un punto de referencia grande. Ahora me siento aislado.

Una hora más. Tengo hambre. ¿Ya comí todo? Malditos soles. Decido sentarme a descansar.

Sin darme cuenta me duermo y me despierta una especie de temblor. Es mínimo, como algo que vibra muy profundo. El viento vuelve a levantar arena. Ante mis ojos la duna mas grande comienza a achicarse y otra comienza a nacer donde había una depresión. ¿O es la grande que se está desplazando? ¿Será el viento? ¿O el temblor? Es probable que sean las dos cosas.

Mis ojos son atraídos por algo que surge de la arena. Está lejos, voy a su encuentro. A medida que me acerco me doy cuenta de que se trata de un cuerpo humano, salido de entre las dunas. Se lo ve en bastante mal estado, pero me aproximo a examinarlo.

No quiero creerlo. Es Ed, eso dice la placa en el uniforme de exploración, ya que su cuerpo está desgastado, en partes hasta los huesos, y su rostro carcomido mira impávido el insano cielo.



Grito. Hasta ahogarme. Y toso hasta caer de rodillas. El tiempo transcurre y no se que hacer. Cuando la crisis pasa vuelvo a sentir hambre, y mucha sed. Reviso los pertrechos de Ed, pero no encuentro nada de alimento ni bebida. Me llama la atención el hecho de que no lleva ningún instrumento en el traje. Debe haberlos desechado por inútiles. Y visto de esa forma, no me parece mala idea aligerar la carga.

Decido desechar el rifle, ya que desde el inicio de mi exploración no vi nada vivo y no creo que lo haya. Es evidente que Ed murió en las arenas, sin señales que demuestren un ataque. Tiro el resto del equipo, saludando y gritando eufórico con cada pieza que lanzo a las ardientes arenas de Kuari. Sólo me quedo con mi log y el comunicador. Aún no pierdo la esperanza de contactar con la base o los demás exploradores.



Ya no sé cuanto hace que camino. No tengo alimentos ni líquidos que consumir. Sólo este arenal interminable.

Me recuesto en la arena, quiero descansar unos minutos, aunque temo que las fuerzas me abandonen cuando quiera ponerme de pie. Otra vez la vibración. Veo dunas que se mueven y siento el viento que lastima.

En el horizonte aparece una montaña y se acerca un poco. No sé si es el suelo que se hunde o el resto de las dunas que crecen, pero pierdo la vista del horizonte. Debo ponerme de pie. Ir a la montaña, pero no puedo.

La duna de enfrente sigue creciendo. Temo que se desmorone y me aplaste pero no puedo levantarme. ¿Qué es eso que está saliendo de la arena? Parece una de las vetas de metal que había en las montañas. Crece, brota, nace. Otra punta a su lado. Y luego una más. Pasan a algunos metros sobre mí y se hunden en la duna a mis espaldas. La pared de arena detrás de mí empieza a acercarse. Se cierra la brecha entre ambas.

Con creciente certeza entiendo que voy a ser enterrado vivo. Lo sé, pero no puedo evitarlo, ya no tengo fuerzas ni siquiera para llorar.

Ahora entiendo. No hay vida en este planeta. Es el planeta el que está vivo.

© Eduardo M. Laens Aguiar

Eduardo M. Laens Aguiar nació el 20 de enero de 1979 en Montevideo, Uruguay, y vive en Argentina desde 1985. Casado y a la espera de su primogénito, está recibido en Marketing. Escribe relatos de ficción y fantasía desde 2004, habiendo publicado *Axxón ¿MALDAD?* (157), *KHUL YORIÚ* (158), *SEOL* (165), *Revelación* (168) y *LA CONCEPCIÓN* (170).



ANABEL Y LOS VISIONAUTAS

por Víctor Conde

Leer a Víctor Conde es leer un autor que tiene múltiples registros y eso es así porque no quiere encasillarse dentro de ningún género. *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* es una novela de ciencia-ficción. En cambio *MYSTES* es una fantasía. De ahí que hoy tengamos un cuento entre la fantasía surrealista y la ciencia-ficción con tintes ciberpunk.

PRÓLOGO

¿Pero qué dices? Esto es un recuerdo. No hay tiempo para prólogos.

PERO ES QUE...

Nada. Date prisa y pasa a la primera escena, que se enfría la sopa.

UNO (Y A REGAÑADIENTES): LA MUJER SOMBRA LLEGA A LA OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS, Y DE LO QUE ALLÍ ENCUENTRA

—¿Estuvo siempre solo, señor Dédalo?

—No. Tuve cinco gatos y veintiséis pájaros. Durante una época.

—¿Y cuándo decidió convertirse usted mismo en pájaro?

El hombre hace pucheros. No logra ocultar lo incómodo que le hace sentirse la conversación.

—Yo siempre he sido pájaro, señor mío. Lo que ocurre es que hasta ahora no me había dado cuenta.

—Pero imagino que sabrá... que los pájaros vuelan, y que usted no tiene alas.

—Claro que las tengo. Me las fabriqué con trozos de mi coche y unas cuantas lonas. No fue difícil. En casa tengo un taller que uso habitualmente.

—¿Podría aclararnos a qué se dedica, para que conste?

—Soy... era constructor de maquetas para barrios industriales. Ya no me dedico a eso.

—¿Y ahora qué hace?

El hombre sonríe con satisfacción.



—Volar.

¡Esto es radioesquizo, y son las nueve del mediodía de un fabuloso primero de Oniembre! Hemos preparado para vosotros una magnífica selección de estéreo-música y noticias, para que disfrutéis de la jornada y sigáis conectados al mundo. Antes que nada, responderé a un enojado cable que nos manda Grunilda Brum, de Ciudad Vertical: tranquila, chica, que estás más atacada que las naves del Star Trek. Si tu perro ha mutado en un clonimonstruo por culpa de una caja de galletas en mal estado, tal vez deberías denunciar a la compañía empaquetadora, no a nosotros. ¡En nuestra publicidad no nos hacemos responsables de los efectos secundarios de los productos!

Y ahora, el estado del tráfico: se esperan atascos masivos en la interestatal cinco por culpa del ascenso de Orión. Nuestros radioyentes conocen de sobra el nefasto influjo que esa constelación ejerce sobre los metacarburantes, así que si no disponéis de un disipador GR, mejor quedaos en casa. ¡O compraos uno, mierroño, que ya los regalan hasta con las entradas de cine!

En otro orden de cosas, se han hecho públicas las cifras de degeneración del lenguaje que cada año facilita el Instituto ConserBador. Muchachos, nuestra querida lengua materna es un dos por ciento menos pura que el pasado año por estas mismas fechas. Algunos atribuyen el fenómeno a la enorme popularidad que el negargot está adquiriendo entre la población juvenil, pero otros lo ven como un fenómeno de evolución social. ¡Pajas mentales! Haced como el artista antiguamente conocido como Trince, que ha eliminado otras dos facetas de su identidad. Ahora ya no tiene nombre ni sexo. Dentro de poco ni siquiera habrá existido. Protegeos contra las influencias nefastas de vuestros propios cerebros y, si la dolumena os forpajea el coco, recordad lo que radioesquizo dice siempre en ocasiones así: ¡Que les soniqueen con un pez espada!

La mujer sombra entró en la oficina cambiando su habitual aire risueño por otro de hastío. Una vez más, estaba todo patas arriba. Tras el mostrador, su compatrioto Usler se las ingeniaba para introducir una caja redonda en el archivador cuadrado que le correspondía.

—Hola, Usler —saludó—. ¿Qué tal va?

—¡Fatal! Hoy va a ser uno de esos días —gimoteó—. No son ni las nueve y ya tenemos ocho recuestaciones de animales extraviados y veintiocho identidades olvidadas. ¿Cuándo aprenderá la gente que para objetos de índole biológica tienen que expetirse al departamento ocho? ¡Ya no bastan ni los carteles anuncio! ¿Por qué tienen que ser tan estúpidos?

Anabel sonrió. El pobre Usler había sido en su época de estudiante un partidista de grupos radicales, lo que había desembocado en su detención por la



policía y la posterior lobotomización a cargo del Estado. Ahora ya no se masturbaba pensando en explosiones de bombas en colegios, pero tampoco habían podido erradicar del todo una chispa de odio hacia la sociedad que volvía simpática su forma de ser.

—No te preocupes. La próxima vez pondremos carteles fluorescentes, a ver si los ven mejor.

Anabel saltó al otro lado del mostrador y bajó el volumen de la radio. Unos sonidos estridentes llevaban surgiendo cadenciosamente del altavoz más de veinte minutos.

—Odio la estéreo-música —opinó.

—A mí me gusta.

—Se supone que si permaneces escuchándola un rato, las melodías comienzan a aparecer en tu cerebro. Pero yo nunca he logrado distinguirlas. Para mí es sólo ruido.

Usler miró extrañado el aparato, como preguntándose: *ah, ¿pero había melodías?* Luego lo apagó. Había entrado un nuevo cliente.

El individuo llamó la atención de Anabel nada más cruzar el umbral. Era alto, más que la media racial, y sus vestiduras resultaban dramáticamente fantásticas: vestía un jubón de cuero, chorrera rematada por alzacuellos de plástico, guantes y botas hebilladas hasta las rodillas. En su cabeza, lo que desde lejos podría haber pasado por una boina echada hacia un lado, palpitaba con ritmos cardíacos cuando se la contemplaba de cerca. El maquillaje cutáneo azul marino le suavizaba las facciones, pero no disimulaba del todo la proteomáscara que alguien había usado para reconstruirle un lado de la cara.

Anabel le examinó con profunda curiosidad: aquel hombre no era un nativo de la Ciudad de los Panoramas. Al menos, no de los horizontes cercanos.

—¿Qué desea? —preguntó Usler, empujando el paquete dentro del archivador.

El hombre lo miró con unos ojos que eran como cuentas de ébano. Debió advertir algo en él que no le gustaba, pues se volvió sin más hacia su joven compañera.

—Buenos días —dijo suavemente—. Disculpen que les moleste. He pensado... que tal vez podrían ayudarme.

—Usted dirá.



—Estoy buscando algo. Una prótesis que extravié la última vez que estuve en la ciudad.

—Pues ha venido al lugar adecuado —sonrió Anabel, virando un teclado hacia el hombre azul—. Si tiene la bondad de dactilear a la máquina las características del objeto en cuestión...

—No puedo describirlo.

—¿Ni siquiera aproximadamente?

—No.

—Pues... al menos sabrá cómo se llama, ¿no? Porque el objeto tendrá nombre, más que sea categoridal.

—Es una prótesis manufabreada por mí: un par de alas de tres metros de envergadura.

Anabel alzó una ceja.

—¿Alas, como las de los pájaros?

El hombre sacó un cuadernillo. Lo abrió por una página concreta y le mostró dibujos, estudios anatómicos de las aves y su arqueo aerodinámico.

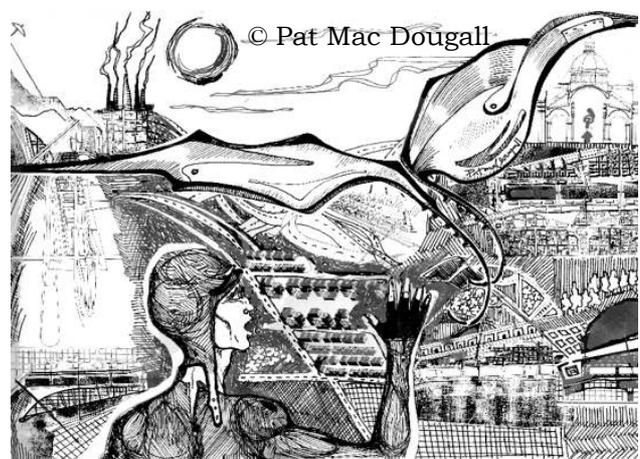
—Las diseñé yo mismo, pero cuando estaba a punto de efectuar la prueba de vuelo cometí un lamentable error. Las solté demasiado pronto y se alejaron de mí, planeando, sobre los rascacielos. —Su voz se quebró como la de alguien que habla de un familiar perdido—. No pudieron alejarse muchos kilómetros, por fortuna. En cuanto tropezaron con una térmica, las vi entrar en barrena con mi catalescopio.

—Bueno, por lo que usted cuenta, se trata de un caso sencillo. Sólo hay que ir a recogerlas. ¿Dónde las vio caer?

—Es que... —El hombre contuvo la frase, como temiendo la reacción que provocaría—. Ese es el problema. Creo... En fin, creo que han caído en la zona cero.

Anabel se tensó.

—Señor, me temo que lo que usted pide se encuentra más allá de nuestras obligaciones. Esta oficina se encarga de localizar objetos perdidos en la Ciudad





de los Panoramas (que no son pocos), pero nuestra capacidad de búsqueda tiene un límite.

—Me he informado sobre la legislación vigente, señorita, y hay una orden especial para estos casos que pueden solicitar si lo consideran oportuno.

Anabel asintió.

—La orden 116-K, en efecto. Pero sólo se tramita en circunstancias muy específicas, de vida o muerte. Aunque quisiera ayudarle, tendría que justificarlo ante mis superiores, y no son gente que se deje convencer con facilidad.

Dédalo apoyó las manos en el mostrador, reduciendo la distancia que había entre ellos.

—Señorita... —Miró la placa identificativa de su pecho—. ¿Puedo llamarla Anabel?

—Adelante.

—Anabel, tiene que ayudarme. Es de vital importancia para mí que encuentre esas alas. No existe detrás ningún móvil más allá de lo meramente personal, lo confieso; no hay fluctuodinero en juego, ni propiedades estatilarias, ni siquiera tráfico de influencias.

—¿Entonces con qué argumento pretende que defienda su petición?

Los ojos de Dédalo se licuaron.

—Necesito volver a volar. ¿Lo entiende? Es tan sencillo como eso. ¿Usted nunca ha querido flotar libre por el espacio infinito, más allá de estos malditos rascacielos? ¿Cabalgar los alisios para que la lleven a lugares donde no ha estado nunca, sin saber cuándo volverá? Ya sé que de tan inocente hasta suena estúpido, pero es lo único que me importa en la vida.

Anabel lo contempló en silencio un minuto, sin parpadear siquiera. Su mente hervía con sensaciones encontradas.

Al final, se volvió hacia su compañero lobotómico y ordenó:

—Usler, prepara un impreso 116-K. De los nuevos, no de los de la caja de arriba.

Usler la tomó del brazo y se la llevó aparte.

—¿Pero qué dices? —preguntó en voz baja—. ¿Estás chiflada? Sabes que esa orden no se puede expedir para nadie que no sea un alto cargo. Está prohibida para la gente corriente.



Anabel le palmeó el hombro.

—Por eso lo hago. Es hora de que ese recurso se emplee de forma correcta, aunque sea por una vez. Además —sus ojos centellearon—: a mí los motivos de este hombre me parecen sobradamente justificados.

La joven acompañó al abatido Dédalo a otra sala. Su compatrioto se frotó las sienes, incapaz de hacerla reaccionar.

Muy a su pesar, su gris predicción de aquella mañana tenía desagradables visos de cumplirse: aquel iba a ser un día, por desgracia, muy especial.

¿Disfrutando de la selección musical que os he preparado, metabolatas? Ya sabéis que hay un premio para aquel que nos envíe la descripción más insolítica de lo que ha visto en la estéreo-música, consistente en... ¡tachán! ¡¡El objeto que tenemos encima del armario!! ¿Que de qué objeto se trata? Bueno, bueno, no vayáis tan rápido: eso podría ser materia de otro aplaucurso.

¡Noticias! Click, click, bang. Los presindicatos de respiradores de metano se han quejado ante la Administración por el desarrollo de un nuevo medicamento que reduce problemas digestivos, dirigido al sector humano que puebla nuestra ecléctica urbe. Según los argumentos esgrimidos por su representante, el protozoo Ojkleikos Rajime, la especie humana es la principal mantenedora de su moneda, el volumen, compuesto principalmente por metano y porcentajes mínimos de otros gases. Su relación mutualista con los hombres corre grave peligro si éstos dejan de producir moneda de cambio. Llama la atención que este colectivo nos valore como meras fábricas de dinero, pero teniendo en cuenta que ninguna otra especie puede resolverles el citado problema —el metano no se encuentra de forma natural en ninguna atmósfera planetaria—, la Administración está considerando tomar medidas para potenciar su economía... en forma de rebajas en el precio de la fabada.

Click, click, bang. Nuevos disturbios en la zona cero. Las barreras que mantienen las áreas de irrealidad separadas de los barrios habitables se han venido abajo en algunos puntos, y los icomagos han aprovechado para colarse. Las brigadas especiales antiperpléjidos han acudido al instante, liquidando las aberraciones con sus viriles cañones de plasma. Sin embargo, temen que alguna se les haya podido escapar. Si usted es un perpléjido, o ha visto alguno ocultarse en el garaje de su vecino, notifíquelo de inmediato a las autoridades. Ya sabe lo peligroso que resulta para la integridad conceptual de nuestra urbe tener esos vórtices de entropía deambulando por ahí.

Anabel acompañó a Dédalo hasta la cima del edificio. Desde allí partían líneas de rayocarril hacia los cuatro puntos cardinales, y a menos que uno dis-



pusiera de vehículo flotador propio, esa era la manera más rápida de desplazarse por la ciudad.

Dédalo estuvo mirando de reojo a la joven, intentando que ella no lo notara, mientras introducía unas monedas en la caja registradora y alzaba la bandera que haría detenerse en aquella parada al próximo tren. A pesar de sus esfuerzos, ella lo notó.

—Encuentras intrigante mi aspecto, ¿verdad? —comentó Anabel.

Dédalo se sonrojó.

—Supongo que todos arrastramos nuestro poquito de extrañeza. Algunos más que otros.

La joven no pareció perturbada por aquellas palabras. Introdujo la orden 116 en la caja, lo que les garantizaría acceso a barrios donde ningún rayocarril haría escala habitualmente. Lo hizo con una mano esculpida en una materia oscura, translúcida, pura sombra dotada de una dimensión extraordinaria. Dédalo no pudo evitar imaginar la carne que se escondía bajo su blusa de vivos colores, y se preguntó qué perversa conjura del destino habría llevado a Anabel a convertirse en una sombra viviente.

La joven sopló para apartarse unas hebras de oscuridad de la cara, cabellos rebeldes que eran mecidos por el fuerte viento que soplaba en la atalaya. Usó una mano como visera para protegerse del sol y miró hacia el oeste: un raíl elevado zigzagueaba entre altos pináculos de cristal y acero, llevando el rayocarril por encima de barrios industriales y zonas residenciales. Bordeaba colosos Art Nouveau que dotaban de color las más espantosas vistas burocráticas del distrito de los negocios, y esquivaba bosques de autopistas colgantes y necrópolis directamente inspiradas en novelas decimonónicas. La Ciudad de los Panoramas se expandía cayendo por el borde del mundo, haciendo honor a su nombre.

—Adoro este sitio —dijo ella. Dédalo identificó en sus ojos la mirada. *Esa* mirada.

—Yo también. Por eso quiero escapar de él.

El tren llegó puntual y ambos subieron a bordo. Un brazo articulado sustituyó el fusible de la máquina, cambiándolo por otro recién cargado, y las ruedas siguieron rodando con un estallido de arcos voltaicos.

El hombre azul eligió un asiento en el vagón de pasajeros. Anabel solicitó al revisor un mapa de los barrios colindantes a la zona cero.



—Hace poco ha habido brechas en las zonas de irrealidad. Podríamos usar un poro si queremos cruzar al otro lado, pero debemos ser precavidos: los antiperpléjidos aún estarán merodeando por allí, rabiando de ganas de vaporizar cualquier cosa que se mueva con sus cañones. —Hizo una mueca—. Para una vez que les dejan usarlos, son como niños con juguetes nuevos.

Dédalo estudió con sumo interés el mapa. La frontera con las zonas no era una línea recta, y había tramos en los que ni siquiera estaba definida. La irrealidad era tan difícil de contener al otro lado de un muro que a veces lo rebasaba por simple presión osmótica.

—Por cierto, creo que aún no le he dicho mi nombre. Soy un maleducado —sonrió—. Un maleducado llamado Dédalo Ínsumorf.

—Encantada. —Estrechó su mano—. Usted ya conoce el mío.

—Algún día tendrá que explicarme cómo ha llegado a ese estado, si tiene la bondad. Es la primera vez que veo a una mujer sombra.

—Y yo a un hombre azul.

—Vamos, no irá a comparar... Lo suyo sí que es fascinante. Azul lo puede ser cualquiera.

Anabel intuyó el cumplido.

—¿No ha visto cosas más indescriptibles que yo desde las alturas?

—No he volado tanto como para eso. Una vez me lancé desde el piso doscientos de la torre donde vivo, pero había tan poca distancia hasta la fachada de enfrente que sólo pude descender planeando hasta la calle... ante la estupefacta mirada de los vecinos, todo hay que decirlo. —Sonrió—. Y muchos me conocen. Creo que a veces empujo a los que me rodean demasiado lejos.

Ella hizo un alegre gesto.

—A toda mujer le gusta pensar que es seductora por ella misma, no porque parezca una sombra.

Dédalo bajó la vista al mapa.

El tren se encontró con un arqueo en el raíl, un tramo que sólo era posible superar efectuando un looping, y los pasajeros se sujetaron a sus asientos. Tras la pirueta apareció un túnel entre dos torres gemelas, un andén incrustado en la superestructura que las atravesaba de parte a parte. Anabel tiró del cordón de parada en la siguiente estación, un lugar abandonado y sucio donde sólo descendieron ellos.



—Bueno, ya estamos cerca de las zonas. A partir de ahora hay que tener cuidado —le previno.

Anabel había sobrevolado la ciudad en numerosas ocasiones en los aerostatos civiles, y conocía el trazado de sus calles. Los barrios se vertebraban sobre grandes avenidas rectilíneas, de docenas de kilómetros de longitud. Ahora se encontraban en el extremo de una de ellas, un espacio abierto que nadie había limpiado desde hacía meses. Una calle muy diferente a como ella misma sería cinco o seis kilómetros más hacia el interior.

Un grupo de jóvenes metabolatas hacía guardia junto a una casamata de helados, ante un parque de atracciones. Ni siquiera se dignaron en mirarlos cuando Anabel se acercó y trató de sonsacarles información sobre los poros.

Uno de los chicos, que parecía un polizón de sí mismo, un pasajero tras un ojo de vidrio, señaló unas plataformas que alguien había apilado en el interior de la casamata. Dédalo las reconoció con un sobresalto.

—¡Deslizadores T! Sólo funcionan dentro de las zonas, pero si pudiéramos hacernos con un par...

Anabel señaló a las plataformas, parecidas a tablas de surf con una vela invertida en la popa.

—Eh, amigo. ¿Reconoces esto? —Enseñó al metabolata su carné de funcionaria—. Significa que tengo autoridad para hacer que vengan los antiperpléjidos y os hagan una revisión a fondo, por si alguno ha inspirado más limizona de la cuenta. Si nos ayudáis diré que no os he visto. —Se volvió hacia Dédalo y explicó en voz baja—: Estos chicos suelen consumir aregatón 3, un metaácido que convierte su sistema nervioso en una antena de captación de irrealidad. Se tumban cerca de la frontera para sintonizar lo mejor posible las ondas alucinógenas que emanan de la zona. Los antiperpléjidos a veces los confunden con oriundos del otro lado, dada la cantidad de surreabolitos que llevan en sangre.

Ante la mención de las fuerzas de seguridad, los jóvenes temblaron. Parecían fugitivos de sí mismos, demasiado asustados para permanecer en el sitio y demasiado cansados para salir corriendo. Sacudieron sus cuerpos como flores abiertas a la luz solar, abandonada toda posibilidad de conseguir ese descanso que necesitaban para recargar la pobre dosis energética de sus cuerpos.

El del ojo de vidrio se acercó dando tumbos.

—Trnkila, tía, n kerems prblms. ¿Q s lo q kiers?

—Necesito saber si hay algún poro por aquí cerca... y que me prestéis un par de Ts. Vamos a entrar en la zona.



El joven hizo un gesto inclasificable con la cabeza. Sus compañeros le imitaron en una maniobra coral que le puso a Anabel los pelos de punta.

—Ay 1 poro q fnciona trs l stación. Ls Ts t ls pdes yvar, p cge ls 2 prmeros. Ls ot sn nuestrs.

—Ya, ¿y qué tal si me dais unos que funcionen? —objetó con picardía—. Esos dos tienen profundimpactos de plasma. Creo que nos llevaremos los del fondo, si no os molesta.

El joven la miró con profundo desprecio, pero ella alzó el carné en un movimiento que a Dédalo le recordó un sacerdote interponiendo una cruz en el camino de un vampiro.

Los metabolatas accedieron.

—Komo kiers.

—Joder, cada día es más difícil entenderlos —protestó la joven, escogiendo los deslizadores en mejor estado—. Prometo devolvéroslos en cuanto acabemos de usarlos. Adiós.

Dédalo correteó pegado a ella mientras cogían las tablas y se alejaban del grupo.

—¿Estás segura de lo que haces? Estas tribus urbanas suelen ser peligrosas...

—Lo son, pero les tienen un terror absoluto a las brutalbrigadas. No creo que se arriesguen a atacarnos antes de...

Fue la misma Anabel quien intuyó el peligro.

De reojo advirtió que el joven extraía algo de su bolsillo, un objeto que cabía en su mano. No fue la naturaleza del objeto en sí lo que la puso sobre aviso, sino su ademán furtivo.

—¡Cuid...

La advertencia llegó tarde. El metabolata arrojó la psicobomba a los pies de Dédalo, y la detonó con un zumbido.

Nada sucedió.

El joven alzó la vista hacia ellos y sonrió ante lo absurdo de la situación. Dédalo agarró su tabla con las dos manos y la estampó contra su cara, rompiéndole la nariz. Los otros metabolatas chillaron como mujeres parturientas que supieran que sus hijos iban a nacer muertos.



El metabolata cayó de espaldas, los sonidos enmudecidos en su cabeza por la fuerza del golpe. La bolsa donde guardaba el resto de las bombas, junto a unos frutamelos sin cáscara, se abrió y su contenido se desparramó por el suelo.

—¡Nos han lanzado una wuhsiner¹ en mal estado! —exclamó Dédalo, riendo de la indignación que sentía—. ¡Serán imbéciles!

La segunda wuhsiner que cayó de la bolsa sí funcionó. Expandió su campo siete metros y los abdujo con un profundo ooohhhmmmm. Sintieron una débil migraña y la sensación de que el cuerpo se les vaciaba de sustancia. Por un instante, fue como si un intruso mordiera las sinapsis de su cerebro. El suelo pareció abrirse y dejar pasar el cielo que chocó contra la tierra; el sentido del equilibrio se convirtió en una broma macabra, e Anabel cayó hacia *arriba* hasta golpear la acera con la cabeza.

Luego, el silencio taoísta.

DOS (Y NO TE QUEJES): LOS ARROJADOS VIAJEROS ABORDAN LA PARTE MÁS PELIGROSA DE SU VIAJE, Y DE LAS CONCLUSIONES QUE SACAN DE ELLO

Boletín de noticias de radioesquizo a las veinte treinta: ¡¡Hace calor!! No sé vosotros, hummipunkis, pero yo me estoy asando en esta maldita emisora. Encima, no funciona el aire monoclimateado. ¡Nueve puntos en la escala de Wichguer para el estrés de esta jornada! Hace menos de una hora se publicó el último libro del gurú Gibbons Malk Tremonia y, como siempre, sus fans han protagonizado suicidios en masa delante de las tiendas en una emotiva ofrenda al espíritu de sus enseñanzas. Es un hermoso gesto, pero nos preguntamos si a este paso le quedarán seguidores para la segunda edición.

¹ Wu-Hsin: En Chino, «sin mente». Estado de conciencia en el que los pensamientos se suceden sin dejar ningún rastro. Se persigue tal libertad intelectual que no es posible retener ninguna idea ni realizar acciones conscientes.

Wuhsiner: Psicobomba fabricada según los preceptos del Wu-hsin, destinada a inducir en sus víctimas tal estado de libertad intelectual que no puedan retener ninguna idea ni realizar acciones conscientes.



Click, click, bang. Las previsiones para movimientos sociales de esta semana anuncian una recolocación de las zonas púdicas. El nuevo metrotabú es la nariz. Chicas, chicos, ya podéis enseñar por fin los tobillos y el escote, pero que no se os vea la napia. —Una buena noticia relacionada: en la Pasarela Claveles ya se anuncia el advenimiento de la moda payaso para la próxima temporada—. También se van a declarar ilegales los caucasianos en la urbipatria de Remo. Cualquiera que muestre un tono de piel sonrosado será abatido a tiros por las autoridades. Con esta medida se pretende equilibrar la balanza étnica, fundamental para los seguínaticos de la secta Loom, con mayoría en el gobierno. Ellos interpretan tan al pie de la letra sus escrituras sagradas que extrapolan enseñanzas hasta del color de las tapas de sus libros... y la última editirada tenía un cincuenta por ciento de la solapa blanco y el otro cincuenta negro.

Click, click, bang. La sociedad irrealográfica ha catalogado otros cien ejemplares de especies que habitan en las zonas. Tengo el informe ante mis narices y os aseguro que no he visto cosa más delirante, tíos. Aquí leo, por muestremplo, sobre una criatura llamada porrocleitus legaci, adicta a la hierba desde su concepción uterina. En el mismo instante en que nazcan sus hijos les inculcará el vicio de fumar. O este otro, el sermoníclaro éticus, que siempre está perorando y suele acabar con el pecho traspasado por una espada. En el instante de su muerte, no deja de sermonear a su asesinicida diciendo: «Eso que haces no encubre más que un complejo de inseguridad». Alucinántropo, ¿verdad? Cuando la expedición subvencionada por la sociedad regrese de su último viaje por las zonas, nos contarán más cosas.

Click, click, plaf. Vaya, se ha entrasquillado. Hora del nicoticafé, pringaos.

Una ampolla se rompió bajo la nariz de Anabel. El aire que respiraba se transformó en un efluvio tan desagradable que no tuvo más remedio que olvidar su dulce sueño de manzanas parlantes y volver a la realidad.

Además, la habían atacado. Eso lo recordaba. Un cerebro normal se despertaría y como mínimo tendría la decencia de defenderse. Quiso actuar cabalmente, pero de algún modo, el enlace que conectaba ese razonamiento con el movimiento efectivo de sus brazos estaba roto. Tras unos segundos de náusea (oohhhmmmm) y de escasa coordinación, pudo oohhmmmitir parte del mareo.

—¿Qué ocurre? —exclamó sobresaltada—. ¿Dónde estoy?

A menos de tres centímetros de su nariz había un casco militar, con una persona dentro. Anabel se llevó un susto de muerte, pero el hombre la tranquilizó tras revisar su carné de funcionaria.

—Buenas tardes, señorita. Se halla usted muy lejos del cordón corporativo, ¿lo sabía?



Anabel se levantó. Cuatro antiperpléjidos patrullaban alrededor de la casamata de helados, sus cañones rezumando energía. Habían encerrado a los metabolatas en un furgón blindado, y ahora peinaban los alrededores con sus neuroescáners.

—Sí... lo sé. —Miró a su izquierda. Dévalo recuperaba el control de sí mismo en ese preciso momento—. Lo sé. Lo sé. —Luchó contra la inercia verbal. Señaló las tablas de surf que yacían tiradas en el suelo—. Son nuestras. Las necesitamos.

—¿Les han obligado esos gamberros a tomar algún metaácido de sintonización con la zona? —preguntó el policía, con voz retumbante. Una distorsión provocada por su careta antigás volvía más inquietante el efecto.

—No... creo que no. Fue una bomba, una wuhsiner. O varias.

—Tuvieron suerte de que sólo detonara una. Si no, ahora sus cerebros no servirían más que para decir chorradas filosóficas y resolver cubos de Rubik. ¿Desean escolta hasta los barrios interiores?

Anabel se frotó las sienes.

—No... Son ustedes cordimables, pero debemos proseguir nuestro camino. Pertenezco a la oficina de objetos perdidos. Estoy buscando algo que cayó del cielo en los alrededores.

—¿Pertenece a la expedición?

—¿Qué expedición?

—Una que financia la sociedad irrealógica. Visionautas colgados de aregación 3. Pasaron por aquí hace un rato. Iban a cruzar el muro.

Anabel guiñó el ojo a su compañero.

—Sí, vamos con ellos. Nos quedamos un poco rezagados por culpa de esos críos.

—Pueden continuar, pero procuren evitar el muro de contención —advirtió el policía, despidiéndose con un saludo militar—. Últimamente han eclosionado demasiadas pasibrechas.

—Eso espero.

Anabel tomó a Dévalo de la mano. Se cargaron las tablas al hombro y pusieron tierra de por medio. Los antiperpléjidos se olvidaron de ellos y continuaron registrando el parque.



Al cabo de diez minutos de caminar, Dédalo se apoyó en una pared y vomitó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Anabel, sosteniéndole. Él asintió.

—Durante la pesadilla concebí algunas ideas que debían ser expulsadas. Pero ya me siento mejor. ¿Qué hacemos ahora?

—Llegó el momento de la verdad, Dédalo. Nos encontramos a la sombra del muro.

Anabel avanzó hasta un cruce de calles y miró al norte. Dédalo la imitó, comprendiendo en seguida a qué se refería.

Entre las casonas periféricas de la urbe, tesoros de épocas pretéritas donde no resultaba tan peligroso para la cordura vivir al límite de la irrealidad, se elevaba un enorme muro de cemento. Era alto y viejo, baqueteado por décadas de embates surrealistas por un lado, y el ostracismo de la población por el otro. La combinación de ambas fuerzas lo había agrietado, exfoliándolo en algunos puntos, simplemente desgastándolo en otros... pero aún continuaba en pie.

Anabel acarició la superficie de ladrillos ocres. Estaban calientes, casi palpitando con vida propia. Había visto el muro desde lejos en muchas ocasiones, pero nunca se había imaginado que su contacto fuese cálido.

—Creí que sería una cosa fría y espeluznante —murmuró.

En aquel momento deseó dar un mordisco agresivo a la fruta del conocimiento, para entender qué significaba aquel símbolo (porque, ahora lo sabía, el muro no era sino un símbolo, aunque no imaginaba de qué) y de esa manera poder cruzarlo. A su espalda, los reflectores picoteaban la noche, mostrando el camino a casa a los vehículos que recorrían como balas las autopistas colgantes.

Un relámpago rayó la armonía desigual de los edificios. La ciudad se volvía fantasmal, nocturna.

—Creo que nos dejará pasar —decidió Anabel, mirando al muro con optimismo.

—¿Cómo estás tan segura?

—No estoy segura. Pero lo hará. La expedición debió atravesarlo por aquí. Eso lo vuelve permeable. —Afiló los ojos—. Hemos tenido suerte.

Tamborileó con los dedos en el muro, impaciente.



Y allí estaba. Una grieta se abrió como un relámpago invertido. De sus fisuras brotó una luz acromática.

Dédalo se echó hacia atrás. Al contacto con la luz, las tablas recargaron sus baterías y flotaron mansamente a un metro del suelo.

Anabel se irguió sobre la primera, pulsando el pedal de aceleración. Dédalo la imitó. A los escasos segundos estaban sobrevolando un paisaje completamente diferente. Y ya no se veía la ciudad por ningún lado, pese a la colosalidad de sus rascacielos.

—¡Un poro! —exclamó la chica—. ¡Es un bendito poro!

Acongojado, Dédalo miró sobre su hombro.

Sólo ellos habían traspasado la frontera. La urbe no.

El oficial no había mentido. Al poco de surflotar entre sotobosques de tallos de hierba, tan altos como un elefante y casi la mitad de livianos, encontraron a los visionautas. Se trataba de un grupo de hombres y mujeres, desnudos salvo por unas esferas de cristal que llevaban en la cabeza, cuya utilidad parecía limitarse a sustituir sus rasgos faciales por el reflejo de lo que había a su alrededor. Cada una lucía el dibujo de una enorme huella dactilar.

Los visionautas les saludaron. Anabel derrapó con su tabla, en un movimiento algo brusco que la posó justo frente a ellos. Dédalo no fue tan hábil, y a punto estuvo de embestir un tallo de hierba.

—¿Qué has venido a hacer aquí, chiquilla? —preguntó uno de los visionautas.

—No me llamo chiquilla —contestó ella—. Pero os saludo. Mi amigo y yo hemos entrado en vuestro huerfel para buscar unas alas. ¿No las habréis visto caer cerca, por casualidad?

El portavoz, un hombre circuncidado, les dio la mano a ambos en señal de bienvenida. La enorme esfera que llevaba sobre los hombros tenía casi el triple de diámetro que su cabeza.

—No hemos visto lo que dices, niña, pero podemos ayudarte a buscar si respondes a una pregunta —dijo.



© Pat Mac Dougall



—No me llamo niña, y estoy de acuerdo. Preguntad. —Anabel se dirigió a Dédalo en voz baja—: No aceptes ningún apodo que te pongan o sustituirá para siempre a tu verdadero nombre. Niégalo en voz alta y ruega para que su pregunta sea sencilla.

—¿De qué conoces a esta gente? —preguntó Dédalo, fascinado. No podía creer nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Ya le habían advertido que las zonas podían ser desconcertantes, e incluso peligrosas para la cordura, pero nunca imaginó que llegasen a tal extremo.

—Una vez acudió una embajada de visionautas a nuestra oficina. Al parecer, habían perdido algo en la ciudad, una de las huellas dactilares de sus miembros. Lo solucionamos pintando otra nueva.

—¿Y de quién la copiaste?

—Realmente no son huellas dactilares, aunque lo parezca. Son las arrugas de una frente.

—¿Arrugas?

—Sí, arrugas de la piel provocadas al pensar con intensidad. Le pedí a mi compatriota, Usler, que resolviese una algebración matemática y traté de calcar su entrecejo.

El visionauta se plantó delante de Dédalo.

—¿Tú también vienes con ella, amigo?

—Sí, yo...

—¡Ejem! —interrumpió Anabel. Dédalo se apresuró a recalcar:

—¡No me llamo amigo! —Durante un segundo temió no volver a recordar su nombre, pero por fortuna el daño no había sido letal—. Intentaremos responder a vuestra pregunta a dúo.

—Como deseéis, audaces viajeros. Sólo queremos que nos digáis si el pájaro debe posarse o no.

—¿El pájaro? —Dédalo alzó las cejas. Iba a responder cuando su compañera le tocó el hombro—. ¿No crees que todo pájaro debe acabar posándose, Anabel?

—Espera. Tiene truco. La palabra «pájaro» posee muchos significados en negargot. ¡Oh, mierda!

—¿Qué ocurre?



—No lo hemos negado. Nos ha llamado audaces viajeros, y no lo hemos negado.

Dédalo arrugó la frente, y el circuncidado miró con cierta envidia (¿atracción sexual?) las arrugas de su entrecejo.

—Os los devolveremos si contestáis —prometió—. Es muy importante para nosotros. ¿Debe posarse el pájaro o no?

El hombre formuló la pregunta con una mano a la espalda, la otra dibujando con el dedo índice un camino en el dibujo de su cabeza, y los pies separados. La pierna izquierda estaba suspendida en el aire, mientras que la derecha cargaba con todo el peso del cuerpo.

La mujer antes llamada Anabel pensó con intensidad.

—Deberíamos decirle que sí —dijo su compañero azul—. En realidad es un puzzle muy sencillo. El lugar de las aves está en el cielo, pero yo soy la prueba viviente de que a veces caen a la tierra.

—No tan deprisa. Pájaro también significa inmensidad, karma, montaña y destino. Puede que haya querido decir una cosa u otra dependiendo de si el dibujo de su casco tiene un punto central o no. O puede que no tenga solución.

—Pero... si lo que pretendía decir es que la inmensidad se desploma, la respuesta debería ser no. Algo que es inconmensurable por definición no puede desplomarse. En todo caso se derrumbaría sobre sí mismo.

—Sí, pero... ¿te fijaste en su mano derecha?

El hombre azul hizo memoria.

—La escondió antes de formular la pregunta.

—Exacto. Eso significa que hay algo escondido. Un elemento que no forma parte del todo.

—No te sigo.

La joven trazó un círculo en el aire.

—Si no forma parte del todo, es que de algún modo pone límites a la inmensidad. Algo fuera de lógica. Por lo tanto, la expresión no significaba «inmensidad».

—Entonces debía referirse a la segunda acepción: karma.



—Esa podría ser la solución más obvia, pero pienso que no es el caso. ¿Qué hacía con la mano izquierda?

El hombre azul cerró los ojos y trató de proyectar el recuerdo del visionauta sobre sus párpados.

—Recorría con el dedo un camino en su propia huella dactilar. Como si subrayase un sendero.

—¿Con qué dedo?

—Joder, audaz viajera, ¿qué más da?

—Es importante —insistió ella—. ¿Con qué dedo?

—Con el índice... creo.

—Uhm... Entonces la respuesta no está en el karma. Según la tradición, la energía espiritual recorre un camino, pero no implica que éste siga una dirección. El camino sería entonces aleatorio. Los dedos índice y anular se usan normalmente para señalar direcciones. No es un karma completo, pues.

El hombre azul resopló de hastío. Se les estaban acabando las opciones, y él ya ni siquiera recordaba por qué letra empezaba su nombre.

—¿Entonces cuál demonios es la respuesta?

—No.

—¿Cómo?

La mujer sonrió.

—La respuesta es no. ¿Recuerdas sus piernas? Se apoyaba sobre la derecha, mientras que la otra se inclinaba hacia dentro. Rodillas pegadas sugiere confluencia de caminos, mientras que si el camino que confluye está suspendido en el aire, es que no tiene fin. No lleva a ninguna parte. Por lo tanto, la respuesta es no: pájaro significa destino, y no hay destino si no dispones de alas que te lleven al lugar al que deseas ir.

Ambos miraron al visionauta, esperando un veredicto. Hasta les pareció verle sonreír bajo su máscara.

La cúpula se movió afirmativamente.

—No es la respuesta, Anabel y Dédalo.



Dédalo se tambaleó cuando la chica le abrazó, emocionada. Por un instante se sintió incómodo, y recordó la conversación que habían mantenido en el raiocarril. Sobre todo la parte en que ella había dicho: «*A toda mujer le gusta pensar que es seductora por ella misma, no porque parezca una sombra*».

Le había demostrado que había más que simple belleza en su cuerpo. También había inteligencia, y sabiduría.

El hombre azul se estaba enamorando.

Alejó esos pensamientos. Su único propósito era recuperar sus alas. Sólo eso.

—Os escoltañaremos —dijo el visionauta, y los demás miembros de su logia estuvieron de acuerdo.

—¿Dónde?

—Al lugar donde están tus alas.

Dédalo les miró con desconfianza.

—Antes dijiste que no sabíais dónde estaban.

—Y antes fue cierto.

No hablaron más. Dédalo estaba cansado de tantos acertijos. Él sólo quería volar.

Tras una hora de camino, arribaron a lo que únicamente se podía describir como un valle entre grandes formaciones piramidales. No estaban hechas de piedra ni de barro, pero olían como si se pudiera cosechar algo bajo su piel.

Anabel escaló una de estas grandes pirámides y acarició su punta. Algo brillaba en aquel lugar: tres aristas con fulgor índigo. El piramidion remataba la estructura, pero de algún modo comunicaba la sensación de ser algo aparte. Un objeto con identidad propia.

Sus caras parecían transparentes. Anabel compuso una expresión de sorpresa al mirar en su interior.

Dédalo escaló junto a su amiga. Cuando logró llegar a su altura, descubrió lo que miraba con tanto interés.

El piramidion estaba lleno de imágenes.

Imágenes de Anabel.



—Hemos llegado al final del camino —murmuró ella—. He cumplido con mi parte. Tus objetos perdidos están aquí.

La Anabel que se movía dentro del piramidion no estaba hecha de sombra, sino de carne. Era como una película en tres dimensiones. Deambulaba alegre por lo que parecía ser un mercado, o algún tipo de feria, y sí despedía sombra. Dédalo se preguntó si aquella superficie estaba reflejando a otra Anabel, una entidad cuyo reflejo era también Anabel.

—Llevas momentáneamente deprimida dos años —dijo un hombre en el recuerdo—. *Deberías salir. Ir a la feria. Olvidar.*

—*No puedo olvidar. Olvidar duele. No quiero sentir más dolor.*

—No puedo olvidar... —repitió la mujer sombra—. Olvidar es sentir dolor.

Dédalo posó una mano en su hombro.

—¿Estos son tus recuerdos? ¿Qué hacen aquí?

—Cayeron junto a tus alas. Se me escaparon cuando hizo viento.

—*Olvidar duele. No quiero sentir más dolor.*

—Anabel, todos buscamos algo. Tú buscas tu otra mitad. Yo el cielo. ¿Crees acaso que mi búsqueda es más difícil que la tuya?

La joven rozó el piramidion, poniendo su dedo al otro lado del cristal. Casi podía tocar a su otro yo.

De repente, las pirámides flotaron. Los visionautas no intervinieron en absoluto: en actitud indolente, se limitaron a reflejar en sus cabezas lo que estaba pasando.

—¿Cuántos estilos de realidad hay posibles? —preguntó la mujer sombra, contagiándose de la nuncanidad del entorno—. ¿En cuántas partes infinitesimales se puede dividir la percepción del universo, y dónde está escrito que debemos ordenarlas de una manera o de otra? En mi opinión, el interés de los seres humanos en conservar intacta su cordura es tautológico.

—Lo dices con demasiada seguridad —murmuró Dédalo—. Hay gente que opina que si algo se afirma con la suficiente contundencia, tiende a ser cierto. Y en este lugar más aún.

—Eso me da igual. Considerémos a nosotros mismos. ¿No te asusta pensar que en el fondo no estamos juntos por decisión propia o por pura casualidad, sino por una perversión en las leyes de la física? Las relaciones entre los seres humanos son pautas de acción y reacción, y por lo tanto pueden reducirse a



una expresión matemática. —Suspiró—. Desde que llegué a las Ciudad de los Panoramas he estado observando a la gente, y me he dado cuenta de que las historias que cada uno protagoniza no son en absoluto triviales. Cada fragmento de vida que llega extraviado a nuestra oficina arranca de un modo vulgar, intrascendente, para luego empezar a adentrarse en territorios oscuros de una forma tan paulatina que uno apenas lo percibe. Se nos muestra un camino, pero tomamos otro que subyace en sus intersecciones. Puede que lo hagamos de forma inconsciente, como ratones que no alcanzan a ver las paredes del laberinto... o puede que en el fondo nos guste jugar nos el pescuezo por darle una pincelada de color a nuestras grises vidas.

—¿Quieres decir que estamos aquí, en este preciso lugar, por otro motivo diferente al que hemos venido? ¿Que de algún modo estaba escrito, ya sea en un libro místico o en un silogismo matemático, que nos encontraríamos? —Se llevó las manos a la sien—. ¡Dios, esto es una borrachera de nuncanidad! ¡Nos está contagiando!

—Son las zonas.

Anabel giró la pirámide, que destellaba en una serie de secuencias breves, inconexas, pero unidas por una sinergia indescifrable.

—Son sus leyes.

Las gigantescas pirámides que flotaban a su alrededor comenzaron a orbitar como si las moviera algo similar a un libre albedrío.

—Nosotros somos ahora los observadores. Podemos cambiar la realidad hasta convertirnos en el único elemento constante que la defina. Pero jamás podremos manipularnos a nosotros mismos, alterar nuestras emociones o percepciones, o nuestro sentido del yo. —Anabel miró a su compañero, y éste pudo apreciar la sonrisa que bailaba en lo profundo de sus ojos—. Tocar la mente es demasiado peligroso.

—Sigues empeñada en ser mi protectora, ¿verdad?

Un destello de ternura.

—Sigo empeñada en hacer que vuelas, de una forma u otra.

Sus manos se enlazaron. En su intento de revolotear alrededor de los dos únicos personajes del drama para así abarcar una panorámica más completa de la historia, el hombre pájaro se había ido alejando de Anabel. Ahora se daba cuenta. De algún modo, los anónimos artistas encargados de dar vida a aquella región del ensueño habían olvidado los deseos de ella para centrarse en los suyos, y eso desequilibraba el cuadro.



—Pero, ¿qué es lo que quieres tú? —preguntó Dédalo.

Ella sonrió.

—Mis deseos no importan.

—Me importan a mí.

Los visionautas se dieron la vuelta. Sus huellas mnemodactilares adquirieron la profundidad de laberintos, y se fueron extinguendo a medida que se marchaban, perdiéndose en las nieblas del ensueño. Al poco rato, Anabel y el hombre azul estaban completamente solos.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la joven.

—¿Estás seguro de lo que pides? Ten en cuenta que mis deseos personales podrían entrar en conflicto con los tuyos.

Por toda respuesta, él la besó. Fue como hundir su lengua en la fría oscuridad que deja el sol cuando se sumerge en el horizonte. Los labios de la joven congelaron los suyos, y los bañaron de agua del deshielo al apartarse.

Dédalo saboreó esa humedad con placer. Aquel beso había sobrepasado la frontera de lo sexual. Se equilibró entre lo perverso y lo sublime tan finamente que le hizo recordar aquel poema que había escrito cuando era adolescente. Sí, *aquel*.

—¿Por qué temes decirlo? —preguntó Anabel.

—¿El qué?

—Que te atraigo.

Dédalo tembló.



—Porque... No, no debería.

—Vamos —insistió Anabel.

—De acuerdo, pero por favor, no te enfades conmigo. —Tomó aliento—. Lo único que deseo es volar, Anabel. Recorrer los cielos infinitos. Y el principal impedimento para ello es arrastrar cosas que te aten a la tierra. El amor... —Tragó saliva—. El amor es uno de los lastres más pesados que



existen.

Anabel emitió una risita deliciosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dédalo.

Ella acarició su espalda. Sus dedos provocaron un rumor de plumas.

—Hemos encontrado tus alas, tonto.

Y las alas se abrieron.

¡Esto es radioesquizo, y son las ocho del mediodía del dos de Oniembre! Hemos preparado para vosotros una magnífica selección de estéreo-música y noticias, para que disfrutéis de la jornada y sigáis conectados al mundo. Gran éxito el conseguido por el grupo tangorock Sindicalización De Tu Flora Intestinal (mierroño, tíos, os buscáis cada nombrecito...), antes conocido como Freddie Dijo Sí En Su Última Hora. Ha sido con su tema Dibujando Patrones Complejos. Estos chicos han abandonado la estéreo-música para crear la tendencia contraria, la melodía hiperclara. De hecho, su canción consta de tres únicas notas que se repiten ochocientas diecinueve veces. Sí, nosotros también nos preguntamos cómo demófitos han logrado encajar la letra.

Pero antes que nada, queremos hacernos eco de una serie de llamadas enviadas por nuestros radiofreaks. En ellas afirman haber avistado un hombre volador sobre las torres del horizonte norte. Lo describen como una figura azul de cuya espalda surgen alas blancas de gran envergadura, como de gargoángel. Nuestro consejo, muchachos, es que no abuséis de los filantrópodos. Algunos atacan la médula espinal igual que el alcohol causa estragos en vuestro hígado. Y si resulta que no es una alucinación colectiva y el hombre alado existe de verdad... pues que siga volando sin descanso, por los siglos de los siglos, que siempre resulta agradable saber que al menos uno lo ha conseguido.

Pero el mundo no para de girar y otras cosas suceden en nuestra amada ciudad. El señor Losientoperonomegustaelpostre ha encontrado un nuevo idioma al que traducir su ya de por sí desconcertante nombre. A partir de ahora responderá por Tiklaitabakanikttuquera-sinu, aunque su representante no ha tenido la amabilidad de indicarnos de qué dialecto o lengua se trata. Respecto a la información bursátil, hoy el precio de las religiones ortodoxas se cotiza a...

© Víctor Conde

VÍCTOR CONDE tiene 28 años, es natural de Tenerife y trabaja como guionista de cine y televisión. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Pulsar* y *Artífex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotauro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*. También es autor de la novela *EL DRAGÓN ESTELAR* publicada en Timun Mas.



Novelas

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

6ª PARTE

por Omar E. Vega

Si en el anterior capítulo veíamos a nuestros protagonistas viajar hacia Rings, en este vamos a ver sus vivencias en Rings. Hal sufrirá un choque cultural con motivo de su visita a la zona médica.

GRAVITORIUM

Los pasajeros, apretujados en el mirador, observaban como lentamente el punto de luz verde azulino se esclarecía, resolviéndose en estructuras artificiales, definidas cada vez más nítidamente. A esa distancia parecía un minúsculo capullo que crecía lenta pero inexorablemente.

—No parece muy grande —comentó Bob, quien se caracterizaba por hacer afirmaciones no muy acertadas.

—Estamos todavía muy lejos —dijo Al-Razi quien ya conocía el lugar—. Ya verás.

Pasaron los minutos de contemplación sin cambios inmediatamente perceptibles hasta que algunos detalles se hicieron notorios. Primero apareció algo que, a la distancia parecía un collar de perlas.

—¿Qué es eso? —preguntó Hal.

—Parecen ser depósitos de algún tipo —contestó Edward Al-Razi—. Quizás materiales de construcción o propelente para barcos.

—Son de antimateria —explicó Dean—. Similares a los existentes en otros lugares del Sistema Solar, pero de dimensiones mucho mayores.

La observación de Dean era acertada. Rings era un conocido exportador de anti-hidrógeno, el cual se usaba en cantidades minúsculas para elevar la temperatura de servicio de las toberas de los motores termoiónicos; de aquellos usados regularmente en las embarcaciones de línea. Para manejar esta peligrosa sustancia se requerían grandes instalaciones de seguridad, y la dimensión



de los tanques era un claro indicio de lo complejo que era almacenarla en masa.

—Miren —exclamó Hal—, ya se aprecia el perfil de New Europe.

Efectivamente, mientras hablaban la ciudad comenzaba a mostrarse en toda su magnífica extensión, distinguiéndose sus detalles gruesos sin mucha claridad aún. New Europe era un plano extenso con millares de pequeñas esferitas luminosas incrustadas en él. Sobre el plano se apreciaba algo como una nube de pequeños puntos móviles que danzaban cual luciérnagas atraídas por la luz. Estas y otras poéticas asociaciones se generaban en la mente de los terrestres mientras eran presa de una intensa sensación de asombro, y de la impaciencia por conocer todavía más sobre el lugar.

La nave se acercaba lentamente hacia su destino. Espantosamente despacio de acuerdo con el parecer de los curiosos pasajeros, quienes no dejaban un instante de mirar la imponente ciudad que se acercaba. De vez en cuando, una leve vibración indicaba a los pasajeros que todavía estaban desacelerando.

Minutos más tarde el asombro se apoderó de los pasajeros con toda su fuerza. La ciudad ya no estaba oculta por la distancia, distinguiéndose ahora claramente sus edificios y el contorno del puerto.

—¡Es soberbia! —Exclamó Hal—. Me siento como un moderno conquistador que encuentra la ciudad perdida de «El Dorado». Como un Cortés que ve por primera vez Tenochtitlan.

—¡Es bellísima! —Dijo Bob—. Nunca me imaginé tener ésta visión, y tan lejos de la Tierra.

Mientras el Charlotte se desplazaba los pasajeros observaban los grandes transportes anclados en la nada, esperando su turno para entrar al puerto. En muchos de ellos se podían distinguir las banderas a popa flameando en el vacío, por efecto de una excéntrica tecnología cuyo único fin era el placer estético. De una tela especial, estaban hechas de redes de cientos de motores microscópicos, producían un movimiento flameante indistinguible de aquel que el viento induce en las banderas en la atmósfera terrestre. Sumando sus ojos egipcios y las banderas flameantes, las naves espaciales producían una sensación de antigüedad en el espectador, una impresión de retorno a las raíces clásicas que era del agrado de la humanidad de la época. Los emblemas de los cargueros eran muy variados y desconocidos para el grupo de terrícolas, pues si bien de vez en cuando se veía una nave joviana o marciana con insignias consabidas, la gran mayoría de ellas tenía signos que los terrestres nunca antes habían visto, que les identificaban como propiedad de otros lugares; quizás de ciudades de Rings.



—La ciudad es realmente enorme —exclamó Dean, mientras veía las grandes construcciones que, aun cuando distantes, se apreciaban ya como gigantes. Incluso los cargueros, que en general medían hasta 400 metros de largo, se veían minúsculos ante las ciclópeas instalaciones de aquel puerto flotando en el vacío. La ciudad, que ahora cubría la visión hasta el horizonte de Saturno, se notaba aún más extensa. Edificios grandes y pequeños por todas partes, con formas de cápsulas, esferas, cubos, pirámides y otras aún más exóticas, se encontraban firmemente unidos al plano de la ciudad por pilares con forma de escalerillas. La maraña de edificios se veía integrada y rígida, formando un solo conjunto grácil y sólido. Tras la ciudad, cual telón de fondo, aparecía el majestuoso Saturno, empequeñeciendo a su vez a New Europe, como recordándonos de que todo en la existencia es relativo.

Nubes compactas de pequeños vehículos espaciales flotaban sobre y bajo el plano de la ciudad en todas direcciones. Se posaban sobre los edificios o despegaban de los mismos, en un constante ir y venir que abrumaba la vista.

Sobre el plano de la ciudad, a una distancia apreciable, un cilindro gris plateado giraba lentamente sobre su eje, llamando poderosamente la atención por la libertad de sus movimientos. Contrastando su libre vuelo con la rigidez exhibida por la propia ciudad.

Una gran torre vigilaba la entrada al malecón del puerto de New Europe, como supervisando su intensa actividad.

—¿Qué es eso? —Preguntó Dean.

—Es el faro —Contestó Al-Razi—. Desde allí se controlan las comunicaciones y navegación de las naves de gran calado.

El imponente edificio dominaba el paisaje. Tenía el aspecto avasallador de una estructura clásica, como lo fuera en su época el faro de la antigua Alejandría. Sin embargo, su altura por sobre el plano del puerto debía superar fácilmente los dos kilómetros. Altura mucho mayor que cualquier estructura que haya existido jamás en la Tierra.

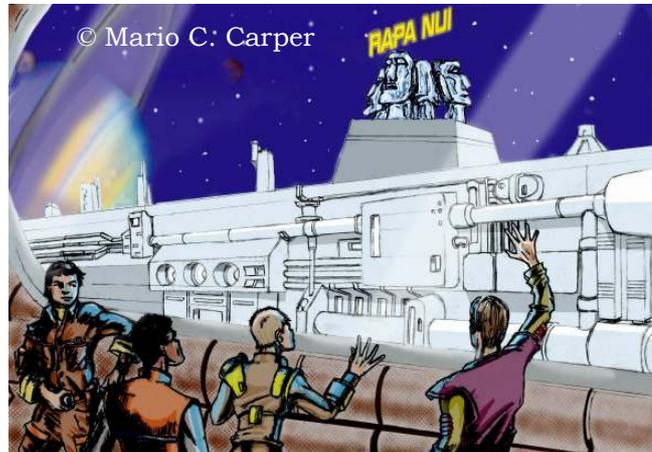
De pronto la nave entró en lo que parecía un canal gigantesco esculpado en el plano de la ciudad, de un ancho de al menos trescientos metros y de casi cien kilómetros de longitud. Era un gran canal a tajo abierto integrado en la estructura misma de la ciudad espacial, y cuyo objetivo era permitir la navegación hacia su interior de naves de gran calado. La escena hacía recordar a Holanda. En ambas orillas de aquel canal artificial se veía gran cantidad de edificios de todas formas y tamaños, y en ambos costados estaban atracadas una interminable fila de embarcaciones menores para el transporte de materiales.



—Miren —dijo de pronto Al-Razi—. Sobre aquel edificio hay estatuas en forma de moais de Isla de Pascua.

En efecto, el edificio gris violáceo estaba coronado por tres reproducciones cristalinas de moais de la antigua Isla de Pascua. Sobre ellas se exhibía un letrero holográfico que mostraba orgullosamente la leyenda: *Rapa Nui Instruments*.

—Esa debe ser la casa matriz de la empresa fabricante de instrumentos de navegación —exclamó Dean—. Observa que hay muchas otras marcas en los edificios en derredor. Estamos en una zona comercial.



Efectivamente en todas direcciones se apreciaban edificios verdes, amarillos, azules y naranjas en tonos metálicos brillantes. Todos coronados con extrañas estatuas y carteles holográficos: Astilleros Vikingo, Minera Atacama, Maquinaria Ambiental Inuit, Vestidos Ming, Importadores Fenicios, Comida rápida Americana, y muchas otras. Todos nombres raros que evocaban pueblos de la antigua historia humana, y que estaban escritos en un extraño inglés fonético.

El aspecto general de la ciudad era agradable, con mucho orden. Llamaba la atención de los terrestres la acabada arquitectura de los edificios, decorados con intrincadas volutas y adornos siempre balanceados y agradables a la vista. La selección de colores y transparencias producía un efecto placentero. No era muy común encontrar arquitectura de real calidad en el espacio, donde siempre primó el espíritu práctico del ingeniero por sobre la mentalidad subjetiva, cálida y emotiva del arquitecto. Evidentemente aquí sí había artistas.

La nave seguía desplazándose lentamente por el canal mientras la ciudad mostraba más detalles encantadores. En especial llamaba la atención de los terrestres que en medio de las terrazas y los recovecos más insospechados apreciaran amplias zonas de un verde profundo. Prados y arbustos, aguas y árboles parecían brotar de entre las estructuras de metal y plástico para dar un aspecto viviente a la ciudad.

—¿Crees tu, Edward que sean realmente plantas las que vemos allí? —preguntó Hal.

—Me parece poco probable que puedan crecer en el vacío —contestó Edward—. Para ello deberían tener órganos que les impidieran la evaporación y les aislaran del medio. Crear ese tipo de plantas requeriría un tipo de ingenie-



ría genética constructiva que está más allá de lo conocido en la Tierra. Sospecho que no son más que reproducciones de plástico de plantas reales. Ahora bien, observando todas las maravillas que se aprecian en este lugar, quizás los ringerianos sean realmente capaces de crear plantas que sobrevivan con sus copas en contacto con el vacío. Realmente no lo sé.

—¿Han notado algo extraño en este lugar? —preguntó Bob.

—¡Qué más extraño que la magnitud de esta ciudad! —Contesto Hal, burlándose de la ingenuidad de las afirmaciones de este.

—Esta ciudad no está preparada para proveer a la gente de gravedad artificial —dijo Bob con fuerza— ¿No les parece raro?

—¿Qué tiene de raro? —Afirmó Al-Razi, siempre encontrando explicaciones técnicas a las dudas de los viajeros—. En Marte la estación espacial Sagan tampoco tiene gravedad artificial.

—¿Pero, es que no entienden? —Subió la voz Bob, quien al fin pensó que tenía un argumento de peso que defender—. Ésta no es una estación espacial sino una ciudad. No se trata de un lugar de paso, donde la gente hace trasbordo entre viajes interplanetarios y suborbitales, sino de un sitio de residencia permanente. ¡Aquí la gente vive toda su vida!

Los terrestres enmudecieron.

—¿Cómo pueden vivir aquí sin gravedad? ¿Cómo se pueden mantener vivos aquí durante diez, veinte o setenta años? —Dijo Bob, con un dramatismo un poco exagerado— ¿Cómo pueden vivir aquí toda su vida?

—Es cierto lo que Bob dice —secundó Al-Razi—. Después de cinco meses de ingravidez el cuerpo comienza a decaer rápidamente: los huesos se descalcifican; el corazón y la musculatura se deterioran; el sistema nervioso comienza a degenerar. El hombre es un animal terrestre y no está hecho para soportar la falta de gravedad por períodos muy prolongados.

—Y no existen hábitats rotatorios en derredor. ¡Ninguna edificación que provea de gravedad! —exclamó Hal.

—No, excepto por aquel cilindro que se ve allá, a la distancia —dijo Bob, indicando al anillo gris plata que rotaba lentamente, lejos de la ciudad—. Quizás la gente vive en él y el resto de la ciudad sea solo un lugar de trabajo.

—Quizás —Exclamó Hal—. Pero sería una ciudad en extremo desproporcionada. Tanto espacio para las industrias y tan poco para vivir. No lo sé. Veo que Rings persiste en mostrarse como un lugar misterioso.



Los viajeros siguieron contemplando el paisaje, mientras el malecón de atraque se acercaba al fin, mostrándose con decenas de naves atracadas en él. En torno pequeños vehículos fluían, mientras los brazos robóticos de las grúas del puerto sacaban automáticamente los contenedores de los barcos. Las maniobras del Charlotte eran cada vez más pausadas y precisas, preparándose para el atraque. De pronto un enorme brazo robot, solidario al puerto, tomó con su mano de hierro el cuerpo del Charlotte, y comenzó a jalarla con firmeza, pero extrema delicadeza, hacia el espigón de atraque. El viaje concluía.

—¡Miren hacia su izquierda! —Exclamó Hal, haciendo girar las cabezas de los terrestres en 120 grados—. ¿Qué cosa es eso?

Allá, flotando por sobre la ciudad pero capturada por delgadas estructuras, que se apreciaban a la distancia finas como telaraña, descansaba el más extraño edificio de todos cuanto habían observado hasta ahora. Parecía como una vasija de piedra y vidrio con forma de erizo, con púas que se proyectaban en todas las direcciones. Visto de otra manera quizás si era como una estrella con rayos de luces radiando en forma esférica; un dodecaedro suspendido en el séptimo cielo. Su aspecto era frágil como el cristal, y duro como la roca. Extrañas estatuas salpicaban el edificio en las más excéntricas posturas: gárgolas y demonios, dioses y repugnantes serpientes verdes. No faltaban los dragones y los grifos que compartían el espacio con unicornios y leones. En un lugar destacado había una pareja desnuda enlazada en un acto sexual, símbolo del hermafrodita.

—¿Qué será? —inquirió Dean.

—Es la catedral —contestó Al-Razi—, el edificio más sagrado de la ciudad.

—¡Qué bueno! —Exclamó Hal—, al menos son cristianos. Quizás los ringe-rianos sean personas de fe que creen en el Salvador. De hecho, puedo ver allí a la derecha una cruz de Cristo.

—Ésta catedral no es cristiana —explicó Edward—. Es un templo alquimista, y en ellos la cruz tiene un significado distinto.

A los ojos de Hal Goldwing, el lugar sagrado se transformó en un sitio perverso y repugnante: la casa del diablo.

—Bueno Señores —dijo Hal, seriamente y visiblemente exaltado—. Hemos llegado a una isla de adoradores del demonio. No estamos en el paraíso sino en el infierno.

—No lo dirás en serio —dijo Dean, quien se extrañó por el fanatismo de su compañero de viaje—. Ya no estamos en los tiempos de la Inquisición, para juzgar a otros pueblos con nuestros propios patrones culturales.



—Es cierto Dean —respondió Hal un poco acongojado por haber cedido a un impulso emocional—. Es tiempo de ser tolerantes. Sin embargo, debes comprender la pena que me produce saber que la humanidad es cada vez más incrédula. Y ahora, cuando pareciera que había encontrado un templo sagrado, fruto de un pueblo creyente en Dios, se transforma de pronto en un lugar de celebración de cultos paganos. Si, tú tienes razón, vine aquí a aprender de ellos y a hacer un reportaje que genere un ambiente de tolerancia entre los humanos de todos los rincones del Sistema Solar, para impedir la autodestrucción de la civilización. Con la ayuda de Dios, a eso me abocaré ahora, con más ahínco que antes, sin importarme el convivir con paganos.

—Alá así lo quiera —exclamó Al-Razi, concluyendo en forma irónica la conversación.

En eso el Charlotte concluía su travesía. Un ruido sordo marcó el momento en que la majestuosa nave hizo contacto con el puerto. En ese momento apareció la imagen del capitán Aries en el hall principal, lugar donde los pasajeros se habían agrupando, quien dijo las frases de rigor:

—Señores pasajeros, la maniobra de atraque al puerto de New Europe ha concluido. Es el fin del viaje. En nombre de la línea Robinson les deseo una feliz estadía en Rings. Antes de salir les obsequiaremos un par de zapatillas de inyección que les serán indispensables para caminar en la ciudad. ¡Buena suerte y hasta otra oportunidad!

Todos los pasajeros se dirigieron a un pequeño pañol, al lado de la sala central, donde un marinero entregó a cada uno una caja con zapatillas. Éstas eran un calzado especial que tenía dos minúsculas turbinas en forma de lápiz ubicadas justo atrás de los tobillos. Estos motores generaban un impulso de aire comprimido que permitía moverse en recintos amplios carentes de gravedad. Si alguien quedaba flotando a la deriva en un ambiente ingrávido, bastaba con que se tocara los tobillos para generar pulsos de aire comprimido, los que le sacaban de tan incómoda posición. Además, al caminar sobre superficies planas las zapatillas se adherían al piso de una forma cómoda e imperceptible para quien las usara, permitiendo un desplazamiento natural en ambientes de gravedad cero.

Los pasajeros se sentaron para colocarse las zapatillas de inyección y luego hicieron la fila para salir de la nave. La compuerta estaba ya abierta, mientras un cartel gigantesco con la frase «Wuelkom tu Rings», escrita en inglés fonético, les esperaba fuera de la nave.

Los diez pasajeros del Charlotte comenzaron a abandonar el navío. En la compuerta estaba el capitán Aries con una amplia sonrisa, flanqueado por los miembros de su tripulación formados en rígida postura y haciendo el saludo militar. Aries saludaba y se despedía de cada uno de los pasajeros en forma relajada y fraternal. Vestía su uniforme de parada de cortes sencillos y austeros,



característico de los oficiales de las marinas mercantes. Una insignia metálica en su pecho decía «Robinson Spaceshipping Lines».

—Adiós Dean —dijo Aries estrechando la mano del piloto—, que disfrute la estadía en Rings. Se que quedará fascinado con los instrumentos náuticos que se pueden comprar en New Europe. Nos veremos en el Charlotte en dos meses más.



© Mario C. Carper

—Adiós Edward —prosiguió Aries con el siguiente en fila—, espero que disfrute la estadía y que vuestros estudios de Ingeniería sean provechosos. Nos vemos en dos meses más en el Charlotte.

—Adiós Bob —Continuó Aries—, espero que disfrute de Rings. Aquí tendrá la oportunidad de conocer algunos de los robots más avanzados que tiene la civilización. Hasta dos meses más.

—Adiós Hal —siguió con el último de los terrestres—, estoy seguro que hará un buen reportaje. Le rogaría me lo mostrase cuando regrese.

—Así lo haré —respondió Hal.

Las cosas parecían distintas al cruzar la manga transparente que unía el Charlotte al puerto. Parecía como si fuesen caminando en el espacio, separados del vacío por solo la cubierta plástica del tubo. Al fondo se apreciaba el canal navegable y una maraña de cañerías, maquinarias y estructuras metálicas diversas. A espaldas de los terrestres estaba la enorme mole del Charlotte que comenzaba a ser descargado por decenas de brazos robots, mientras algunas mangueras de plástico inyectaban combustible, agua y otros fluidos en la nave, mientras otras sacaban sustancias tóxicas y desechos.

Al frente, la pared del malecón de treinta metros de altura se veía imponente. Hacia arriba, a través del estrecho espacio entre la nave y el malecón, se apreciaba completa la cara de Saturno y un haz de sus anillos que junto a algunas lunas flotaban sobre un fondo infinito de estrellas, una de las cuales era Tierra.

Al cruzar la manga llegaron a una pequeña salita donde esperaba un vehículo robot. Subieron al mismo mientras se encendía su tablero de control.

—Los llevaré al hotel —Anunció el robot conductor del vehículo—, bienvenidos a New Europe, Rings.



El vehículo comenzó a desplazarse por un pequeño riel de suspensión magnética. Lo hacía a baja velocidad y con intrincados desplazamientos esquivando contenedores, robots tractores, robots estibadores y todos esos vehículos que convertían el lugar en un sitio bastante agitado. De pronto el transporte de los terrestres apuntó su nariz directamente hacia aquel cilindro gris azulado, que había llamado la atención a los viajeros, y disparó sus cohetes.

—Notaron que no había humanos en las labores del puerto, ni uno solo —Comentó Bob—. Y ahora nos dirigimos al único lugar con gravedad artificial de esta ciudad. Apuesto que la gente de Rings vive en ese cilindro donde nos dirigimos y sólo trabajan en el plano. Es la única explicación pues la gente no puede vivir sin gravedad.

Los otros no contestaron. Eran demasiadas las cosas que estaban observando y que desconocían para tener certeza de alguna. Tantas que les parecía aventurado hacer afirmaciones categóricas y reconocían que en éste instante no sabían nada de nada.

Entonces, un pensamiento cruzó la mente de Dean que le dejó helado.

—Si Rings ha resultado tan impredecible y misteriosa con sólo verla unos instantes, que inconvenientes puede depararle a la Tierra en un enfrentamiento con ella. ¿Qué tipo de armamentos tendrán? ¿Qué sorpresas nos traería una Guerra? ¿Habrà sido una referencia al poder militar lo que el capitán Aries quiso decir al afirmar que ellos ya «no tenían nada que temer»? ¿Ganaríamos a Rings en una guerra desatada?

Ante el tamaño y esplendor de la ciudad de New Europa esas preguntas ya no parecían necias como otrora. Dean comenzó a pensar en la posibilidad de un ataque artero a la Tierra con bombardeos nucleares y lluvias de antimateria. De pronto en su mente se formaron las imágenes de Gabriela y de su hijo muriendo en forma espantosa. Sus manos temblaron, y por primera vez sintió realmente todo el peso de su misión.

Entretanto, Hal pensaba en el maravilloso reportaje que haría en Rings. Sería el informe más importante de descubrimiento de una nueva civilización en más de un milenio. Quizás desde la época de Marco Polo no había ocurrido un evento similar. En el siglo XIII ese famoso aventurero reveló al mundo la existencia de un país muchísimo más avanzado que Occidente en tecnología y cultura: la China. Ahora Hal Goldwing, el nuevo Marco Polo, revelaría a la Tierra la existencia de otro país maravilloso y desconocido. Marco Polo, llevó a Occidente conocimientos sobre náutica, comidas e invenciones de todo tipo. ¿Que novedades no podría llevar Goldwing a la Tierra para despertarla de su letargo de siglos?

—Hal Goldwing —se dijo a sí mismo—. Ésta será la joya que coronará tu carrera.



Al-Razi, en cambio, pensaba como ingeniero. Estaba deseoso de llegar pronto a los astilleros para observar directamente la nave que iban a adquirir. Para él lo fascinante era estar al tanto de la nueva tecnología. En el fondo sentía por las máquinas la misma fascinación que los niños tienen por los juguetes caros y complejos. Era la parte infantil de su personalidad, encubierta con la máscara de seriedad y formalidad de frío ingeniero.

Bob, en cambio, solo pensaba en el misterio de la gravedad. ¿Cómo podían vivir los ringers permanentemente en un ambiente ingrávido? Quizás sus compañeros tenían la razón. En la ciudad no habría gente sino solo robots y los habitantes de New Europe vivirían en el cilindro donde se dirigían. En todo caso, desde que dejaran el Charlotte no habían visto un solo humano en la ciudad, a excepción de tripulantes de pequeños vehículos espaciales. Bob pensó que los ringers sólo salían esporádicamente fuera del cilindro gris, y que el resto del tiempo trabajaban y vivían en el.

El vehículo se acercó a la mole gris, enfrentando directamente el eje de rotación del cilindro. Detuvo entonces su avance y comenzó a girar hasta sincronizarse con la velocidad de rotación del cilindro. Un instante más tarde se abrió una compuerta en el eje y el vehículo ingresó por ella, avanzando hacia una sala intermedia donde se detuvo. Luego se abrió un portón metálico y el vehículo retomó su viaje, desplazándose por una red de túneles interiores hasta llegar a una salida, entrando de lleno a la superficie interior del complejo. En ese momento el vehículo detuvo su marcha y el robot navegante anunció.

—Hemos llegado al hotel «Natura», disfruten su estadía.

Los terrestres descendieron del vehículo y comenzaron a acercarse al edificio de tres pisos del Hotel, que más que un lugar turístico parecía una residencia particular de tamaño grande. Construida de lo que parecían ser madera, sus dos columnas del tipo clásico le daban un aire elegante. Parecía una casa patronal extraída de la Nueva Inglaterra del siglo XVIII.

El escenario del lugar era más impresionante aún que el hotel. El interior del cilindro semejava un enorme parque verde poblado de prados, grupos de árboles densos como bosques, además de lagos y ríos. Era tan grande, y sus parques tan certeramente diseñados, que los viajeros pensaron por un instante que estaban de vuelta en la Tierra. Tan real era la visión que incluso se veían nubes avanzando en el cielo artificial, condensadas por la evaporación de las plantas e impelidas a viajar por la rotación del cilindro. El clima era templado y muy agradable sintiéndose los olores a hierba. La única diferencia perceptible con la verdadera Tierra era que el horizonte se curvaba hacia arriba, pues estaban en el interior de un cilindro con gravedad artificial; no en su superficie. Con 8 kilómetros de diámetro y 10 del ancho, el hábitat tenía una superficie de 24.000 hectáreas (o 240 km²). Espacio más que suficiente para alojar una gran ciudad terrícola.



—¿Ven como tenía razón? —Dijo Bob con una sensación de éxito—. Los ringers viven aquí y conmutan a la ciudad sólo para trabajar.

—Sin embargo no hay casas —acotó Dean—. Más parece un campo de golf gigantesco que un barrio residencial.

—Ya veremos —Rezongó Bob.

Mientras hablaban, un curioso visitante se acercó a ellos.

—Buenos días —anunció.

Era la criatura mecánica más perfecta que Bob, el experto en robótica, había visto en su vida. De un color plástico verdoso, no parecía diseñado para engañar a los seres humanos, y sin embargo constaba con extremidades finamente construidas, y sus movimientos eran indistinguibles del de un ser humano normal. Si bien todos hombre educado sabía que era imposible crear máquinas conscientes, y que los robots no eran más que títeres carentes de espíritu, meras sombras de la verdadera vida, éste robot en particular tenía una apariencia tan viva que abrumaba.

—Seguramente está dirigido a distancia por un humano real —pensó Bob.

—Bienvenidos al Hotel «Natura», el más prestigioso del Gravitorium. En nombre de nuestra casa les doy la bienvenida.

El robot hablaba en un acento marcadamente clásico, que sonaba demasiado formal a los oídos de los terrestres.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Bob quien no soportaba la curiosidad.

—Estáis en el Gravitorium —explicó el androide—, el parque de entretenimientos naturales más afamado de Rings.

—¿Parque?! —exclamó sorprendido Bob— ¿Acaso no vive gente en este cilindro?

—No señor —respondió el androide con su acento académico—. Por supuesto que no. La gente vive en la ciudad, pero en sus días libres, o en vacaciones, viene al Gravitorium a pasear, a practicar deportes, a conocer animales terrícolas del presente y del pasado, o simplemente a descansar del estrés de la vida diaria.





—¿Es sólo un parque? —Insistió Bob, desilusionado.

—A excepción de algunas empresas manufactureras que necesitan de gravedad para ciertos procesos, y que están alojadas en el nivel inferior, como así también, por un par de laboratorios científicos y algunas instalaciones médicas, todo el resto es un parque.

—¿Cuántos cilindros con pseudo-gravedad hay en Rings? —Preguntó Bob.

—Éste es el único de todo Rings, Señor —respondió el Androide—. Gente de todas las ciudades de la colonia nos visitan.

—¿Por que nos reservaron habitación en este lugar y no en la ciudad? —Preguntó extrañado Dean, dirigiéndose a sus amigos.

—Es evidente —explicó Hal—. Aquí la vida será mucho más agradable para nosotros que la ingrávida ciudad de New Europe.

—Por favor Señores —exclamó el androide—, les acompañaré a sus habitaciones.

El robot caminó de la manera solemne en que lo hace un mayordomo, dirigiendo al grupo mientras subían las breves escalas de la casa tipo Nueva Inglaterra. Al pasar, Edward observó un pájaro carpintero en uno de los árboles al lado de la casa.

—Buen lugar para comenzar mi reportaje —exclamó Hal—. En mi negocio es importante empezar con vistas espectaculares.

En el hall del hotel un recepcionista humano dijo:

—Bienvenidos señores a nuestro Hotel. Sus habitaciones fueron reservadas desde hace dos meses por la línea espacial Robinson. A los señores Silva y Goldwing les hemos asignado las habitaciones 8 y 9, en tanto que a los señores Al-Razi y Shiva les reservamos las 12 y 13. Sus equipajes ya se encuentran en sus respectivos cuartos. Si quieren, pueden pasar a los cuartos a cambiarse. Pueden bajar a cenar a partir de las seis en punto. Que disfruten su estadía.

—¡Qué Bien! —Exclamó Bob—, al fin tendremos piezas amplias donde descansar. Ya no soportaba la claustrofobia espacial.

—Yo primero deseo cambiarme para bajar a cenar, y después deseo conocer el lugar —Comentó Hal.

—¡Buena idea! —Dijo Dean—. Cenemos y luego salgamos. A partir de mañana a los ingenieros les corresponde estudiar y a los reporteros reportear. Pero hemos venido a trabajar, señores, así que nos queda solo esta tarde y la noche para conocer el lugar. No perdamos la oportunidad.



Después de pasar a sus respectivos cuartos a ducharse y cambiarse de ropa, los cuatro terrestres se juntaron en el comedor del Hotel Natura para tomar un refrigerio, antes de su caminata turística.

La mesa fue servida con prontitud por un hacendoso robot, que se deslizaba por rieles que colgaban del techo. La máquina se desplazaba acompañado de sordos sonidos metálicos y el suave silbido de bombas hidráulicas. Se movía en forma natural, extendiendo sus brazos robóticos para recoger platos y limpiar mesas. La tecnología no era para nada diferente a la atención de los restaurantes en la tierra.

Sobre la mesa había una gran variedad de alimentos de apariencia natural: quesos frescos blancos y maduros, jugos de fruta natural, leche, panecillos, queques, un pan suave y consistente, mantequilla, mermeladas, café, té, galletas, cecinas y otras exquisiteces, todas servidas en pequeñas porciones, pero de una variedad casi infinita, las que colmaban la mesa.

—Pongamos el noticiero para conocer de las noticias locales —exclamó Hal.

—Buena idea —secundó Dean—. Me pregunto que tipo de noticias tendrán aquí.

De inmediato el computador del cuarto respondió al pedido y una imagen tridimensional cúbica, de gran claridad y calidad, apareció proyectada sobre la pared.

—«Heraldo de New Europe» —clamó un cartel a todo lo largo del cubo holográfico. Como telón de fondo se apreciaban vistas de Rings.

Buenas Tardes —exclamó el locutor—. Johannes Plato, del Instituto de Matemáticas de Rapa Nui, acaba de recibir la medalla Thomas de Matemática, premio que fue otorgado, en sesión solemne, en la Aula Magna de la Universidad de New Europe. Plato ha dedicado su carrera al estudio de álgebras recombinantes, tema en el cual es considerado la autoridad máxima en toda la humanidad. Diversas autoridades asistieron al encuentro, incluyendo al Gerente General de New Europe y el Alquimista Magno de nuestra ciudad.

Un accidente, que pudo haber tenido trágicas consecuencias, ocurrió ésta tarde en una nave minera cerca de Urano. La nave pretendía sacar varios miles de toneladas de agua del cometa Kurt en órbita cerca del planeta, pero una falla en el sistema nervioso del robot central la condujo en curso de colisión con el mismo. Afortunadamente, el Capitán Roy Kioto evitó el desastre al desconectar el robot de navegación y dirigir el vehículo por medio de controles manuales.



En deportes, los Cometas de New Europe acaban de vencer a los Dragones de Tikal en un encuentro de Swift-hockey efectuado esta tarde en el estadio de Tikal. Los dragones comenzaron anotando los primeros seis puntos hasta que a mediados del juego entró John Swede, quien reemplazó a Peter Mozart. Los Cometas comenzaron un repunte espectacular y lograron ganar el encuentro en los últimos minutos. Con esto los Cometas subieron al segundo puesto del torneo de este año, y están a solo 3 puntos de los Dragones.

En el plano cívico, la Gerencia General llama a la población a votar, durante el día de hoy, a favor o en contra de las siguientes leyes:

- *Aumento de presupuesto para la Armada.*
- *Aumento del cupo de niños a nacer en el próximo año.*
- *Construcción de un Gravitorium para Tikal.*
- *Veredicto del caso Estado versus Peter Tesla.*

En las artes, Sean Kant, Gerente de las empresas de dramaturgia «Hollywood», acaba de morir en el hospital «Esculapio» de Alejandría. Su muerte se debió a un ataque cerebral fulminante. Kant fue el principal gestor de dramas como «Un viaje a Urano» y el clásico «Gagarin». Sus restos son velados en la Catedral Alquimista de Columbia.

John Colorado, desde el edificio estatal de Xanadú nos informa. Adelante Bob:

—El Gerente General de Rings acaba de informar que las conversaciones con la Tierra, por el asunto de la colonia de Marte, se han reiniciado. Se espera que durante el transcurso del día se logre un acuerdo justo para todas las partes. El embajador de Rings, Stuard Shakespeare, se encuentra en Marte para negociar un acuerdo que se espera fructífero.

—Por lo visto en todas partes existen el mismo tipo de problemas —exclamó Dean.

—Lo notable es cuanto hemos aprendido en tan poco tiempo, simplemente mirando un noticiero —dijo Hal.

—¿Qué aprendimos? —Preguntó Bob—. Excepto que aquí se juega una especie de hockey ingrátido en tres dimensiones.

—¡Mucho! —Explicó Hal, e hizo una pausa antes de continuar—. Primero, que Rings tiene una Armada y que está invirtiendo fuertemente para mejorarla, vale decir, está preparándose para una eventual guerra. Segundo, que los niños se planifican y que, por lo tanto, debe existir una política estricta de control de la población. Tercero, que los ringers obtienen su agua de asteroides en la órbita de Urano. Cuarto, que el mandatario tiene el curioso título de «Gerente General», como si la colonia fuese una empresa. Y, finalmente, que en Rings



se practica una especie de democracia directa, donde la gente vota las leyes en forma inmediata, y no por intermedio de un congreso representativo.

—Veo que ya has comenzado a tomar apuntes para tu reportaje —comentó Edward.

—Así es —Confirmó Hal—. Todos los buenos reporteros tenemos que estar preparados.

Los cuatro terrestres continuaron charlando un largo rato, mientras terminaban su ligera comida. Entonces Bob hizo una de sus raras preguntas.

—Escuchen, lo más extraño para mí son las cecinas.

—¿Qué tienen de extraño? —preguntó Edward, siempre dispuesto a aplastar intelectualmente a Bob.

—¿Han observado que la marca indica fabricación local? —Prosiguió Bob, indicando la etiqueta de las cecinas, que decía «Marca Lago Azul, Hecha en Southern Cross, Rings»—. Pues yo os pregunto ¿Cómo crían cerdos en Rings?

—Todavía no veo el problema —contestó Edward—. Quizás se crían en un Gravitorium como éste.

—No —dijo Bob—. El taxista afirmó que este era «él» Gravitorium de Rings. Lo que significa que no existen más hábitats con pseudo-gravedad en toda la colonia. Sin embargo la cecina viene de Southern Cross.

—Otro misterio más —concluyó Hal—. Quizás los crían en un ambiente ingravido. Son literalmente cerdos volantes. ¿Qué les parece?

La carcajada fue generalizada y Bob no se atrevió a continuar su argumento.

3

Los viajeros se levantaron de la mesa se dirigieron a la recepción, preguntándole al amable androide.

—¿Qué cosas interesantes hay para ver en el Gravitorium?

—El Gravitorium tiene dos niveles: en el superior están los parques ecológicos, las canchas de golf, los centros de veraneo y el pueblo portuario. En el nivel inferior existen fábricas de productos industriales, salas médicas, laboratorios de investigación biológica y algunos centros de reproducción humana.

—¿Qué debemos hacer para visitar el Gravitorium? —Preguntó Hal.



—El parque es abierto. Si quieren conocerlo, un transporte puede pasar por ustedes en un instante. En cuanto al nivel exterior, donde están los laboratorios, solo el señor Hal Goldwing en su calidad de reportero ha sido autorizado por la Oficina de Extranjería para visitarlo.

—Bien. ¿Qué esperamos entonces? —Preguntó Dean a sus acompañantes.

—Separémonos —ordenó Hal—. Yo iré al nivel exterior mientras ustedes se entretienen en los parques del nivel interior. Tengo trabajo que hacer y no tengo tiempo que perder. Mañana tengo una reunión en la Municipalidad de New Europe para comenzar el reportaje y ya no tendré otra oportunidad para ir allá abajo, me temo.

—Pediré dos taxis —exclamó el androide—, uno para el señor Goldwing y otro para el resto de ustedes. Pueden esperarlo en la salida del Hotel. Llegarán en segundos.

Los terrestres salieron del hotel en busca de los transportes. Desde la entrada se veía el maravilloso paisaje de los parques que cubrían todo el horizonte artificial y convexo del interior del cilindro. El verde rodeaba el lugar hasta donde alcanzaba la vista y una suave luz teñía el ambiente de colores.

El vehículo de Hal llegó en primer lugar y éste subió de inmediato al transporte. El robot taxista verificó electrónicamente la identidad de Hal y sus permisos de accesos al nivel exterior. Al comprobar que estaba autorizado se elevó veinte metros por sobre la superficie y se dirigió hacia un túnel que distaba dos kilómetros del Hotel. El viaje fue breve, pero Hal alcanzó a ver en toda su magnitud el esplendor de los gigantescos parques que poblaban el Gravitorium. Era un paraíso artificial para que la gente de Rings los disfrutara en sus días de descanso y pudieran sentir la emoción de estar en un lugar que les recordara a la Tierra, aliviando así sus instintos atávicos de volver a la naturaleza.

Al acercarse el taxi al túnel un portón de hojas metálicas se abrió de un golpe seco. El taxi descendió en forma vertical por el túnel, llegando al nivel exterior. Terminado su descenso, el vehículo retomó su viaje horizontal, siguiendo a través de una estrecha carretera metálica hasta llegar a lo que parecía la entrada de un edificio.

—Bueno Señor —exclamó el taxista—, hasta aquí llego yo. El resto del viaje lo debe realizar usted mismo.

—Gracias —respondió Hal—, cargue el viaje a mi cuenta.

—Gracias a Ud. señor —respondió en forma muy cortés el taxista robot—. Adiós.



Hal se encontraba frente a lo que parecía ser el frontis de un edificio. «Metalurgia Inca», decía el cartel en la entrada.

Hal cruzó la puerta y se encontró de pronto con una cara afable. Por sus rasgos, era evidentemente un ringeriano.

—Señor Goldwing —Exclamó el extraño—, que bueno que llegó. Le estaba esperando. Mi nombre es Aldo Joseph y seré su guía en los laboratorios.

—Hal Goldwing —Contestó Hal—, reportero de la «Global Geography».

—Lo sé, señor Goldwing —continuó Joseph—. Usted está haciendo un reportaje sobre Rings. El Municipio nos solicitó que le brindáramos la máxima colaboración. Ha llegado el momento que la gente de la Tierra conozca Rings, y que sepa que no tiene nada que temer de ésta alejada colonia.

—¡Que bueno! —Exclamó Hal—. Esto me dará libertad de movimientos para visitar todo Rings.

—Por supuesto —contestó Joseph lo más amablemente que pudo—. Tiene usted derecho a visitar todo Rings excepto las áreas restringidas por seguridad.

—¿Seguridad Nacional? —inquirió Goldwing.

—Sí —exclamó Joseph—. Usted ya sabe que en estos días existen problemas puntuales con la Tierra. Estamos ciertos que se resolverán, pero no queremos que la Tierra se entere de la magnitud nuestro poderío bélico, o de sus carencias. Usted debe entender que todo lo concerniente a motores avanzados, comunicaciones, naves rápidas, antimateria o armamento estará completamente vedado. Sin embargo, eso excluye solo una minúscula fracción de lo que es Rings, así pues, le invitamos a conocer el resto.

—Es usted claro y preciso —contestó Goldwing—, y me parece justo. Si un reportero de Rings fuera a la Tierra, o a sus estaciones espaciales, tendría que atenerse a las mismas reglas.

—A pesar de todo, Señor Goldwing, usted es un privilegiado. Es el primer extranjero, en toda la historia, a quien se le ha dado permiso para hacer un reportaje en nuestra colonia.

—Un cambio de política, me imagino.

—Sí. Nos hemos dado cuenta de que gran parte de los problemas diplomáticos que existen en nuestra relación con la Tierra nacen del desconocimiento, que ustedes tienen, sobre nuestra sociedad. Compartimos el mismo espacio físico con usted, el mismo Sol. Si queremos sobrevivir, deberemos aprender a tolerarnos unos a otros.



—Exactamente —dijo Goldwing—. Es mi sincero deseo poder contribuir a ello.

—¿Comenzamos entonces, Hal? —preguntó Joseph.

—Comencemos.

4

—Subamos a este carro de transporte —indicó Joseph—. En él recorreremos las instalaciones. Espero que este filmando.

—De hecho, estoy filmando literalmente todo lo que veo —exclamó Hal—. Tengo una microcámara de extensión adosada a mis lentes. Al término de mi viaje me dedicaré a editar.

—Ya veo —dijo Aldo Joseph mientras subían al carrito de transporte—. Metalurgia Inca será nuestra primera parada.

El carrito comenzó a andar cruzando un par de portones metálicos hasta entrar por una pequeña compuerta hacia un galpón de grandes proporciones y empezó a cruzarlo por un frágil puente colgante, sostenido a diez metros de altura sobre el amplio taller. Debajo se apreciaba una bullente actividad de robots que llevaban materiales hirvientes y barras sólidas de un lugar a otro, mientras las máquinas automáticas se afanaban en martillar, presionar, fundir y pulir el metal. Más allá, otros robots machacaban piedras hasta convertirlas en fino polvo.

—Muchos de los procesos industriales se hacen en ingravidez—explicó Aldo Joseph—. Sin embargo, los procesos de cristalización de algunos bronce y aceros se agilizan notablemente bajo la presencia de gravedad. En éste laboratorio se efectúan montajes de laminas Zrill, un verdadero emparedado de diversos bronce y aceros, muy usado en ciertos componentes estructurales de las turbinas de las naves espaciales.

Hal observaba estupefacto la complejidad de la fábrica, sofisticada como ninguna en la Tierra. La planta se veía saturada de maquinaria, y el ahorro de espacio parecía ser la principal prioridad. Se apreciaba el trabajo duro de las máquinas que, sin embargo, era muy silencioso y sin emisiones contaminantes. La fundición se efectuaba por láser fríos de alta potencia y el maquinado era hecho al vacío.

Sin embargo, a pesar de las precauciones tomadas por los ingenieros, el lugar estaba saturado de calor irradiado por los metales hirvientes. El recorrido por la fábrica fue bastante rápido y sin darse cuenta salieron del taller para ingresar en otro vecino.



—Entramos a la fábrica de componentes químicos y médicos «Química Dalton», que se dedica a la construcción de moléculas gigantes para propósitos especiales —continuó Aldo Joseph—. Como en el caso de la producción metalurgia, la síntesis química tiene varios procesos que requieren de gravedad, en particular en la preparación la droga criodicina, usada para la regeneración de tejido óseo.

La siguiente media hora comenzó a ser aburrida de tanto visitar talleres especializados en producir materiales específicos. Las plantas industriales poblaban casi todo el nivel exterior del Gravitorium. Cuando ya Hal Goldwing estaba a punto de protestar por la monótona visita, Joseph preguntó:

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

—Interesante —Exclamó en forma un tanto fingida Hal Goldwing—. Sin embargo necesito más información para comprender bien lo que he visto.

—En realidad, no es mucho lo que has visto —explicó Joseph—. Considera que estos talleres representan menos del uno por mil de la industria de Rings. La inmensa mayoría de nuestra industria está en ingravidez. Te haré llegar información complementaria sobre el nivel exterior del Gravitorium para que documentes tu reportaje. Pero basta de talleres, ahora entraremos a otras áreas más interesantes.

De pronto ingresaron a nuevos galpones, tan vastos como los anteriores, en los que se realizaba una actividad de tipo agrícola.

—Aquí tenemos cultivos hidropónicos de plantas terrícolas —explicó Joseph, quien aparentemente conocía todas las zonas industriales del Gravitorium—. La mayor parte de nuestra producción en plantas vivas se realiza en ambiente ingravido, gracias que han sido genéticamente modificadas por lo que sobreviven muy bien en cero G. Sin embargo, existen algunas especies delicadas que no pueden ser modificadas fácilmente, y que requieren de un ambiente terrícola para crecer, y estas son las que crecen aquí.

El vehículo siguió desplazándose por su carril a diez metros de altura, mientras se apreciaba en derredor miles de plantas creciendo en toneles hidropónicos, atendidas por esmerados robots industriales. Pronto cruzaron por sobre un mar de coloridas flores, que allí también se cultivaban. Más adelante encontraron secciones dedicadas al crecimiento de árboles, algunos de los cuales alcanzaban dimensiones descomunales y que, desde el carrito donde viajaban, parecían edificios de frondosas ramas que se acercaban peligrosamente a las vías.

—Las plantas que ves en esta sección son para uso en los parques temáticos del Gravitorium —explicó Joseph—. Para dar realismo a los parques tenemos más de mil especies de árboles diferentes.



—¿Por qué es tan importante el Gravitorium? —inquirió Hal

—Pues es el único lugar, en millones de kilómetros a la redonda, donde la gente puede sentirse cerca de su origen —Dijo Joseph dramatizando el discurso—. Los ringerianos vivimos constantemente en ambientes ingravidos y artificiales, rodeados por el vacío del espacio, habitando cómodos pero reducidos departamentos. En ese estado de cosas, anhelamos tener un espacio donde recrearnos y el Gravitorium es ese lugar. En las vacaciones y en los fines de semana nuestros parques se llenan de ciudadanos que desean tener un lugar donde escapar de la monotonía.

—¿Por que se llama Gravitorium? —Preguntó Hal.

—Pues porque tiene gravedad —explicó Joseph algo que a él le parecía muy obvio—. Así como un «acuarium» es un contenedor de agua un Gravitorium lo es de gravedad artificial.

El carrito salió del galpón agrícola y se internó en otro galpón donde se apreciaban estanques de agua.

—¿Qué tienen allí? —preguntó Hal.

—Fauna de todo tipo —explicó Joseph—. Estamos entrando a las salas de crianza de animales.

Efectivamente, alrededor se veían todo tipo de criaturas, desde aves a caballos y desde tigres hasta canguros. Era una verdadera guardería infantil de la fauna, donde cientos de especies daban sus primeros signos de vida. Como en todas las bodegas, también aquí el cuidado de la operación estaba a cargo de diligentes robots, apoyados por un complejo arreglo de equipos de control y aparatos mecánico. Más, a pesar de todos los mecanismos existentes, el juego de los cachorros que ahí crecían impregnaba el lugar con un aire de alegría y de naturalidad.

—Aquí se crían todos los animales que adornan nuestros parques —dijo Joseph.

—Veo muchos animales salvajes. ¿Vagan libres en los parques?

—En realidad no existe contacto directo entre los visitantes y los animales peligrosos. El parque es un zoológico muy sofisticado. Usamos barreras de control de ondas cerebrales para restringir los movimientos de los animales a las zonas asignadas. Si tratan de cruzar esas barreras se les induce miedo, lo que les hace retornar.

Saliendo del galpón de crianza de animales se internaron a lo que parecía una bodega de almacenaje de maquinaria. Hileras tras hileras de cajas metáli-



cas en forma cúbica de un metro de altura, con una pantalla holográfica que mostraba las siluetas de lo que parecían ser fetos. Las cajas se apilaban hasta decenas de metros de altura y cubrían toda la visión desde el carrito. Escaleras metálicas hacían accesible las cajas a la inspección humana.

—¿Qué es esto? —preguntó Hal.

—Es la sala de gestación. Todos los mamíferos del parque nacen de embriones que crecen en úteros artificiales.

—¡Úteros artificiales! —exclamó Hal, como si por primera vez estuviera impresionado por algo.

—Sí —explicó Joseph—. Los animales del parque tienen segmentos modificados del DNA en el cromosoma X que les hace completamente estériles. Los reproducimos in vitro, en esos cubos metálicos que son úteros artificiales. Nos aseguramos de que el DNA seleccionado para cada una de nuestros animales sea el mejor y les damos los mejores medios para un desarrollo sano y rápido. En efecto, los abortos espontáneos son inexistentes y la mortalidad de los cachorros es en extremo baja.

—¿Y las aves? —preguntó Hal.

—Ellas se reproducen en las incubadoras que se ven a su derecha. Es mucho más simple desarrollar un ave que a un mamífero. Ellas ponen huevos, los cuales son sistemas de gestación independiente. Es, por decirlo así, un útero integrado. Solo basta darles las condiciones adecuadas para su crecimiento. De hecho la incubación de aves se realiza en forma masiva desde la antigüedad. Desde el siglo XX, creo.

—Dime una cosa Aldo. ¿Son también criados en este laboratorio cerdos y otros animales domésticos para el consumo humano?

—Por Hermes, ¡No! —Exclamó casi furioso Joseph—. En Rings está prohibido por ley comer carnes de animal. La brutalidad en contra de los animales está en contra de nuestra ética más elemental, que se basa en la protección de la vida. Encontramos extremadamente cruel y primitivo criar animales para devorarlos.

—Pero esta tarde, en el hotel, comimos cerdo, y su proveniencia era Southern Cross, Rings.

—¡Ah! —Exclamó Joseph, esbozando una sonrisa—. Lo que comió es carne sintética. Cultivos de carne que crecen en forma de tejidos animales bajo condiciones industriales. Southern Cross se especializa en la fabricación de carne sintética, usando para ello células de tejido animal reprogramadas genéticamente. Estas células se cultivan en platillos de desarrollo bacteriano, creciendo



hasta alcanzar la consistencia de fibras. A ellas se le da la forma de un hilo continuo se embobina, tal como se hace con las fibras textiles. Una vez convertidas en hilos, la carne se teje capa por capa en telares robotizados. La apariencia final es de una carne muy fina y sabrosa, como la mejor carne animal, sin grasas ni imperfecciones. Ahora bien, para obtenerla no se ha requerido matar a ningún animal. Este producto artificial, resultado de la biotecnología, nos permite disfrutar de las mejores carnes sin tener que llevar en nuestra conciencia la muerte de seres conscientes e indefensos, como los animales de granja.

—Lo que he aprendido aquí es extraordinario —exclamó Hal—. Nunca pensé que los mamíferos se pudieran reproducir sin una madre portadora.

—De hecho no lo es tanto —comentó Joseph—. Desde el siglo XXI es técnicamente factible. Sin embargo fue prohibido en la Tierra. En esa época existía un tabú muy fuerte en contra de la reproducción artificial, prejuicio que fue convertido en ética por los terrícolas. Bioética creo que le llamaron a esa prohibición.

Hal enmudeció. Efectivamente, desde mediados del siglo XXI la ley de manipulación de la vida prohibió muchas prácticas de manipulación genética y el desarrollo fuera del útero. Esto se hizo con el propósito de prevenir la intervención en los fetos humanos, ya que la teología de la época consideraba que el desarrollo del embrión era un proceso sagrado. Hal se estremeció al pensar que quizás los ringerianos no respetaban esa ordenanza. Estarían acaso realizando experimentación con seres humanos, contraviniendo las normas universales establecidas en la Declaración de los Derechos del Hombre. Sus dudas no tardaron en ser respondidas.

El carrito salió del último galpón dedicado a la agricultura, pasando después por talleres vacíos y varias compuertas antes de ingresar a la última instalación de su ruta.

—Estamos entrando a la sección médica —explicó Joseph—. Ésta es quizás la zona que más te va a sorprender, de cuanto has visto hasta ahora en tu visita al nivel exterior.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Hal, presintiendo lo que encontraría.

—Aquí hay pacientes con problemas de salud que necesitan de gravedad para su recuperación —explicó Joseph, mientras se internaban en un hospital—. Otros enfermos son tratados en los hospitales regulares de New Europe. Por supuesto que no verás pacientes, pues ellos se encuentran en sus salas privadas, pero lo que quiero mostrarte está un poco más al fondo. Descendamos ahora del carrito.



Ambos se apearon del carro, y comenzaron a caminar por los pasillos del Hospital. Presurosos, caminaban por los pasillos robots enfermeros del tipo industrial y androides de aspecto remotamente humano. A la distancia se veía un enfermo en su cama de recuperación rodeado de gran cantidad de aparatos, algunos de los cuales Hal no podía reconocer.

La impresión general que Goldwing tenía de la visita, hasta ese momento, era la de un impresionante avance tecnológico. Tenían equipos de última generación en todas las instalaciones que visitaban y todos lucían como recién salidos de la fábrica.

—En todo caso no se ven muchos pacientes aquí —dijo Hal.

—En verdad solo hay cinco, en toda New Europe. No debe haber más de veinte enfermos de cuidado en toda la colonia. Nuestra gente goza de buena salud. Ahora nos dirigimos a la sala prenatal —exclamó Joseph, mientras atravesaban unas compuertas presurizadas.

—¿Para que son las compuertas? —Preguntó Hal.

—Para evitar que pasen infecciones a la sala.

Entraron a un salón con cómodos sofás, donde estaban sentadas decenas de parejas. Al parecer todos eran ringerianos, pues exhibían esas bien definidas facciones que caracterizaban a la gente de la colonia. Las parejas se veían contentas y conversaban animadamente. En las paredes había hologramas de bebés, muchos bebés.

—¿Qué es esto? —Preguntó Hal.

—Es la sala de espera para entrar a la zona de desarrollo de embriones humanos —explicó Joseph.

Por la cabeza de Hal pasaron asociaciones de escenas. Hal se imaginó que estaba en la sala de espera de una maternidad convencional, con gentes felices y nerviosas a la vez, esperando la llegada de un nuevo ser. Sin embargo algo no calzaba. En las maternidades de la Tierra era común ver al padre esperando nerviosamente por la llegada del bebé, mientras la madre hacía el trabajo que natura le designó. En cambio aquí ambos padres esperaban afuera. ¿Que podrían estar haciendo?

Hal no tuvo tiempo para sacar conclusiones pues repentinamente Joseph anunció.

—Bien Hal, estamos autorizados para entrar a la sala prenatal. Ajusta tu cámara pues esto no lo veras en ninguna otra parte de la civilización humana.



Hal entendió que sería testigo de lo que no quería ver. Su pesadilla se convertía en realidad. Y allí estaba él, entrando a ese recinto que le despertaba sus más profundos horrores, y que sería la tumba de sus concepciones sobre el hombre y la vida, facilitando una dolorosa toma de decisión que pronto tomaría.

INCUBADORAS

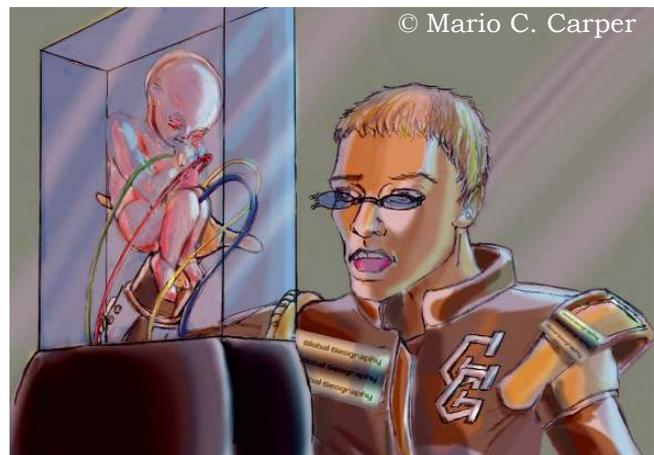
—Ven Hal, entremos —sugirió gentilmente Joseph.

Al ingresar a la sala prenatal Hal Goldwing enmudeció ante el espectáculo que se presentaba frente a sus ojos. Estaba observando algo que presentía bellísimo, pero a la vez diabólico. En tres niveles, y rodeados de pasarelas, había cientos y cientos de aquellas mismas cajas metálicas cúbicas que había observado un poco antes en la sala de crianza de animales. Como aquellas, también tenían en su frontis una pantalla donde se veían fetos, solo que ésta vez los fetos eran humanos.

—¿Qué es esto?! —Exclamó Hal con una voz fuerte, marcada por la indignación—. ¡Son bebés humanos!

—Exactamente Hal —contestó Joseph, en el tono tranquilo que da el entrenamiento militar—. Aquí es donde se desarrollan nuestros bebés. Las parejas que viste en la antesala son los padres de éstos pequeños.

—¿Porqué los crían como si fueran animales?! —Protestó Hal—. ¡Esto es inhumano!



—Porque es la única forma que un bebé puede nacer en Rings. Los ringe-rianos vivimos la mayor parte de nuestras vidas en ambientes ingravidos. Los fetos no se desarrollan normalmente en ingravidez. Desde hace muchos años se sabe que los bebés de mamífero necesitan de gravedad para que sus vértebras, músculos y células nerviosas se desarrollen. Sin gravedad, los fetos se convierten en masas amorfas.

—¿Porqué entonces no traen a las embarazadas a vivir aquí, en el Gravitorium? —Siguió protestando Hal.

—No es práctico, Hal. Los efectos más importantes de la gravedad se dan en los primeros días del embarazo, que es cuando se forman las principales estructuras. Las futuras mamás no se darían cuenta que están embarazadas, y



sus fetos estarían dañados en forma irreparable desde el momento de la gestación.

—¿Y entonces, cómo evitan que las mujeres de Rings queden embarazadas?
—Continuó Hal, exigiendo respuestas.

—Nuestra población es estéril —exclamó Joseph, con infinita paciencia—. No pueden concebir, si no es por medio de la fertilización in vitro.

—Ah, ¡ya veo! —prosiguió Hal, quien a duras penas podía contener su indignación—. Tal como los animales del Gravitorium, la gente de Rings tiene una mutación en el cromosoma X. ¿Verdad?

—Exactamente Hal —respondió calmo Joseph, recalcando—. Como los animales del Gravitorium, y como yo también.

Hal se calmó un poco, al descubrir que había ofendido a Joseph. Los bebés en las incubadoras le comenzaron a llamar su atención, en un momento en que la curiosidad comenzaba a imponerse por sobre sus principios más arraigados. En las pantallas de los cubos se veían fetos de todos los tamaños y edades, hembras y machos en similares proporciones.

Hal observó algo más. En las pantallas de los cubos había leyendas que identificaban el origen de los bebés, como ésta:

Walter Thompson,

Hijo de Steve Hawkins y Sara Thompson.

Edad: 20 semanas

Material Genético Materno: 32%

Material Genético Paterno: 37%

Material Genético Adicional: 31%

Estado General: Normal al 99.998%

Ficha clínica 317-248935 E

—¿Qué es esto? —Preguntó Hal.

—La ficha del bebé. Cada feto es identificado por una leyenda, la que indica la paternidad legal y la composición genética de los bebés.

—¿Cómo es eso de la composición?—Preguntó Hal, quien había ya dominado su reacción primaria, gracias a que su curiosidad era más fuerte.

—Los bebés son definidos por los padres en sesiones de genética —Comenzó Joseph su explicación—. Antes de ser concebido cada niño es planificado por sus padres y por los médicos asesores. En agotadoras sesiones, que tar-



dan a veces varias semanas, los padres y sus doctores seleccionan la composición genética del futuro hijo, literalmente diseñando como será la futura vida. En general los genes se escogen de los que portan los propios padres, pero también se suelen agregar genes exógenos de alta calidad.

»Antes de decidir la concepción, el material genético es chequeado por simuladores de fenotipo. Estos instrumentos permiten prever el resultado que producirá una determinada estructura genética. El ADN resultante se decodifica y se genera un modelo detallado que muestra todos los aspectos importantes del nuevo ser humano. Una vez hecho esto, se puede observar con todo detalle como será ese ser humano cuando llegue a adulto, incluyendo la apariencia física, la estructura ósea, la muscular, el funcionamiento de sus órganos, su tono de voz, etc. Es más, se puede estudiar la flexibilidad neuronal y la estructura cerebral, con lo que puede predecirse con certeza cuales serán sus futuras habilidades matemáticas, artísticas y musicales, su estado anímico general, su grado de control de si mismo y su agresividad. Así los padres pueden saber, antes de concebirlo, como será su futuro hijo, tanto de niño como de adulto, pudiendo decidir bien informados si proceden a gestarlo, o si introducen modificaciones al diseño.

Una vez que los padres se deciden por un determinado genotipo para el bebé, y si el genoma es aprobado por el comité de ética médica, recién entonces puede iniciarse la concepción. Ésta se realiza *in vitro*, a partir de células de piel. Una vez ocurrida la gestación está prohibido detener el proceso pues, de acuerdo a nuestra ley, el ser humano es tal desde el mismo momento en que es concebido, por lo que el desarrollo posterior a la fertilización no debe ser intervenido de ningún modo. Es así como nuestra legislación castiga severamente el aborto. No nos gusta experimentar con la vida humana.

La cabeza de Hal dio vueltas, sintiéndose literalmente mareado. El impacto emocional que sufrió fue muy fuerte. No podía concebir como los ringerianos despreciaban la «experimentación» con la vida humana, rechazando el aborto, pero simultáneamente utilizaban la ingeniería genética más descarada, y el desarrollo de fetos en úteros artificiales, como el medio normal de la reproducción. Es más, los bebés solo portaban fracciones del material genético de los padres, pues el resto era seleccionado de terceros. Todas estas prácticas estaban en contra de sus más caras concepciones religiosas. Aquellas relacionadas con lo sagrado de la vida humana.

Hal quiso protestar fuertemente más la cordura primó. Estaba en Rings como reportero y debía procurar cumplir su trabajo como un profesional. Además, no debía arriesgar la misión de espionaje por culpa de un arrebató prematuro con los ringerianos. Haciendo fuerzas de flaquezas, y rogando a Dios que mantuviera su compostura, logró calmarse y articular una pregunta adecuada para el momento.



—Y no temen que sus métodos disminuyan la diversidad genética —dijo Hal en forma casi mecánica haciendo una pregunta que si bien crítica era también sensata.

—En absoluto —contestó Joseph en su tono inalterablemente calmo y centrado—. Aun cuando en Rings hay 200.000 personas, es una población pequeña para tener la adecuada diversidad genética en forma natural. Por lo tanto mantenemos tal diversidad guardando celosamente cepas genéticas en bastas bases de datos de ADN. Ahora bien, en nuestras bases de datos genéticas tenemos el ADN de millones de variedades y configuraciones de genes humanos, cada una calificada por sus efectos en los fenotipos, vale decir en los seres humanos finales.

Joseph no se dio cuenta, pero acababa de develar una de las preguntas de estrategia militar que necesitaban responder los espías terrestres: cuantas personas vivían realmente en la colonia. En teoría eran 80.000 pero ahora Hal sabía fehacientemente que eran 200.000. Sabía, además, que había varias ciudades en la colonia, aparte de New Europe. Por alguna razón la misión parecía más fácil de cumplir ahora que antes, pero la respuestas quizás no agradarían a la Tierra. Rings se presentaba a los ojos de Hal como una potencia tecnológica formidable. Y la tecnología siempre ha sido espada del guerrero.

—Bueno Hal. ¿Alguna otra pregunta? —Inquirió Joseph.

—No —contestó Hal ya calmado—. Es sólo que me gustaría entrevistar a una de las parejas de que están en la sala. Quisiera registrar la opinión de ellos sobre los métodos de reproducción en Rings.

—Como quiera Hal —dijo Joseph, con una agradable sonrisa—. Yo iré a la antesala, pues deseo establecer una comunicación con mi trabajo. Mire, al fondo del pasillo está una pareja observando su bebe en el útero artificial. ¿Por qué no les pregunta a ellos? O bien a cualquiera de las otras parejas que están en el recibidor.

—Esa pareja me parece bien.

—Te espero afuera entonces Hal.

—Bien, hasta pronto.

2

Hal se dirigió a paso seguro a la pareja de padres que estaban observando un bebe de cerca de siete meses. El aspecto rubicundo de los padres y las delineadas facciones de sus caras indicaba claramente que eran ringerianos. La pareja miraba con gran ternura la pantalla del útero artificial que contenía su



bebé. Allí estaba el niño, flotando en el líquido amniótico y chupándose el dedo pulgar.

—No es maravilloso Alex —Exclamó la madre, una mujer de unos cuarenta y cinco años, de aspecto distinguido y bien preservada.

—Lo es, querida Diana —contestó el padre, quien lucía mucho más joven, quizás de veinticinco años—. El pequeño Alex será muy hermoso.

—Disculpen señores que les moleste —interrumpió Hal, haciendo que los padres reaccionaran extrañados—. Soy Hal Goldwing, reportero del «Global Geography», y estoy haciendo un artículo sobre Rings. ¿Les molestaría si les entrevisto para mi revista?

—El «Global Geography» es una revista importante. ¿No es así, querido? —Preguntó la futura mamá.

—Sí, por lo que sé es la revista de cultura más afamada de la Tierra. Algo así como nuestra «Sons of the Sun».

—Por supuesto que estamos dispuestos a contestar vuestras preguntas, joven —exclamó Diana, sonriendo—. No siempre se tiene la oportunidad de ser famoso. Mi nombre es Diana Seagate y mi esposo es Alex Sung ¿Qué desea saber?

—¿Es su primer niño?

—¡No! —Exclamó Diana, sonriendo—. Es nuestro tercer bebé. Tenemos dos niñas de tres y un años, respectivamente. Este es nuestro primer varoncito.

—Cuénteme, Señora Seagate, que se siente tener un bebé... bueno, en condiciones artificiales.

—La experiencia de la maternidad es lo más maravilloso que puede dar la vida —explicó Diana en tono poético—. No existe otra experiencia en la vida más trascendente que ver nuestro bebé creciendo en el vientre mecánico. ¿No es maravilloso lo suave y delicado que se ve allí, flotando en el líquido amniótico? ¿No es acaso la representación más clara del imponente poder creador de la vida? ¡Qué importa si un ser nace de una semilla o de un huevo! ¡Qué importa si crece en el vientre de una hembra o en un útero artificial! Lo realmente importante es que allí está la vida. Lo que vale es traerla al mundo, con amor y por amor. Esa criatura que usted ve ahí, Señor Goldwing, es hijo de nuestro amor sincero, pues nosotros quisimos que existiera y se integrará en nuestra familia. Será parte de nuestras vidas.

—El creador, Señor Goldwing —exclamó Sung, complementando las ideas de su mujer—, cualesquiera sea su concepción de él, ha dirigido los pasos de la



vida desde lo más simple a lo más complejo, desde la evolución física a la orgánica. Paso a paso surgimos del vientre geológico de la Tierra, evolucionando desde simples moléculas de carbono para llegar un día a ser células, luego plantas y animales, culminando ese devenir cuando nos convertimos en humanos. Al aparecer el Hombre comenzó su lucha imparable por dominar la naturaleza. Todo lo que se opuso fue vencido: las armas destronaron a las fieras, la agricultura al hambre, las máquinas ahorraron el trabajo físico, las computadoras el intelectual, la medicina dominó la enfermedad. Paso a paso el hombre se abrió camino. Esto que usted ve aquí es sólo el siguiente paso. Ya no estamos a merced del caprichoso azar, quien seleccionaba nuestros genes y determinaba quien vivía y quien no. Ya no dependemos de la mano invisible que mataba nuestros bebés para que sólo los más fuertes pudieran subsistir. Esa crueldad natural ha sido definitivamente desterrada de nuestras vidas. Hoy somos nosotros quienes, con extremo cuidado, seleccionamos los genes y cuidamos del desarrollo de los embriones, para que estos nuevos hijos sean sanos y felices, libres para alcanzar todo su potencial.

—Los nuestros son hijos del amor —retomó la conversación Diana—. Si crecen en éstas entrañas mecánicas es porque hay personas, como Alex y yo, que deseamos fervientemente que nazcan, pues los sentimos nuestros, muy nuestros. ¿Sabe usted cuántas horas de trabajo nos llevó seleccionar los genes de nuestro hijo? ¿Sabe usted cual es el peso de la responsabilidad que sentimos encima? ¿Comprende acaso todo lo que hemos rogado por que el creador nos ilumine?

—En la Tierra las cosas no son así; lo sabemos —intervino Alex—. Ustedes piensan que la manipulación genética y la gestación artificial son inmorales, e incluso la asocian con aquel mítico reinado demoníaco del siglo XX, conocido como el Tercer Reich. Sin embargo, se olvidan de lo fácil que es hacer bebés en la Tierra. Basta un poco de excitación sexual y un descuido para que cualquier pareja conciba bebés, por muy irresponsables que sean. ¿Sabe usted acaso que en la Tierra más del veinte por ciento de la población es lanzada a la calle, a la vagancia? ¿Comprenden ustedes que millones de personas en su planeta viven sin familias, contribuyendo a engrosar las filas de la delincuencia? ¿Tienen conciencia del grado de amargura en que viven tantos seres humanos por sus enfermedades hereditarias, tanto físicas como mentales? ¡No señor Goldwing, nosotros los ringerianos somos responsables! Y no dejamos las cosas al azar, en nombre de dogmas religiosos arcaicos. Nosotros tomamos en nuestras propias manos la responsabilidad de la vida, y la asumimos con esfuerzo y la ayuda del conocimiento.

Luego de ese largo discurso, que demostraba la peculiar forma de pensar que sobre el tema tienen los ringerianos y la pasión por sus ideas, Hal se atrevió a aventurar una nueva pregunta.



—Si ustedes deciden el patrimonio genético de sus hijos, ¿Qué intervención tiene el estado en todo esto?

—El estado, Señor Goldwing, somos nosotros —contestó Diana—. Nuestra colonia es una democracia directa. Vale decir, cada ley y cada decisión importante se hace por plebiscito. Nuestros dirigentes son meros administradores, que pueden ser depuestos en cualquier momento. Ahora bien, contestando específicamente su pregunta, nuestras leyes fijan normas estrictas a la selección del material genético. Son leyes que impiden que se creen bebés con características que dañen su dignidad humana. Por ejemplo, estas leyes prohíben la gestación de monstruos de circo, atletas sexuales o deportistas deformes. Tampoco permiten la experimentación arbitraria con material genético y con fetos. Es tan estricta nuestra legislación que antes de la gestación los futuros padres firman, ante notario, un contrato con el estado, en el cual se establecen las responsabilidades de ambas partes. Los padres se comprometen a cuidar al niño y respetar sus derechos humanos, formando un hombre, o mujer, de bien. El estado, por su parte, se transforma en el padrino permanente de los niños y quien, en caso del fallecimiento de los padres, asume toda la responsabilidad del su cuidado y educación.

—¿Existe presión del Estado en la selección del material genético? —Preguntó Hal.

—Ninguna, en absoluto —explicó Alex—, excepto por una elección que se reserva para mantener el equilibrio de la población: el estado se reserva el derecho a asignar el sexo del futuro bebé.

—Para terminar, una pregunta —exclamó Hal, quien se veía abrumado por la entrevista—. ¿Son felices?

—¡Muy felices! —Dijo Alex, mientras acariciaba a Diana, quien apoyaba la cabeza sobre el hombro de su esposo—. ¿Qué más podríamos pedirle a la vida si nos amamos, tenemos tres hermosos niños y vivimos en un lugar como no existe otro en toda la civilización? Trabajamos en lo que queremos. Tenemos excelentes amigos. Disfrutamos de un nivel de vida excelente que nos permite tener casi todo lo que alguien puede desear. Además nuestra vida es dichosa y apacible. ¿Que más podríamos desear?

—Bien —intervino Hal, cerrando la entrevista—, les estoy muy agradecido por su tiempo y sus comentarios.

Hal se despidió de la pareja y se alejó rumbo a la antesala donde le esperaba Joseph. Mientras caminaba su mente se consumía tratando de entender la postura filosófica de los ringerianos, que les hacía creer que la manipulación genética y gestación in vitro eran actividades normales, éticamente aceptables, siempre y cuando se cumpliera estrictamente con una normativa humanista. Para Hal, como también para el resto de la humanidad fuera de Rings, se tra-



taba de una concepción totalmente inmoral. Hal no comprendía como en una misma civilización dos grupos humanos pudieran tener formas de pensar tan diferentes.

Mientras meditaba, miró hacia atrás y vio que la pareja aún estaba mirando su bebé, a través de la pantalla del útero artificial. Sonreían y hacían musa- rañas, como si el bebé pudiera verlos, usando el mismo estilo con que los pa- dres han jugado con sus bebés desde el amanecer de la humanidad.

Hal siguió caminando y entonces, como de un chispazo, encontró la res- puesta en una referencia de Diana al nazismo. Comprendió entonces que el aislamiento produce culturas extremadamente distintas. Recordó la situación ocurrida a mediados del siglo XX en la Tierra cuando el mundo fue dividido en culturas aisladas, con pensamientos y moral marcadamente opuestos. Recordó como en el siglo XX los brutales regímenes Nazi y Estalinista se opusieron a todo cuanto creían las Democracias Occidentales. Recordó también que, en la historia de la humanidad, distintos grupos aislados generaron formas radical- mente diferentes de pensamiento y de moral.

—El Hombre es un animal de muchas facetas —pensó Dean—, y son esas diferencias las que hacen difícil la comprensión mutua.

Pese a todo, Hal debía seguir luchando contra el choque cultural que ya empezaba a sentirse muy fuerte. Él era un profesional del periodismo y del es- pionaje y debía concentrarse en que su trabajo saliera bien. Por ahora debía hacer un resumen de las cosas de valor estratégico que había visto en Rings y enviar esa información con urgencia a la Tierra.

Hal encontró a Joseph en la antesala. Conversaron un rato para analizar las impresiones de la visita y luego se despidieron, concluyendo la visita al ni- vel inferior. Hal se fue de regreso al hotel pues debía editar el material recopi- lado y, por supuesto, hacer el reporte a la Tierra para informarles que 200.000 personas habitaban Rings.

© Omar Vega

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



Poesía

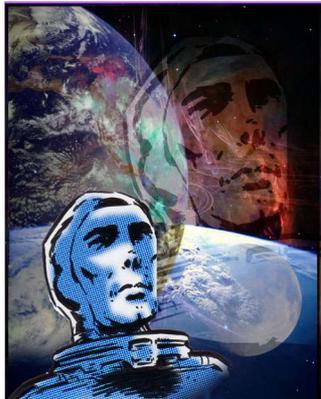
POEMAS ANTRÓPICOS

por Antonio Mora Vélez

Estos poemas de bellas metáforas y nostálgicos viajes por el cosmos, nos encantan. Mora Vélez escribe *desde las orillas de la esfera durante un salto a las estrellas, los destellos de sus sueños hendiendo el celofán del cielo.*

LOS COSMONAUTAS

Los cosmonautas de la Tierra
tejen la ruta de la vida
mientras extienden los anillos
del camino
hacia la franja del eco.



© Pedro Belushi

Ellos saben que el cosmos
tiene los bosques abiertos
y que el planeta es un solar
que se estrecha
y que limita el sueño de los genes.

Por eso atornillan y ensamblan
y miran de soslayo, esperanzados,
la curvatura azul
desde la parte oscura de la nave.

RELATIVIDAD

Regresaste del futuro
confundido con las palabras nuevas
que escuchaste en Baikonur.

Ahora tu patria es un inmenso
campo de pedestales solitarios
y en las portadas no figuran
koljosianas sonrientes
ni el trigo que germina
ni las estelas de las naves
que hunden el celofán del cielo.



Piensas en Einstein
en los posibles viajes
por las aristas del tiempo,
bajas lentamente de la cápsula
y empiezas a sentirte,
cosmonauta Serguei,
visitante del pasado.

LA MAESTRA DEL CHALLENGER

Se te acabó la vida en la barahúnda del fuego
mientras nosotros, atónitos,
no alcanzábamos a descifrar
la trayectoria de tu pánico.

En el perfil doloroso de la imagen,
los destellos de tus sueños de maestra
se confundieron con las pavesas del impacto
y el borbollón del mar que guardaba tus lecciones
consumió la ilusión
de tu horizonte.

En este lado de la Tierra,
acompañados del amor y del vino,
esperábamos el triunfo del Hombre
pero la estela tenebrosa
engendró la expresión del horror
entre tus pares
y silenció tu voz de cielo.

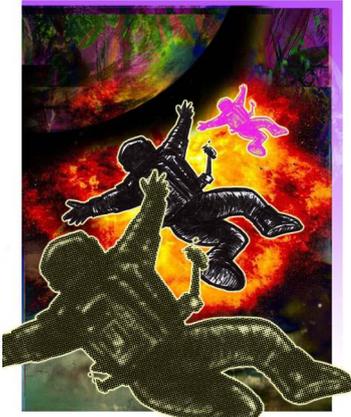
YURI GAGARIN

Comandante de los sueños
fenecidos
y pionero de la búsqueda.

Sabías que el cosmos
es el verdadero hogar del hombre
y que esta tierra es apenas
una aldea en el camino.

Tu primer vuelo acercó el retorno
de los dioses.

LOS NÁUFRAGOS DE TUNGUSKA



© Pedro Belushi

La nave arrojó sobre la taiga
el fuego de su vientre
y un golpe huracanado calcinó
las hojas de los árboles
y anegó de luz el horizonte.

Audaces y valientes, los astronautas
aterrizaron en la cima del mundo
y allí tuvieron que aprender a respirar
el aire de los lamas,
a comer su puré de leche con cebada
y a morir con la esperanza
del retorno.

Hoy, olvidados del mundo,
los hijos de esos náufragos
aún conservan en la nave de sus ritos
el silencio de los discos de piedra
y la imagen borrosa de sus mitos.

VALENTINA DEL COSMOS

Tu salto a las estrellas:
un reproche a los dioses
del ancestro
por haber ultrajado a la mujer
de los orígenes.

Tu salto a las estrellas:
la obsesión por el éxodo
de los astronautas del pasado.

NEIL ARMSTRONG

Tus huellas grabadas
en la luz de nuestras noches
están allí, perennes,
a la espera de otros vientos.

Los poetas de tu tiempo
te vieron en el lecho de los sueños
cabalgando sin ganas



sobre los muslos de arena
de una novia deslustrada.

Desde las orillas de la esfera,
los dioses angustiados
te eligieron
capitán de esa silente estación
de la esperanza.

Ahora,
después de tantas lluvias
y en la hora del ocaso,
sientes unas ganas infinitas
de volver a reeditar los pasos
del encanto.

© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ es conocido en Colombia e internacionalmente como narrador y ensayista de ciencia ficción. Ha publicado los libros de cuentos *GLITZA* (1979), *EL JUICIO DE LOS DIOSES* (1982), *LORNA ES UNA MUJER* (1986) y la recopilación de ensayos *CIENCIA FICCION: EL HUMANISMO DE HOY* (1996) reproducido en Méjico. También los poemarios *LOS CAMINANTES DEL CIELO* (1999) y *EL FUEGO DE LOS DIOSES* (2001). Antologado en *JOYAS DE LA CIENCIA FICCION* (La Habana, 1989) *CUATRO AUTORES DE CF* (Bogotá, 1988) y *CONTEMPORÁNEOS DEL PORVENIR* (Bogotá, 2000) Sus cuentos y poemas han sido traducidos a otros idiomas y publicados en revistas y suplementos literarios del país y del exterior.



EL TREN DE LA MEMORIA Y ESPACIO

por J. Javier Arnau

Los versos de J. Javier Arnau, en su inquietante ritmo, imaginan el eterno deseo de viajar por espacios infinitos.

El Tren de la Memoria, con su repetición obsesiva de órbitas, nos recuerda el traqueteo de un tren que se detiene en estaciones temporales donde «se fusionan los corazones de las estrellas». La poesía Espacio, breve y mecánica, nos narra del sentimiento de un robot que ha sentido «la libertad de los cielos».

EL TREN DE LA MEMORIA

Órbitas Inestables
Atómicas y Planetarias
Una gran Mentira Cósmica
Moléculas Alterables
Que producen
Reacciones catalizadas
Y mesones acelerados



Órbitas de desaceleración,
En caída libre.
El tren de la memoria
Hace tiempo que pasó
Se mantuvo en órbita
Geoestacionaria
Mientras los pasajeros llegaban

Se alteraron las moléculas
Se aceleraron reacciones,
En su caldera espacial;

Se dispersaron átomos
Y se fundieron las leyes de Einstein
En grandes hornos de plasticero
Hechos con la esencia misma
Que conformaba la realidad

Último aviso,
Eternautas a bordo:
Las enzimas catalizaron
Los átomos ardieron
Las estrellas palidecieron
Mientras la gran caldera
Ponía en marcha el tren

Lo perdí por poco,
No recordé su llegada
No olvidé su partida.
Newton me miraba
Comiendo una manzana,
Mientras Galileo se santiguaba
Y Kepler se recuperaba de la fiebre

El tren pasó por
Diferentes realidades
Distintos tiempos
Y formas;
Aquí, un transiberiano;
Allá, una lanzadera espacial
Éste, un acelerador de partículas
Aquel, un transportador de materia



Otro, una estación de seguimiento.

Pero siempre
El Tren de la Memoria
La caravana del olvido
En órbita de desaceleración
Se mantuvo en órbita
De baja altura
Mientras los pasajeros descendían

Órbitas Inestables
Realidades pasajeras.
Último aviso
A los Crononautas
Cambia de forma;

Caldera atómica
Donde se fisioan
Pequeños soles
Donde se fusionan
Los corazones de las estrellas
Donde se aceleran
Los corazones.

El tren de la memoria
Hace tiempo que partió
Ya no se le recuerda
En este continuum
Espacio temporal
La realidad nos lo devolverá
Si lo conseguimos recordar.



ESPACIO

He sentido
Sobre mi piel
La caricia de mil soles

He notado
En mi pelo
El viento Estelar



He olido
El aroma
De los fuegos galácticos

He visto
Estallar soles
Más allá de la galaxia conocida

He probado
Con mis labios y mi lengua
La miel de los mundos

Y he rozado
Con mis dedos
Y mis sentidos
Las colas de los cometas

Desde mi centro de mando
En la cabina de simulación virtual
He sentido lo que es ser humano
Y conquistar el espacio

Sólo un robot de pruebas,
Un artefacto de uso limitado
Pero que por una vez ha probado
La humanidad,
La libertad de los cielos.

© J. Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU ya ha aparecido en otros números de Alfa Eridiani, por lo que se pueden consultar sus datos en ellos, y en su blog *Por si Acaso: Previniendo Desastres* <http://jjarnau1.blogspot.com/>, donde encontraréis microrelatos, poesías, artículos, y más cosas.

Recientemente ha publicado en NGC3660 (poesías, relatos y reseña de libros), *Cuentos para la Espera C30* (relatos; los treinta mejores), *El Parnaso y Tierras de Acero* (reseña de libros), *Sedice.com* (artículos y reseñas), *Qliphoth n° 19* (poesías), *ezine Efimeros* (relatos), *Ediciones Efimeras* (Poemario: *PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN*), *Axxon*, *Necronomicón 14* (relatos), *Miasma* (poesías), *Tierras de Acero Magazine* (relatos).



SÉ QUE PUEDES OÍRME

Por Thomas D. Reynolds

La traición, la infidelidad, el rencor y el sentido de inferioridad en las relaciones humanas, se reflejan también en otros mundos a través de estos versos de Thomas D. Reynolds, con un final inesperado y pavoroso.

Siempre fuiste
El más valiente, el mejor,
De todos los pilotos
De la academia.

Un alma de hierro
Y una cabeza para las estrellas
Más allá del alcance
De tu pequeño planeta desierto.

De algún modo me escogiste
Como amigo y confidente,
Uno que nunca podría liderar,
Siempre un paso atrás.



En los simulacros de batallas
Sobre la estación,
Nuestra camaradería creció
Y nuestras mentes fueron una.

Ahora en la víspera
De nuestra primera batalla real,
Contigo liderando
El contingente de combatientes,

Te lo digo
Como un susurro en tu mente,
Con pensamientos finales
Que sólo tú puedes percibir.

Toda mi vida,
Mi infancia llena de privaciones
En Arakeen, nuestra amistad,
Ha sido una invención.

Como agente de tu enemigo,
Creé esta persona



Para infiltrar tus filas
Y llevarte al olvido.

Clemente, me escogiste
Como tu lacayo personal
Para consolidar tu superioridad
Con mi devoción inferior.

Todas tus naves,
Excepto la mía, por supuesto,
Están equipadas con los dispositivos
Para detonar en diez segundos.

De modo que no tiene sentido
Advertir a los demás,
Aparte de provocar terror
Antes de la desintegración.

Si soy honesto,
Eras buena compañía,
Tan respetable como mis amigos
Estabas destinado a la destrucción.

© Thomas D. Reynolds

THOMAS D. REYNOLDS recibió el título de Maestro de Artes en escritura creativa por la Universidad Estatal de Wichita y actualmente enseña en el Johnson County Community College de Overland Park, Kansas. Aunque es un admirador de toda la vida de la ciencia ficción, sólo ha escrito algunas cosas que se califican como de ciencia ficción. Su poema *CÓMO SOBREVIVIR EN UN PLANETA DISTANTE*, aparecido en *Strange Horizons* en 2004, ha sido nominado para un Rhysling Award como mejor poema breve. Sus obras han aparecido en varias revistas impresas y en Internet.



Artículos

PANORAMA DE LA CIENCIA FICCIÓN EN EL PERÚ

por Daniel Salvo

La ciencia ficción peruana muy a pesar de lo que piensa la inteligencia de Perú es un género centenario que goza de muy buena salud y numerosos seguidores. Es cierto que no es ciencia-ficción de capa y espada como la space opera de los años 20 y 30 en Norteamérica pero eso no quita para que no se haya cultivado desde una fecha tan lejana como 1843.

La imagen que suele tener el público respecto a la ciencia ficción no corresponde con la definición o definiciones que le dan los autores del género o los críticos literarios. En efecto, en gran medida se maneja el concepto de ciencia ficción que fue popularizado en Norteamérica en las décadas del 20 y del 30 del siglo XX, cuando se dio el auge de la literatura pulp, orientada hacia la acción y la aventura, con personajes estereotipados y una redacción simple. No se puede renegar de ese período de popularización, puesto que contribuyó a la difusión del género, si bien en su vertiente de space opera. Lo negativo fue que esa imagen del género es la que se maneja mayoritariamente incluso en el presente.

Poseídos por tan masivo imaginario, y también por cierta pedantería rayana en la ignorancia, no es de extrañar que tanto nuestros escritores como nuestros críticos y académicos hayan preferido mirar de soslayo a la ciencia ficción, cuando no ignorarla por completo.

Con tales antecedentes, resulta lógica la aparente ausencia de manifestaciones del género de ciencia ficción en el Perú. O bien se espera otra cosa, o lo que se ha escrito «no se ve». Ello hace que nuestros expertos en literatura (difícil considerarlos investigadores, a estas alturas) se encojan de hombros o afecten condescendencia cuando se les pregunta sobre autores peruanos de ciencia ficción. En lugar de reconocer su ignorancia al respecto, prefieren obviar el tema o afirmar, categóricamente, que ningún autor peruano ha escrito ciencia ficción.

Si nos limitamos a pensar en los términos ya comentados, considerando a la ciencia ficción un género que se limita a narrar pueriles aventuras espaciales, es posible que efectivamente poco o nada se pueda afirmar respecto al género en el Perú. Pero quienes han tenido acceso a una mayor muestra de obras de ciencia ficción, extranjeras o nacionales, saben que la ciencia ficción es más que películas y novelas de cowboys espaciales.



Una de las novelas que se considera como el más cercano antecedente del género es, que duda cabe *FRANKENSTEIN* de **Mary Wollstonecraft Shelley**. El cine nos ha permitido conocer lo principal acerca de esta narración: un científico ginebrino, Victor von Frankenstein, en su afán de liberar a la humanidad de la angustia de la muerte, da vida a un ser creado a partir de pedazos de cadáveres humanos, utilizando la ciencia de su época (fines del siglo XVIII). Con lo que podemos afirmar que una de las características de la ciencia ficción es, además de un «sentido de la maravilla», su exploración acerca del devenir de la humanidad, sobre todo en su relación con el progreso que traen las ciencias. **Julio Verne**, alejado ya del gótico, se limitó a explorar lo que el consideraba el futuro inmediato: viajes en globo, expediciones al centro de la Tierra, inmersiones al fondo del mar y la maravilla de maravillas, un viaje a la luna.

Considerando los cambios ocurridos en el siglo XIX, tanto en el orden técnico como en el político, ¿qué hacía falta para que cualquier escritor de cualquier latitud se preguntara, cuando menos como ejercicio de ocio, «cómo será el futuro»? El habitante del siglo XIX (cuando menos, el habitante occidental) asistió a milagros (y desgracias) engendrados por la revolución industrial, como la electricidad y el teléfono. Si ellos veían eso... ¿qué no verían sus descendientes en el futuro?

Con solo unas preguntas, acabamos con la imagen de la ciencia ficción como un mero catálogo de aventuras espaciales, y acabamos con la noción de un género impropio o inexistente en nuestras letras.

Así por ejemplo, tenemos el temprano caso de la que se considera la primera novela publicada en el Perú republicano, que lleva por título *LIMA DE AQUÍ A CIEN AÑOS*, de **Julio M. del Portillo**. Publicada en 1843 en el diario *El Comercio* en forma de folletín, es la primera novela peruana situada en el futuro, caracterizado por el triunfo de un urbanismo que no pierde su característica decimonónica (con coches tirados por caballos y faroles para iluminar las calles), al tiempo que incluye elementos más modernos, como el telégrafo (invento que se instaló en Perú recién en 1847) y vehículos capaces de llegar a la Luna. Destaca la idea de un Tawantinsuyo o Imperio Incaico restaurado, con sede en la ciudad del Cusco y cuyos habitantes residen en una pirámide de más de tres kilómetros de altura...

Cabe destacar la fecha de publicación: 1843. Téngase en cuenta que **Julio Verne** recién publicó el primero de sus *VIAJES EXTRAORDINARIOS* en 1863, es decir, 20 años después de *LIMA DE AQUÍ A CIEN AÑOS*, lo que pone a **Julio M. del Portillo** en un lugar por demás expectante en la historia de la ciencia ficción mundial. Lástima que, como siempre, hemos sido los propios peruanos los primeros en ignorar lo significativo y –a mi juicio– evidente de su obra: la historia literaria de la República del Perú nació con una novela de ciencia ficción, o en todo caso, futurista. Ni costumbrista ni indigenista, lo que cambia casi por completo nuestra visión tradicional de la literatura peruana.



Coincidiendo con el inicio del siglo XX, nace el cuento de ciencia ficción en el Perú. Y quien inicia la tradición es **Clemente Palma** (1872-1946), escritor que ha sido objeto de diversos estudios literarios en el Perú y en el extranjero. Sin embargo, pocas veces se ha destacado su papel de precursor o iniciador del género de ciencia ficción en el Perú.

En efecto, **Clemente Palma** escribió varios cuentos, entre ellos *LA ÚLTIMA RUBIA* y *EL DÍA TRÁGICO*, y una novela (*XYZ*) de ciencia ficción, con todas las características del género: especulación sobre el futuro, reacción ante los resultados de una catástrofe cósmica y la realización de experimentos de duplicación de seres humanos. En *CUENTOS MALÉVOLOS* (1904), se incluye el relato *LA ÚLTIMA RUBIA*, ambientado en el año 3025, cuando el oro ha desaparecido del mundo, el idioma universal es el esperanto y todos somos étnicamente asiáticos o descendientes de los mismos, puesto que las demás razas han sido absorbidas por los mongoles y tártaros. Posteriormente, y a propósito del paso del cometa Halley, Clemente Palma publicó *EL DÍA TRÁGICO* (utilizando el seudónimo «Klingsor») en la revista *Ilustración Peruana* durante los meses de abril y mayo de 1910. Dicha revista, dirigida en su momento nada menos que por **Pedro Paulet Mostajo**, precursor del vuelo espacial, fue posteriormente dirigida por el mismo **Clemente Palma**, dando cabida a la publicación de cuentos como el ya mencionado *EL DÍA TRÁGICO* y otros pertenecientes a **H.G. Wells** y **Edgar Allan Poe**. En el cuento *EL DÍA TRÁGICO*, se reflejan la histeria y temor colectivos ante el paso del cometa Halley, posible causante de la extinción de la humanidad. Oliverio Stuart, el protagonista, junto con su esposa y su suegra, se convierten en los únicos sobrevivientes del envenenamiento mundial ocasionado por el gas cianógeno del que estaba compuesto la cola del cometa. Encerrados en un refugio, bien dotados de oxígeno y provisiones, son testigos del silencio mortal que envuelve al planeta.

Mención aparte merece *XYZ*, también de **Clemente Palma**, novela publicada en 1934 y que el propio autor calificó como «grotesca», para comodidad de críticos y enciclopedistas holgazanes que nada aportaron al conocimiento y estudio de esta novela, recientemente reeditada por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. El *XYZ* del título es el sobrenombre de Rolland Poe, un excéntrico científico con una temprana afición por el álgebra. Utilizando las propiedades del elemento radio y la albúmina de los huevos, inventa una máquina que permite obtener «dobles» de actrices y actores hollywoodenses (entre otras, una curiosa reproducción de Maurice Chevalier en 40 centímetros). Las dobles y Poe viven una existencia paradisíaca en una isla de propiedad del inventor, hasta que son descubiertas por representantes de las actrices «originales», lo que dará lugar a un trágico desenlace.

En esos mismos años, **Abraham Valdelomar** trata de desembarazarse de los caminos trillados de la narrativa peruana, y se avoca a la redacción de una gran cantidad de cuentos hasta su lamentable y temprana muerte en 1919. Uno de ellos, *EL CÍRCULO DE LA MUERTE*, publicado en la revista *Colónida* en



1916, tiene un argumento de pesadilla: la muerte de un hombre se convierte en un espectáculo comercial, al estilo de los «reality show» que actualmente podemos esperar en la televisión. Básicamente, el mismo argumento que utiliza **Stephen King** en su novela *EL FUGITIVO*.

Sin embargo, la producción literaria peruana siguió, en su mayoría, otros rumbos, muy ajenos a las especulaciones sobre el futuro o la tecnología, aunque existe el caso de **Héctor Velarde** (1898-1989), exquisito humorista de una Lima (no de un Perú) que definitivamente ya fue, donde todo estaba «en su sitio», y la vida transcurría plácida... en medio de esta arcadia, irrumpen la modernidad que viene de Norteamérica, con sus supermarkets y aviones, y sobre todo, con la bomba atómica. **Velarde** escribe una serie de crónicas y ensayos humorísticos que titula *LA PERRA EN EL SATÉLITE* (1958), coincidiendo con la carrera espacial entre EE.UU. y la URSS. En este librito, aparece el relato *LA BOMBA J*, en el cual la destrucción nuclear total tiene un fallo: la casa del limeñísimo Pedro Lanatta y Perales, diplomático, quien decide dedicar sus últimos días a escribir un diccionario para las futuras generaciones... Quien sabe, **Velarde** tal vez quiso expresar en este relato su melancolía por la pérdida de ese mundo limeño en el cual había nacido. Tiene también una pieza de teatro ambientada en el año 2427 titulada *¡UN HOMBRE CON TONGO!* (1950), en la cual las señoras van de compras al Jirón de la Unión utilizando hélices en la espalda para movilizarse.

En los cincuenta aparece también la figura de **Eugenio Alarco**, humanista, polígrafo e historiador. Su vasta capacidad intelectual no conoció límites, al punto de otorgarnos dos novelas de ciencia ficción en las que vuelca sus meditaciones filosóficas. *La magia de los mundos* (1952) nos ofrece el contraste entre la cultura del siglo XX y la de un remotísimo futuro. Dos astronautas perecen congelados en un asteroide, para ser resucitados miles de años después. La Tierra de ese entonces les ofrece todo lo que tiene, tanto la abundancia que provee el dominio total de la técnica, como el desafío que implica el adaptarse a un mundo nuevo pero, en el fondo, humano. Las extrapolaciones de ese mundo futuro continuaron en su novela *LOS MORTALES* (1966), sobre los aspectos más oscuros del devenir humano.

Los años setenta del siglo XX son acaso los de mayor apogeo de la ciencia-ficción peruana, guardando las distancias del caso. Destacan, hasta el presente inclusive, los escritores **José B. Adolph** y **Juan Rivera Saavedra**.

Reseñar la obra de **Adolph** merece de suyo un artículo propio. Desde sus inicios, ha escrito cuentos que hacen difícil encuadrarlo en un género o tendencia. Sus relatos, publicados en sendas ediciones, son de todo tipo y color. Los temas que ha tocado son todos, o casi todos: la inteligencia artificial en *ARTEMIO Y MULTICAL*, la evolución de las especies animales en *LA RATA*, la inmortalidad en *NOSOTROS NO*, el contacto con seres extraterrestres en *LOS BROMISTAS*, las catástrofes... Quizá el libro de relatos de **Adolph** que más



cuentos de ciencia ficción contiene es *HASTA QUE LA MUERTE* (1971), volumen que contiene el cuento *EL FALSIFICADOR*, que ha sido incluido en la antología de ciencia ficción latinoamericana *COSMOS LATINOS* (2003), publicada por la Universidad de Texas.

José B. Adolph también ha publicado novelas de ciencia ficción, como *MAÑANA LAS RATAS* (1977), libro que de haberse publicado en EE.UU., le quitaría al *NEUROMANTE* de **William Gibson** la gloria de ser considerado como el iniciador de la moda ciberpunk. En esta novela, vemos un Perú totalmente balcanizado y anómico, gobernado por transnacionales cuya cúspide dirigenal reside en satélites que orbitan la Tierra. La religión, empero, sirve de aglutinante para la gestación de fuerzas rebeldes, que sin embargo no saben bien donde están paradas.

Juan Rivera Saavedra tiene, entre otros, el gran mérito de utilizar por primera vez la etiqueta «ciencia ficción» con todas sus letras, como parte del título de su selección de relatos *CUENTOS SOCIALES DE CIENCIA FICCIÓN* (1976), compuesto por cuentos llenos de ironía acerca de la condición humana. En ellos, **Rivera Saavedra** explora temas como los robots, la exploración de otros planetas, la escasez de alimentos, el racismo... todo ello con una economía de recursos asombrosa: muchos de sus relatos no tienen más de cinco líneas.

En clave de space opera, **José Manuel Estremadoyro** publica la hilarante *GLASSKAN, EL PLANETA MARAVILLOSO* (1971) y su continuación *LOS HOMOS Y LA TIERRA* (1971). Se nota en ambas obras la influencia del interés desatado por el denominado fenómeno OVNI y la vida extraterrestre en general, siendo así que en la primera novela se nos describe un viaje a un planeta donde todo es perfecto, a la manera de las grandes utopías del renacimiento. En la segunda, los humanos entrenados por los galacsinos (habitantes de Glasskán) deben volver a nuestro planeta para ofrecer la paz y el progreso al estilo de Glasskán a la humanidad. No encontrarán a nadie merecedor de dichos dones, dedicándose a vivir una serie de aventuras de lo más disparatadas. Con todo, «Glasskan» merece un lugar dentro del canon literario nacional, al menos por su originalidad.

Ya en la década de los noventa, **Giancarlo Stagnaro**, publica *HIPERESPACIOS* (1990), una novela de aventuras espaciales que constituye un digno tributo a **Isaac Asimov**. Sorprende la independencia de criterio y el que **Stagnaro** no haya caído en el facilismo de seguir las modas literarias contemporáneas. Y después de todo, ¿por qué no pueden los peruanos del futuro dedicarse también a luchar contra invasores extraterrestres? Lamentablemente, esta obra no tuvo la difusión que merecía.

En provincias, también existe interés en el género, como lo prueba el volumen de cuentos *LAS FORMAS* (1997) de **Carlos Bancayán Llontop**, publicado de manera casi artesanal en la ciudad de Chiclayo. Entre otros, incluye los re-



latos *NUTRICIÓN* y *LAS FORMAS*, donde se especula acerca del lugar del hombre en el universo y acerca de los llamados poderes mentales, cuyo desarrollo da lugar a asombrosas revelaciones acerca de una importante figura religiosa.

A fines de los años noventa, se publica *UN ÚNICO DESIERTO* (1997) de **Enrique Prochazka**, una selección de relatos variada y de temática novedosa, donde el autor nos ofrece el cuento *2984*, sobre un futuro distópico deudor de *1984* de **George Orwell**, donde se devela el misterio de la identidad del Gran Hermano. A éste volumen, se añaden la novela *CASA* (2004), con una ambientación que convierte la arquitectura y el color blanco en algo pesadillesco; y *CUARENTA SÍLABAS*, *CATORCE PALABRAS* (2005), cuentos de variada índole, entre los que destacan *TEST DE TURING*.

La llegada de Internet ha permitido que, hoy por hoy, se puedan publicar en la red relatos y novelas que de otro modo sería imposible conseguir. Con la aparición de páginas web cuyo objetivo es la divulgación de la ciencia ficción peruana, hemos podido acercarnos a la obra de autores noveles como **Rubén Mesías Cornejo**, **José Donayre Hoefken**, **Adriana Alarco** y otros.

Adriana Alarco tiene una obra vastísima, que va desde la botánica aplicada hasta los cuentos y teatro para niños. Sus cuentos de ciencia ficción son fabulaciones que van desde la ensoñación bucólica hasta el horror más visceral, con un toque que podríamos llamar femenino que, por increíble que parezca, incrementa el efecto de sus narraciones. Además, su labor al frente de la Fundación Casa Museo Ricardo Palma ha permitido que la residencia de Ricardo Palma, autor de las *TRADICIONES PERUANAS*, piedra angular de la literatura peruana, se haya conservado intacta hasta el presente. Dato curioso, en la misma casa residió también **Clemente Palma**, de quien ya hemos tratado. Sus enseres y escritos se conservan ahí, así como un ejemplar de la edición original de *XYZ* de 1934, con dedicatoria incluida.

El año 2003 ha sido pródigo para la ciencia ficción: **José B. Adolph** publicó la novela *UN EJÉRCITO DE LOCOS*, acerca de un Apocalipsis desatado desde Internet, y la selección de cuentos *LOS FINES DEL MUNDO*, que incluye algunos cuentos de ciencia ficción. Por su parte, **Juan Rivera Saavedra** publicó *OPRIMIDOS Y EXPRIMIDOS*, con algunos relatos pertenecientes al género. Y la novelista y poetisa de ascendencia finlandesa **Tanya Tynjälä** publicó la novela de ciencia-ficción *LA CIUDAD DE LOS NICTÁLOPES* en la colección de literatura para niños de Editorial NORMA.

Mención aparte merece *8+1*, conjunto de relatos de ciencia-ficción de **Manuel Antonio Cuba**, publicado por la editorial Meteleta. De temática diversa, abarca tanto la space opera como la ciencia ficción psicológica o intimista, el mundo de los hackers informáticos, la ecología... Conjuntamente con el también novel autor **Jorge Revilla**, publicó *DESDE AFUERA* en el 2004. **Jorge Revilla**, como buen ingeniero, aporta un aspecto hard poco usual en la ciencia



ficción peruana, haciendo más vívidas las peripecias de los futuros viajeros del espacio.

Pedro Félix Novoa es otra voz a destacar en la ciencia ficción peruana. Con varios premios en su haber, tanto dentro como fuera del Perú, sus cuentos juegan con la ironía y la sorpresa bradburyana, en el caso que **Bradbury** fuera peruano. Su cuento *INSERTE CUATRO MONEDAS DE A PESO, POR FAVOR*, obtuvo una mención honrosa en el concurso Púlsares 2004, convocado por el fanzine chileno FOBOS.

De manera bastante discreta, el diplomático **Zózimo Morillo** publicó la ambiciosa novela *EL MILAGRO DE LOS MILAGROS*, basada en una profunda especulación matemática que podría dar lugar a la demostración de la existencia de Dios, siguiendo la senda iniciada por el matemático **Georg Cantor** y sus teorías de los números transfinitos. Un libro que hace pensar, definitivamente.

Como pone la nota de prensa de la Cancillería peruana: «La novela está articulada en torno al sueño de un matemático del futuro y a la fantasía de un adolescente, cuyo diario sobre una sociedad utópica en otro planeta, reviste para muchos, un carácter profético.

La obra transcurre en diversos escenarios y épocas, que van desde los inicios del siglo XX, en que el personaje central es el genial matemático ruso-alemán **Georg Cantor**, hasta una fecha indeterminada en el siglo XXI, en el que Jonathan Morris, Profesor de Stanford, crea un algoritmo informático capaz de cuantificar la potencial verdad y falsedad en las proposiciones lógico-matemáticas, incluyendo aquellas que versan sobre aspectos de carácter metafísico.

Morris, a cuyas manos ha llegado la última carta de Cantor, desconocida hasta entonces, busca descifrar el misterio que allí se plantea, de la visión en el cielo de un «tríptico» sobre el Plan de Dios en relación a la libertad y el conocimiento humanos. El misterio sólo será develado al final de la novela, luego de una serie de situaciones muy extrañas, que llevarán a un desenlace absolutamente inesperado.»

A fines del año 2005, el novel autor **Iván Bolaños Gamero** publicó *LOS CRISTALES DE VUHRÁN*, la primera de una ofrecida bilogía que narra los avatares épicos de los descendientes de isleños terrestres de la edad antigua trasladados a otro planeta por una raza de seres extraterrestres que han destruido, sin quererlo, su lugar de residencia.

Y ya a principios de 2006, el escritor **José Güich Rodríguez** afianzó la carrera que parece conducirlo a ser considerado el **Fritz Leiber** peruano, por la variedad y versatilidad de los cuentos publicados en *EL MASCARÓN DE PROA*. De estatuas parlantes pasamos a vegetales inteligentes y rencorosos, sin dejar



de lado la aparición de máquinas misteriosas. *EL MASCARÓN DE PROA* fue uno de los libros más y mejor comentados del año 2006, acaso más difundido que su primer volumen de relatos *AÑO SABÁTICO*, que fuera publicado en el año 2000. En ambos libros, **Güich** se atreve a especular con un tema «tabú» de la historia peruana, la infortunada guerra con Chile de 1879. Otro de sus cuentos, *PAISAJE CON HOMBRE QUE CORRE*, nos introduce al personaje Teruel, un periodista cuya labor lo vincula con hechos increíbles e inexplicables, como puede ser la aparición súbita de un hombre del pasado.

Avanzando el 2006, el poeta **Victor Coral** publicó en forma sorpresiva *RITO DE PASO*, una novela distópica cuya acción transcurre en una ciudad de Lima hipercontaminada y cuyos moradores tienen serias restricciones para expresar sus sentimientos. Divinne, la protagonista de la novela, es uno de los personajes más conmovedores que se hayan creado.

La sorpresa final la dio el escritor **Enrique Congraíns Martin**, con dos novelas de circulación restringida (edición no venal), *EL NARRADOR DE HISTORIAS* y *999 PALABRAS PARA EL PLANETA TIERRA*. En la primera, la acción se sitúa en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el año 2037, habiéndose convertido dicha ciudad en un protectorado de los Estados Unidos. En la segunda, un extraterrestre encargado de compilar una Enciclopedia Galáctica pide a los terrestres un artículo que defina nuestro mundo en las 999 palabras del título. Esperamos que estas novelas se publiquen pronto de manera comercial.

En el ámbito de las revistas, el gran acontecimiento del 2006 ha sido la aparición, bastante sorpresiva, de *Argonautas*, la primera revista en papel dedicada exclusivamente a la ciencia ficción, el terror y la fantasía. Editada por **Carlos Enrique Saldivar** y **Jorge Luis Obando**, nos presenta una verdadera constelación de nuevas plumas que desmienten la idea de la ciencia ficción como género marginal o poco apreciado por las nuevas generaciones de narradores peruanos.

El crecimiento de Internet está cambiando muchas cosas en el ámbito narrativo. Empiezan a publicarse cuentos y novelas que están solamente disponibles en red, y quien nos dice que pronto tendremos noticias de algún autor que haya dado «el salto» desde la red a las publicaciones en papel, como le ha ocurrido a **Cory Doctorow**. Este crecimiento hace difícil efectuar un seguimiento más o menos actualizado de lo último que se produce en la red. Aparte de los autores mencionados, muchos de los cuales, si no todos, cuentan con una página web o blog propio, se pueden sumar las «plumas» (¿dedos? ¿teclados?) de **Isaac Robles**, quien ha emprendido la nada fácil tarea de crear un universo en el cual enmarcar una saga galáctica. A **Isaac** le debemos también el cuento *UN AYER YACE ENTRE FLAMAS*, que juega con la posibilidad de mundos alternativos que se entrecruzan debido a las manipulaciones de hackers de juegos de video. Asimismo, está la obra de **Victor Mechán Mendez**, médico cirujano,



quien publica historias cortas de ciencia ficción, basadas principalmente en principios científicos básicos, al estilo asimoviano.

© *Daniel Salvo*

DANIEL SALVO nació en 1968. Tras seguir estudios de abogacía, decidió que le interesaba más la ciencia ficción. Desde el 2002, edita la página web *Ciencia Ficción Perú* (<http://espanol.geocities.com/cifiper2002>). Colabora también con la revista electrónica *Ve-lero 25*. Miembro de Coyllur-Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía.

EL PRÍNCIPE DE LOS BOTÁNICOS

por Antonio Mora Vélez

Linneo es uno de los grandes botánicos de todos los tiempos. Inventor de la nomenclatura que todavía se sigue en la clasificación de los organismos, merece unas palabras de recuerdo.

Hace 300 años –justo en la parte más bonita de la primavera, cuando el cuclillo ha proclamado la inminencia del verano– nació **Carl Linneaus** (1707–1778) uno de los científicos más importantes de Suecia y del mundo, llamado por sus contemporáneos «el príncipe de los botánicos». Su padre fue pastor protestante pero un enamorado de la jardinería; su abuelo, labrador y se dice que su madre le adornaba la cuna con flores. Tal vez por esa causa, **Carl Von Linné**, su nombre después de haber recibido el título de nobleza, abandonó sus estudios iniciales de Teología y se consagró a estudiar la naturaleza, que le era tan familiar como las canciones de arrullo de su madre.



Linné es el autor de *SYSTEMA NATURAE*, obra en la que logró la clasificación y nominación de quince mil especies de minerales, plantas y animales, una proeza para la época, y en la que tuvo la genialidad de colocar al hombre como parte del orden de los primates, lo que aún permanece. Y de la obra *SPECIES PLANTARUM*, en la que introdujo el sistema de división en reino, clases, órdenes, géneros y especies que hoy, con algunas variaciones, se conserva. Pretendió ser un **Newton** de la biología e inventariar y ordenar toda la creación desde las estrellas hasta los microorganismos, tarea imposible si tenemos en cuenta que hoy nada más tenemos más de cuarenta millones de especies en la Tierra. Muchas de sus denominaciones aún se conservan, por ejemplo: *Felis domestica* para designar al gato y *Anemone nemorosa* con el cual llamó a la anémona del bosque. La letra L que aparece en cada especie animal o vegetal nos recuerda sus largos años de labor científica.

Linné fue estudiante, docente y rector de la Universidad de Uppsala, la más antigua de Suecia –fundada en 1477– y una de las más antiguas del mundo. Fue miembro de la sociedad científica de Uppsala y presidente y fundador de la Real Academia de Ciencias de Suecia en 1739, la prestigiosa institución que entrega los Premios Nobel al mundo. Su clasificación de las especies la hizo gracias a sus viajes científicos por muchas regiones de Suecia y Europa,



viajes que han sido inmortalizados en Uppsala, ciudad que lo venera, con la denominación a varias de sus calles. Por ejemplo: Laplandsresan: viaje a Lapland (Laponia), Hollandresan, viaje a Holanda. Olandresan, viaje a la isla báltica de Oland. También con la conservación de su jardín botánico, de la casa que habitó, de su museo y la conservación de sus escritos, planchas taxonómicas, escritorios, objetos, bustos y retratos. Para los suecos, **Linné** fue el hombre que les enseñó a querer las riquezas naturales de su país antes que todo

Como maestro fue capaz de inducir en sus estudiantes la pasión por el estudio de la naturaleza hasta el punto de ponerlos a viajar por todos los puntos cardinales del planeta, hasta a América del Sur. Y todos cumplieron su misión de informar al maestro sobre los resultados de sus investigaciones. Como pensador siguió las directrices del creacionismo, del mecanicismo y del finalismo. El hombre es una máquina, la naturaleza está creada para un fin, existen asombrosas analogías entre los reinos de la naturaleza y la cultura. Entre ellas, las llamadas por él tres fases consecutivas de la creación: propagación, conservación y destrucción, fase última a la que estamos abocados por no haber conservado el ecosistema. Su fama se regó por todo el orbe y llegó hasta Sincelejo, ciudad en la que por los años 50 del siglo pasado –según me informa mi contertulio **Rafael Hernández**– hubo una sociedad y una revista Linneana de la cual hicieron parte destacados intelectuales y hombres de ciencia de las Sabanas y el Sinú, orientados por el inmigrante sueco **George Dahl**.

Como dice uno de sus biógrafos: **Gunnar Broberg, Linné** «era un botánico con un talento divino, aunque, como cualquier otro gran científico o artista, tuvo que trabajar también mucho para alcanzar su posición». Este año Suecia y en particular Uppsala, la hermosa ciudad del río Fyrisán –cuya universidad tiene ocho premios Nobel y que es cuna de Anders Celsius, otro de los grandes científicos del mundo–, celebrarán su legado y su recuerdo.

© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ va siendo un habitual de nuestras páginas. Este abogado colombiano ha sido docente y Decano de Educación en la Universidad de Córdoba. En la actualidad es Director de Bienestar de la Corporación Universitaria del Caribe de Sincelejo. Ha sido publicado en numerosos medios tanto impresos como electrónicos. Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en *THE ENCYCLOPEDIA OF SCIENCE FICTION* de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696).



TWIN PEAKS: ¿QUIÉN MATÓ A LAURA PALMER?

por Miguel Ángel López Muñoz

El objetivo de este artículo no es responder a dicha pregunta, en parte porque considero que si alguien mató de verdad a Laura Palmer ése fue David Lynch, responsable de la idea central de la serie. Una serie en la que el tiempo parece detenerse para ofrecernos un perverso cuadro costumbrista que no deja de impresionar a los espectadores, ya sean los que la vivieron a principios de los noventa, ya sean los que la han descubierto al engancharse a su director, aún en alza con películas como *MULHOLLAND DRIVE* o la más reciente *IN-LAND EMPIRE*.

Y es que de lo que no hay duda es que *TWIN PEAKS* supuso un fenómeno televisivo sin precedentes. Proliferaron los artículos de merchandising, algunos tan curiosos como camisetas donde rezaba «yo maté a Laura Palmer» o su diario secreto, el mismo que en la serie parecía ocultar la respuesta a la gran pregunta y que siempre parecía estar un paso por delante de todo aquel que pretendía encontrarlo para leerlo.



El caso es que mi historia personal con la serie consta de dos etapas. Pese a ser bastante pequeño (unos diez años tendría, más o menos) recuerdo haber visto y seguido la serie, y algunos recuerdos siguen muy frescos en mi memoria, como el momento en que Sarah Palmer recibe una llamada telefónica anunciando que su hija ha muerto, el gran clímax en el que el asesino confiesa, o un perverso hombre jugando al ajedrez con los habitantes del pueblo. Por cierto, siempre me referiré al asesino en masculino, pero podría ser una mujer. No es mi intención develar nada importante de la trama, sino animar a que vean la serie y la disfruten si no lo han hecho ya. De hecho, otro de los recuerdos que me asalta es que mi padre tuvo la inmensa suerte de conocer al actor/actriz que mató a Laura Palmer, y que fui motivo de envidia en el colegio durante unos cuantos días (la fama en el recreo es más efímera que en Hollywood).

El caso es que muy recientemente dicha serie volvió a cruzarse en mi vida. Fue una noche de domingo en la que era incapaz de dormir, y decidí poner la televisión. Fui tragándome las series que me plantaban una detrás de otra, y a eso de las cuatro de la mañana, más o menos, comenzó *Twin Peaks*. Picado por la curiosidad comencé a verla, aunque ya iban por el tercer capítulo. En ese capítulo el protagonista, el agente Cooper, se iba al hotel donde se hospedaba tras un largo día de trabajo de campo que incluía el funeral de Laura Palmer. Sin embargo su sueño, lejos de ser tranquilo, tomaba tintes angustiosos e in-



quietantes, incluyendo frases crípticas como «Fuego camina conmigo», un hombre de pelo largo sonriendo a cámara como un auténtico psicópata y un enano en una habitación roja. Volveré a ese sueño más adelante. Bástese decir que si bien **David Lynch** es un experto a la hora de recrear sueños, en este caso llegó a uno de los momentos cumbres de la historia del cine, imitado e incluso parodiado en series como *LOS SIMPSON*.

A pesar del horario criminal y de no empezar desde el principio, logré engancharme a la serie de un modo que nunca habría imaginado. Y allí estaba domingo tras domingo, como una cita obligada, solo a altas horas de la madrugada frente al televisor, sin duda las condiciones ideales para introducirse de lleno en la atmósfera de la serie. Tan fascinado quedé con esta segunda experiencia que aquí estoy, saltándome por una vez la regla y hablando de algo distinto a una película.

De todos modos hay que decir, en mi defensa, que *Twin Peaks* fue una de las primeras series en tomarse a sí misma tan en serio como si de una película de cine se tratara, y de hecho eso es lo que era el episodio piloto. Curiosamente esta serie nació porque a **David Lynch** se le impidió realizar un proyecto acerca de la vida de **Marilyn Monroe**. Sin embargo los rescoldos del trabajo fueron utilizados e inspiraron la historia de Laura Palmer, una chica muerta en circunstancias parecidas a las de la famosa actriz (incluyendo un diario en el que decía mantener relaciones con alguien muy importante). Es posible que **David Lynch** también se inspirara en la maravillosa película de **Otto Preminger** llamada *Laura*, donde una muchacha es asesinada y mandan a un policía a investigar el caso, descubriéndose la personalidad de la víctima a medida que el policía investiga más y más a fondo.

Pero los comienzos de *Twin Peaks* tenían un ingrediente extra que le daban un estilo propio: la sospecha. Salvo el propio agente del FBI destinado a investigar el caso, todos y cada uno de los personajes son sospechosos por uno u otro motivo, incluyendo padres, amigos y novios, sin importar lo afligidos que parezcan. Porque todos ocultan secretos, todos muestran dos rostros, el rostro social y el rostro oculto, capaz de los actos más perversos y amorales. Unido a un tratamiento digno de las mejores novelas negras y al goteo constante pero pausado de información (cada capítulo es un día completo en la ciudad), el espectador entra en el juego. Y no sólo eso, sino que además de la propia historia de Laura Palmer, los personajes tienen sus propias subtramas, a menudo igual de interesantes y emocionantes.

Pero **David Lynch** no se limitó a una simple historia de suspense, y quiso darle su propio toque surrealista. A muchos no les gustó aquel cambio, y sin embargo resulta curioso que los momentos más álgidos tienen que ver con él. No sólo los personajes tienen un lado oscuro: el pueblo en sí lo posee también. Algunos lo llaman «el mal que habita en los bosques», y el protagonista tiene la certeza de que tiene mucho que ver con la muerte de Laura Palmer. De ese



modo lo que pasa a ser una historia de muerte acaba adquiriendo tintes a ratos inquietantes, a ratos terroríficos. Aparecen sueños premonitorios, hombres mancos que parecen conocer la verdad pero estar demasiado aterrados para revelarla y otros elementos que elevan la sensación opresiva y también la tensión argumental. De repente se descubre que bajo el velo de la normalidad se esconde lo incomprensible, los horrores irracionales sin nombre.

La serie consta de treinta capítulos y desde un punto de vista argumental se puede decir que hay dos partes. La primera parte comprende hasta el capítulo dieciséis, donde se atrapa al asesino de Laura Palmer. Esta primera parte resulta ejemplar y consigue mantener el suspense hasta el mismo momento culminante. La segunda parte, sin embargo, flojea bastante al principio. Se suceden varios capítulos donde todo se limita a cerrar arcos argumentales aún abiertos y a justificar la presencia del agente Cooper en la ciudad con excusas poco convincentes. Sin embargo, de repente, el interés regresa en la figura del antiguo compañero de Cooper, Windom Earle, un genio desequilibrado que se divierte manejando a las personas de la ciudad como si de una partida de ajedrez se tratara. Vuelve el interés, se desvela parte del pasado del agente Cooper, y en vísperas de que la serie termine debido a su falta de audiencia (algo razonable teniendo en cuenta que la muerte de Laura Palmer ya se había resuelto), **David Lynch** dispara su última bala.

Windom Earle no sólo busca vengarse de Cooper. Ha oído hablar de los bosques de Twin Peaks, donde uno se puede topar con fenómenos sobrenaturales más allá del entendimiento, y presiona a su rival para llevar la partida a un lugar del cual tal vez no puedan regresar. Sin ánimo de seguir contando más sólo quiero añadir que este último capítulo, dirigido por el propio **David Lynch**, resulta tanto perturbador como aterrador, y el apoteósico final no deja en absoluto indiferente a quien lo ha visto.

A propósito de eso, **Lynch** en persona rodó algunos de los capítulos más importantes de la serie, imprimiendo su propio toque personal, como las cámaras en primera persona (muy impactantes a la



hora de reflejar persecuciones nocturnas en el bosque) o los comportamientos extraños de los personajes. Pero sin lugar a dudas lo que siempre será recordado es la famosa escena del enano, uno de los sueños del agente Cooper. Toda la escena discurre en una habitación con grandes cortinas rojas y casi ningún mobiliario, tres sofás y poco más. Cooper está sentado en uno de los sofás, y su rostro parece viejo, casi agrietado. Sus movimientos y su voz son normales cuando la cámara le enfoca. En los otros dos sofás están Laura Palmer y un hombrecillo de sonrisa intranquila. Ambos se mueven de una manera muy anómala, muy parecida a la de los sue-



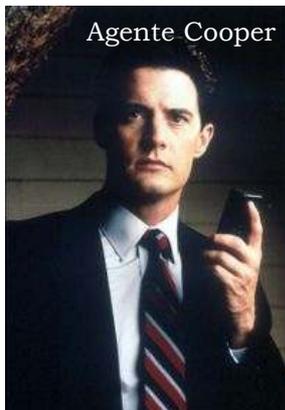
ños: es decir, a pesar de no hacer nada raro, es claro que no se trata de algo normal. Sus voces suenan muy extrañas también. Tras pasarme varios días devanándome los sesos, preguntándome cómo se había conseguido dicho efecto, un amigo cinéfilo me dio la respuesta. Mientras que todas las escenas donde se enfocaba al agente Cooper eran rodadas con normalidad, **Lynch** hizo que los otros dos actores se movieran al revés y recitaran el diálogo en sentido inverso, aprendido de memoria. Una vez hecho eso, dio la vuelta a dicho metraje. ¿El resultado? Bien, teóricamente, la escena sería normal, puesto que ellos lo hicieron todo al revés y luego se invirtieron los planos. Pero nadie, por mucho que se esfuerce, puede moverse al revés a la perfección, y mucho menos hablar al revés con claridad. El resultado fue esa sensación que me dejó tan impresionado aquel primer domingo.

Aquellas no eran las únicas armas del cineasta para sumergir al espectador en su mundo onírico. Juegos con la cámara, situaciones y actores muy bien escogidos (como el enano, que repitió para *MULHOLLAND DRIVE*, o el gigante, actor más famoso por su papel de Lurch, el mayordomo de la *FAMILIA ADDAMS*), así como una compleja simbología que incluía anillos, lechuzas, sicomoros y tatuajes con mensajes, y que a ratos podía incluso pasar por mitología.



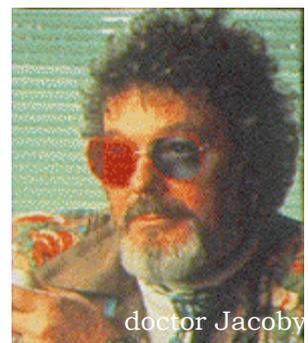
Ben Horne

haber perdido a su hija. En la segunda parte, a pesar de ser menos brillante, aparecen también personajes muy curiosos como el agente del FBI Dennis/Denise Bryson, un miembro del DEA que, en una operación de incógnito en la que se debe hacer pasar por travesti debido a que el camello sólo vende droga a ellos, descubre que le gusta vestirse de mujer.



Agente Cooper

Pero si la historia de la serie es más que interesante, no lo son menos los personajes. Su profundidad resulta envidiable, y muchos de ellos son ya referentes clásicos, como Ben Horne, el dueño del Gran Hotel del Norte, empresario metido en múltiples negocios sucios, o el doctor Jacoby, un psicólogo deslenguado que siempre lleva unas esperpénticas gafas con un cristal de cada color. Otros sorprenden por su candidez, como Donna, la mejor amiga de Laura Palmer, o Leland Palmer, un hombre destrozado por el dolor de haber perdido a su hija. En la segunda parte, a pesar de ser menos brillante, aparecen también personajes muy curiosos como el agente del FBI Dennis/Denise Bryson, un miembro del DEA que, en una operación de incógnito en la que se debe hacer pasar por travesti debido a que el camello sólo vende droga a ellos, descubre que le gusta vestirse de mujer.



doctor Jacoby

Y si los personajes son magníficos, no son menos los actores que les dan vida, tanto veteranos como jóvenes promesas. Todos los personajes anteriores, por ejemplo, son respectivamente interpretados por **Richard Beymer** (el protagonista de *WEST SIDE STORY*), **Russ Tamblyn** (*SIETE*



NOVIAS PARA SIETE HERMANOS), **Lara Flynn Boyle**, **Ray Wise** o **David Duchovny**. Por encima del reparto brilla con luz propia **Kyle MacLachlan** en el papel de Dale Cooper, un agente de la ley de lo más peculiar por su optimismo y su sentido del honor y la nobleza, admirador de la cultura tibetana, siempre dictando a su grabadora (a la que se dirige con el nombre de «Diane») y paseándose por la ciudad con cara sonriente mientras sopla un silbato. Su interpretación, además de ser el papel de su vida (con el permiso de Paul Atreides), le valió un Globo de Oro y varias nominaciones a los Emmy. E incluso el propio **David Lynch** tenía un papel en la serie, el del jefe de Cooper, Gordon Cole, un federal medio sordo que no hace más que gritar a todo el mundo y que se acaba enamorando de una de las mujeres del pueblo por ser la única persona a la que puede escuchar sin necesidad de aparatos artificiales. Si bien la serie acaba de un modo abrupto con respecto a muchos de estos personajes (seguramente debido a su cancelación), llega a ser disculpable por centrar la atención en Cooper, mostrándonos con todo lujo de detalles su destino final en la trama. En realidad no cabe duda de que no sólo la serie ha sido un claro referente para muchas que vendrían después, sino que el propio protagonista inspiró a otro anodino agente del FBI especializado en fenómenos paranormales y que se deja guiar por sus instintos. La diferencia fue que este agente, llamado Fox Mulder, estaba más interesado en ciertos expedientes de su gobierno calificados como X...



Y por último, y como siempre, no puedo dejar de mencionar la música, y menos aún en este caso, pues resulta un elemento crucial. No sólo la sintonía de apertura que es conocida por muchísima gente, incluso a pesar de no haber visto la serie. El tema de piano de Laura Palmer, presente casi siempre que se habla de ella, resulta de una tristeza desgarradora (sólo superada para mí por el Blade Runner Blues de **Vangelis**), y el resto de la música tiene un tono de jazz oscuro que encaja como un guante con la serie, además de temas muy tenebrosos como Night Life in Twin Peaks (sin duda todo un ejemplo de cómo provocar tensión con poco más que un órgano, una batería y tres ruiditos bien escogidos). Los temas vocales también son muy importantes, pues cuando uno de ellos aparece es porque algo o alguien está presente en la serie para cantarlo, ya sea una chica en un bar o un tocadiscos encendido, lo cual da un cierto toque dogma a la banda sonora. Especialmente curiosa es Sycamore Trees, ya que la letra, escrita por el propio **David Lynch**, alude a la trama de manera directa, y también porque no figura en la banda sonora, un error que se subsanó incluyéndola en la de la película, *TWIN PEAKS: FUEGO, CAMINA CONMIGO*.



Y precisamente de esa película hablaré en el próximo artículo. Hasta entonces, chao y Hasta que Todos Seamos Uno.

© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ. Madrileño, nacido en 1981, licenciado en ciencias matemáticas, escritor de ciencia ficción y fantasía. Estilo predilecto: relatos y novelas cortas con marcado tono fatalista. Obsesiones: divulgar las matemáticas. Influencias: Asimov, Ellison, Simmons, Chandler. Relatos y colaboraciones: NGC 3660, Alfa Eridiani y Golwen, entre otras. Este año ha ganado el UPC 2006. Una frase: la ciencia ficción es la poesía del científico y la fantasía es la ciencia del poeta.



BIOTECNOLOGÍA, CIENCIA Y FICCIÓN DEL PRESENTE Y FUTURO.

Dixon Moya

La ciencia-ficción es un reflejo de la sociedad en la que se escribe. No es extraño que refleje sus preocupaciones y anhelos. Así, en una época dominada por los viajes a la luna se escribía sobre aventuras espaciales. Cuando la robotización se hizo viable, se escribió sobre robots. Ahora que imperan los logros en biotecnología, no es de extrañar que sea un hito sobre el que escribir. Sin embargo subsiste el peligro que sea una ciencia para países ricos, cuyos gobernantes, escudados en discursos supuestamente éticos, impongan trabas a las naciones con menores recursos económicos, para impedir el desarrollo de la biotecnología. Ojalá no sea esto cierto. Un reciente y exitoso ejemplo en el campo biotecnológico, aplicado a la medicina en Colombia, fundamenta la idea del desarrollo de la ciencia en los países menos desarrollados.

Alguien me preguntó recientemente por correo electrónico, cuáles eran a mi parecer los temas que se reflejarían en la literatura de ciencia-ficción de los nuevos tiempos. Mi corresponsal asumía que yo era especialista en el tema, por un par de artículos publicados, pero luego de explicarle que sólo era aficionado al género y a riesgo de descubrir el agua tibia, le respondí sin entrar en mayores detalles que si en algo los literatos del pasado no habían errado era en el tema de la robótica, así como los pioneros del ciberpunk nos dejaron en el umbral de todo este universo paralelo de Internet y del mestizaje entre hombres y máquinas, pero la materia que yo veía como fuente no sólo de historias de ficción, sino del gran desarrollo en la ciencia del siglo XXI, era la biotecnología.

En efecto, cuando la carrera espacial parece estancada (sólo movida por los turistas millonarios y la esperanza de la Estación Espacial Internacional), y las predicciones literarias que se proyectaban para el año 2000, han fallado, como la conquista del cosmos, o por lo menos viajes a los planetas de nuestra vecindad galáctica y por el otro lado los grandes mitos del género, como el viaje en el tiempo o el contacto con civilizaciones alienígenas, para citar dos ejemplos, se vuelven lugares comunes, a los cuales se vuelve en términos creativos sólo con tono irónico o parodia cómica de lo trágico; la mirada entonces vuelve hacia nosotros mismos, hasta lo más profundo del ser, nuestro microscópico interior, las posibilidades, retos y peligros de la ingeniería genética y el manejo de células, tejidos, órga-





nos y sistemas.

El abanico de posibilidades es múltiple y complejo, hasta el momento la materia más trajinada al respecto, ha sido la clonación, desde el día en que nació una ovejita llamada Dolly, pasando por todos los rumores de que a pesar de las normas en contrario y los discursos éticos, hay científicos trabajando en la clonación humana en este momento. Sin embargo, las variantes van desde el tratamiento de enfermedades que afectan el sistema motriz hasta la prolongación de la vida, con el regeneramiento de células. Resulta un universo apasionante, no sólo para científicos, sino que debería serlo para literatos, sobre todo para las mentes brillantes de nuestros países. En este caso hablo de España y de América Latina, para evitar que se conviertan en temas prohibidos, sólo aptos para las potencias anglosajonas o asiáticas.

Comienzo a sospechar que con la biotecnología, puede suceder lo acontecido con el tema nuclear. Es decir, que un grupo de países se abroguen el derecho a la investigación y la especulación sobre el mismo, aduciendo que los demás pueblos son menores de edad, en cuyas manos el tratamiento científico (e incluso literario) de esta materia radioactiva, resulta sumamente peligroso. Hace pocos años tuvimos un caso práctico en Colombia, país sudamericano en donde la medicina ha alcanzado un alto nivel profesional (por ejemplo, no es secreto que la oftalmología colombiana es reconocida mundialmente por su calidad médica). Allí se realizó una intervención quirúrgica que produjo controversia. En Medellín, segunda ciudad del país, en enero de 2005 se le practicó una operación con implante de células madre a **Luis Fernando Montoya**, técnico de fútbol quien en lamentable incidente quedó parapléjico.

La decisión tomada por los especialistas colombianos, se produjo por el grave deterioro en las condiciones del señor **Montoya**, persona muy querida en Colombia, por llevar a un modesto equipo colombiano, el Once Caldas, a jugar la final de la Copa Intercontinental con el Oporto de Portugal, quien no podía respirar por sus propios medios. El implante de células madre (de su propio organismo), pretendía moderar el grave daño en el organismo del técnico colombiano, con la esperanza que ayudara a recuperar su capacidad de respirar. Algunos médicos y periodistas afirmaron que el estado del señor **Montoya** era crítico, estaba a punto de morir.

En ese momento se daba un debate internacional por la reciente muerte del actor **Christopher Reeve**, quien había abogado por la investigación de dicho recurso médico, se dijo que Colombia no tenía ni los recursos ni la experiencia para ensayar una operación de esa índole. La verdad, aunque es prematuro decir si el implante ayudará en un tratamiento de rehabilitación, el paciente que estaba agonizando en diciembre del año 2004, luego de varios días fue dado de alta de cuidados intensivos del hospital en donde estaba recluido y actualmente vive con su familia en su hogar, sorprendiendo a propios y extraños por su recuperación, obviamente en los límites de su delicada condición de sa-



lud. Sin embargo, desde su silla de ruedas, puede asistir al crecimiento de su pequeño hijo y gozar del amor de su esposa y el aprecio de sus compatriotas.

Se trata no sólo en el caso individual, sino en el tema general de la biotecnología en nuestros países, de un gran paso. Ante todo, vencer el miedo a los límites que en ocasiones otros nos imponen. El estudio de la función motriz en el ser humano, podría incidir en el futuro para eliminar enfermedades terribles como el Alzheimer. Sería lamentable, que uno de estos días, se firmara alguna convención internacional, en la cual, se limite nuestro desarrollo científico en este campo y terminen nuestros médicos e investigadores como simples testigos de lo que se hace en otras latitudes, con mayores recursos y sin las trampas retóricas. A nuestros escritores de ciencia-ficción, como en no pocas ocasiones ha sucedido, les tocaría inventar personajes con nombres anglosajones o asiáticos para desarrollar sus historias.

La frontera ética no debe ser excusa para impedir el progreso de los países menos desarrollados y avalar la supremacía de otros. Debe ser una reflexión serena y válida para toda la humanidad, que muestre los riesgos de la ciencia, pero nunca convertirse en instrumento de dominación.

© Dixon Moya

DIXON MOYA nació en Bogotá, Colombia, en 1967. Es sociólogo (Universidad Nacional de Colombia) y Diplomático de Carrera (Academia Diplomática de San Carlos). Integrante del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), Bogotá, en 1993. Finalista en varios concursos de poesía, cuento y ensayo. Tiene Artículos, crónicas, poesías y cuentos publicados en libros colectivos, periódicos y revistas especializadas. Forma parte del equipo editorial de Quinta Dimensión (<http://www.quintadimension.com/>), publicación especializada en ciencia-ficción y fantasía, colabora esporádicamente con los editoriales de Sitio de Ciencia-Ficción (<http://www.ciencia-ficcion.com/>).



ENTREVISTA A BEN BOVA

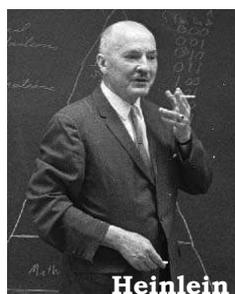
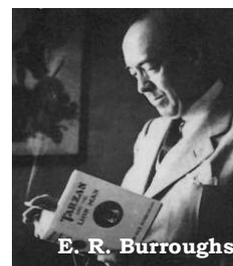
por Omar Vega

El Dr Ben Bova (PhD) (Filadelfia, Nov 1932), decano de la ciencia ficción y ganador de seis premios Hugo, comenzó su carrera en la década de los cuarenta. Cuenta en la actualidad con más de un centenar de libros en su haber entre los que se encuentran las conocidas series *Exile*, *Gran Tour*, *Orion*, *Voyagers*. Ensayista, editor (Analog y Omni), y conocido científico (investigaciones en láser y dinámica de los fluidos), sus creaciones reflejan la preocupación por temas como la mortalidad, el medio ambiente, la astrobiología, la clonación y la nanotecnología. Su particular capacidad para visualizar el futuro le ha permitido predecir la realidad virtual, los e-books y el hallazgo de agua en la Luna, entre otros. Sus obras: *HISTORIA DE LA LUZ* (ensayo), *LOS FABRICANTES DEL TIEMPO*, *NO MÁS DUENDES* (con Gordon R. Dickson), *MILENIO* han sido traducidas al español. Ha sido Presidente de la Science Fiction and Fantasy Writers of America y es Presidente Emérito de la National Space Society.

¿Q

uiénes fueron sus escritores favoritos de ciencia ficción durante su niñez y juventud?

El primer escritor que recuerdo es **Edgar Rice Burroughs**, y sus novelas sobre John Carter de Barsoom. Yo creía que su estilo era muy tieso y anticuado, pero sus primeras tres novelas –*UNA PRINCESA DE MARTE*, *DIOSES DE MARTE*, y *EL CAUDILLO DE MARTE*– fueron muy emocionantes. Sabía que el Marte que él describía no era el Marte que estudiaban los astrónomos, pero las historias eran tan entretenidas que no me importaba.



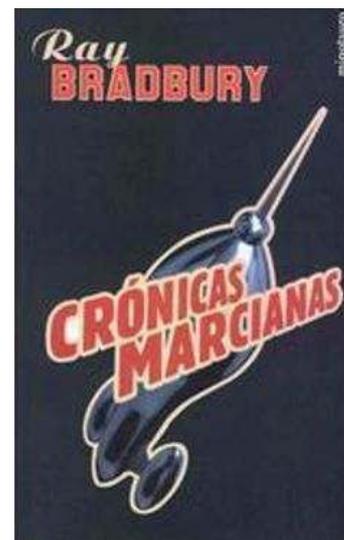
Heinlein

Después descubrí la revista *Astounding Science Fiction* y comencé a leer a **Heinlein**, **Asimov** y a otros grandes de la «Edad de Oro». También me gustaban **Fred Pohl**, **Ted Sturgeon** y otros de la revista *Galaxy*. Y en 1950 (si mal no recuerdo) encontré una novela nueva de un escritor llamado **Ray Bradbury**: *CRÓNICAS MARCHIANAS*. ¿Qué más se puede

pedir?

¿Cuál es su principal objetivo cuando escribe ciencia ficción: entretener, enseñar o motivar?

El entretenimiento es lo primero, pues si uno no entretiene a su lector éste dejará de leer. Me gusta escribir novelas que tienen al-





go que decir, y a menudo escribo sobre los conflictos entre ciencia y política. Pero si la gente no disfruta leyendo las historias, nunca les llegará el «mensaje».

¿Qué es lo primero en su arte: ciencia o ficción?

Ambos están muy relacionados. Como dije anteriormente, las historias deben entretener al lector, por lo que supongo que la ficción es un poquito más importante que la ciencia. Pero yo trato de hacer que la ciencia sea interesante y correcta. Me siento libre de ir más allá de lo conocido, inventando nuevos descubrimientos científicos (lo cual a menudo confunde a mis editores).

¿De qué manera la llegada del hombre a la Luna le afectó a usted en lo personal? ¿Cuál es su opinión sobre el programa espacial en este momento? ¿Estamos acercándonos a la Luna y Marte o tomará todavía mucho tiempo para que ese sueño se haga realidad?

Estaba muy emocionado por el éxito del programa Apolo y me disgusté mucho cuando la Administración **Nixon** lo mató después de sólo seis misiones a la Luna (siete, si contamos el fracaso del Apolo 13).

Hasta ahora, los programas espaciales han sido realizados casi exclusivamente por gobiernos nacionales. Hoy en día, sin embargo, estamos viendo compañías privadas que comienzan a desarrollar vuelos al espacio para turistas. Éste es un cambio sano, pienso yo, similar a la forma en como se desarrollaron los ferrocarriles y los viajes aéreos en Estados Unidos, con el gobierno asumiendo la mayoría de los riesgos iniciales y las empresas privadas ingresando cuando la industria comenzaba a ser rentable.

NASA se está preparando para retornar a la Luna en el año 2020 y construir bases permanentes allí, para después enviar exploradores humanos a Marte. Pero este programa depende del apoyo continuo de la Casa Blanca, el Congreso y el elector estadounidense. Yo no veo mucho entusiasmo por el desarrollo espacial entre nuestros líderes políticos, y tampoco los electores parecen dispuestos a impulsar la causa.

¿Cuál es su opinión sobre la cultura nativa de Estados Unidos y de su fantasía?

Tengo un gran respeto por las culturas de los Nativos Americanos, particularmente los Navajo y otras gentes del suroeste de Estados Unidos. Sus religiones y mitologías tienen una gran belleza y estaban bien adaptadas al ambiente en que vivían. Sin embargo, ese ambiente cambió rápida y desastrosamente cuando los europeos invadieron sus tierras. Hoy en día, mientras muchos Nativos Americanos se están asimilando a la cultura «del hombre blanco», muchos otros prefieren vivir a su manera, con sus propios valores.



Jamie Waterman, el protagonista de mis novelas sobre Marte es mitad Navajo y mitad «Anglo». Él trata de reconciliar las dos culturas con las que creció, lo cual conforma el conflicto básico que impulsa esas novelas.

¿Cuál es su opinión sobre la creciente globalización de la humanidad?

Dado que la población humana de la Tierra asciende a más de seis mil millones, y que nuestra tecnología ofrece comunicaciones casi instantáneas, me parece inevitable la globalización de nuestra economía y cultura. Creo que el terrorismo fundamentalista Islámico es una reacción en contra de la globalización de la cultura Musulmana. Un esfuerzo que continuará causando mucho derramamiento de sangre, pero que está condenado sin remedio al fracaso.

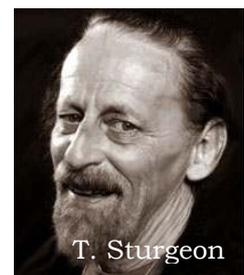
SOBRE CIENCIA FICCION

¿Cómo género literario, está la ciencia ficción en crisis? ¿O se trata acaso de que la manera de escribir está cambiando?

Un género de escritura creativa siempre estará en crisis, pues constantemente se está moviendo a terrenos inexplorados. Como la ciencia misma, la ciencia ficción explora nuevos territorios: nuevos temas, nuevos estilos de escribir, etc. Sin embargo, hay un factor adicional. El mismo proceso de publicación está cambiando muy rápidamente, a medida que los medios de publicación electrónica usurpan la industria de impresión en papel. La publicación electrónica tiene algunas diferencias notables con la publicación impresa, y esto está provocando cambios que todavía nadie sabe muy bien como manejar.

¿Que piensa de los críticos literarios que no consideran que la ciencia ficción sea una literatura seria?

Se debe a que son ignorantes, y especialmente ignorantes de ciencia. Debo admitir, sin embargo, que mucha de la ciencia ficción no es realmente una literatura muy buena. Pero entonces lo mismo se puede decir de cualquier género. **Theodore Sturgeon** lo dijo en su mercedamente famosa «Ley de Sturgeon».



¿Está la ciencia ficción realmente dividida entre escritores «blandos» y «duros»? ¿Se están diluyendo las fronteras? ¿O hay varias escuelas distintas dentro del mismo género de donde los autores pueden elegir?

Ya que muchos escritores se manejan tanto en las formas «duras» y «blandas» de la ciencia ficción, no creo que esa división sea estricta. Sin embargo, las historias de fantasía tienen mucho más lectores que cualquier ciencia ficción, y muchos lectores de fantasía jamás leen ciencia ficción. Las fronteras se



están diluyendo en el sentido que las ideas y técnicas de ciencia ficción se usan ahora por escritores y productores de películas en todas partes.

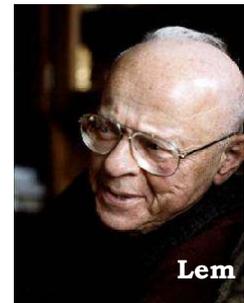
Las novelas tecnológicas de acción son esencialmente cuentos de ciencia ficción ambientados en el aquí-y-ahora. ¡Hay incluso una categoría de novelas románticas de viajes en el tiempo!

¿Qué autores no anglosajones ha leído y que puede destacar de sus trabajos?



Borges

Como la mayoría de los Yankees, no he leído mucha ciencia ficción de otros países. Debido a que no leo otros lenguajes aparte del inglés, debo leer traducciones, y éstas no siempre capturan el sabor de los escritos originales. En adición a los escritores que mencionó (**Lem, Borges, Verne**) he leído historias de **Pierre Barbét** y a muchos autores rusos, incluyendo a **Igor Mojienko**. Publiqué historias del escritor argentino **José Mullin** en la revista *Analog*. Es interesante ver cómo su visión del mundo difiere de la mía en formas sutiles, y a veces muchísimo.



Lem

¿Qué cree usted que hubiera pensado Hugo Gernsback si hubiera sabido que algunos libros de fantasía pura ganarían el premio Hugo?

Pienso que hubiera estado muy enojado, pues él pensaba que la ciencia ficción era un medio para educar a los lectores sobre la ciencia.

¿Cuáles son sus cinco libros favoritos que no son de ficción?

Sin orden en particular, son: *LA HISTORIA DEL ARTE* de **E. H. Gombrich**; *ARMAS, GÉRMENES Y ACERO* de **Jared Diamond**; *LA HISTORIA DEL HOMBRE* por **Carleton S. Coon**; *VACAS, CERDOS, GUERRAS Y BRUJAS* por **Marvin Harris**; y *GENGHIS KHAN* por **Harold Lamb**.



Neruda

¿Ha leído alguna vez a algún escritor chileno de ciencia ficción? ¿Ha oído hablar sobre escritores chilenos en general, como Isabel Allende y Pablo Neruda?

Temo que no he leído nada de ciencia ficción chilena. Y, por supuesto, estoy familiarizado con **Allende y Neruda**.

SOBRE EL FUTURO

¿Encontraremos pronto vida extraterrestre?



Es posible que ya la hayamos encontrado. Las formas microscópicas encontradas dentro de un meteorito originado en Marte pudieran ser fósiles de organismos marcianos ya desaparecidos. No lo sabemos, todavía. Pero creo que cuando cavemos profundamente debajo de la superficie de Marte encontraremos organismos similares a las bacterias que viven en las profundidades de la Tierra.

¿Resolverá la humanidad las presentes crisis ambientales y demográficas?

Si la raza humana no resuelve los problemas ambientales y demográficos de hoy, la Madre Naturaleza lo hará. La solución de la Naturaleza probablemente significará la muerte masiva de seres humanos, ayudada por nuestras propias necesidades, tales como el terrorismo y la guerra. La tecnología espacial puede ayudar a aliviar esos problemas desarrollando satélites solares de potencia que proveerían energía eléctrica limpia y abundante. Es más, en el espacio hay suficientes recursos naturales (en especial, en los asteroides) que podríamos mover la mayor parte de la capacidad industrial del planeta al espacio y devolver la Tierra a un ambiente limpio y verde. Y si compartiéramos la riqueza del Sistema Solar con equidad, cada persona de la Tierra se convertiría en millonario.

Usted ha escrito sobre satélites solares, fusión e hidrógeno. ¿Podemos confiar en que esas tecnologías resolverán nuestros problemas energéticos en un futuro cercano?

Sí, creo que en una generación más veremos esas nuevas tecnologías reemplazando los combustibles fósiles y los sistemas de energía basados en fisión nuclear que usamos hoy día. Sin embargo, habrá una enorme resistencia política por parte de la industria antigua hasta que comiencen a tener ganancias por las nuevas tecnologías.

¿Será el futuro más pacífico o más violento que el presente? ¿Sobreviviremos?

Creo que sobreviviremos, si usamos las tecnologías que tenemos a disposición. Los humanos resuelven sus problemas fabricando herramientas: eso es lo que es la tecnología. Recuerda, el presente es mucho más pacífico que el siglo veinte, con sus dos guerras mundiales, la Revolución Rusa, y otras innumerables guerras. Hoy en día la violencia viene de los terroristas y del contraataque de Occidente. El peor día que hemos visto en Iraq no tiene nada que ver con un día de lucha en Bulge, Kursk, o Ypres. Hoy tenemos una mayor cobertura de la violencia mundial, pero en verdad tenemos mucho menos violencia.

¿Si sobrevivimos, qué avances científicos usted cree que harán la diferencia?



Primero, el logro de la fusión controlada para producción de energía será un paso tan grande como lo fuera el control del fuego, hace más de 30.000 años atrás. Segundo, los avances en biomedicina incrementarán la esperanza de vida a siglos. Tercero, la tecnología espacial nos dará acceso a la riqueza del sistema solar. Finalmente, el descubrimiento de vida extraterrestre mostrará que no estamos solos en el universo.

© Omar Vega

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.



EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN DE DAVID BRIN

por Don Webb

Traducción Graciela I. Lorenzo Tillard

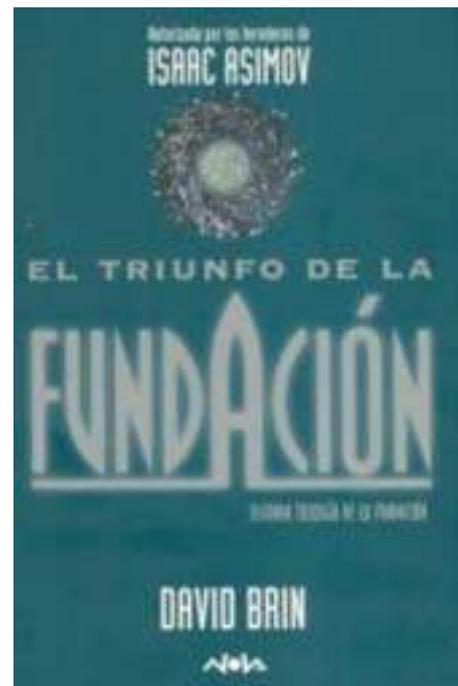
El éxito de un libro (o película), en un mundo ávido de ganancias, indefectiblemente conduce a la aparición de secuelas o precuelas que, salvo algunas excepciones notables, son un pálido reflejo de sus antecesores. En esta ocasión, haciendo un análisis desde un ángulo inusual, el autor se hace portavoz de la vieja máxima: segundas partes nunca fueron buenas, a pesar de que vengan de la mano de un Maestro.

Brin está mirando a Daneel, que está mirando al Gran Hermano, que está mirando... Oh, olvídelo.

Si usted es un admirador de la serie *Fundación* de **Asimov**, la curiosidad o un sentido del deber pueden llevarle a leer la sub-serie sobre la Segunda Fundación. El hecho de contratar a los «mortales B» (**Benford, Bova y Brin**) fue un truco de mercadotecnia que garantizaba el éxito. Desafortunadamente, creo que pronto será olvidado, si no ha ocurrido ya. Después de **Asimov**, leerla tiene algo de tarea penitente.

Para ser justo, **David Brin** lucha denodadamente contra las cuestiones inherentes a la creación de **Asimov**. Por ejemplo, ¿son las dos Fundaciones necesariamente buenas? ¿Cómo puede la *psicohistoria* de Seldon significar más que una plataforma política ante los caóticos eventos históricos? ¿Cuáles son las implicaciones sociales y psicológicas de la telepatía? ¿Cómo puede ser llenada la brecha entre la moral y las «Tres Leyes de la Robótica» de **Asimov**?

Brin toma el buen camino al hacer que sus personajes luchan con tales cuestiones, y cada una merece una pequeña novela propia. Desafortunadamente, mientras **Brin** humaniza los problemas, apenas logra otra cosa que repetirlos. Mirando hacia atrás, los continuadores de **Asimov** se han perdido una serie de grandiosas oportunidades.



Ediciones B.
Septiembre 2000.
Título original: Foundation's Triumph (1999).
Traducción: Rafael Marín.
400 páginas.
PVP: 17,43 €.
ISBN: 84-406-9722-8.



¿Qué es, entonces, el «triunfo» de la Fundación? Es difícil saberlo. Al final, Hari Seldon apuesta con la *eminencia gris por excelencia* de la humanidad, R Daneel Olivaw, que sus dos Fundaciones no están condenadas de antemano a la irrelevancia. Sin embargo, continuarán alentando la individualidad incluso después de que la humanidad se ha enchufado en la «Galaxia» de Daneel, la cual será una especie de Internet cósmica y *mentálica*. Al menos eso expande un poco el «Espíritu Galáctico» de Asimov, que originalmente fue un concepto desperdiciado, explotado breve y aun cínicamente en *Fundación*.

David Brin empieza el *TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN* con algo de entusiasmo, pero decae al final. Parece darse cuenta de que se ha pegado a un Bebé de Brea y, como el Hermano Zorro², se enreda en estratagemas que se vuelven aún más inverosímiles y convolutas, cuanto más trata de liberarse. Para tomar lo que considero el peor ejemplo, es bastante innecesario reescribir totalmente la aventura de Joseph Schwartz en *GUIJARRO EN EL CIELO*; hace de Daneel un ubicuo titiritero tediosamente entrometido. Peor aun, el humilde héroe de Asimov es remodelado como una marioneta sin voluntad. **Asimov** hizo la historia de Schwartz muy humana; **Brin** reduce su trascendencia –y, qué narices, de toda la futura historia– a una charada sin sentido.



David Brin

En relación con el argumento, el error más grande en el *TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN* es tratar de conectar casi todas las novelas galácticas de **Asimov**. La historia pierde toda dinámica propia y se convierte en una especie de –perdone la expresión– elogio enciclopédico. Vemos por lo tanto el género mediocre redefinido como una batalla de irrelevantes *dei ex machinas*. Si éste es un *triunfo*, odiaría ver cómo se ve algo menor. Brin explica en un postfacio que deja muchos cabos sueltos para profundizar. Por favor, tome mi consejo: ¡prescindan de nosotros!



Isaac Asimov

© Don Webb

DON WEBB es editor de Bewildering Stories. Es traductor y comentarista de *EL OTRO MUNDO* de Cirano de Bergerac (también conocido como *VIAJE A LA LUNA*), que está disponible en Bewildering Stories y es la única versión completa en inglés en la Internet.

Ocurre que Don Webb (Donald P. Webb) tiene el mismo nombre que el autor ampliamente publicado Don Webb (Donald James Webb), pero no es la misma persona.

² Bebé de Brea y Hermano Zorro son personajes de los cuentos de Tío Remes, de Tony Morrison, nacida Chloe Anthony Wofford.



Portofolio

PEDRO BELUSHI



Cuento para Axxon (Poshtakov)



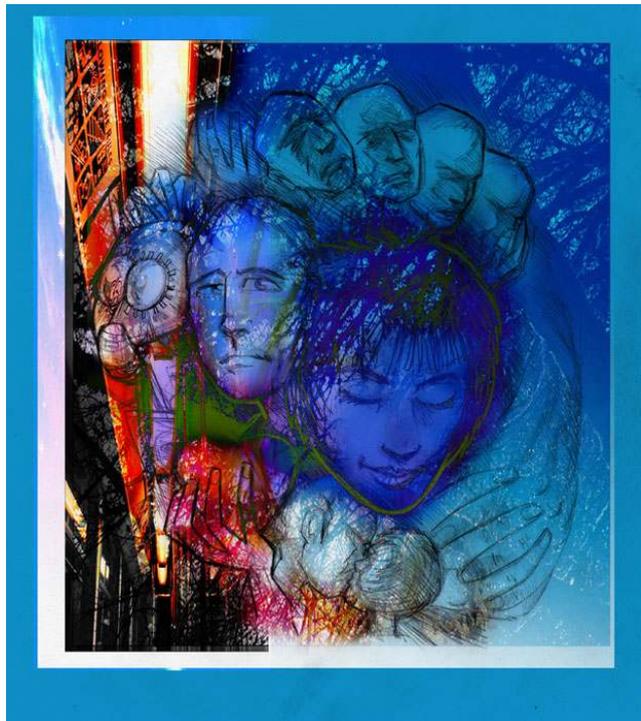
Cuento para Axxon (Turconi)



Cuento para Axxon



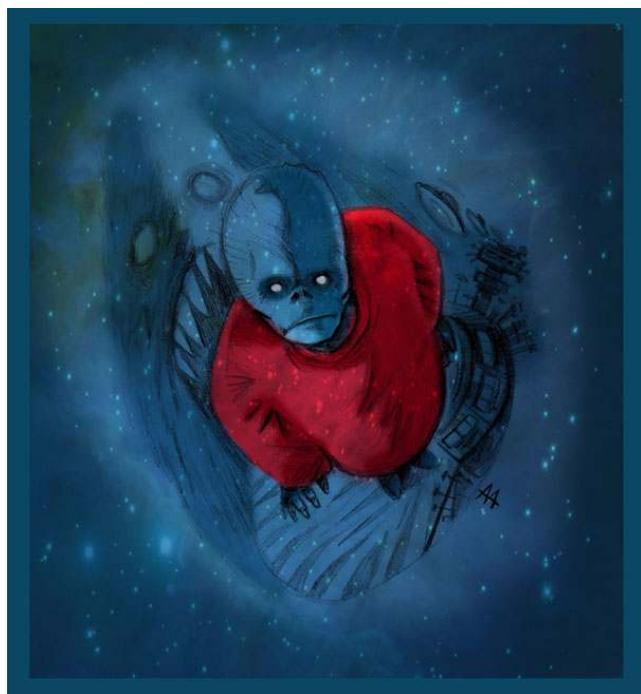
Cuento para Axxon



Palabras de amor



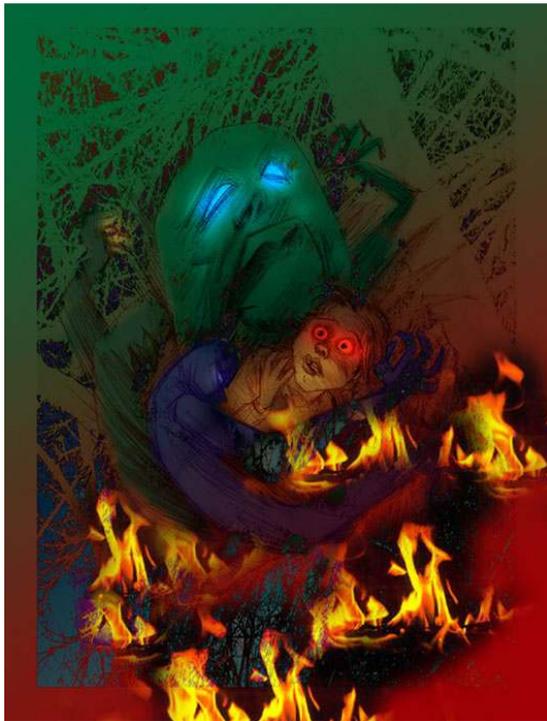
Piedra y hierro



Cuento para Axxon



Cuento para Axxon (Ivanov)



Cuento para Axxon (Wintrebert)

Pedro Belushi nace artísticamente a mediados de los 90. Físicamente nació en la Década Prodigiosa en Madrid (aunque se considera ciudadano del mundo, un mundo sin fronteras, ni odios artificiales al servicio del «progreso»). Desde muy temprano se movió en el campo de las Artes: pintura, escultura, literatura, cine, etc. Haciendo en cada momento lo que le apasionaba y divertía y reinventándose en cada ocasión con un seudónimo distinto, ya que piensa que en cada disciplina hay que empezar de cero. Así hay una encarnación que destaca como pintor y con la que ha hecho exposiciones, otra que destaca como escritor con la que ha publicado varias novelas y ganado premios de literatura,

otra de guionista con la que ha trabajado en series de TV y hecho varios cortos como codirector y actor, etc. Incluso hay otras más técnicas en la que fue miembro del departamento de Inteligencia Artificial de la Universidad Politécnica de Madrid y otra en la que fue inventor y desarrollador de portales de Internet y telefonía móvil para grandes multinacionales.

Actualmente se dedica a hacer ilustraciones para revistas de Ciencia Ficción y guiones y relatos fantásticos, aparte de estar metido en multitud de proyectos.

Pedro ha participado en numerosas exposiciones como la **Muestra Internacional de Humor Gráfico de Alcalá**, la **Bienal de Jóvenes Creadores de la Europa Mediterránea en Valencia**, exposiciones de pintura de la **Red de Arte Joven de la Comunidad de Madrid**, la **Muestra Internacional de Humor Gráfico «The Great Challenge»**, presidida por **Sir Peter Ustinov**. **Amnesty International**, **The Cartoon Art Trust and Index on Censorship**, etc. Y, desde hace un año, tiene su galería virtual en **Saatchi**. Ha colaborado con **Santiago Eximeno** en múltiples proyectos como **el Cruciforme** (un divertimento de miedo al estilo **Tim Burton**) y juegos como **¡Invasión!** con el que han quedado segundos clasificados en el **Concurso Internacional de Juegos Temáticos de Edge Entertainment**. Ha publicado y realizado **ilustraciones y portadas** para el *Axxon*, *BEM*, *Bucanero* y otras revistas de CiFi. Entre sus obras en el mundo del cómic están *MELQUÍADES Y EL GENIO* (Dibujo y guión. Ed. Sulaco 2000) y *MIGHTY SIXTIES* (Guión y diseño, junto a **Carlos Vermut**).



Amaniacos Ed. 2001). Así como guiones para otros ilustradores como **Carlos Vermut**, **Nando**, **M. C. Carper** (con quien hace *SHOCKS*) o **Pablo Espada** (con quien hizo *CLON 27*, una de las primeras tiras seriadas en Internet). Sus mayores influencias como escritor provienen de **Isaac Asimov**, **Harlan Ellison**, **Alan Moore**, **Neil Gaiman**, **Stan Lee**, **Warren Ellis** y **Grant Morrison**. Los artistas que han influenciado su obra gráfica son **Dalí**, **Dave McKean**, **James Steranko**, **Gil Kane**, **Mike Mignola** y **Frank Miller**. Su obra tanto literaria como visual se alimenta profusamente del **mundo Pop**.

Su mail de contacto es pedros2020@yahoo.es .

ENLACES:

Pintura y gráfica:

www.saatchi-gallery.co.uk/youngallery/artist/details.php?id=2789

www.cruciforme.com

http://www.ciudaddearena.org/arte_fantastico/artista.php?a=20&ob=0

<http://www.webcomicsnation.com/boychildproductions/break/series.php>

<http://www.webcomicsnation.com/boychildproductions/poetic-comic/series.php>

www.dreamcomics.com/comics/medasfuegohermano/pagina1.htm

http://www.planetacomic.net/comics_detalle.asp?Id=5784&cat=2934

http://www.marsimport.com/display_comic?ID=3772

Entrevista:

<http://www.ociojoven.com/article/articleview/966100/%BFQui%E9n%20es%20el%20Cruciforme>

Bibliografía:

<http://www.ttrantor.org/AutPag.asp?autor=Belushi%2C+Pedro>

© Pedro Belushi



Noticias

RESULTADOS DEL II CONCURSO DE RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN – COYLLUR

Como resultado de la evaluación realizada por de la junta directiva de COYLLUR (Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía) de los cuentos remitidos al Segundo Concurso de cuento *Premio Coyllur 2006* se ha decidido proclamar a los siguientes ganadores:

Mejor Relato: *HEMOS PERDIDO LA INICIATIVA* de Carlos Alberto Gutierrez (Ron Van der mer), Colombia.

Mejor Relato de autor peruano: *EL TUNEL* de Javier Alejandro Villegas Llerena (Gloria Harper), Perú.

Asimismo, por su calidad, se ha decidido declarar *Menciones Honrosas* a los siguientes relatos:

EL SEÑOR DE LA GUERRA de David Prieto Ruiz (Dezkhin Dariestaron), España.

LA CIUDAD DEL DOMO de Laura Ponce (Tarcen Kumar), Argentina.

LOS HIJOS DEL MILAGRO de Gonzalo Nicolás Geller (Martel), Argentina.

LA VERDAD ABSOLUTA de Antonio Cebrián Berruga (Condbor), España.

HORIZONTE DE SUCESOS de Rafael Avendaño Torres (Gabriel Norton), España.

Los ganadores serán notificados mediante correo electrónico para coordinar la entrega de los premios correspondientes.

Lima, Miércoles 07 de Febrero de 2007

LA JUNTA DIRECTIVA

[Fuente: Isaac Robles]



VISIONES 2006

Desde 1992 la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT) edita una antología anual, *VISIONES*, cuyo objetivo es dar a conocer los nuevos valores del fantástico literario. El presente volumen lo componen trece narraciones de muy distinto signo (ciencia ficción, fantástico, fantasía oscura, terror psicológico), seleccionadas de entre un total de 297 relatos recibidos; historias que pretenden aunar las diferentes sensibilidades dentro de la literatura fantástica y de ciencia ficción.

La antología, seleccionada **por Mariano Villarreal**, contiene los siguientes relatos:

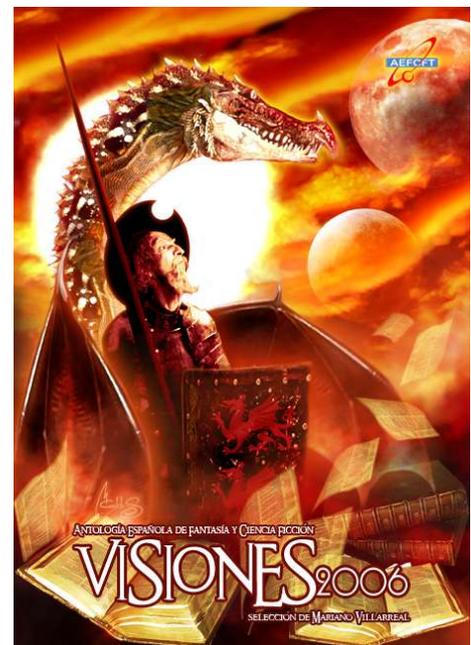
- NACIDOS EN EL ESTRECHO* de **Fran Ontanaya**
- TIEMPO* de **Albino Hernández Pentón**
- DIAGNÓSTICO PREVENTIVO* de **Sergio Mars**
- ENTRE LAS SÁBANAS* de **Germán Amatto**
- INVASIÓN* de **Ismael Martínez Biurrún**
- DESPUÉS DEL ÚLTIMO ALIENTO* de **Tomás Do-
naire**
- EL DIOS REFLEJADO EN EL ESPEJO* de **Jose Miguel Vilar**
- HIJOS DEL PANTANO* de **David Prieto**
- EL COCHE ROJO* de **Luisa María García**
- SU CARNE EN MI CARNE* de **Alicia Sánchez**
- VIOLINES EN EL CEMENTERIO*, de **José Angel Barrueco**
- ESPERANDO QUE MI VIDA COMIENZE* de **Carlos Mateos**
- EL HOMBRE DEL SACO* de **Carlos Martí Mezquita**

La portada es obra del conocido ilustrador **Manuel Calderón** (<http://www.calderonstudio.com/>)

El libro fue oficialmente presentado en la Semana Negra de Gijón 2006 y en la HispaCon o Convención Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror celebrada en noviembre de 2006 en la localidad sevillana de Dos Hermanas.

El seleccionador

Mariano Villarreal (Barakaldo - Bizkaia, 1967) es responsable informático del departamento de Transportes y Obras Públicas del Gobierno Vasco. Ac-



ISBN: 84-9223-473-7
13 x 21 cm
220 pag.
12 €
Rústica



tualmente reside en Vitoria, donde colabora de forma esporádica en diversos medios especializados, destacando sus artículos sobre premios literarios en la revista «Solaris». Entre 1998 y 2002 fue administrador de los *premios Ignotus*, el más importante galardón de género fantástico otorgado por votación popular en España, y ha participado como jurado en diversas ediciones de diferentes premios literarios: Vórtice de Fantasía y Terror, Liter de literatura de terror, Melocotón Mecánico y Xatafi-Cyberdark de la crítica. Desde 2004 es responsable del portal Literatura Fantástica (<http://literfan.cyberdark.net>) dedicado a la difusión y crítica de este género literario.

Para más información:

-Si deseas contactar con el seleccionador: literfan@yahoo.es

-Si deseas contactar con la AEFCT: aefcft@aefcft.com

-Más detalles sobre el libro:

<http://literfan.cyberdark.net/2006/Visiones2006.htm>

-Comprar el libro: <http://www.aefcft.com/publi/pedidos.htm>

[Fuente: Mariano Villareal]

PROMETEO 3000 DE PEPA MAYO

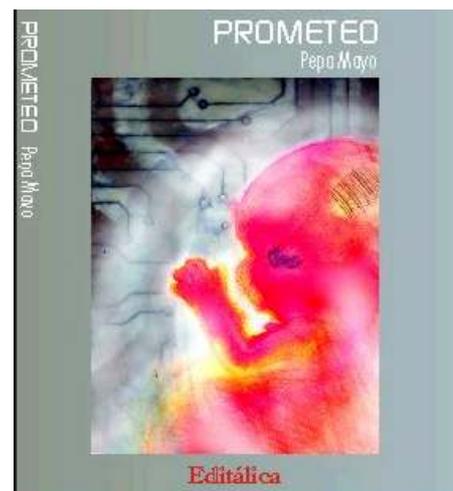
SINOPSIS:

Debido a la superpoblación que sufre el mundo, el gobierno de la Unión de las ciudades decide esterilizar a todos sus habitantes.

Hombres, mujeres y niños de todas las edades y posición social son privados de su derecho a la reproducción.

Nuestra historia empieza el día en que –después de 25 años sin que haya habido ningún nacimiento– se televisa La lotería Provida, lotería que da la posibilidad a 50 parejas a realizar su más anhelado sueño, el sueño de tener un hijo a la carta.

Sara y Adan Swan no conciben su vida sin un hijo, y como no han sido favorecidos por la lotería y jamás lo serán, optarán por hacer su sueño realidad con la organización Prometeo, una organización que trabaja en la clandestinidad, en el subsuelo de la Unión de las ciudades.





Tal y como ellos habían soñado, Tabita –su hija– será lo más importante de su vida, pero pronto la amenaza de una extraña mujer que les vigila poniendo en peligro su secreto, les hará emprender un trepidante viaje al exterior de las cúpulas, donde se encuentra el lejano poblado de los Dropa.

CARACTERÍSTICAS DEL LIBRO.

Prometeo es la segunda parte de una trilogía (al menos así pienso que será en un futuro). La extensión de la obra es de unas 180 páginas, tiene 30 capítulos y esta escrita en castellano.

La novela Prometeo esta dirigida a un público juvenil a partir de 12 años.

[Fuente: María José Mayo Ossorio]

CONVOCATORIA VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA: SONRISAS Y ASTEROIDES

- 1.- Se abre la recepción de originales de narraciones inéditas escritas en castellano que puedan ser enmarcadas dentro del género de la ciencia ficción pero con el requisito indispensable humorístico.
- 2.- El tema es libre, pero sólo se aceptarán los relatos que encuadren el humor bien como escenificación literaria, bien como elemento de reflexión, o bien como método para indagar en la curiosa relación entre el chiste y el subconsciente.
- 3.- La recepción de originales está abierta hasta la fecha límite del día 30 de Octubre de 2007. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha.
- 4.- Se admitirá un solo texto por autor. No se establece limitación de extensión.
- 5.- Los originales deben dirigirse por correo electrónico a la siguiente dirección: sonrisasyasteroides@hispavista.com, adjuntando el nombre del relato y datos del autor (nombre, apellidos, dirección postal y email de contacto) en archivo aparte o al final de la narración.
- 6.- Todos los textos recibidos ceden automáticamente los derechos publicación por una única vez a la Colección Libro Andrómeda que podrá editarlos por una única vez, con la finalidad de difusión cultural y publicidad de los autores;



renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo.

7.- Dadas las características especiales de esta convocatoria, la colección Libro Andrómeda establecerá correspondencia con los autores seleccionados, una vez leídos todos los textos recibidos.

8.- Los autores publicados recibirán un ejemplar de la edición donde aparezcan, así como los suscriptores de la colección Libro Andrómeda-Ciencia Ficción.

9.- El formato de texto aconsejado es: Word para PC.

10.- La remisión de originales para ser incluidos en el libro «Sonrisas y asteroides», supone la aceptación de estas condiciones.

Claudio Landete y Juan José Castillo.

[Fuente: Juan José Castillo Lérída]

II EDICIÓN DEL PREMIO XATAFI-CYDERDARK

Ya ha sido convocada la segunda edición del Premio Xatafi-Cyberdark de la crítica de literatura fantástica, que pretende reconocer los mejores trabajos del género editados en España durante 2006 según un jurado.

Las categorías son:

- Mejor libro de ficción español (dotado con 350 euros cedidos por la librería virtual tienda.cyberdark.net).
- Mejor relato español (dotado con 150 euros cedidos por la librería virtual tienda.cyberdark.net).
- Mejor libro de ficción extranjero.
- Mejor relato extranjero.
- Mejor iniciativa editorial.

En esta ocasión, el jurado está compuesto por Ignacio **Illarregui Gárate**, **J. Fidel Insúa**, **Cristóbal Pérez-Castejón**, **Juan Manuel Santiago**, **Javier Vidie-la**, **Mariano Villarreal** y **Arturo Villarrubia**.

Alberto García-Teresa actúa como secretario.



El 10 de mayo se hará pública la lista con un máximo de seis candidatos por categoría. El fallo del jurado se dará a conocer en julio, durante la cena de la AsturCon, dentro de la Semana Negra de Gijón.

[Fuente: Santiago Eximeno]

PREMIO UPC DE CIENCIA FICCIÓN 2007

BASES

1. Pueden optar al Premio las narraciones inéditas que se puedan enmarcar dentro del género de la ciencia ficción.
2. Las obras presentadas, escritas en catalán, castellano, inglés o francés, deben ser enviadas por duplicado, mecanografiadas a doble espacio, y tendrán una extensión aproximada entre 70 y 115 hojas de 30 líneas de 70 caracteres (entre 150.000 y 240.000 caracteres). No se devolverán los originales recibidos.
3. El autor debe firmar su narración con un lema o seudónimo y adjuntar un sobre cerrado que contenga los siguientes datos: Nombre completo, número de identificación personal (DNI o similar), dirección y teléfono o fax de contacto. En la parte exterior de este sobre se hará constar el título de la narración y el lema o seudónimo de la firma. Los miembros de la UPC señalarán también esta condición con la indicación: «Miembro UPC» en el exterior de dicho sobre.
4. Los originales deben dirigirse a: Consell Social de la UPC. Edifici NEXUS. Gran Capità 24 08034 - Barcelona Tel. 93 401 63 43 - Fax: 93 401 77 66 consell.social@upc.edu En el sobre se debe indicar claramente: Premio UPC de Ciència Ficció 2007
5. El plazo de presentación de los originales de la edición de 2007, acaba el 14 de septiembre de 2007. La decisión del jurado, que será inapelable, se hará pública antes de finalizar el año 2007.
6. De acuerdo con la opinión del jurado, se concederá un premio de 6.000 euros y, si el jurado lo cree oportuno, una mención especial de 1.500 euros. Opcionalmente, se podrá conceder también una mención de 1.500 euros a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC.
7. El premio, que se concederá anualmente, podrá ser declarado desierto.



8. Los ganadores de los premios y menciones ceden los derechos de la primera edición en castellano y en catalán a la UPC y renuncian a cualquier otra remuneración económica procedente de dichas ediciones.

9. La novela ganadora será publicada por la UPC si hay acuerdo con alguna editorial.

10. La participación en el Premio UPC de Ciencia Ficción 2007, supone la aceptación de estas bases. Para más información www.upc.edu/cienciaficcio Barcelona, enero de 2007

[Fuente: Alfonso Merelo]

XVI PREMIO DOMINGO SANTOS 2007

BASES

La Fundación Tres Culturas y la AEFCFT convoca el XVI Premio Domingo Santos 2007 de relatos, que se regirá por las siguientes bases:

1. Podrán presentarse al certamen Domingo Santos todas aquellas narraciones escritas en castellano que puedan ser encuadradas dentro de los géneros de ciencia ficción, fantasía o terror.

2. Las obras deberán ser inéditas, no estar premiadas en otros concursos ni pendientes de resolución en ningún otro certamen durante la convocatoria de este concurso.

3. La temática de los relatos versará obligatoriamente sobre «el encuentro entre culturas». Se considerarán especialmente aquellas obras en la que destaquen de cualquier forma las civilizaciones judía, árabe y cristiana.

4. La extensión de cada relato deberá encontrarse entre las 8.500 y las 15.000 palabras.

5. Las obras se remitirán por CORREO ELECTRÓNICO como adjuntos en formato doc. o rtf. a la dirección de correo electrónico concurso.domingo.santos@gmail.com. El asunto del mensaje deberá ser: Premio Domingo Santos 2007. En el cuerpo del mensaje se hará constar los datos personales del autor así como un seudónimo obligatorio que lo identifique. En la primera línea del documento a adjuntar irá el seudónimo y a continuación el relato a concurso. Los trabajos no remitidos de esta forma serán inmediatamente rechazados.



6. Lo miembros de la Fundación Tres Culturas, así como sus familiares, no podrán presentar obras a concurso. Esta restricción se aplicará también a los miembros del jurado y a sus familiares.

7. El jurado estará compuesto por un número suficiente de personas designadas por la Fundación Tres Culturas y la AEFCFT, cuyos nombres se darán a conocer en el momento del fallo. Dicho fallo se producirá durante el mes de septiembre de 2007.

8. Se establece un premio de 800 euros, al que se aplicarán las deducciones fiscales vigentes. El premio no podrá ser declarado desierto.

9. Cualquier caso no previsto por estas bases será resuelto por el jurado y su decisión será inapelable.

10. El plazo de presentación de originales finalizará el 22 de junio de 2007.

11. A todos los relatos presentados, la AEFCFT le acusará recibo en el que se indicará el día de recepción del mismo y un número que lo identificará.

12.- La Fundación Tres Culturas se reserva el derecho de publicación del relato premiado. Si en el plazo de tres meses desde la resolución del concurso la Fundación Tres Culturas no hiciera efectiva la publicación, los derechos del mismo quedarían en poder del autor.

13. La presentación al concurso implica la total aceptación de las bases.

Sevilla 28 de marzo de 2007

Las bases se encuentran también en la dirección:
<http://tresculturas.artempus.net/media/docs/Bases%20Premio%20Domingo%20Santos.pdf>

[Fuente: Alfonso Merelo]

CONVOCATORIA PARA EL V CONCURSO DE MINICUENTO FANTÁSTICO «MINATURA 2007»

La Publicación Literaria miNatura convoca al V Concurso de minicuento Fantástico miNatura 2007.

1. Podrán concursar todos los interesados, sin límite de edad, posean o no libros publicados dentro del género.



2. La longitud de los textos será inferior a 25 líneas a 2 espacios en formato carta (8 1/2 x 11 pulg.) o A4, Tipografía Time New Roman o Arial, puntaje 12.

3. Las obras, escritas en castellano, reflejarán temáticas del género fantástico y no deben haber sido publicadas con anterioridad (impresa o digitalmente). Podrán entregarse hasta tres obras por autor.

4. No se aceptaran seudónimos. Las obras deberán entregarse únicamente por vía e-mail a: minaturacu@yahoo.es y decir en el Asunto: Concurso miNatura. En el correo deberán aparecer dos adjuntos uno con el o los cuentos participantes y en el otro deben aparecer los siguientes datos: nombre y apellidos, edad, nacionalidad, profesión, dirección particular, e-mail y un breve currículo en el caso de poseerlo.

5. Se otorgará un premio por el jurado y un premio especial que darán los asistentes al evento ambos consistentes en publicación de la obra ganadora en nuestro boletín digital, diploma, así como libros y otras sorpresas relacionadas con el género; y así como las menciones que estime el jurado. El jurado estará integrado por reconocidos investigadores y escritores del género.

6. El veredicto del jurado será inapelable y se dará a conocer el 26 de mayo en la sesión de clausura del IV Encuentro Teórico del Género Fantástico ANSIBLE 2007. En el Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso, Ave. 5ta. N° 2002 esq. a 20, Miramar, Playa, Ciudad Habana, CP 11300

7. Las obras participantes no se devolverán.

8. La participación en el concurso supone la total aceptación de sus bases.

9. El plazo de admisión vence el 15 de mayo del 2007.

Ricardo Acevedo Esplugas
Director del Boletín Digital miNatura

[Fuente: Alfonso Merelo]